

Para unos, Philip K. Dick no es más que el nombre de un escritor de ciencia ficción, cuyas obras inspiraron las películas de Blade Runner y Desafío Total. Para otros, es uno de los escritores esenciales del siglo XX. Y, para unos pocos, el agente de una auténtica Revelación.

Una cuestión obsesiva que ha hecho de su vida caótica una extraña odisea espiritual: ¿Quién sabe lo que es realmente?, ¿Quién de nosotros puede probar, por ejemplo, que Alemania y Japón no ganaron la guerra, que vivimos en la Tierra, que somos hombres, que no estamos muertos?

En California de los años sesenta, esas vertiginosas dudas llevaron a Dick a un encuentro con las drogas. Confió en que le darían acceso, más allá de los simulacros, a una Realidad Última. Se convirtió en un apóstol del LSD, un gurú de la contracultura. El hombre en el castillo, Ubik, La penúltima verdad, unas novelas que se mueven en el estrecho filo entre la revelación y la locura, fueron la Biblia psicodélica para toda una generación.

Entonces el sueño se convirtió en pesadilla. El explorador de la conciencia se perdió dentro del laberinto. En 1974, tras los años de vagabundeo espantoso, tuvo una experiencia mística, y hasta el momento de su muerte se preguntó si era un profeta o el juguete de una psicosis paranoica, y si existía una diferencia entre ambos.

A quien Dios habla ¿oye algo más que su propia voz?

Emmanuel Carrère

Yo estoy vivo y vosotros estáis muertos

Philip K. Dick 1928 - 1982

Título del original: *Je mis vivant et vous êtes morts Philip K. Dick 1928 - 1982*

Traducción de Marcelo Tombetta

Ilustración de cubierta: Retrato de Philip K. Dick *The Religious Experience of Philip K. Dick* © Robert Crumb, 1986

© Emmanuel Carrère et les Éditions du Seuil, 1993

© Ediciones Minotauro, 2002

ISBN: 978-84-450-7636-1

Apaños:Jack!2007

Segundos apaños:vampy815

Para Anne

«Estoy seguro de que no me creen, y de que tampoco creen que creo en lo que afirmo. Son libres de creerme o no, pero al menos crean esto: no estoy bromeando. Se trata de algo muy serio, algo muy importante. Tienen que pensar que, para mí también, el hecho de declarar algo así es una cosa terrible. Muchas personas aseguran recordar sus vidas anteriores. Yo, por mi parte, afirmo que puedo recordar una vida presente distinta. No conozco a nadie que haya hecho declaraciones como ésta, pero sospecho que mi experiencia no es única. Quizá lo sea el deseo de hablar de ella.»Del discurso de Philip K. Dick en Metz,el 24 de septiembre de 1977.

Berkeley

El 16 de diciembre de 1928, en Chicago, Dorothy Kindred Dick dio a luz a una pareja de mellizos prematuros de seis semanas y muy flacuchos los dos. Los llamaron Philip y Jane. Dicen que por ignorancia, porque la madre no tenía suficiente leche para alimentarlos y porque nadie, familiar o médico, le aconsejó el uso del biberón para completar la dieta, Dorothy dejó que los bebés pasaran hambre las primeras semanas de vida. Jane murió el 26 de enero.

La enterraron en el cementerio de Fort Morgan, en Colorado, de donde era originaria su familia paterna. Junto a su nombre, en la lápida, grabaron el nombre de su hermano, con la fecha de nacimiento, un guión y un espacio en blanco. Poco después los Dick partieron rumbo a California.

En las raras fotos de familia, Edgar Dick aparece con la cara afilada, un traje cruzado y un sombrero como el de los agentes del FBI en las películas sobre la Prohibición. Era en realidad un funcionario federal, pero del Departamento de Agricultura. Su misión consistía en controlar que el ganado hubiera sido sacrificado tal como declaraban los ganaderos, y, en caso contrario, debía encargarse él mismo de hacerlo; se daba una prima por cada animal muerto, y se cometían fraudes. Recorría al volante de su Buick los campos diezmados por la Depresión, entre gentes maltrechas y recelosas, capaces de agitar rencorosamente en las narices de un inspector la rata que asaban en un brasero improvisado. Su único consuelo durante esos viajes era el de encontrarse con ex combatientes como él. Enrolado como voluntario, de la guerra en Europa conservaba unos recuerdos heroicos, un grado de sargento y una máscara antigás que un día sacó de su estuche para jugar con su hijo de tres años. Pero a Phil no le hizo ninguna gracia. Al ver esas cavidades redondas y huecas y esa trompa de goma negra que colgaba siniestramente, dio un grito de terror creyendo que su padre se había transformado en un monstruo o un insecto gigante. Pasó varias semanas escudriñando la cara que se había vuelto

normal, buscando y temiendo encontrar otras secuelas de la transformación. Los mimos aumentaban su desconfianza. Tras ese incidente desafortunado, Dorothy, que tenía ideas muy claras sobre la educación de los niños, levantaba los ojos al cielo y suspiraba furiosamente cada vez que se cruzaba con la mirada mortificada de Edgar.

Cuando se casaron, después de que él regresara del frente, decían que ella se parecía a Greta Garbo. Los años y una serie de enfermedades la habían transformado en un esperpento desprovisto de toda sensualidad, aunque no de cierta seducción autoritaria. Devoradora de libros, dividía a la humanidad en dos grupos: los que se consagran a una actividad creativa y los que no. Incapaz de concebir que existieran personas de valor fuera de la primera categoría, su vida transcurrió en una suerte de bovarismo puritano, rigurosamente intelectual, sin que nunca llegara a formar parte de ese círculo de elegidos que representaban para ella los autores publicados. Despreciaba a su marido, quien, aparte de temas militares, sólo se interesaba por el fútbol. Él intentó iniciar a Phil en su pasión llevándolo al estadio a escondidas de su madre; pero el niño, solidario con ella aun cuando se jactaba de desobedecerla, se negaba a entender por qué los adultos se excitaban alrededor de un balón ridículo.

Su infancia se parece a la de Loujine de Nabokov o a la de Glenn Gould, su contemporáneo y en ciertos aspectos su hermano espiritual: niños regordetes y taciturnos a los que se hace campeones de ajedrez o pianistas prodigiosos. Se loaba su calma, su gusto precoz por la música. Su mayor placer era esconderse en viejas cajas de cartón y pasar allí largas horas en silencio.

Tenía cinco años cuando sus padres se divorciaron, por iniciativa de Dorothy, quien obtuvo de un psiquiatra la confirmación de que su hijo no sufriría por la separación (se quejaría de ella durante toda su vida). Edgar no quería romper completamente, pero sus primeras visitas fueron recibidas tan fríamente que se desanimó y se marchó a Nevada. Dorothy se instaló con su hijo en Washington, con la esperanza de encontrar un trabajo más interesante y mejor pagado que el de secretaria.

Pasaron allí tres años horribles. Phil era muy pequeño cuando vivían en Chicago, y de la costa oeste sólo recordaba la bendición de su clima, descubriendo ahora con doloroso estupor la lluvia, el frío, la pobreza y la soledad. Su madre trabajaba todo el día en la Oficina Federal de la Infancia, corrigiendo pruebas de manuales pedagógicos. Al regresar de la escuela cuáquera en la que lo habían matriculado, y en la que los alumnos formaban un círculo invocando al Espíritu

Santo para que se decidiera a hablar, Phil la esperaba durante horas y horas en la soledad de aquel apartamento triste y sombrío. Como volvía muy tarde y demasiado cansada para contarle cuentos, debía contarse a sí mismo los que ya conocía. Su cuento preferido era el de los tres deseos que un hada concede a una pareja de campesinos. «¡Quisiera una espléndida salchicha!», exclama la mujer. Y he aquí que la salchicha surgía ante sus ojos, provocando la ira del marido: «¿Estás loca? Derrochar así uno de los deseos. ¡Ojalá que la salchicha cuelgue para siempre de tu nariz!». Y he aquí la salchicha que cuelga de la nariz de la mujer, de la que sólo el tercer deseo podrá liberarla. A partir de ese modelo, el niño imaginó infinitas variantes. Después aprendió a leer y descubrió *Winnie the Pooh*. Más tarde, una versión simplificada de *Quo Vadis?* lo deslumbró. A través de la gracia del relato, todo lo que le enseñaban en la escuela cuáquera cobraba vida. Su madre nunca supo que durante todo el invierno jugó a solas, sin decírselo a nadie, a ser uno de los primeros cristianos guarecidos en las catacumbas.

En 1938, Dorothy consiguió un puesto en la Oficina Forestal de California, en el campus de Berkeley. Tras el exilio en Washington, madre e hijo volvían a respirar. Se sentían en casa y a la vez en el centro del mundo, como cualquiera que viviera en Berkeley más de una semana. Una vez allí, parecía como si no existiera otro lugar en la tierra. Feminista, pacifista, apasionada de la cultura y de las ideas nuevas, Dorothy alcanzaba su plenitud en aquel enclave donde uno podía ser a la vez funcionario y sufragista sin ofender a nadie. Phil, por su parte, amaba los destellos de la bahía, los prados, el arroyuelo del campus —donde los niños de la ciudad jugaban en plena libertad— y el tiovivo de Sather Tower, que derramaba sobre los techos su tintineo a la vez apacible y alegre, como recompensando las horas que transcurrían tan fructuosamente. La escuela le gustaba menos, pero sufría crisis de asma y taquicardia que con frecuencia lo obligaban a faltar y, aun cuando no estaba enfermo, Dorothy encubría con complacencia sus ausencias dejando que se quedara a jugar en casa. En el fondo le hacía feliz que el niño se pareciera tan poco a su padre, que desdeñara los deportes, el alboroto y todas esas burradas colectivas aptas solamente para formar a esos mentecatos de norteamericanos medios. Era evidente que estaba de su parte, del lado de los artistas, de los albatros a los que sus alas de gigante les impiden caminar.

A los doce años le gustaba ya lo que habría de gustarle toda su vida: escuchar música, leer y escribir a máquina. Pedía a su madre que le regalara discos de música clásica, al comienzo los de 78 revoluciones, y cultivó el talento, del que tanto el uno como el otro se sentían no poco orgullosos, de identificar al cabo de algunas notas cualquier ópera, sinfonía o concierto que tocaran o incluso tararearan

delante de él. Coleccionaba revistas ilustradas en las que, con el pretexto de la divulgación científica, se hablaba de continentes sumergidos, de pirámides malditas y naves misteriosamente desaparecidas en el mar de los Sargazos. Dichas revistas tenían como título sugestivos epítetos: *Astounding*, *Amazing*, *Unknown*... Pero también leía los relatos de Edgar Allan Poe y de H. P. Lovecraft, el ermitaño de Providence cuyos personajes afrontaban abominaciones tan monstruosas que no lograban describirlas.

Pronto empezó a imitar esos modelos. En Washington había garabateado ya unos cuantos poemas lúgubres que evocaban un gato devorando a un pájaro vivo, una hormiga arrastrando la carcasa de un abejorro, una familia desconsolada enterrando a un perro ciego. La dactilografía liberó su inspiración. Tan pronto como tuvo una máquina de escribir, se convirtió en un virtuoso: nadie, según la opinión de los que lo conocieron, podía escribir tan rápido y durante tanto tiempo; parecía como si las teclas salieran al encuentro de sus dedos. En diez días terminó su primera novela, una continuación de los *Viajes de Gulliver* cuyo manuscrito se perdió. Sus primeros textos publicados, unos cuentos macabros inspirados en Poe, aparecieron bajo la rúbrica de «Jóvenes talentos» en la *Berkeley Gazette*. El responsable literario de la revista, que firmaba «tía Flo» y defendía el realismo (la línea Chéjov-Nathanael West), lo exhortaba a escribir sobre lo que conocía, la vida de todos los días, los pequeños detalles verdaderos, a controlar su imaginación. Considerándose incomprendido, Phil fundó su propia revista, de la que era el único redactor. Sé que no suscitare más que una aprobación distraída calificando de premonitorios el nombre de la revista —*The Truth*—, la petición de principio que abría su único número: «Prometemos escribir aquí aquello que, sin la más mínima duda, es la verdad», y el hecho de que aquella intransigente verdad adoptara la forma de aventuras intergalácticas, fruto de la imaginación de una pluma de trece años.

Una noche, en aquellos años, tuvo un sueño que volvió a visitarlo en varias ocasiones. Se veía en una librería buscando un ejemplar de *Astounding* que faltaba en su colección. En el ejemplar, muy raro y carísimo, figuraba un cuento titulado *El Imperio nunca dejó de existir*. Si hubiese podido apoderarse de él, si hubiese conseguido leerlo, lo habría sabido todo. El primer sueño fue interrumpido antes de que alcanzara la pila de revistas descoloridas en las que, según creía, se hallaba el precioso ejemplar. Aguardó su retorno con inquieto fervor y, cuando se produjo, aliviado de que la pila siguiera allí, volvió a examinarla febrilmente. A cada sueño la pila disminuía, pero él siempre despertaba antes de llegar al último ejemplar. Pasaba los días repitiéndose el título del cuento, cuya sonoridad terminó

confundiéndose con la palpitación de la sangre en sus oídos cuando tenía fiebre. Se imaginaba las letras que lo componían y la ilustración de la portada. Esa ilustración, aunque fuera borrosa o tal vez por eso, lo inquietaba. Con el correr de las semanas su deseo se tiño de angustia. Sabía que si leía *El Imperio nunca dejó de existir* le serían revelados todos los secretos del mundo, pero presentía que ese conocimiento comportaba un peligro. Lovecraft lo había escrito: si conociéramos todo, el terror nos haría enloquecer. Llegó a representarse su sueño como una trampa diabólica y el ejemplar escondido debajo de la pila como un monstruo agazapado, dispuesto a devorarlo tan pronto como llegara al final del tobogán que conducía a sus fauces. En lugar de precipitarse como al comienzo, procuró frenar el movimiento de sus dedos que, hojeando un ejemplar tras otro, lo acercaban al terror final. Empezó a tener miedo de dormirse y se entrenaba para permanecer despierto. Sin una razón aparente, el sueño cesó. Esperó su retorno con ansiedad, luego otra vez con impaciencia; a las dos semanas lo hubiese dado todo para que volviera. Recordó el cuento de los tres deseos, en el que cada deseo es derrochado para remediar en el último momento la imprudencia del anterior: primero había deseado leer *El Imperio nunca dejó de existir*; luego, presintiendo el peligro, había deseado que le ahorraran esa lectura; ahora deseaba de nuevo volver a leerlo; si se negaban a satisfacerlo, pensaba, era quizá por misericordia, porque no tenía derecho a un cuarto deseo. Sin embargo, se sintió decepcionado, puesto que el sueño no volvió. Esperó con ansiedad. Después lo olvidó.

Era un chico un poco demasiado gordo, sofocado, que vivía solo con su madre. Se llamaban el uno al otro Philip y Dorothy y se trataban con una curiosa ceremonia. De noche, acostados en sus camas, se hablaban de una habitación a otra, dejando abiertas las puertas del pasillo. Sus temas de conversación preferidos eran los libros, las enfermedades y los remedios que supuestamente debían aliviarlas. Hipocondríaca consumada, Dorothy poseía una farmacia tan extensa como la discoteca de su hijo, abierta igualmente a todas las novedades: cuando, después de la guerra, aparecieron los primeros sedantes, fue una de las pioneras de aquel nuevo *eldorado* químico. Probó Torazina, Valium, Tofranil y Librium a medida que fueron saliendo a la venta, comparando el sopor que cada uno de ellos producía y elogiando los méritos de estos productos a sus amigos.

De vez en cuando Phil se veía con su padre, que se había vuelto a casar y se había instalado en Pasadena, donde trabajaba como presentador de una radio local. El oficio del padre ejercía un gran prestigio en el adolescente tímido que soñaba con tener influencia sobre los demás. Durante la guerra había sido, como todo el mundo, un patriota, pero la propaganda de Goebbels también lo había deslumbrado. Se

jactaba de ser capaz de admirar la ejecución de un plan que no aprobaba, con tal de que fuera impecable. Un tribuno y un dirigente dormitaban en él, pero como no podía arrastrar a nadie, se quedaba solo en su rincón.

A falta de otra cosa, era eso lo que más le gustaba: quedarse agazapado en su rincón y acumular allí sus posesiones. Regularmente, su madre le rogaba que ordenara su habitación, en la que reinaba el característico desorden de los maníacos que, capaces como Sherlock Holmes de fechar un informe por la capa de polvo que lo cubre, prefieren orientarse por su cuenta: un fárrago invisiblemente clasificado de maquetas de aviones, tanques, juegos de ajedrez, discos, revistas de ciencia ficción y fotos de chicas desnudas, mejor escondidas que las demás cosas.

Pues también empezaban a interesarle las chicas. Sin demasiado éxito, debido a su excesiva inseguridad, pero lo suficiente como para que la osmosis con Dorothy se viera afectada. Desamparada, la madre advirtió de pronto que la apatía escolar, la introversión y las crisis de ansiedad de su hijo reclamaban los servicios de un psiquiatra. Tenía catorce años cuando lo llevó al primero de una serie casi ininterrumpida hasta su muerte.

Al cabo de pocas sesiones, apoyadas con la consulta de libros febrilmente anotados por su madre, el joven Dick hablaba con aplomo de neurosis, complejos y fobias, sometiendo a sus amigos a unos tests de personalidad de los que sacaba, sin revelarles el secreto de su saber, conclusiones diversamente halagüeñas y diversamente apreciadas.

A fines de los años treinta, el progreso de estos tests había modificado considerablemente las ideas que un americano medio tenía sobre lo que ocurría en su cabeza y en la de su vecino. En el momento de la declaración de la guerra, los tests revelaron que de los catorce millones de soldados convocados, más de dos millones padecían problemas neuropsiquiátricos. La cifra, que nadie hubiese imaginado antes de ser confirmada por datos considerados como científicos, hizo que cundiera el pánico y que se realizaran gastos enormes, tanto en el sector de la salud mental como en el fomento de la expansión del psicoanálisis, con la esperanza de convertir a aquellos anormales en ciudadanos responsables y equilibrados.

Esta confianza puede parecer inocente, la misma que hizo sonreír al viejo Freud cuando, al desembarcar en Nueva York, se vanaglorió de llevar la peste al Nuevo Mundo. Pero los psiquiatras y psicoanalistas americanos, menos rigurosos que en Europa sobre las diferencias entre sus disciplinas, habían incorporado el

freudismo a sus ideas pragmáticas y se consagraban más a la adaptación a las normas sociales que al conocimiento o a la aceptación de uno mismo. Los tests que hacían pasar por la fuerza a sus pacientes, para evaluar sus progresos, tenían un solo objetivo: que funcionaran normalmente. O, al menos, *que dieran la impresión* de que funcionaban normalmente.

Cuando yo era niño, era miope, y recuerdo que dejé boquiabierto a un oculista recitando de memoria las letras del tablero con el que me medía la vista: argumenté que, como podía leerlo todo, incluidos los caracteres diminutos de abajo, no valía la pena que me aconsejara el uso de gafas (aunque sin éxito). De adolescente, Dick adquirió el mismo tipo de familiaridad con los tests, pero los utilizó con mucho más virtuosismo. Valiéndose de su intuición, de su temprana experiencia y de la rigidez del sistema, aprendió a eludir las trampas que escondían las preguntas y a adivinar las respuestas que esperaban de él. Como conocía, como un alumno que se ha procurado los apuntes del maestro, las casillas que había que marcar en el *Wordsworth Personal Data Sheet* o en el *Minnesota Multiphasic* para dar una respuesta satisfactoria o identificar un dibujo en cierta mancha del Rorschach que suscitara perplejidad, fue por voluntad propia normalmente normal, normalmente anormal, anormalmente anormal, anormalmente normal (su triunfo), y, a fuerza de alternar los síntomas, acabó enloqueciendo a su psiquiatra.

Un psicoanalista de San Francisco, mucho más inteligente, ocupó el lugar de este último: era junguiano, algo que la gente de Berkeley consideraba desde hacía poco como *la crème de la crème*, reservado a los espíritus creativos. Phil tomaba entonces el transbordador dos veces por semana para cruzar la bahía. A un amigo, intrigado por esos misteriosos desplazamientos, le dijo que frecuentaba unos cursos para superdotados con un coeficiente de inteligencia extremadamente elevado y que —no era necesario decirlo— había hecho trampa para pasar los tests. El amigo se rió burlescamente como se ríen entre ellos los burros orgullosos de serlo, pero Phil le objetó con arrogancia que un impostor que logra hacerse pasar por un genio demuestra más genialidad que un genio auténtico, tras lo cual el amigo lo miró con la misma mirada con la que lo había hecho, en los últimos tiempos, su primer psiquiatra. Y, en adelante, lo evitó.

Durante su segunda etapa de psicoanálisis, Phil descubrió qué efecto extraordinario causaba la historia de Jane en un experto en psicología y qué grande era la consideración que los expertos prestaban a un trauma de ese calibre. Advirtió que hablar de su hermana melliza muerta lo volvía interesante y pasó largas sesiones preguntándose quién y en qué momento lo había informado acerca del drama. Sin duda, había sido su madre, y sin duda lo había hecho muy pronto. Le

parecía que lo sabía desde siempre. Se acordaba de una compañerita imaginaria de la infancia llamada Jane, que tenía el pelo y los ojos negros, y que escapaba de las situaciones más peligrosas con endiablada insolencia, contrariamente a él, el pesado, que vivía escondido entre sus viejas cajas de cartón. Decía recordar también la vez en que su madre, en un momento de cólera, le había gritado que mejor hubiese sido que fuera él quien estuviera muerto y no Jane.

Cuando Phil se enteró de que Dorothy era una madre castradora, la revelación le produjo un poco el efecto de una traición (Dorothy le pagaba a ese señor para que le hablara mal de ella), pero no cayó en saco roto, y pronto se transformó en inquietud. Con una madre semejante, un padre ausente y una pasión tan marcada por el arte y lo espiritual, ¿acaso no reunía todas las condiciones para convertirse en homosexual?

Fue una de las obsesiones de su adolescencia, pero no la única. Sufría de vértigo y de agorafobia. Tenía temor a los transportes públicos y era incapaz de comer siquiera un sandwich en público. A los quince años, durante un concierto sinfónico, tuvo un ataque de pánico: sintió que se hundía y veía el mundo a través del periscopio de un submarino.

En otra ocasión se sintió mal en el cine, durante una secuencia del noticiario cinematográfico en la que mostraban cómo el ejército norteamericano masacraba con lanzallamas a los soldados japoneses en una isla del Pacífico. Lo peor no era tanto el suplicio de los japoneses, sino el entusiasmo de la sala al ver a esos macacos transformados en antorchas. Tuvo que salir a toda prisa de la sala, seguido por una Dorothy abrumada. Pasó mucho tiempo antes de que volviera a poner los pies en un cine.

Semejantes crisis no facilitaban la progresión de sus estudios. No asistía ya a las clases, pero trabajaba en casa escuchando discos. Había una materia que prefería a todas las demás, pues se acoplaba perfectamente con ese fondo sonoro: el alemán, que había escogido por puro esnobismo como lengua moderna al final de la guerra, y cuya poesía, hecha para ser cantada, estaba descubriendo. Las melodías de Schubert, Schumann y Brahms entraron en su vida. Desde que las escuchó no pudo imaginar mejor manera de ocupar su vida, y, a los 16 años, decidió que aquello se convertiría en su oficio.

Encontró un empleo de media jornada en una tienda llamada University Music, donde se vendían discos, radios, tocadiscos y los primeros televisores.

También se hacían reparaciones; los técnicos formaban una aristocracia cuyas competencias provocaban la envidia del joven Phil. El verbo inglés *to fix*, que significa a la vez «arreglar», «preparar» y «sujetar», y que además evoca una estabilidad conquistada tras una ardua lucha, englobaba todo lo que él más estimaba del genio humano; los personajes de sus libros serán eternos técnicos reparadores, pequeños artesanos atornillados a su mesa de trabajo. Esto puede parecer extraño en un chico que leía vorazmente y crecía en la más intelectual de las ciudades universitarias, pero desde muy temprano él había elegido su campo, antes aun de que lo acusaran de despreciar las uvas que no podía alcanzar. Su ambiente preferido no sería nunca ni el de la universidad, ni el de los cafés donde los estudiantes pretenden cambiar el mundo, sino la pequeña empresa, la tienda frente a la cual se barre la acera todas las mañanas, antes de levantar las persianas metálicas y recibir a los primeros clientes.

Su trabajo consistía en abrir las cajas de discos de música clásica que los distribuidores enviaban, colocarlos en los estantes, sin saber dónde colocar un disco que reunía obras de compositores diferentes, poder comprar discos con descuento para su propia colección, comparar con los clientes o con los otros vendedores los méritos de las diferentes versiones de *La flauta mágica*, barrer el suelo y cambiar el rollo de papel higiénico en los baños situados detrás de la cabina de audición número 3. University Music era su mundo, un mundo estable y familiar donde nada malo podía ocurrirle. Allí se sentía protegido de las crisis de asma y de la agorafobia. Tenía más confianza en sí mismo. Cuando una clienta le gustaba, la invitaba a una cabina a escuchar los primeros discos de Dietrich Fischer-Dieskau, el extraordinario joven barítono que cantaba los *lieder* de Schubert como nadie los había cantado jamás. Mientras el disco giraba, él le clavaba los ojos de un azul intenso a la chica y acompañaba la música con una voz bella y profunda, algo sorda, que desde hacía poco había reemplazado su falsete de adolescente.

Para desarrollar esa capacidad de seducción, soñaba con animar la transmisión que su jefe auspiciaba en una radio local. Pero, desafortunadamente, sólo le permitían hacer la programación; el monopolio del micrófono estaba reservado a un tipo de pelo engominado, chaqueta a cuadros y zapatos bicolor al que Phil odiaba profundamente. En una de sus divagaciones preferidas se veía como un astronauta en órbita, girando alrededor de la Tierra devastada por una catástrofe nuclear. Desde el satélite en el cual, a falta de una tecnología que pudiera devolverlo a la Tierra, estaba condenado a girar hasta la muerte, recibía los mensajes de los supervivientes dispersos en el planeta destruido. Él, a su vez, enviaba también mensajes que los de abajo se esforzaban por captar, como los franceses escuchando a Londres durante la Ocupación. Les ponía discos, les leía

libros y hacía circular la información. Gracias a él, seguían existiendo contactos entre los grupos aislados, alentados por su cálida voz a seguir aguantando. Para escucharlo se reunían alrededor de radios a galena devotamente construidas, y que los hombres consideraban como su don más precioso. Sin esas radios y sin aquel discjockey solitario que desde las alturas velaba por ellos, hubiesen regresado al estado salvaje. Si la civilización hubiese renacido un día, habría sido bajo su égida. El momento más exquisito de aquel sueño era cuando luchaba contra la tentación de dejarse adorar por los hombres como un dios. Al final conseguía vencerla, aunque por muy poco.

Las versiones sobre su abandono del hogar materno son contradictorias. Phil lamentaba que Dorothy se lo hubiese tomado tan mal, amenazándolo con llamar a la policía para impedirle que se fuera y se hiciera homosexual, como de hecho iba a ocurrir cuando ella ya no estuviera a su lado para protegerlo. Dorothy, por su parte, aseguraba que fue ella la que tuvo que echarlo, puesto que ya no tenía edad para seguir viviendo con ella. Como quiera que sea, Phil trasladó su colección de libros, discos y revistas, y su precioso tocadiscos Magnavox, a un apartamento ocupado por un grupo de estudiantes bohemios bajo cuya influencia sus gustos literarios evolucionaron. En aquel ambiente tan cultivado, sólo la «alta literatura» tenía derecho de ciudadanía: la moda de considerar con benevolencia los géneros populares surgió más tarde. Dick, cual dócil camaleón, dejó de leer ciencia ficción, escondió las revistas baratas que habían cautivado su adolescencia y se consagró exclusivamente a Joyce, Kafka, Pound, Wittgenstein y Albert Camus. Ahora su noche ideal consistía en escuchar a Buxtehude o Monteverdi, junto a los poetas de vanguardia, citando de memoria párrafos enteros de *Finnegans Wake* en los que identificaba las huellas de la influencia de Dante. A su alrededor todo el mundo escribía, y, en medio de un frenético *name-dropping*, se intercambiaba manuscritos y consejos. En aquella época, aparte de un montón de cuentos que intentó colocar en algunas revistas, Dick escribió dos novelas de las que sólo se sabe lo que él quiso contar más tarde. La primera era un largo monólogo interior sobre una imposible iniciación amorosa y sobre los arquetipos junguianos; la segunda describía el complejo enredo de mentiras y de cosas no dichas de un amor a tres en la China maoísta.

Fue entonces cuando perdió la virginidad y, al mismo tiempo, su temor a la homosexualidad, con una cliente de la tienda que un empleado más espabilado le había incitado a cortejar. Después de negarse a venderle los melifluos cantos natalicios que ella quería comprar, le hizo escuchar en una cabina sus discos

preferidos, la llevó al sótano, que los técnicos abandonaban a la hora de comer, y a la semana siguiente se casó con ella, inaugurando sin pompa una larga carrera de monógamo compulsivo. Juntos alquilaron un estudio siniestro, donde Phil descubrió al mismo tiempo la esclavitud de una vida de pareja pobre y las escasas afinidades con su mujer. Se quedaba dormida cuando él le leía *Las variedades de la experiencia religiosa* de William James o sus propios cuentos, *Finnegans Wake* le parecía incomprensible y no soportaba los discos que él siempre escuchaba. A las pocas semanas, amenazó con destrozárselos: la ruptura fue inevitable. Dicen que el juez consideró banal el motivo del divorcio, pero la amenaza obsesionó a Dick por mucho tiempo. En 1984, Orwell imagina que la policía, para ejercer una presión personalizada sobre cada ciudadano, se empeña en descubrir qué es lo que más teme la gente: unos temen que los entierren vivos, otros que los devore una rata. La idea de que alguien pudiera destruir sus preciosos discos provocaba en Dick esa forma de horror absoluto. En todos sus libros, las esposas crueles le hacen esa jugarreta a sus desechos de maridos, y en su penúltima novela, el mismísimo Jehová debe recurrir a la misma amenaza para movilizar al protagonista, reacio a secundar su voluntad.

El peligro se disipó con su segunda mujer, a la que también conoció en una tienda de discos, mientras ella exploraba la sección de ópera italiana. Entusiasmado, Phil puso a prueba sus gustos, esperando asegurarse, antes de cortejarla, de que le gustaran las mismas versiones que a él. Kleo Apostolides tenía 19 años. Era una estudiante de origen griego, guapa, gran lectora y, considerando los futuros modelos dickianos en materia de mujeres, excepcionalmente equilibrada. Se casaron en junio de 1950 y compraron a crédito una casa en ruinas en la parte baja y popular de Berkeley. El techo tenía goteras, la pintura se desconchaba y había que poner palanganas por todas partes para frenar la inundación. Ni Phil ni Kleo tomaban la iniciativa, uno por abandono, porque dedicaba la mayor parte de su dinero y tiempo libre a comprarse discos y a escucharlos, la otra por una elección deliberada a favor de la bohemia y de todo lo que contrastara con el modo de vida burgués. En su condición de militante intransigente del radicalismo local, Kleo vestía vaqueros, llevaba gafas de concha, tarareaba los cantos de la Internacional en los que se hablaba de marchar sobre Madrid, y, con el corazón henchido de odio, hablaba de todo con igual vehemencia, ya porque estaba entusiasmada o porque estaba indignada. Sobre todo le gustaba indignarse.

Para pagarse sus estudios de ciencias políticas, ejercía diversos pequeños empleos. Phil, por su parte, pasaba todo el día en University Music. A diferencia de casi todos los que vivían en Berkeley, él no era estudiante. Unos días después de su inscripción en unos cursos sobre el *Sturm und Drang* la filosofía de Hume, una

crisis de angustia particularmente grave truncó definitivamente su carrera académica. Y como la ambición social no le quitaba el sueño —es lo menos que puede decirse— había despachado el asunto sin ningún problema. Pero viéndose como vendedor de discos a jornada completa, sin otra perspectiva —por lo demás, lejana aún— que la dirección de la tienda, empezó a lamentarse de una elección que con el paso del tiempo podía llegar a convertirlo en una figura pintoresca de Berkeley, tratada con amistosa desenvoltura por distintas generaciones de estudiantes: el viejo vendedor de University Music, tan cultivado, siempre dispuesto a entablar una conversación sobre el idealismo alemán o el do agudo que Elisabeth Schwarzkopf le había prestado a Kirsten Flagstad en el *Tristán* de Wagner.

Tuvo entonces un encuentro decisivo, siempre en University Music, con un escritor llamado Anthony Boucher, una suerte de hombre orquesta de la literatura popular que bajo diversos seudónimos escribía, criticaba y editaba novelas policíacas y de ciencia ficción. Para Dick, el hecho de que un adulto, un melómano sagaz, un hombre distinguido en todos sus aspectos, no desdeñara el género del cual él había tomado distancia para no pasar por un subdesarrollado fue primero un motivo de estupor, después de alivio. Su timidez le impedía asistir al taller literario que Boucher dirigía en su casa, una vez por semana, pero Kleo le llevó algunos textos de su marido, entre los que figuraba un cuento de ciencia ficción. La segunda sorpresa fue que ese cuento fue juzgado prometedor. Animado, Dick abandonó sus intentos de psicología sutil y sus monólogos interiores para dejar que su imaginación se disparara hacia las estrellas. Así, en octubre de 1951, la revista de Boucher publicó el primer cuento «profesional» de Philip K. Dick: *Roog*. En este relato un perro persigue a los basureros ladrándoles porque ha intuido que no son verdaderos basureros, sino extraterrestres que primero recogen y analizan los desechos de los terrícolas para luego, según se adivina, terminar recogiendo a los mismos terrícolas.

No le pagaron muy bien aquel texto, pero le pagaron. Dick llegó a la conclusión de que podía ganarse la vida de esa manera. Abandonó su trabajo en University Music y, con una mezcla de angustia y exaltación, se consagró por completo a la escritura. Se buscó un agente. En 1952 vendió cuatro cuentos; en 1953, treinta; en 1954, veintiocho y, en 1955, su primera antología y su primera novela.

2

Los hombrecitos verdes

Cuando Dick, a los veinticuatro años, decidió dedicarse profesionalmente a la ciencia ficción, no imaginaba que esa decisión sería para toda la vida. Creía aprovechar una oportunidad, reaccionar de manera transitoriamente adecuada frente a una situación que también era transitoria. Descartada la opción académica, su repertorio de fobias le vedaba la mayoría de las profesiones a las que un americano adulto y normal podía aspirar. Los tests le habían enseñado al menos esto. Sabía que era capaz de eludirlos y de hacerse pasar, durante una entrevista de trabajo, por el joven serio que un jefe de personal contrata sin vacilar, pero no de engañar a todo el mundo encerrado todos los días en una oficina. Además, sus deseos no correspondían a una vida de oficina. El poder, aunque se negara a reconocerlo, lo atraía, pero no el poder que ejerce un ejecutivo medio sobre sus subordinados o un ejecutivo superior sobre un ejecutivo medio. Y, en cuanto al modo de vida de los funcionarios, el mismo que la publicidad ofrecía de modelo a un país atontado desde hacía poco por su prosperidad, un ciudadano de Berkeley no podía sino considerar grotesco el movimiento browniano de esos sonrientes robots encorbatados que temprano por la mañana perfumaban con el mismo *after-shave* el tren de cercanías y, por la tarde, después de haberse agitado tanto en vano, regresaban a sus casas a encontrarse con sus esposas rubias y sonrientes que, alcanzándoles un Martini, preguntaban con voz inexpresiva: «¿Qué tal te ha ido, cariño?». Mejor cultivar la propia originalidad y, en su caso, su gusto adolescente y ligeramente regresivo por la ciencia ficción, ya que en este terreno existía un mercado en plena expansión, bastante abierto como para que un joven escritor, cuyos textos «literarios» nadie aceptaba, pudiera pensar en vivir de él, vivir mal, sin duda, pero siendo pagado para ejercitarse y aprender el único oficio que correspondía a sus aspiraciones. Por supuesto, tenía que arriesgar: producir en grandes cantidades, aceptar los cortes, los títulos absurdos y las coloridas ilustraciones de hombrecitos verdes con ojos saltones. Boucher solía bromear diciendo que si hubieran publicado la Biblia en una colección de ciencia ficción, habría sido en dos tomos de veinte mil palabras cada uno, al Antiguo Testamento lo habrían titulado *El Maestro del Caos* y al Nuevo *La Cosa de tres almas*. Pero pronto las cosas cambiarían, esperaba Dick. Sus cuentos serían leídos en el *New Yorker*, sus libros verdaderos serían publicados por verdaderas editoriales, recibirían críticas serias y hablarían de él como de Norman Mailer o Nelson Algren. Los años oscuros del aprendizaje darían a su biografía el típico toque canalla del gran novelista americano.

Lo más extraño fue que esto no ocurrió. Sus obras «serias», *mainstream* como se dice en Estados Unidos, quizá no eran tan buenas, pero se publicaban otras que

eran mucho peores. Además, si pensamos en todos esos escritores que son saludados como revelaciones antes de caer en el olvido, Dick hubiese merecido la oportunidad de poder codearse, como los demás, con el mundillo no tan inaccesible, al fin y al cabo, de la literatura burguesa. Pero algo se lo impidió, algo que en un principio le pareció como una fatalidad inexplicable, y después —pero mucho más tarde— como la prueba de una vocación incomparablemente más alta.

En los años cincuenta, además de unos ochenta cuentos y siete novelas de ciencia ficción, escribió no menos de ocho novelas *mainstream*, todas rechazadas. Estos fracasos no desanimaban a Kleo, que creía en los mitos del artista incomprendido y de la alegre bohemia: el artista, para ella, *tenía* que ser incomprendido, al menos en sus comienzos, junto a los alegres bohemios, así como los militares *tenían* que ser unos brutos condecorados y las películas de Hollywood unas estúpidas máquinas comerciales. Cuando ella colgaba en la pared las cartas de rechazo que iban cayendo en el buzón de casa a un ritmo alarmante —un día llegaron a encontrar diecisiete—, no dudaba siquiera un segundo en pensar que éstas demostraban la idiotez de los zombis trajeados de gris que reinaban en el mundo editorial y a la vez la originalidad que muy pronto reconocerían a su marido. La prensa empezaba a hablar de la generación *beat* y ofrecía un modelo posible al personaje de escritor rebelde y relajado del que Phil llevaba al menos el uniforme: vaqueros, camisa a cuadros de leñador y viejas botas de militar. Kleo soñaba con la gloria de un Kerouac para su marido y, las pocas veces en que cruzaban la bahía para ir a San Francisco, intentaba arrastrarlo a los bares llenos de humo de North Beach, donde los poetas *beat* escuchaban jazz y leían sus obras hasta muy entrada la noche.

Desafortunadamente, a Phil no le gustaba ni cruzar la bahía, ni los bares llenos de humo, ni el jazz, ni las reuniones de escritores. Le daba pánico que alguien le preguntara sobre lo que escribía, acostumbrado como estaba a la sonrisita de superioridad con la que el más oscuro poeta, con una obra publicada quizás a sus expensas, recibía el farfuleo con el que intentaba ahogar las palabras «ciencia ficción». Menos confiado que su mujer y menos proclive a indignarse, dudaba de que el fracaso fuera el estigma del genio y, sin atreverse a pedirle que quitara esos trofeos de la pared («¿Cómo? —hubiese exclamado Kleo—. ¡No me dirás que te da vergüenza!»), apartaba la mirada afligida del muro de los rechazos. Prefería en cambio, cuando estaba solo, sacar de la billetera y contemplar como si se tratara de una reliquia la carta perfectamente anodina de un novelista *mainstream* llamado Herb Gold, que apenas conocía, pero que había tenido la bondad de llamarlo «querido colega», como si él también fuera un verdadero escritor.

Mortificado frente a los que hubiese querido considerar como a sus pares, pronto sintió lo mismo frente a las personas normales, las que tenían una carrera, las que vivían en casas confortables o las que ganaban mucho dinero. Hubiese podido despreciar, como hacía Kleo, el éxito de éstas; pero sabía que ellas despreciarían su fracaso. Poco importaba el orgullo de sentirse independiente e ignorar la autoridad de un jefe frente a las acuciantes penurias de la pobreza. Cerca de su casa había una tienda de alimentos para perros, The Lucky Dog Pet Store, donde Phil solía comprar carne de caballo, considerada en Estados Unidos como no apta para el consumo humano. Un día, el vendedor lo midió con la mirada y con una frase lo condenó a su condición de perdedor: «No me dirá que es para usted, ¿verdad?». Cuando se lo contó a Kleo, ella se echó a reír y, para consolarlo, le explicó el significado de su nombre en griego: *Philippe*, el que ama los caballos. Pero él quiso saber si ese amor por los caballos debía incitarlo a comer su carne o a evitarla con horror. Los hindúes no comen carne de vaca porque la veneran como un animal sagrado, los judíos no comen carne de cerdo porque lo consideran un animal indigno. En términos de religiones comparadas, concluyeron que ambas tesis eran válidas. No obstante, ellos seguían comiendo carne de caballo, algo que en California, en torno al 1955, era visto como un alimento para parias.

Desde la época en que ejercía otro trabajo, se había acostumbrado a escribir de noche. Por las mañanas se paseaba, recorría un radio cada vez más reducido alrededor de su casa, examinaba los estantes de los discos en oferta y, sobre todo, leía en su jardincito yermo, en lugar de dedicarse a los trabajos manuales como habría hecho su vecino, de haber tenido los días libres como él. Cuando salía de su casa rumbo al trabajo, el vecino le lanzaba una mirada torva, suspicaz. Phil, por su parte, miraba tímida y lánguidamente a la mujer del vecino, que empezaba a hacer la limpieza justo cuando él estaba a punto de irse a acostar. Quizá haya tramado algún flirt, pero fueron cosas sin importancia hasta 1958.

¿Qué leía? De todo: Dostoievski, Lucrecio, los pormenores del proceso de Nuremberg, poesía y filosofía alemanas, ciencia ficción, psicoanálisis y, sobre todo, a Jung, de quien compraba las obras completas conforme iban saliendo en la magnífica edición de Bollingen. Descubrió así los *Septem Sermones ad Mortuos*, que el joven médico suizo había publicado en 1916 bajo el seudónimo de Basíledes, tomado del gnóstico alejandrino del siglo II. Esta prosa arcaica relata una suerte de experiencia mística, llena de luces y sonidos inexplicables, de revelaciones formuladas por figuras como las del profeta Elías, el Mago Simón o un tal Filemón, en el que Jung reconoció una instancia de su propio espíritu, aunque más instruido y más sabio que él. Dick se apasionó por ese texto extraño y durante algunos días

acarició la idea de inspirarse en él para una novela, la vida de un escritor imaginario basada en el *Doctor Faustus* de Thomas Mann que acababa de ser publicado y que había leído con fervorosa admiración; después lo olvidó.

En general, las novelas *mainstream* que escribió por aquel entonces no denotan la influencia de sus lecturas. En ellas podemos ver la evolución de técnicos reparadores de televisores que envejecen, vendedores de discos angustiados que sueñan con convertirse en disc-jockeys y parejas en crisis. Decir evolución quizá sea excesivo: atrapados en una vida cotidiana desolada, se arrastran por un camino que los conduce de la depresión a la desesperación. Esos libros de factura floja y deshilachada, repletos de diálogos de una inquietante inanidad y que revelan en su estado bruto la profunda melancolía del autor, eran lo que Dick hubiese pagado por escribir y por parecerse a Thomas Mann. En cambio, por las historias de hombrecitos verdes y de platillos voladores era a él a quien le pagaban, y éstas, en el mejor de los casos, lo habrían convertido en un nuevo A. E. Van Vogt, con el que lo habían fotografiado en uno de esos encuentros en los que los adeptos del género manifiestan su gregarismo de ilotas. La foto había aparecido en un *fanzine* bajo el título «Lo viejo y lo nuevo»: tres años de carrera lo habían elevado al rango de joven esperanza.

La especialidad de Van Vogt y de otros, como Lafayette Ron Hubbard, que más tarde fundaría la iglesia de cientología, era un *aggiornamento* galáctico de la «canción de gesta», llamada *space opera*. Este género nos muestra a los valientes terrícolas destruyendo las hordas de mutantes llegadas del espacio; se trata sólo de combates entre titanes, de pruebas de iniciación, de demostraciones de poderes sobrenaturales. Además de esta escuela naif y picaresca, a la que algunos críticos objetaban, no sin razón, ofrecer ilusiones compensadoras a un público de desheredados, existía otra escuela, más adulta según sus representantes, que del concepto «ciencia ficción» sólo retenía el primer termino y cuya principal preocupación era la de describir el futuro con exactitud: sus autores se devanaban los sesos extrapolando el desarrollo de las técnicas existentes, o al menos factibles, con la esperanza de que un lector del año 2000 no se sintiera desorientado al leer sus libros.

Dick no sentía ninguna inclinación por esa forma de imaginación arrogante y tecnológica. Sin embargo, respetuoso del mercado, se adaptó a ella en sus comienzos, escribió *space operas* que emulaban a Van Vogt y se abonó a varias revistas de divulgación científica. Después de leer un artículo sobre las críticas de la investigación rusa a la teoría restringida de la relatividad, su conciencia profesional

lo llevó a escribirle a uno de esos investigadores, el profesor Alexandre Topchev, de la Academia Soviética de las Ciencias, con la esperanza de obtener alguna información de primera mano, algo así como una primicia para físicos que pudiera servirle de material para un cuento. Nunca recibió una respuesta. Pronto los editores advirtieron que esa escrupulosidad científica engendraba unos libros mortalmente aburridos, de modo que se volvió a imaginar cualquier cosa: reversión del curso del tiempo, viajes a la cuarta dimensión, taxis espaciales para ir a pasar la noche a los anillos de Saturno, etcétera.

A mediados de los años cincuenta se consolidó una nueva tendencia con la que Dick se sintió sin duda mucho más a gusto. Autores como Robert Sheckley, Fredric Brown o Richard Matheson comenzaron a publicar relatos impregnados de un humor negro y mordaz y enraizados en una cotidianidad que sus tramas tortuosas transformaban en pesadilla. Eran relatos destinados la mayoría de las veces al fracaso, contruidos en torno a un desenlace final que confundía los puntos de referencia y trastocaba subrepticamente el orden de las cosas. A medio camino entre el fantástico tradicional y la ciencia ficción, esta escuela es poco conocida en Francia (yo mismo pude comprobarlo cuando publiqué una novela, *El bigote*, que era casi una imitación de Matheson, nombre que ningún crítico mencionó, mientras que el de Kafka apareció en muchas críticas). O bien, si es conocida, sólo lo es gracias al cine y la televisión: su espíritu está presente en series como *The Twilight Zone* o *Los intocables*, cuyos guiones fueron escritos por los autores citados arriba, y en la película modelo de Don Siegel *La invasión de los ladrones de cuerpos*.

He aquí la historia: en una pequeña ciudad americana, unas extrañas hortalizas se apoderan de sus habitantes. Estos aparentemente no sufren ningún cambio, siguen siendo el médico, el estanquero o el barman que todos conocen y estiman. Sin embargo, ya no son ellos, sino mutantes, extraterrestres decididos a invadir insidiosamente nuestro planeta. El protagonista, que al comienzo no sospecha nada, advierte a continuación en algún pariente o vecino una actitud extraña; empieza a hacerse preguntas, a buscar respuestas razonables hasta que al final la respuesta irracional, imposible y verdadera acaba por imponerse: esas extrañas calabazas que se ven en los invernaderos adoptan al crecer la forma de cuerpos humanos, los de los habitantes que en la fase final de su crecimiento sustituyen y arrojan a la basura. De modo que hay que desconfiar de todos. Detrás de cada rostro familiar y querido puede ocultarse un monstruo despiadado. Nada permite distinguir a los hombres verdaderos, si todavía quedan, de los que han sido «sustituidos». Incluso el protagonista corre ese riesgo. Querría asegurarse, si esto ocurriera, de que los supervivientes lo neutralizaran y evitar de este modo hacerles daño. Pero sabe que cuando ocurra no lo aceptará y que sólo querrá hacer daño a

los hombres, pues ya no será uno de ellos, ya no será él.

Reacio a las salas de cine, Dick no vio la película cuando salió, pero se la contaron y durante unos días creyó que le habían robado la idea. Dos años antes había publicado un cuento sobre el mismo tema, adoptando el punto de vista de un niño persuadido de que su padre ha sido sustituido por una criatura monstruosa. Cuanto más exacto es el parecido, más convencido está el niño de la sustitución; y, mientras busca en el incinerador del garaje los restos de su verdadero padre, el impostor, en el salón, se lamenta con la madre de la excesiva imaginación del niño.

Averiguó y supo que la película se basaba en un relato de Jack Finney, publicado unos meses antes que el de él. Llegó a la conclusión, con razón, de que la idea tenía que estar en el aire.

3

George Smith y George Scruggs

En aquellos tiempos de la guerra fría y la caza de brujas, imperaba una doble sospecha. Por un lado, el FBI, galvanizado por las conjuras del senador Joseph McCarthy, que sospechaba que todos los ciudadanos americanos eran comunistas camuflados, por más que, según confesó el mismo Edgar Hoover, no había más de veinticinco mil miembros del Partido en todo el país, incluidos los agentes federales infiltrados en una proporción de uno por cada seis. Por el otro, los ciudadanos americanos que no eran necesariamente comunistas, pero sí sospechosos de serlo, y que a su vez sospechaban que sus vecinos eran policías que sospechaban de ellos, o por lo menos delatores dispuestos a denunciarlos. Esos seres malignos que, en *La invasión de los ladrones de cuerpos* y en decenas de fábulas similares, se infiltran entre nosotros, podían muy bien ser tanto agentes de Moscú como del FBI, encargados de atraparlos: la intención de los autores importaba menos que la predisposición receptiva del público. Cada cual, más o menos inconscientemente, identificaba a su enemigo detrás del rostro impassible y horriblemente familiar del vecino: un maldito rojo para el granjero del Medio Oeste, un poli fascista asqueroso para el habitante de Berkeley.

Desde los años treinta, Berkeley era la capital roja de Estados Unidos. No sólo porque existía un núcleo de «verdaderos» comunistas, miembros del Partido

americano, sino porque todo el mundo se consideraba más o menos compañero de viaje y hablaba un dialecto de obediencia marxista, en el que «capitalista» quería decir «fascista» y designaba a todo el que tuviera alguna relación con la autoridad o simplemente llevara puesta una corbata.

Dick había crecido en ese ambiente. Su canguro, una tal Olive Holt, no se cansaba de comparar la gran vida de los trabajadores de la Unión Soviética con la suerte del proletariado americano, cuya sangre y sudor engordaban a los vampiros de Wall Street. Su madre, sin llegar a inscribirse en el Partido, aprobaba esos discursos. Su mujer hacía unos discursos muy similares, pero chillando; y a veces, después de los cursos de ciencias políticas a los que asistía, solía participar en alguna manifestación cuyos eslóganes adoptaba. Dick, por su parte, no sentía ninguna simpatía por el comunismo y era visto por los amigos que Kleo invitaba a casa como un reaccionario irrecuperable. De sus lecturas, y en especial de las de Orwell y de Hannah Arendt, había extraído una filosofía política que no daba la razón ni al comunismo ni al fascismo, negando al primero sus mejores intenciones y tomando en consideración sólo los resultados de ambos sistemas, es decir, la instauración de regímenes totalitarios. Discutiendo un día con un comunista, el dogmatismo y la estrechez de miras de este último lo habían exasperado. Esto no le impedía admirar a las grandes figuras revolucionarias, identificarse instintivamente con los perseguidos y, sin llegar a amar a la Unión Soviética, odiar a los burgueses aterrados por ella. De modo que Phil no desentonaba con su entorno, donde todos eran «radicales», es decir, según la definición extremadamente precisa del FBI, «favorablemente orientados hacia grupos y personas que a su vez se encontraban favorablemente orientados hacia el comunismo».

Las personas así orientadas no dejaron de advertir los brillantes comienzos del senador republicano de California, Richard Nixon, que había hecho su aparición a finales de los años cuarenta en el condado de Orange. Aquella región asquerosamente reaccionaria, a mil kilómetros al sur, donde ningún ser humano había puesto ni pondría nunca los pies, representaba para la gente de Berkeley algo así como un antimundo. Nixon era su emanación ideal, un bruto socarrón de lívido mentón y pelo engominado que se fotografiaba en Stetson junto a su colección de armas de fuego. Nadie aún se había preguntado abiertamente si se fiaría de un individuo así como para comprarle un coche de segunda mano y, sin embargo, él se había ganado ya el apodo de *Tricky Dick*, «Dick el tramposo», y desde los comienzos de las carreras de ambos, el Dick del que les hablo vio en el otro a un enemigo personal. En la *Berkeley Gazette* decían que tenía las falanges vellosas y que debía su elección a una feroz campaña de difamación contra su rival demócrata, acusada de ser lesbiana y «roja hasta en la ropa interior». De modo que nadie se sorprendió

cuando el senador Nixon, nombrado miembro de la comisión encargada de investigar sobre las actividades antiamericanas, se distinguió por su celo. Comparado con él, McCarthy era un simple gritón a quien el senado hizo callar apenas se hartó de él. Pero nadie hacía callar a Nixon: él no levantaba la voz, tramaba sus jugadas a traición. Cuando Phil Dick publicó su primer cuento, en 1952, *Tricky Dick*, compañero de fórmula de Eisenhower, fue elegido vicepresidente de los Estados Unidos. La época en la que los canguros podían declararse abiertamente comunistas había quedado definitivamente enterrada.

Un día de invierno de 1955, Dick se encontraba solo en su casa, escuchando una sinfonía de Beethoven, cuando dos hombres, que en un principio confundió con vendedores a domicilio, se presentaron en su casa. Uno era alto y gordo, el otro bajo y delgado, contraste que sus ropas idénticas acentuaban. Los dos llevaban trajes grises, sombreros de fieltro y zapatos negros lustrados, como los Intocables, cuyos primeros episodios se pasaban en la tele, y como su padre, que se había vuelto tan obtuso, rígido y conservador que ya no lo veía desde hacía muchos años; desde Hiroshima precisamente, ya que Edgar no admitía que su hijo desaprobara el enérgico «disparo de intimidación» contra los japoneses.

Los dos tipos no tenían nada que vender; mostraron en cambio las credenciales del FBI. Para dar un aire desenfadado, Phil quiso contar un chiste que había leído en el suplemento *Talk of the town* del *New Yorker*: unos agentes del FBI interrogan al vecino de un sospechoso; el vecino señala que la persona en cuestión con frecuencia escucha sinfonías. «¿Sinfonías? —preguntan los agentes del FBI—. ¿Y en qué idioma?»

Aunque el chiste fuera más bien simple, Phil se hizo un lío mientras lo contaba. Y como le ocurría siempre que se sentía confundido, su voz se tornó aguda, volviendo al falsete de su adolescencia. Los dos agentes, en el umbral, ni siquiera sonrieron.

—Seguro que no eran muchachos de nuestro departamento —observó uno de ellos.

Cuando entraron en la casa vieron la máquina de escribir y el tocadiscos, que Phil apagó con un gesto nervioso. Se notaba que desaprobaban que aquel tipo alto, en mangas de camisa y mal afeitado perdiera el tiempo en su casa a las once de la mañana en lugar de ir a trabajar como todo el mundo a una oficina, a un taller o a una tienda. El más corpulento quiso saber qué escribía exactamente; la respuesta de

Phil le pareció divertida: historias de marcianos, de hombrecitos verdes, en fin, cosas para chicos; ah, claro, dijo, nunca las leía, pero entendía... Su sonrisita denotaba un desprecio al que Dick ya estaba acostumbrado, pero que lo humilló todavía más viniendo de semejante interlocutor. Por un momento pensó que se interesaban por él porque era un escritor de ciencia ficción. La sospecha tenía sus fundamentos; si él hubiese sido un agente del FBI también la hubiese tenido. Un escritor de ciencia ficción se dirige al gran público, a personas incultas que no leen nada más que eso y que por lo tanto son más fáciles de manipular; se encuentra en una situación ideal para intoxicar sus mentes, como un ingeniero hidráulico para distribuir veneno en las reservas de agua de una gran ciudad. Sin olvidar que también podría, sin ningún problema, y mientras cree dejarse llevar por la imaginación, descubrir y desvelar secretos tecnológicos vitales para la defensa del país. Sí, Dick no tenía dudas, si hubiera sido cazador de brujas no se habría molestado por los escritores elitistas de la costa este o los directores de cine de Hollywood declaradamente rojos, encargados sin duda de distraer la atención; él no se habría dejado engañar y habría vigilado continuamente a los verdaderos manipuladores de la opinión pública, a los que bebían de la fuente, a través de esa literatura proletaria y pueril que todos fingían despreciar.

—¿Tiene usted alguna actividad política, señor Dick? —preguntó el agente más alto.

Contestó que no, con toda sinceridad. Nunca había militado en nada, ni siquiera votado; lo más subversivo en su vida era su pasión por Dostoievski y por *Boris Godunov*, ópera de la que poseía dos versiones.

—Pero su mujer forma parte de la sección estudiantil del Partido Socialista de los Trabajadores. ¿Le habla de las reuniones a las que asiste? —insistió el agente.

—No, ya sabe que no me interesa.

—Pero si usted manifestara interés, quizá ella le contaría algo. ¿No cree que sería una buena idea?

A Dick le costaba creer que le propusieran tan descaradamente espiar a su propia mujer. No, no podía ser: quizá se había topado con falsos agentes del FBI. ¿Para qué recurrir a él cuando todos sabían, incluida Kleo, que el Partido Socialista de los Trabajadores y otros pequeños partidos de izquierdas estaban infestados de espías? Además, suponiendo que lo necesitaran por alguna razón, hubiesen debido acercarse a él a través de largas y sutiles maniobras, tendiéndole una trampa, o

haber puesto el asunto sobre la mesa sólo después de haberle quitado cualquier posibilidad de escapatoria. Pero quizá la trampa estaba ahí y él no la veía.

Como no sabía lo que realmente estaban tramando, se hizo el tonto y repitió que no, que no le interesaba. Tampoco parecía interesar demasiado al agente delgado y silencioso que, de pie frente a su escritorio, escrutaba sin inmutarse la hoja colocada en la máquina de escribir. Su colega más grande quiso saber entonces si Dick tenía alguna simpatía por el Partido Comunista. Intelectualmente ninguna, pero esta vez tampoco entendió el sentido de la pregunta. Si estaba prohibido ser comunista, ¿qué respuesta esperaban que diera? De pronto recordó la respuesta de un célebre espía inglés a una pregunta similar. La elegancia de la ocurrencia lo había encantado, y en vano había buscado la oportunidad de repetirla.

—No —dijo—, no tengo ninguna simpatía por el Partido Comunista. Pero sabe usted muy bien que si la tuviera diría lo mismo.

Por muy pertinente que fuera, aquella salida pareció perturbar a los dos hombres, que se miraron y después se despidieron anunciando que volverían. Al quedarse solo, Dick se preguntó si había despistado sutilmente a dos imbéciles o bien había caído en una trampa. Sumido en sus pensamientos, recordó una frase que había subrayado en un libro de Bertold Brecht, famoso rojo y autor preferido de su mujer: «Reía porque sus enemigos no podían alcanzarlo; no sabía que se ejercitaban para errar el tiro».

Por un momento, Kleo se lo tomó muy en serio, proclamando a los cuatro vientos que los Estados Unidos se habían convertido en un país fascista. Después las cosas se calmaron. Durante un período George Smith y George Scruggs —así es como se llamaban los agentes— lo visitaron una vez por semana. Smith, el gordo, hacía las preguntas y hablaba de cualquier cosa, mientras que Scruggs, el flaco, aguardaba con discreción, como si, no teniendo nada que hacer, acompañara a su amigo a una cita que no le incumbía. Kleo dedujo que él era el más peligroso de los dos, pero ninguna prueba pudo confirmar esta impresión. Cuando se marchaban, dejaban unos formularios que recuperaban, completados, una semana más tarde. Los presentaban como encuestas de opinión, cuando en realidad se trataba sin duda de unos tests destinados a determinar hasta qué punto la gente pensaba correctamente. Estos tests, como la conducta de los dos George, desorientaban en la medida en que no se sabía cómo tomarlos. Las preguntas recordaban a las del servicio de inmigración al entrar en el país: «¿Es usted toxicómano?, ¿Terrorista?, ¿Tiene pensado asesinar al presidente de los Estados Unidos?». Cuanto más idiotas parecían, y más evidentes las respuestas, más aumentaban, según Dick, las

posibilidades de que escondieran trampas, como ocurría con el nivel K del *Minnesota Multiphasic*, el conocido «nivel de la mentira». Por ejemplo, se daba a elegir entre estos tres enunciados:

«Rusia: 1) está debilitándose; 2) está fortaleciéndose; 3) sigue más o menos en el mismo nivel que el mundo libre».

Naturalmente, era conveniente marcar la casilla 2 para demostrar que uno compartía la inquietud de los dirigentes ante la potencia creciente de Rusia y su convicción sobre la necesidad para el mundo libre de duplicar continuamente el presupuesto militar. Pero la pregunta siguiente volvía sospechosa la primera:

«La tecnología rusa es: 1) muy buena; 2) correcta; 3) nula».

Optando por la casilla 1 se daba la impresión de felicitar a los comunistas. La 2 era la mejor opción y correspondía sin duda a la realidad. Por otro lado, el modo en que la 3 estaba formulada invitaba a todos los ciudadanos bienpensantes a marcarla sin pensarlo, ¿qué otra cosa podía uno esperar de esos eslavos primitivos y esclavizados sino una tecnología nula? Pero, en este caso, ¿cómo era posible que una nación con una tecnología nula acrecentara cada vez más su poderío? La respuesta, por suerte, estaba implícita en la siguiente pregunta:

«El mayor enemigo del mundo libre es: 1) Rusia; 2) nuestro elevado nivel de vida; 3) los elementos infiltrados secretamente entre nosotros».

—De acuerdo —decía Kleo—, marquemos la 3. Pero si he entendido bien lo que quieren decir, los elementos infiltrados secretamente entre nosotros... ¡debemos de ser nosotros!

Se reían, jugaban a darse miedo. Se sabían insignificantes.

Más tarde, George Scruggs empezó a visitarlos solo o acompañado por *Merton*, su perro de caza alemán. Los Dick se preguntaron si ese cambio de régimen correspondía a una nueva maniobra o simplemente a una merma en la vigilancia. Después se supo que, como no vivía muy lejos, a George el flaco le gustaba detenerse un momento en casa de los Dick, de camino a su despacho, a charlar un poco. Sus visitas ya no eran tan amenazadoras. A diferencia de su inculto y altivo colega de trabajo, parecía impresionado de conocer a un escritor. Quería saber cómo se le ocurrían las ideas y hasta llegó a leer uno de sus libros. Todo este interés halagaba a Phil. Aunque sospechara que George Scruggs intentaba ganarse su

confianza para más tarde acorralarlo mejor, acabó entablando con él una relación de camaradería. Cuando se enteró de que Phil no sabía conducir, George se ofreció para darle algunas lecciones. Aquel hombre diminuto tenía también un coche increíblemente pequeño: Phil tenía que contorsionarse para introducir en él sus largas piernas. Todos los domingos por la mañana, atrapado entre el asiento y el volante, pasaba una o dos horas discutiendo con el agente federal y descubriendo el placer de mistificarlo. Detrás de la apariencia de autoritarismo requerida para su función, había en George Scruggs una persona honesta y de buena fe que lo convertían en la víctima ideal de un sofista. Estaba abierto al razonamiento, más de lo necesario para su oficio, y Phil se aprovechaba de esto para hacerle tragar por medio de bromas, a través de la imaginación o de la lógica pura, ideas perfectamente subversivas.

Un día, mientras daban lentamente la vuelta a la manzana, el alumno interrogó al maestro sobre los informes elaborados por el FBI relacionados con él y Kleo. Molesto, George Scruggs se encogió de hombros, murmurando algo vago.

—Dígalo —insistió Dick—. Usted sigue pensando que mi mujer es comunista.

—Asiste a las reuniones del Partido Socialista de los Trabajadores, y el Partido Socialista de los Trabajadores es un submarino del Partido Comunista. Ha firmado la proclama de Estocolmo. Lo siento, pero sí, sigo pensándolo.

—¡Pero vamos! —dijo Phil, guiñándole un ojo—. Es cierto que Kleo asiste a las manifestaciones, repite consignas de izquierdas y firma peticiones. Pero esto nos demuestra sólo una cosa, y usted lo sabe mejor que yo: que Kleo no es comunista. Si lo fuera, tendría más cuidado.

—De acuerdo —dijo George Scruggs. Esta simple concesión indicaba que Phil lo tenía en el bote: George Smith nunca hubiera dicho «de acuerdo»—. Pero ¿cómo reconocer a un comunista entonces, si no va a las manifestaciones, ni repite consignas, ni firma peticiones?

—Pues bien, se lo reconoce porque precisamente no hace nada de todo esto. Además, usted ya lo sabe: finge vigilar a los honestos e inofensivos compañeros de viaje, como mi mujer, pero los que realmente le interesan son aquellos que no se dejan ver. O los que gritan más fuerte contra los comunistas. No me tome por ingenuo.

George Scruggs se rascó la cabeza. Phil había notado que era fácil confundirlo atribuyéndole segundas intenciones maquiavélicas. Entonces él empezaba a preguntarse si en realidad no las tenía.

—De todas formas —protestó débilmente— estamos obligados a basarnos en indicios, en lo que la gente hace. De lo contrario, ¿cómo saber lo que les pasa por la cabeza?

—Vamos, George, que no nació ayer.

George se ponía cada vez más nervioso. Sin saber ni cómo ni cuándo había empezado la cosa, tenía la impresión de haber intercambiado los roles con su interlocutor. Si Phil le hubiese revelado que él también era un agente del FBI, su superior jerárquico disfrazado de mísero escritor zarrapastroso, no se habría sorprendido demasiado.

—Si todos razonaran como usted, todo el mundo en este país sería peligroso...

—¿Y quién dice lo contrario?

—Vamos... Con ese criterio, Nixon es un rojo.

Un destello de ironía iluminó los ojos azules de Phil, que sonrió:

—George, espero que recuerde que no fui yo quien lo dijo.

La conversación lo hizo reflexionar, en particular la observación desanimada del agente del FBI sobre la dificultad de saber qué ocurre en la cabeza de la gente. Se preguntó qué efecto le haría encontrarse dentro de alguien tan diferente de él como George Scruggs. O, peor aún, como George Smith. O su padre. O Richard Nixon.

Por un momento acarició la idea de intercambiar, lo que dura un libro, su cerebro por el de Nixon, luego la abandonó: Philip K. Dick despertándose una buena mañana en el lugar del senador de California, y este último en el de un escritor de mala muerte de Berkeley, sin duda había con qué construir una buena historia, llena de implicaciones, pero no pensaba precisamente en eso. En un manual de filosofía había descubierto la distinción entre el *idios kosmos*, la visión singular del universo que cada uno de nosotros tiene en su cabeza, y el *koinos kosmos*, que representa el universo objetivo. Cuando hablamos de «la realidad», nos referimos por comodidad al *koinos kosmos*, pero el *koinos kosmos*, en el sentido

estricto del término, no existe: su percepción es el resultado de un acuerdo convencional entre los hombres, preocupados por que sus relaciones se desarrollen sobre un terreno estable; una suerte de ficción diplomática, el mínimo común denominador entre mi *idios kosmos* y el de mis vecinos, suponiendo que mis vecinos existan y que no estoy solo en el mundo, como pretendería un idealismo intransigente.

En realidad, su idea no consistía en intercambiar su *idios kosmos* con el de otro —con el riesgo de no darse cuenta de nada, dado que pasaría a ser otro y ya no sería él—, sino en visitar el *idios kosmos* de otro sin abandonar el suyo. De viajar por ese *idios kosmos* como por un país extranjero. Sólo necesitaba un artificio para realizar ese viaje, y el género al que pertenecían sus obras tenía al menos la ventaja de ofrecerle artificios a montones. Esa misma noche escribió a máquina las siguientes líneas, un condensado sorprendente de eso que hace que buena parte del público culto que abre un libro de ciencia ficción se niegue a aventurarse hasta la página siguiente:

«El deflector de haces de protones del bevatrón de Belmont traicionó a sus inventores a las cuatro de la tarde del 2 de octubre de 1959. Lo que ocurrió después, ocurrió en un instante. Sin desviarse ya de manera adecuada —y, por tanto, fuera de control—, el haz de seis mil millones de voltios se disparó hacia el techo de la cámara incinerando en su camino una plataforma de observación desde la que se dominaba el imán en forma de rosquilla. Había ocho personas sobre la plataforma en ese momento: un grupo de visitantes y su guía. Privados de su plataforma, los ocho cayeron al suelo de la cámara del bevatrón y quedaron allí, heridos y aturcidos, hasta que el campo magnético se extinguió y la intensa radiación fue parcialmente neutralizada».

En el siguiente párrafo, los ocho accidentados recobran el conocimiento: unos son hospitalizados y los heridos leves son dados de alta. Todo parece haber vuelto a la normalidad, si no fuera por algunos detalles insignificantes que dejan una impresión de inquietud. Pronto esos detalles se revelan menos insignificantes: un improperio atrae alrededor de la cabeza del que lo ha pronunciado una nube de langostas; un ruego murmurado mecánicamente es atendido de inmediato. Los supervivientes enseguida advierten que han caído, sólo Dios sabe cómo, en un mundo disoluto: en él las supersticiones más absurdas tienen la misma autoridad objetiva que las que en el mundo «verdadero» corresponden a las leyes de la física, la oración reemplaza a la técnica, quienquiera que dé un paso en falso es castigado por el fuego celestial: en suma, el universo mental de un predicador enajenado.

De hecho, las cosas están más o menos así: los protagonistas comprenden que en realidad siguen en el bevatrón, inanimados; pero la energía liberada por el accidente ha transformado el universo personal de uno de ellos, que es sin duda el que está más cerca de recobrar la conciencia, en un universo mental colectivo del que los demás son prisioneros. Como dice una protagonista abrumada: «Nos encontramos sometidos a la lógica de una religión inverosímil, una mezcla de islam y de cristianismo medieval, las creencias de un viejo entusiasmado con un culto de locos en el Chicago de los años treinta. Somos prisioneros de su mente».

Dick se divirtió mucho describiendo ese universo delirante. Pero no tenía intención de pasar dentro de él todo el libro: al colocar a ocho personas en el bevatrón pretendía visitar el *idios kosmos* de cada una de ellas. Al fundamentalismo religioso de un ex combatiente, parecido a su padre, hizo suceder la utopía puritana de una afable pequeña dama de buenos sentimientos, amante, como su madre, del arte, la belleza y la pureza, y que detesta, igual que ella, el desorden, el sexo y la vida orgánica, y está persuadida de que se puede separar el bien del mal, es decir, suprimir el mal: y así, suprimiendo los males de este mundo, eliminar no sólo los objetos, sino algunas categorías enteras: las bocinas, los basureros que hacen ruido desplazando los contenedores de basura, los vendedores a domicilio, la carne, la miseria, los órganos sexuales, el asma, la ebriedad, la suciedad, Rusia, la música dodecafónica...

Mejorado de este modo, a través de la eliminación cada vez más frenética de los elementos que ella considera indeseables, el mundo de la dama caritativa se autodisuelve cediendo su lugar a otro, más atroz aún, el de una joven paranoica. Un mundo glacial, pérfido, irreprochablemente normal aunque cargado de amenazas. Todo en él tiene un significado, todo forma parte de una conjura. Todo es hostil, peligroso y engañoso, incluidos los objetos. Los personajes, de la mano de esta mente enferma, son presas del pánico. Hasta ahora, cada mundo es peor que el precedente. ¿Cómo será el próximo, si es que hay uno? Tres personajes, que parecían del todo insignificantes, un viejo soldado, una dama caritativa y una secretaria inhibida, han resultado ser un fanático religioso, una puritana monomaniaca y una psicótica. ¿Qué abismos esconderán los otros? Peor todavía, se preguntan los más inteligentes, ¿qué abismos lleva cada uno dentro de sí? ¿Qué pesadilla sería para sus compañeros si les impusieran su propio universo?

Desde el comienzo de la novela, Dick se apresuró a presentar, entre los visitantes del bevatrón, a una pareja de la que se sospecha que la mujer, Marsha, es comunista. Ella le jura a su marido que no es cierto, pero él empieza a dudar. Y como la paranoica termina, como su lógica lo exigía, haciéndose devorar por dos de

sus compañeros transformados en insectos gigantes, vuelve a cambiarse de mundo para encontrarse en el de un militante comunista. Al escribir este capítulo Dick recordó las historias de Olive Holt, los discursos que hacía el exasperante compañero de Kleo, y se zambulló de cabeza en la historia: capitalistas sedientos de sangre, milicias fascistas, negros linchados en cada esquina, ciudades dominadas por gánsters, hordas de niños hambrientos hurgando en los basurales, así era como un comunista convencido veía a los Estados Unidos.

Pero ¿quién es el comunista convencido? ¿De qué miembro del grupo emana esta visión a la vez monstruosa y grotesca? Todas las sospechas recaen evidentemente sobre Marsha, denunciada desde el comienzo por el jefe de seguridad del bevatrón. Y, a pesar de sus negativas, su marido, desesperado, empieza también a creerlo, a creer que Marsha siempre le ha mentado.

Sobre este punto, Dick exageraba: sus divergencias políticas con Kleo nunca tomaron ribetes tan dramáticos. Pero era importante para él que la identificación del «rojo» fuera el momento culminante del libro. Mientras escribía a máquina el último capítulo, apenas dos semanas después de haber empezado, imaginaba a George Scruggs leyendo el libro: ¿adivinaría el golpe final? ¿Habría sospechado que el comunista infiltrado en el grupo no era la generosa militante de izquierdas, sino el repulsivo jefe de seguridad, el esbirro del gran capital que finge estar obsesionado por los «rojos», el jefe de los cazadores de brujas?

Cuando *Ojo en el cielo* fue publicado al año siguiente, Phil le regaló uno de los tres ejemplares que el editor le había ofrecido a su amigo del FBI. McCarthy acababa de morir de una cirrosis y una serie de sentencias de la Corte Suprema había puesto fin a la caza de brujas. George Scruggs ya no los visitaba desde hacía tiempo. Sin embargo, volvió una vez más, para agradecerle el regalo y comentarle sus impresiones. Parecía como si no hubiese entendido, aunque fueran más que claras, la mayor parte de las alusiones políticas, por no decir nada de la dimensión filosófica. Dick intentó en vano iniciarlo en las nociones de *koinos kosmos* y de *idios kosmos*. Lo único que le interesaba era la verosimilitud científica del postulado: ¿era realmente posible esa especie de dominación psíquica? ¿Quizá gracias a la hipnosis o a una droga? Dick no pudo resistirse al placer de enredarlo una última vez y, recordando la carta ingenua que él había escrito cinco o seis años antes, declaró mantener sobre este asunto una correspondencia con el profesor Alexandre Topchev, de la Academia Soviética de las Ciencias.

—Sí, eso ya lo sabía —observó distraídamente George Scruggs. Y esta vez

fue Dick quien se preguntó si no era el otro quien le tomaba el pelo.

4

¿Qué es lo que hacía realmente?

La primera alerta se produjo una noche en que Kleo había preparado una lasaña. Después de cenar, conversaban escuchando música cuando Phil sintió un dolor en el estómago. Se levantó diciendo que iba a buscar un medicamento y enfiló por el pequeño pasillo oscuro que conducía al cuarto de baño.

Frente a la puerta, buscó a tientas el cordón de la lámpara.

«¿Estás bien?», preguntó Kleo desde el comedor. «Sí», respondió él. Pero no encontraba el cordón. Sin embargo, sabía que colgaba a la izquierda de la puerta. Era absurdo. Con los brazos y los dedos extendidos empezó a dar vueltas en la oscuridad. Tuvo un arrebato de pánico, como si todo hubiese desaparecido a su alrededor. De tanto agitarse, su cabeza chocó con la esquina del botiquín. Los frascos de cristal del estante se tambalearon. Lanzó un insulto. La voz de Kleo, increíblemente lejana, repitió: «¿Estás bien?». Luego: «¿Qué pasa?». Phil murmuró, sin duda no lo suficientemente fuerte como para que ella lo oyera, que no encontraba el maldito cordón de la lámpara..., cuando de pronto comprendió que el cordón no existía. Existía, sí, y siempre había existido un interruptor a la derecha de la puerta. Lo encontró sin ningún problema y lo activó con un golpe seco. La bombilla del techo se encendió. Observó el cuarto de baño con desconfianza. Todo parecía normal, no muy limpio, pero normal. Había algo de ropa interior secándose sobre la bañera. Una cucaracha atravesó las baldosas del suelo. Se contuvo para no aplastarla.

Abrió el botiquín evitando su imagen reflejada en el espejo, enderezó un frasco caído, cogió el de las pastillas para el dolor de estómago y tomó una con un vaso de agua. Después, tras apagar la luz con cuidado, para que el interruptor no hiciera ningún ruido, regresó al comedor. Kleo había terminado de recoger la mesa y lavaba los platos en la cocina. Phil se acercó, pensando: «¿De dónde he sacado el recuerdo del cordón de una lámpara? Un cordón preciso, de una longitud precisa, en un lugar preciso. No buscaba a tientas porque sí, como lo hubiese hecho en un cuarto de baño ajeno. No, buscaba el cordón de una lámpara que estoy

acostumbrado a utilizar, lo suficiente como para crear un reflejo en mi sistema nervioso».

—¿Alguna vez te ha pasado que buscabas el cordón de una lámpara que no existe en lugar de un interruptor? —preguntó Phil.

—¿Por eso has tardado tanto? —dijo Kleo, sin dejar de lavar los platos.

—¿De dónde habré sacado la costumbre de tirar de un cordón de ese tipo?

—No sé. Ya casi no quedan. Hoy todas las lámparas funcionan con interruptores. Quizá sea un recuerdo de tu infancia que ha vuelto a aflorar.

Después Kleo se fue a acostar y él se quedó solo con el gato *Magnificat* en el comedor, que a esas horas se convertía en su despacho. Puso el disco del *Liederkreis* opus 39 de Schumann, en la versión que Fischer-Dieskau acababa de grabar, y se sentó frente a la mesa sobre la que Kleo había colocado de nuevo la máquina de escribir. Afuera pasó un coche y cuando se alejó, ya no se oyeron más ruidos. Era su momento preferido del día. La primera melodía de la compilación, la más bella, hablaba de un hombre que estaba de viaje desde hacía mucho tiempo y que caminaba bajo la nieve pensando con nostalgia en su patria, en su casa. A decir verdad, en el poema no se hablaba de nieve, pero el disco formaba parte de un estuche que contenía también *El viaje de invierno* de Schubert y en la funda podía verse el dibujo de unos copos de nieve, lo cual dejaba poco espacio en la mente del auditor para imaginar un microclima soleado. Se preguntó, y la idea le hizo gracia, si hubiese sido posible componer un poema, luego una melodía, a partir de una experiencia como la que él había vivido: un individuo entra en su cuarto de baño y, en lugar de pulsar el interruptor, se pone a buscar un cordón de lámpara que no existe. Por poco no se levanta y despierta a Kleo para cantarle, acompañado por la melodía que había terminado en ese momento, e imitando la voz de Fischer-Dieskau, los últimos versos del poema que acababa de improvisar: *Es gab keine Lampen-schnur...* No había ningún cordón de lámpara...

A falta de melodía, quizá podía fraguar una historia. Frente a este tipo de percances, la mayoría de la gente se dice: «Qué extraño», y pasan a otra cosa. Él pertenecía a esa categoría de personas que no pasan a otra cosa, que buscan un significado a lo que quizá no lo tiene, una respuesta a algo que ya es temerario considerar una pregunta. Su oficio consistía en imaginar ese tipo de preguntas.

Había escrito ya muchas historias basadas en este principio: un personaje, a través de un detalle cualquiera, descubre que *algo falla*. En una de esas historias, el protagonista entraba en su despacho y descubría que todo había sido imperceptiblemente *modificado*: era difícil precisar qué, pero todo, el lugar que ocupaban los muebles, los mismos muebles, la distribución de la habitación, la cara de la secretaria, todo había cambiado. Al final se descubría que un servicio a la vez oficial y clandestino se encargaba de reconstruir regularmente la realidad, un poco como se restaura un edificio, por vagas razones de seguridad que Phil no se preocupó mucho por especificar. En otra de esas historias, el protagonista, la familia, los amigos y todas las personas que creían vivir en una pequeña ciudad americana de los años cincuenta, vivían en realidad en una vasta escenografía, la de una reconstrucción histórica expuesta en un museo del siglo XXIII. Como los aborígenes en una reserva, salvo que ellos no lo sabían: la gente del siglo XXIII hacía cola para verlos en el museo, pero un sofisticado sistema óptico hacía que ellos no pudieran ver a nadie. De pronto, el protagonista se daba cuenta de todo y trataba de convencer a sus conciudadanos. Y, naturalmente, lo tomaban por loco.

Dick adoraba escribir ese tipo de escenas, exponer minuciosamente los razonamientos del protagonista que dice la verdad y a quien nadie cree, y sabe que incluso él, si la oyera, tampoco la creería. Debían ser aburridas, como habitualmente lo son las escenas obligatorias, inevitables para el desarrollo de una trama pero Phil no se cansaba de ellas. Cuando escribió la historia de la reconstrucción histórica, había obtenido ya un cierto éxito con la escena en la que el protagonista visita a su psiquiatra, el peor interlocutor posible, ya que, le cuenten lo que le cuenten, nunca se preguntará si es verdad o no, sino únicamente de qué síntoma se trata. Phil detestaba esa certeza inapelable que tienen los psiquiatras para decidir qué es real o verdadero, la manera en que, si Galileo les anunciara que la Tierra gira alrededor del Sol o Moisés les refiriera lo que Yahvé le ha dicho, sonreirían benignamente y los invitarían a hablar de sus respectivas infancias. En el fondo, lo que más le gustaba de esas historias, de ese preciso momento de esas historias, era la posibilidad de ser él quien tuviera la última palabra, de negarle la razón a los psiquiatras y dársela en cambio a los pacientes que ellos declaran delirantes. Disfrutaba ocupando ese lugar supremo, ser el que escribe la historia y por lo tanto decide que el psiquiatra, sin saberlo, también forma parte de la reconstrucción histórica: los visitantes del museo, en el siglo XXIII, se ríen a carcajadas escuchando como éste le explica a su desgraciado paciente, el único que ha intuido la verdad, su negación a afrontar la realidad y la fuga de ella que lo lleva a refugiarse en una construcción delirante. Síndrome de aislamiento, diagnostica doctamente el especialista, del mismo modo que sus colegas explicaban la razón por la que Dick escribía historias de hombrecitos verdes en lugar de ejercer una profesión de adulto

responsable: porque se sentía culpable, temía ser maltratado o despedido por su jefe, porque se negaba a crecer. Síndrome de aislamiento. Y tal vez, pensándolo bien, fuera cierto.

Unos meses antes, leyendo *Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente*, Phil había descubierto el caso del presidente Schreber, el magistrado que Freud erigió en el modelo del paranoico, pensando que con esa historia, contada de otro modo, hubiese podido hacer ciencia ficción de primera calidad. *El hombre al que Dios quería transformar en mujer y que los gusanos sodomizarían para salvar el mundo* era un título demasiado largo, pero si la ciencia ficción, como sostenía Anthony Boucher, consistía en hacerse la pregunta «¿y si?», entonces ya tenía algo con qué divertirse: ¿y si el presidente Schreber hubiese tenido razón?, ¿y si su presunto delirio hubiese sido una descripción exacta de la realidad?, ¿y si Freud no hubiese sido más que un científico oscurantista que perseguía rencorosamente al hombre que lo había entendido todo? La idea de que el único hombre que *sabía* estuviera encerrado en un manicomio no tenía nada de insensata, pero lamentablemente no podía ser vendida bajo esa forma al mercado que Phil abastecía: ningún editor de ciencia ficción hubiese aceptado a Freud y Schreber como protagonistas de una novela. Por otra parte, nada le impedía escribir la historia del cordón de la lámpara con él de protagonista. Al fin y al cabo, era él quien había vivido aquella experiencia.

Sí, contar la historia de un escritor de ciencia ficción que un buen día, buscando el cordón de una lámpara, descubría que algo fallaba.

Todo transcurriría en un ambiente *mainstream* bien concreto: la pequeña ciudad, las pequeñas casas, los pequeños jardines, los perros de los vecinos, el mecánico huraño con pipa de mazorca de maíz, el olor a tarta de manzana hecha por la amable vecina. Sólo que en realidad sería una novela de ciencia ficción, es decir, que, primero, sería publicada, y, segundo, que el protagonista tendría razón: sin duda algo fallaba, el mundo no era lo que parecía ser, sino un marco, un trampantojo ingeniosamente ordenado para engañar a sus habitantes y ocultarles... ¿qué cosa?

Como las novelas cuyo protagonista es un escritor suscitaban en los editores una legítima desconfianza, en *Tiempo desarticulado* Phil cambió de nombre y de oficio. Desde hace muchos años, Ragle Gumm se gana la vida contestando a las preguntas de un concurso organizado por una gaceta local y titulado: «¿Dónde aparecerá el hombrecito verde mañana?».

Los cupones de respuesta tienen la forma de una rejilla: el hombrecito verde se encuentra en una de las cientos de casillas que componen estas rejillas. Todos los días cambia de casilla y todos los días la gaceta publica una serie de frases enigmáticas, como por ejemplo: «Un gato vale más que dos lo conseguirás», que, teóricamente, tienen que ayudar a localizar la siguiente casilla. Como sospecha que estas frases contienen una información escondida, Ragle procede a partir de ellas por asociación libre de ideas, pero apoyándose también en los resultados anteriores que ha ido cuidadosamente archivando desde que participa en el concurso. Su método, una mezcla de deducción y de inspiración pura, se revela curiosamente eficaz: Ragle gana siempre y sus ganancias le permiten vivir. Vivir mal, sin duda, pero vivir. Lo que en un principio no era más que una broma, una manera de ganar unos dólares jugando a las adivinanzas, ha terminado convirtiéndose en una ocupación diaria. El juego se ha transformado en yugo. La gente no lo entiende: cree que para él todo consiste en sentarse a la mesa, marcar una casilla al azar, enviar la respuesta por correo y luego cobrar el cheque; lo toman por un haragán que se aprovecha sin escrúpulos de un don inmerecido para pasárselo bien mientras las personas honradas van a trabajar. Nadie imagina el trabajo, la tensión nerviosa que requiere esa ocupación de adolescente retardado y, a pesar de que se siente orgulloso de su independencia, Ragle sufre por la mezcla de envidia y desprecio que suscita en los que le rodean. Con frecuencia sueña con cambiar de vida, abandonar el concurso para ocuparse de otras cosas: sudar bajo los *derricks* y un casco de aluminio, barrer las hojas muertas, examinar las cifras en una oficina. Cualquier otra ocupación le parece más adecuada para un adulto, más fecunda y más *real* que esa absurda manía en la que ha quedado atrapado... Sin embargo, cada mañana llega la gaceta. Después de desayunar, sin siquiera cambiarse de mesa, abre la página del concurso y la rueda de su vida vuelve a girar. Es su karma, sin duda, que así lo quiere (acaba de leer los *Veda*).

Una cosa lo consuela: sabe que lo necesitan. Sin duda, sus repetidos aciertos, su condición de ganador imbatible, desempeñan un papel importante en la publicidad del concurso. A decir verdad, los organizadores *quieren* que gane. Para aumentar sus posibilidades le ofrecen numerosos cupones de respuesta; se trata de un acuerdo secreto entre ellos.

Un día, Ragle se anima y le pregunta al director del concurso si los enigmas sometidos a su sagacidad, y que él resuelve de manera puramente intuitiva, tienen algún significado.

—Literalmente, no — observa el responsable.

—Bueno, pero me gustaría saber si tienen realmente un sentido o si sólo sirven para convencernos de que alguien, encima de nosotros, conoce la respuesta.

—No lo entiendo muy bien.

—Tengo una teoría. No es muy seria, pero me gusta pensar en ella: quizá no hay una respuesta exacta.

—En ese caso, ¿en qué nos basaríamos para decidir que una respuesta es la ganadora y las otras no?

—Quizá eligen ustedes la respuesta ganadora a cosa hecha, porque les parece más estética o simplemente porque es la mía y, por alguna razón, yo *tengo* que ser el ganador de este concurso.

—Tenga cuidado: está usted proyectando su técnica sobre nosotros.

Es entonces cuando se produce el incidente del cordón de la lámpara, que confirma la sospecha de Ragle, aún vaga, de que algo falla. Más tarde, algunos niños jugando en un descampado descubren una vieja guía telefónica en la que figuran unos prefijos que no corresponden a nada conocido. Los números no contestan. Ragle empieza a sentir extrañas sensaciones de desfase, de *déjà vu*. Advierte que todo el mundo en la calle lo reconoce, lo cual quizá se debe a su foto aparecida en la gaceta local, y sin embargo... Más tarde, mientras repara una vieja radio, capta algunos mensajes que parecen proceder de los aviones que sobrevuelan permanentemente la región. Ahora bien, nadie en la ciudad está al corriente de ese intenso tráfico aéreo, o al menos nadie habla de él. Quizá, piensa Ragle, soy el único que lo ignora. Quizá soy el blanco de algo que está tramándose a mis espaldas. Pero no, debo tranquilizarme: estoy imaginándome que soy el centro de una conspiración, que todo el universo gira en torno a mí con el único fin de engañarme. Me estoy volviendo paranoico... Y tan pronto como se dice esto, los mensajes de radio empiezan a hablar de él: «Sí — alcanza a oír a través de las interferencias—. Sí, es Ragle Gumm, están sobrevolándolo. No, no sospecha nada...».

En los relatos que Dick había escrito antes sobre este tema, el protagonista descubría un secreto relacionado nada menos que con el orden del mundo y se desvivía tratando de explicarlo a las personas que lo rodeaban, sin ninguna esperanza de que le creyeran. Esta vez Phil recurrió a otra dramática artimaña, más inquietante todavía. No se trata ya de: «Todos lo ignoran excepto él», sino: «Todos

lo sabían, excepto él»; todos conspiraban para que él lo ignorara. Naturalmente, por más que se desviva tratando de explicar lo que ha descubierto, es recibido con la incredulidad de siempre: la diferencia estriba en que este tratamiento forma parte de la conspiración y que sus conciudadanos, siguiendo la evolución de las sospechas de Ragle Gumm, se dicen: «¡Ay, ay, caliente, caliente!».

Para conducir su investigación, controlada, sin que él lo sepa, por escuadrones de espías, Ragle intenta huir de la ciudad, cosa que se revela imposible, inexplicablemente imposible. Como si, más allá de los suburbios, no existiese nada más y hubiese que evitar a toda costa que él lo descubra. Si conduce un coche, el motor se detiene. Si decide tomar un autobús, la estación se esfuma en la noche. Se desespera. «Si enciendo la radio —piensa—, los escucharé hablar de mí. Porque yo soy el centro de este universo. Se han matado para construir un mundo ficticio en torno a mí, para que me quede tranquilo. Edificios, coches, toda una ciudad. Todo parece verdadero, pero es completamente artificial. Lo que no entiendo es por qué precisamente yo. Y qué sentido tiene este concurso. Es evidente que para ellos es vital, es evidente que todo este trampantojo ha sido construido en torno al concurso. Cuando creo calcular dónde aparecerá el hombrecito verde la próxima vez, en realidad estoy haciendo otra cosa. Ellos lo saben, pero yo no.»

No contaré la novela hasta el final, sólo revelaré la explicación del misterio. A fuerza de astucia, Ragle atraviesa las apariencias y accede a la realidad. Una de las primeras cosas que descubre es un número del *Time Magazine* de 1997 con una foto suya en la portada bajo el título: «Ragle Gumm: el hombre del año». Así se entera de que a fines del siglo XX ha estallado una guerra entre la Tierra y los colonos rebeldes de la Luna, que bombardean nuestro planeta sin descanso. Afortunadamente, la defensa terrestre tiene como jefe a un genio de la estrategia, Ragle Gumm, que, gracias a su reflexión, a su experiencia y, sobre todo, a su intuición, prevé casi siempre dónde caerán los próximos misiles, facilitando la evacuación de las ciudades amenazadas antes de la catástrofe. Pero un buen día, el peso aplastante de la responsabilidad que le incumbe quebranta su resistencia psicológica. Para huir de esto se refugia en una tranquilidad ilusoria, los apacibles años cincuenta de su primera infancia. Síndrome de aislamiento, declaran los psiquiatras afligidos: no pueden hacer nada para curarlo. Entonces a las autoridades terrestres se les ocurre adaptar el ambiente circundante a su psicosis, recrear a su alrededor un mundo donde se sienta protegido. En una zona militar ultrasecreta, construyen una pequeña ciudad, tomando como modelo las ciudades americanas de la preguerra, la pueblan con habitantes-actores y le ofrecen a Ragle la posibilidad de ejercer un pasatiempo que, pese a todo, le permita aprovechar su

talento. Mientras cree resolver los pueriles enigmas de la gaceta, o sea, localizar la próxima aparición del hombrecito verde, en realidad está identificando sin saberlo las coordenadas de los puntos de impacto de los misiles y protegiendo de esta manera a la población terrestre. Hasta el día en que tiene una duda y, mediante toda una sucesión de incidentes insignificantes, comienza a recuperar la memoria. El cordón de la lámpara ha sido el factor desencadenante.

Como este capítulo cierra la época de aprendizaje de mi protagonista, propongo una pausa y un juego para amenizarlo. He aquí tres ejercicios que ayudan a adivinar dónde, en las páginas siguientes, aparecerá el hombrecito verde:

1) A los 30 años, cuando escribía el libro que acabo de resumir, Philip K. Dick imaginaba que era un pobre diablo de escritor proletario, condenado, para mal ganarse la vida, a escribir a máquina, lo más rápidamente posible, relatos para adolescentes que lo alejaban de la obra literaria con la que contaba para dejar su huella en las arenas del tiempo. Sin embargo, presentía que esta idea reflejaba sólo parcialmente la realidad: de hecho, y, sin saberlo, estaba haciendo algo diferente. Pero ¿qué es lo que hacía?2) Tienen ustedes entre sus manos el número del *Time Magazine* de 1997, en cuya portada aparece una foto de Philip K. Dick, «el hombre del año». Imaginen el texto del artículo.3) Variante: el número es de 1993, lo que indica que no procede del universo en el que ustedes leen este libro, sino de otro, Probablemente cercano. Repitan el ejercicio teniendo en cuenta este dato. 5

La Rata en familia

Berkeley, que durante la infancia de Dick era una pequeña ciudad tranquila, se volvía cada vez más ruidosa y agitada. Frente a su casa habían abierto un colegio Montessori y Phil se quejaba del griterío de los recreos. Se quejaba también, cada vez que atravesaba la bahía, de los estragos que causaba a la vieja San Francisco la autopista del Embarcadero, que estaban construyendo en aquella época en medio de una batahola ensordecedora de perforadoras y hormigoneras. Con Kleo soñaba con irse a vivir al campo. Se imaginaban perfectamente como miembros de una de esas comunidades rurales donde todos se conocen, se saludan y se ayudan mutuamente, y donde la vida fluye lentamente, inmutable, entre la pesca a la trucha y las calabazas de Halloween. Compraron una casita en Point Reyes Station, en el condado de Marin. Situado a sesenta kilómetros al norte del Golden Gate Bridge,

con dos calles principales y unas cuantas tiendas, el pueblo atraía durante los fines de semana a los visitantes de un magnífico parque costero, famoso por sus acantilados increíblemente abruptos, donde vivían más de trescientas especies de aves marinas y en el que durante la semana reinaba una tranquilidad absoluta.

Mucho más que en las cercanías del campus, donde la excentricidad era moneda corriente, el modo de vida de los recién llegados suscitaba curiosidad. Kleo utilizaba el coche tres veces a la semana para viajar a Berkeley, donde trabajaba media jornada de secretaria. Pero él, que escribía sobre todo de noche, parecía un desocupado. La gente veía pasar a ese hombre alto, con pinta un poco desgarrada de beatnik, taciturno, y no sabía si era muy tímido o si se reía de todos para sus adentros. Cuando corrió la voz de que escribía ciencia ficción, un grupo local que se dedicaba al estudio de los ovnis intentó acercarse a él por amabilidad y curiosidad, Phil asistió a una de sus reuniones. Se encontró con una decena de personas aparentemente normales que pasaban el tiempo comiendo tartas caseras: un tipo que trabajaba en la quincallería de Point Reyes, el dueño de una fábrica de productos lácteos, la mujer del gestor del bar y la mujer del técnico de la emisora RCA... El exponente más alto del mundo de la fantasía era un pintor de paisajes instalado en la región desde hacía mucho tiempo y que llevaba una corbata de lazo con un símbolo esotérico. Aquellas personas ordinarias creían fervorosamente en cosas extraordinarias: sostenían que Cristo procedía de otro planeta, con cuyos habitantes aseguraban haber entrado en contacto, seres superiormente evolucionados que controlaban la evolución de nuestro planeta y lo conducían hacia la salud espiritual mediante su absoluta destrucción material. Conocían la fecha exacta del fin del mundo: el 23 de abril de 1959. Quedaban tres meses para prepararse.

Cuando Dick le contó cómo había pasado la tarde a Kleo, ambos se rieron mucho y se preguntaron sobre los misteriosos mecanismos que desencadenan semejantes creencias en la mente de las personas. Después a Phil le costó mucho quitarse de encima a los miembros del club. Para desanimarlos se vio obligado a confesarles su escepticismo, cosa que le resultó muy penosa, pues detestaba contradecir a los demás. «Es precisamente —trató de explicarles— porque escribo cuentos sobre extraterrestres que no puedo creer en ellos. Un escritor de ciencia ficción no tiene el derecho de ponerse a creer en lo que cuenta; de lo contrario, imaginen ustedes qué confusión.» Esta declaración, en un primer momento, fue recibida con incredulidad, luego con hostilidad. Reirá mejor, le dijeron, quien ría el 23 de abril.

A los pocos días de su llegada recibieron la visita de una vecina llamada

Anne Rubenstein. La puerta del jardincito estaba atrancada, pero ella la saltó sin vacilar y no se disculpó por su intromisión. Era rubia y nerviosa, se ponía y se quitaba continuamente sus gafas negras, y tenía a la vez unos modales bruscos y seductores que inquietaron a la joven pareja. Cuando estrechaba la mano daba la impresión de entablar un pulso, y la observación más banal, salida de su boca, parecía comportar una alusión sexual. Aunque fuera apenas mayor que ellos, Phil y Kleo se sentían como dos adolescentes desgarrados en presencia de una mujer que, a los treinta y un años, había enterrado ya a un marido y criaba sola a tres niñas.

Fueron convocados, más que invitados, a tomar algo. Anne no vivía muy lejos del pueblo, tenía una casa amplia y moderna, con un ventanal que daba a un patio, una chimenea circular en el centro del salón y los altavoces del equipo estereofónico empotrados en las paredes de un blanco impecable. Un caballo trotaba en el prado. Había tres cuartos de baño y la cocina semejava a la cabina de una nave espacial. Era el tipo de decorado que suele verse en las fotos de las revistas, y que el autóctono de Berkeley se apresura a despreciar para evitar así tener que envidiarlo. Phil, que siempre había profesado plenamente ese tipo de desprecio, y a quien le parecía, como a Kleo, pintoresco y antiburgués que los fusibles de casa saltaran cada vez que enchufaba la tostadora, de pronto encontró miserable su vida de bohemio. Claro que no era el confort material lo que lo fascinaba, pero éste formaba parte de la atmósfera que rodeaba a Anne. Mientras ella se desplazaba por la habitación, vestida con una blusa y unos pantalones cortos de seda, él la seguía con la mirada, deslumbrado con su agilidad, los músculos de sus piernas bronceadas y la energía que emanaba de ella. Tenía la gracia de una bailarina, pero sin afectación alguna: imprecaba y decía palabras duras; le clavaba sus ojos verdes, como desafiándolo; luego, en un arranque repentino, retrocedía y se alejaba taconeando con sus sandalias de madera.

Se vieron de nuevo a solas, en cuanto Kleo se apartó. Anne lo llevó hasta los acantilados para enseñarle una playa que nadie, excepto ella, conocía, y que, según decía, era el punto más occidental de los Estados Unidos. Tuvieron que bajar con una cuerda, cosa que horrorizó a Phil, pero Anne lo acosó hasta que él decidió seguirla: nunca había encontrado a una mujer tan ágil y decidida. Al llegar a la orilla del mar, que bramaba con violencia, se pusieron a buscar huesos de ballenas, después se apoyaron contra una roca y hablaron. De Jung, que Anne admiraba hasta llegar a soñar con él, pasaron al club de aficionados a los ovnis.

—Una pandilla de locos —observó Anne con desprecio—. Se creen víctimas de unos seres superiores, cuando en realidad es su subconsciente que ha perdido la brújula.

—Reconocerás —observó Phil con malicia— que lo mismo han dicho de los profetas y los santos: sus contemporáneos los trataban como si fueran locos.

—Y tenían razón. ¿Tú crees en los profetas y los santos?

—No, realmente no. De todas formas, veremos qué pasará el 23 de abril. ¿Te has enterado de que anuncian el fin del mundo para el 23 de abril?

Anne le clavó los ojos, y con esa actitud desafiante que tenía aun en los momentos de tranquilidad, le dijo que podían pasar muchas cosas antes del 23 de abril. Phil sintió una alusión que no osó entender. Sin un nexo aparente, ella empezó a hablar de su marido, hijo de una familia rica, poeta de tipo atormentado que editaba una revista llamada Neurótica. Había muerto un año antes en un hospital psiquiátrico, víctima de una reacción alérgica a los tranquilizantes con los que experimentaban con él. Phil se preguntó cuánto rato debía permanecer callado después de recibir una noticia así, pero ella soltó una carcajada estruendosa y le dijo que no pusiera esa cara, que no valía la pena. Para no ser menos, él le contó primero la muerte de su hermanita melliza, después una de sus anécdotas preferidas: la entrevista de Mark Twain.

Entrevistado por un periodista acerca de su infancia, Mark Twain le había hablado de Bill, su hermano mellizo. De niños, Bill y Mark se parecían tanto que para distinguirlos les ataban en las muñecas unas cintas de diferentes colores. Un día, los dejaron solos en la bañera y uno de ellos se ahogó. Las cintas se habían desatado. «De modo que —concluyó Mark Twain— nunca se supo quién de los dos había muerto, si Bill o yo.»

—Es como tu historia —señaló Anne, súbitamente seria. Y él admitió que sí: era exactamente como su historia.

Empezaron a pasar juntos los días enteros. Ella se volvió más tierna, él se enardeció. Antes de hacer el amor hablaban ya como se hace el amor: con confianza, con entrega, maravillados de que la misma idea se les ocurriera a ambos al mismo tiempo. A las dos semanas, decidieron besarse y, cuando se encontraron en la cama, tuvieron la impresión de continuar la conversación cuyo encadenamiento a la vez caprichoso y natural, imprevisible e inevitable, sus cuerpos imitaban. Ambos confesaron haber pensado sólo en eso desde el primer encuentro. Ahora que lo sabían, experimentaban un intenso placer al volver a evocar esas dos semanas, repasando cada secuencia, contándose como las habían percibido en ese momento:

—Me parecías tan agresiva...

—Es que tenía tantas ganas de ti...

No pensaron ni siquiera un minuto en la posibilidad de una relación clandestina, cosa que además no hubiese sido posible por mucho tiempo en un pueblo como Point Reyes. Se trataba de un flechazo, cuya exigencia repudiaba la vida ordinaria e invalidaba los contratos. Anne se lo confesó primero a su psicoanalista, después a sus hijas. Phil, por su parte, a su mujer. Kleo sintió tristeza; con serenidad y dignidad, se apartó. Aceptó el divorcio con un desinterés que Phil, deslumbrado como estaba con su gran amor, consideró natural, aunque más tarde, con los años, se daría cuenta de que aquélla era una actitud muy poco común en una esposa americana. Kleo le dejó la casa porque él era el que se quedaba, y a cambio se llevó el coche porque era ella la que se marchaba, no le exigió una pensión alimentaria porque ninguno de los dos ganaba lo suficiente, lo abrazó y regresó a Berkeley, silbando, para darse valor, su canto de guerra de las Brigadas Internacionales.

Fue una gran pasión. Cuando se separaron por algunos días, ya que Anne debía arreglar unos asuntos pendientes con la rica familia de su difunto marido, Phil le escribía cartas como ésta: «Existe una relación directa entre mi experiencia cuando te escucho por teléfono y la de un religioso que a fuerza de tanto ayunar, de tanta soledad y meditación, alcanza a oír la voz de su dios. Salvo que tú existes, mientras que, en lo que se refiere a Dios, tengo mis dudas».

Se casaron en abril, quince días antes del fin del mundo, que no se produjo. Sin embargo, cuando la noche del 23 sonaron las doce, no pudieron evitar sentir cierto alivio. Phil acabó instalándose, con su Magnavox y su colección de discos, libros y revistas, en la casa amplia y luminosa, donde empezó una nueva vida familiar. Al comienzo mostró un celo conmovedor, jugaba con las niñas, a la menor le leía *Winnie the Pooh*, a la mediana *Quo vadis?* y a la mayor los cuentos de terror de Lovecraft, se ocupaba de las tareas domésticas, aprendía a hacer los trabajos manuales, por las mañanas preparaba el desayuno para sus mujeres y por las noches, los tragos que compartía ritualmente con Anne antes de cenar: un Martini seco para ella, un zinfandel de California para él. Dejó de trabajar por las noches y adoptó un horario de oficina: de nueve a seis, reservándose una hora de pausa para el almuerzo, que pasaba discutiendo con Anne.

Ambos atribuían mucha importancia a esas conversaciones del mediodía y la

noche: se habían conocido hablando y consideraban el arte de la conversación como una forma de contienda amorosa. Anne no estaba dispuesta a aceptar ni en ese campo ni en ningún otro la supremacía de nadie. Se había doctorado en psicología, hablaba de Freud y Jung como si los conociera personalmente y tenía tendencia a considerar su opinión sobre cualquier tema como la verdad revelada. Pero se sintió desorientada, y al comienzo cautivada, por la personalidad de Dick, cuya originalidad se ufanaba de haber percibido desde el primer día. Así como existen amantes de excepción, Phil era un conversador extraordinario, al que sin embargo le había faltado una compañera receptiva para revelarse. Al contrario de Kleo, demasiado buena compañera, demasiado franca y demasiado directa para erotizar la palabra, Anne supo ser esa compañera.

No era sólo una cuestión de cultura: siempre es posible dar con personas que pueden hablar con la misma facilidad de Schopenhauer, los aborígenes australianos o el proceso de Nuremberg. No, era algo distinto: una manera a la vez páfida y apasionada de minar el terreno sosteniendo con la misma convicción opiniones radicalmente opuestas. De repente, ante cualquier opinión que uno sostuviera, uno tenía la impresión de haber sido conducido a ella por él, y pensaba haber sido embaucado. Nunca nada era fijo, definitivo o adquirido. El razonamiento más sólido, que uno se reservaba para confundirlo, se daba vuelta y se ponía al servicio de él. Así como otros encantan a las serpientes, él encantaba las ideas, les hacía decir lo que quería, y luego, cuando lo habían dicho, les exigía que dijeran lo contrario, y ellas volvían a obedecerle. Una conversación con él no se parecía a un intercambio de razonamientos, sino a una vuelta en una montaña rusa, en la que su interlocutor hacía de pasajero, mientras que él era el vagón, los rieles y las leyes de la física. O bien, su juego preferido, el de la Rata.

Había iniciado a las niñas en esta variante del Monopoly, con el propósito de hacer que las eternas compras de bienes inmobiliarios, que ellas adoraban, fueran menos aburridas. El principio dice que el Banquero, en lugar de contentarse con su papel de árbitro, detenta, en su condición de Rata, el poder discrecional de modificar las reglas del juego. Cuando y como lo desea, sin que nadie tenga el derecho de exigirle explicaciones por sus *ukases*, ni él deba rendir cuentas por ellos más tarde. Es una *tabula rasa* perpetua, una dictadura en su estado puro, la negación de la idea de derecho. Para que una partida tenga éxito, los jugadores deben elegir como Rata al más vicioso e inventivo de ellos. («¡Phil, Phil!», exclamaban las niñas, extasiadas.) Una Rata digna de este nombre debe saber dosificar los tormentos que inflige a los jugadores, dejándoles imaginar que un plan guía sus decisiones más arbitrarias, y así, pasando de decepciones crueles a estímulos engañosos, arrancarlos progresivamente de la práctica habitual del Monopoly, para luego, sin

permitir que la atención disminuya, precipitarlos en el caos. Dick era una Rata innata que, en la época a la que aludo, empezaba a descubrirse a sí mismo. No contento con contradecirse, podía negar durante la misma conversación lo que había dicho o lo que le habían oído decir pocos minutos antes; si alguien pretendía confundirlo, él lo miraba con una expresión desconsolada y perpleja, como si estuviera preguntándose si se había topado con un sordo, un perverso o un loco. Este comportamiento dejaba boquiabierto a Anne y, antes de haberla exasperado, suscitó en ella una suerte de respeto fascinado por él: «¡Por suerte no has entrado en política! —exclamaba—. ¡Ni el doctor Goebbels hubiese podido contigo!».

Vislumbraba una cierta genialidad en su nuevo marido, algo de lo que él no era consciente. Él se veía como un pobre diablo medio tocado, ella como la mujer inteligente y sensible que había sabido descubrir el diamante bruto y sabría cómo extraerlo de su ganga, pulirlo y exponerlo a la admiración del público. Estaba convencida de que, con los dones excepcionales que su conversación reflejaba cuando se sentía en confianza, Phil se convertiría en un escritor famoso, pero para ello era necesario que trabajara, y que lo hiciera seriamente. En primer lugar, tenía que empezar a escribir libros en serio, y no esas borricadas para adolescentes que le quitaban de antemano cualquier posibilidad de recibir un reconocimiento algún día. Aquello fue objeto de una larga charla conyugal. Phil estaba de acuerdo, ser un escritor famoso era lo que más deseaba. Salvo que ya lo había intentado, sin éxito, y aprendido por experiencia propia que sólo esas tonterías que escribía le permitían ganarse la vida; bastante mal, por lo demás. Anne no aceptó la objeción: antes era antes. Ahora ella se encargaría del asunto. En cuanto al dinero, ya se las arreglarían. Ella y sus hijas vivían ya de una pensión que les pasaba la familia de su difunto marido; en cuanto a él, podía en cualquier caso esperar algún dinero del libro que estaba por publicar...

Phil movió la cabeza, abatido: *Tiempo desarticulado*, el libro cuyas pruebas estaba releendo cuando se conocieron, había sido adquirido, gracias a su atmósfera *mainstream*, por un precio un poco más barato que los otros y, una vez cobrado el anticipo, sólo quedaban los derechos. Pues bien, no hay que perder la paciencia, dijo Anne con impaciencia; entonces tenía que vender esa pocilga en la que había vivido con Kleo y devolverle más tarde, cuando ganara algo de dinero, la parte que le correspondía a ella. En fin, hicieron algunos cálculos, de los que resultó que Phil tenía por delante dos años para escribir, dedicándose plenamente a ella, una novela *mainstream* que sería publicada y tendría mucho éxito.

Frente a un mandato de ese tipo, que hubiese desanimado a cualquiera, Phil

se puso valientemente manos a la obra y, durante esos dos años, escribió no una sino cuatro novelas. El manuscrito de la primera, *Confesiones de un artista de mierda*, se lo entregó unos meses después de que se casaran. Anne estaba embarazada de él y, sin duda, era propensa a considerar aquel libro como un fruto más de la idílica luna de miel que estaban viviendo. Y de hecho lo era, pero no como se lo imaginaba.

Ella quiso creerle cuando, al obligarlo a explicarse, el hombre del que había decidido convertirse en su musa murmuró que esa visión prodigiosamente deprimente del infierno conyugal era pura ficción y no autobiografía. Pero él no había hecho el mínimo esfuerzo por dar a aquella respuesta una pizca de verosimilitud; ni siquiera había intentado hacer una transposición. Sin duda, era incapaz de hacerlo. La ciencia ficción movilizaba todas sus capacidades de invención y, cuando se ponía a escribir una *verdadera* novela, seguía al pie de la letra, terco como una mula delante de la cual han trazado una línea de tiza, los consejos de la tía Flo, su primer editor: límitese a lo que conoce; si vive en Point Reyes, describa Point Reyes y sus habitantes; si ha cometido el error, cuando tenía una mujer cariñosa y recta, de enamorarse de una zorra castradora, escriba la crónica de ese error. No omita ningún detalle. Cuente cómo se dejó encantar por su canto de sirena, embaucar por su hermosa casa blanca, engañar por una ilusión de intimidad que lo llevó a confiarle sus pensamientos más secretos, y no le alcanzará toda la vida para arrepentirse de haberle dado esas armas contra usted. No escatime: explique su humillación cotidiana porque ella es una persona acomodada y usted, aunque se mate trabajando, nunca ganará lo suficiente para hacer vivir a *su* familia según los parámetros burgueses a los que ella está acostumbrada; explique su amargura de perdedor, sus rencores inconfesables; sus ganas de estrangularla cuando lo manda al pueblo a comprarle Tampax...

Anne no entendía. ¿A qué se debía esa desesperación? ¿Esa furiosa misoginia? ¿Ese ambiente de pesadilla viscosa en el que cada gesto te hunde un poco más? Y eso que él parecía feliz. Le hablaba y le hacía el amor apasionadamente. Se ocupaba de sus hijas como un padre atento. El anuncio del embarazo lo había colmado de alegría. La agorafobia, que, según decía, había envenenado su juventud, aparentemente ya no lo atormentaba. Cuando recibían amigos de visita, representaba con placer el papel del dueño de casa, los llevaba hasta el prado donde pastaban las ovejas, se las presentaba una a una y fingía enfadarse cuando Anne contaba, tomándole el pelo, los dramas que había cada vez que mataban una de ellas. Por supuesto, a veces se peleaban, y como ella no era alguien que se dejara atropellar, ambos levantaban la voz. Por supuesto, él estaba preocupado por su carrera, su situación económica y su posición social, y la inminente llegada del

cuarto hijo no podía tranquilizarlo. Por supuesto, los artistas son individuos atormentados. Pero no había que exagerar: le había repetido cien veces que escribía para ella, que cuando su primer libro serio hubiese sido publicado se lo dedicaría a ella y a las grandes conversaciones que mantenían. Sin embargo, ¡no podía escribir sino eso!

—Al fin y al cabo —protestaba ella—, si tanto te molestaba haber ido a comprarme Tampax, podrías haberlo dicho...

Pero él la eludía diciendo que sólo se trataba de un libro.

—¿Cómo que sólo se trata de un libro? Vives conmigo, haces el amor conmigo, me haces un hijo, todo esto sonriendo a los ángeles y diciendo que me quieres, y en cuanto te quedas solo, escribes que me odias, que de noche sueñas con que soy tu peor enemiga...

—Precisamente —arguyó él para ganar tiempo—, un libro es como un sueño, no tiene nada que ver con la vida. Hasta los inquisidores afirmaban que no era posible pecar en sueños. Sólo los salvajes, ¿sabes?, he leído un libro de Mircea Eliade sobre este tema...

—*Fuck you!*

Laura nació el 25 de febrero de 1960. Apenas la madre y la niña regresaron del hospital, hubo que internar a Phil, a causa de unos espasmos en el píloro que definió burlescamente como su participación somática en los sufrimientos del parto. En realidad, aquellos espasmos se debían más probablemente al efecto de diferentes pastillas que desde hacía tiempo venía tomando en mayor cantidad: ansiolíticos para superar la angustia de la paternidad, anfetaminas para trabajar más y mejor, etcétera. Al regresar a casa empezó a escribir con rabia una novela rabiosa, describiendo a dos parejas frustradas de Marin County: por un lado, un *self-made-man* frenado en sus ambiciones por una mujer alcohólica; por el otro, una mujer muy segura de sí misma, de familia rica, que no pierde ocasión de aplastar a su frustrado marido. Para la primera pareja eligió como modelo a sus vecinos, en cuanto a la segunda...

—Pero no, te lo juro —protestaba débilmente él—. Estás obsesionada. Para empezar, a mí no me han retirado el carnet de conducir.

Efectivamente, al comienzo del libro, al marido frustrado le retiran el carnet

de conducir, lo cual obliga a su mujer a hacerle de chofer para llevarlo todas las mañanas a su trabajo en San Francisco. Harta de viajar por nada, la mujer se las arregla para conseguir un puesto en la misma agencia de publicidad en la que su marido es diseñador y termina desplazándolo de manera tan espectacular que el jefe decide despedirlo. Colmo de la humillación, al frustrado licenciado no se le ocurre nada mejor para truncar la carrera de su mujer, iniciada de manera tan brillante, que violarla un día en que no lleva el diafragma, de manera que, una vez embarazada, se vea obligada a presentar su renuncia. «No importa —dice ella triunfalmente—. Voy a abortar.»

Durante el otoño, Anne se quedó otra vez embarazada. Era algo que no estaba previsto, y que, si contemplamos objetivamente la situación, tampoco era el mejor momento. Temiendo a la vez las consecuencias físicas de un quinto embarazo, la situación económica y la de su marido, ella también decidió abortar. Phil se opuso violentamente, acusándola de ser menos sensible que un robot. Anne le hizo notar que él tampoco deseaba ese niño: lo que en realidad deseaba era verla gorda, deformada y dependiente, y así sentirse por fin superior a ella. La guerra duró unos cuantos días; después Anne se marchó. Luego volvió, diciendo con voz velada que ya estaba hecho y que no había que hablar más del tema. Phil se encerró en su despacho dando un portazo.

Como no es posible determinar exactamente en qué momento de 1960 fue redactada la novela, es difícil saber si *The Man Whose Teeth Were All Exactly Alike* representa una transposición en caliente de los hechos de su vida conyugal, si los anticipa, o si bien, como variante de la segunda hipótesis, Anne, tras haber leído el manuscrito, se dejó tentar por el placer de reproducirlo fielmente. En todo caso, después de haber abortado, ella también decidió trabajar, esperando aumentar así las reservas de la familia y sobre todo huir de un ambiente conyugal agobiante. Por supuesto, ella sólo podía hacer un trabajo más o menos artístico. En otras ocasiones, había recibido elogios por las formas originales que esculpía con arcilla. Un día, conversando con una vecina, se les ocurrió la idea de abrir una tienda de bisutería.

Nada podía disgustar más a Phil, que vio en esa iniciativa, como el héroe de su novela, un sarcasmo hacia su incompetencia. Sobre el siguiente episodio las versiones son contradictorias: él afirmaba que su mujer, considerando que había llegado el momento de pasar a cosas serias, quería alejarlo de su vocación poco lucrativa y convertir al escritor maldito en un hombre de negocios responsable; Anne, por su parte, sostenía que era Phil quien deseaba convertirse a las artesanías para escapar de su impotencia creativa, y que había sido ella la que insistió para que volviera a la máquina de escribir. Sea como fuere, lo cierto es que, una vez que los

ánimos se calmaron, Phil tomó la costumbre de pasar muchas horas en el taller. Examinaba los moldes y los cinceles, y se ejercitaba con esas herramientas de precisión. Hasta los trabajos menores que le confiaban, como el pulido, halagaban su vieja pasión por la artesanía. Al sopesar las joyas salidas del horno, comparaba con tristeza su compacta plenitud con la factura de sus novelas, que le parecían vulgares, horrendamente amorfas. Aspiraba a la esfera, a producir algo que pesara su peso justo y saliera de una sola colada. La socia de Anne le había mostrado unos libros sobre el arte tradicional japonés en los que ella se inspiraba para crear sus formas. En esos libros se hablaba de un punto en el que los contrarios, respetuosos del tao, se equilibran, y él soñaba con un libro que tuviese esa armonía; pero se sentía horriblemente incapaz no sólo de escribirlo, sino de concebirlo. Se sentía mal. Y cuanto peor se sentía, más insoportable se volvía en casa. Un día Anne le hizo una propuesta: ¿por qué no alquilaba la tranquila cabaña del sheriff, situada a diez minutos a pie de su casa? Anne se había informado: estaba abandonada, le costaría muy poco y allí podría trabajar tranquilamente. Phil vaciló, sabía que si aceptaba lo pondrían entre la espada y la pared. Ya no hubiese podido seguir eludiendo el problema. Si una vez allí no escribía un libro que realmente valiera la pena, ya no podría escribir más. Aquella cabaña sería la última etapa, el umbral de la nada. O ganaba o moría.

Hizo rodar las monedas y, conteniendo el aliento, construyó el hexagrama. Nueve, ocho, siete, siete, seis, ocho: *Fang*, la plenitud.

«En lo interno claridad, hacia afuera movimiento, esto da grandeza y plenitud. Es una época de alta cultura la que este signo representa. Pero, ciertamente, la circunstancia de que se trata de una culminación ya insinúa también la idea de que semejante estado extraordinario de plenitud no podrá mantenerse de forma duradera.»

Aceptó.

6

Chung Fu, la verdad interior

A finales del siglo XVII, algunos jesuitas, de regreso de Pekín, introdujeron en Europa un tratado de adivinación considerado como el libro más antiguo de la

China y la clave de su sabiduría. En dicho tratado, todo el universo se rige por el juego de dos principios complementarios, el yin y el yang, que se pueden identificar como la sombra y la luz, la hembra y el macho, el reposo y el movimiento, la tierra y el cielo, el frío y el calor, etcétera. Una técnica simple, del tipo cara o cruz, nos permite construir un hexagrama que representa la exacta dosificación de esos principios en la constitución del mundo en el momento de consultar el oráculo y, por consiguiente, adecuar nuestra conducta a él. En sesenta y cuatro hexagramas, ni uno más, ni uno menos, se decanta la infinita variedad de la vida y de las situaciones que su fluir modifica a cada momento. Por eso el *I Ching* recibe el nombre de *El Libro de las mutaciones*. No describe estados fijos, sino las tendencias que animan esos estados. Sabe que cada momento es pasajero, que el apogeo anuncia el declive y la derrota la victoria futura. Al que avanza a ciegas en las tinieblas le enseña que la luz volverá; al que se regocija bajo el sol del mediodía, que el crepúsculo ha comenzado; al hombre sabio, el arte sutil de dejarse llevar por el devenir de las cosas como una barca vacía por el río.

En dos siglos, se realizaron diferentes traducciones de los textos sibilinos que, atribuidos a Confucio y otras autoridades, comentan cada uno de los hexagramas. Dichas traducciones no desbordaron el ámbito de los orientalistas hasta 1924, cuando Richard Wilhelm, un pastor alemán amante de la China, publicó una versión cuya calidad excepcional aumentó de golpe el interés por el *I Ching*. Carl Gustav Jung figuraba entre sus más fervientes adeptos, y Cary F. Baynes, una de sus alumnas, publicó en 1951 la versión norteamericana. En los años cincuenta la obra tuvo un éxito subterráneo y fecundo, que en las dos décadas sucesivas se transformó en verdadera popularidad: John Cage la utilizó para derivar las progresiones de los acordes, algunos físicos para determinar el comportamiento de las partículas subatómicas y, a un nivel inferior, los bobos de siempre que, después de fumarse unos cuantos porros, tiraban seis veces seguidas las tres monedas sobre el *kilim* y se topaban con sentencias como: «Es propicia la perseverancia, pues aporta el éxito. Dedicarse al cuidado de la vaca trae ventura». O bien: «Libérate del dedo gordo de tu pie, entonces acudirá el compañero».

Dick formó parte, por decirlo de alguna manera, de la cola de la vanguardia. Entusiasmado con un artículo de Jung, descubrió el libro en 1960 y nunca más se separó de él. Anne fue iniciada. Pronto toda la familia vivió bajo la ley evasiva del oráculo, lo interrogó para lo que fuera y confió a su arbitraje las decisiones más prosaicas.

Hay dos maneras de practicar el *I Ching*: como un compendio de sabiduría o como una técnica de adivinación. Podemos extraer de él una enseñanza general

sobre la manera de considerar, bajo cualquier circunstancia, la vida, o bien obtener respuestas concretas a preguntas concretas, como por ejemplo: ¿tendré suficiente gasolina para llegar hasta la próxima estación de servicio? La primera manera de practicarlo es la más respetable y razonable; en todo caso, nos expone menos a las decepciones que la segunda. Desgraciadamente para Dick, si había algo que él no perseguía era la sabiduría. Todo lo que el taoísmo —cuyo marco de referencia es el *I Ching*— nos enseña sobre los beneficios de la docilidad, la paciencia y el abandono, y en general todo conocimiento de la vida basado en la experiencia y la ascesis, era papel mojado para él. En esto era profundamente esoterista: como creía en la existencia de un secreto que lo visible ocultaba, no imaginaba que la vida pudiera revelárselo poco a poco, sino que correspondía al intelecto conquistarlo con la fuerza. De la cultura, el psicoanálisis o la religión no esperaba una formación, sino que le revelaran la fórmula que nos permite evadirnos de la caverna donde, según Platón, sólo se nos deja ver las sombras del mundo real.

En la época de sus comienzos literarios, le había gustado mucho el relato de un colega, el ingenioso Fredric Brown. En dicho relato los científicos del mundo entero participan en la elaboración de un ordenador gigante en el que archivan todos los datos del saber humano, con un programa capacitado para interconectarlos. Cuando llega el momento solemne de la puesta en marcha de la máquina, alguien, temblando, tecldea la primera pregunta: «¿Dios existe?». La respuesta no se hace esperar: «Ahora, sí».

En cierta medida, el *I Ching* se parecía a ese ordenador, y el juego de sus sesenta y cuatro hexagramas, a un programa que permitía comprender —en los dos sentidos del verbo— el universo. Con la pedantería habitual, Dick le explicaba a Anne cómo a través de esa combinatoria de trazos enteros y quebrados Leibniz había entrevisto la prefiguración de su sistema, basado en el uso exclusivo del cero y el uno, y que a su vez prefiguraba la intermitencia binaria de la informática moderna. Para un inventor de interrogativos trascendentales, siempre en busca de una instancia a la cual plantearse los, aquello era como un don del cielo.

El *I Ching* le había aconsejado alquilar la cabaña del sheriff para escribir un libro que realmente valiera la pena, o morir. (Esta dramática alternativa seguramente provenía de él: el *I Ching* nunca hubiera dicho algo así; si fracasaba hubiese simplemente insinuado que la situación aún no estaba madura, que se había precipitado y había sido imprudente.) Cuando llevó su equipaje a la cabaña, puso en la mesa, junto a la máquina de escribir, los dos tomos negros de la edición Baynes y las tres monedas chinas perforadas que usaba para construir los

hexagramas. Después se sentó y esperó. Se recomendaba despejar la mente antes de consultar el oráculo, pero a él le costaba muchísimo deshacerse de sus pensamientos. Imágenes e ideas recurrentes flotaban en la superficie de su conciencia. Intuía que algunos de estos vestigios encontrarían un lugar en el libro, pero no había que precipitar las cosas. Había que dejarlas ir a la deriva, que se las llevara la corriente.

En el centro había la imagen de una joya. Un broche o quizás un pendiente: algo alargado, que cabía en la cavidad de la mano. No era una joya preciosa, pero si alguien se detenía a observarla, a sopesarla, sentía un cambio en su interior. El vértigo se aplacaba. No más oposiciones, o mejor dicho sí, pero tan equilibradas que ya no eran percibidas como tales. Tranquilidad, evidencia. La joya tenía que estar en el libro. El libro tenía que ser como esa joya.

Pero ¿cómo hacerlo puesto que se trataba de un libro sobre el nazismo, un tema hacia el cual sus pensamientos se dirigían desde hacía unos meses? Había leído montones de libros acerca del tema, y acababa de leer el de Hannah Arendt sobre el proceso de Eichmann en Jerusalén; sabía que el día que escribiera algo serio sería sobre ese tema. Todos los habitantes del siglo XX tienen que vérselas con el nazismo, convivir con la idea de que eso ocurrió, como él convivía con la muerte de su hermanita. Podemos evitar pensar en él, pero eso no quita que siga estando ahí, de modo que también tenía que estar en su libro.

Nada más lejano del tao que el nazismo. Sin embargo, los japoneses, que veneran el tao, habían sido aliados de los nazis. Y si hubiesen ganado ellos... Por un momento acarició esa idea. Existían ya libros similares, él había leído uno en el que el Sur ganaba la guerra de Secesión. Se preguntó cómo sería el mundo si el Eje, quince años antes, hubiese ganado la guerra. ¿Quién dirigiría el Reich? ¿Hitler o uno de sus lugartenientes? ¿Hubiese cambiado algo si eran Bormann, Himmler, Goering o Baldur von Schirach? ¿Hubiese cambiado algo para él, habitante de Point Reyes, Marín County? ¿Qué hubiese podido cambiar?

Parecía extraño imaginar no ya un futuro hipotético, sino otro pasado. Cuanto más lo pensaba, más ese pasado, y el presente que resultaba de él, cobraban vida; hubiesen podido existir, y de alguna manera existían ya: se servían de su cerebro para ello. Pero podían existir de mil formas distintas, eso dependía de su elección. A cada instante millones de acontecimientos suceden o no suceden; a cada instante las variables se transforman en datos, lo virtual se torna actual, así es como el mundo presenta a cada instante una constitución distinta. Más allá de que sea capaz de escribir, un escritor realiza necesariamente este tipo de operación: ya que

todo puede suceder, es él quien decide que suceda una cosa y no otra.

Sintió que había llegado el momento de consultar el *I Ching*. Obtuvo el hexagrama 60: *Kieh*, la restricción.

«Por encima del lago hay agua: la imagen de la restricción. Así el noble crea el número y la medida e investiga qué es la virtud y la recta conducta.»

Comentario: «El lago es finito; el agua es inagotable. El lago únicamente puede dar cabida a una determinada medida de agua infinita. En ello consiste su particularidad. Mediante la discriminación y la erección de vallas, también el individuo adquiere su significación en la vida.»

«Es increíble —pensó Phil—, el oráculo acierta siempre. Sus detractores sostienen que sus consejos son únicamente dictados por el sentido común y que son lo suficientemente generales como para adaptarse a cualquier situación: paciencia, moderación y perseverancia, y puede que, de alguna manera, sea cierto. Es verdad que normalmente no lo necesito para saber que una novela requiere de un marco preciso; pero como me lo ha dicho, y precisamente estaba planteándome ese problema, de pronto entiendo mejor la importancia de ese marco. Entiendo, por ejemplo, que lo primero que debo hacer es marcar límites.»

Después de su aplastante victoria de 1947, las potencias del Eje —decidió Phil— se han repartido el mundo. Europa, África y el este de Estados Unidos, hasta las montañas Rocosas, pertenecen al Reich. El canciller Martin Bormann prosigue allí con la política de su predecesor, transformando un apreciable porcentaje de aquellas poblaciones en jabón y el continente africano en... no se sabe bien en qué, pero mejor no pensar en ello. En Asia, el Pacífico y el oeste de Estados Unidos, Japón ejerce un yugo más humano. Nada de campos de concentración, menos terror policial. Los norteamericanos han asimilado perfectamente el código social del ocupante: como él, lo que más temen es transgredir las normas y perder el honor; como él, no toman ninguna decisión sin antes consultar el *I Ching*. En cualquier momento del día, el californiano medio arroja las monedas y observa, maravillado, la formación del hexagrama que, a pesar de ser un producto del azar, ahonda sus raíces en la textura del mundo. La alternancia de los trazos enteros y quebrados ofrece a todos una clave a la vez individual y universal para entender el estado actual de las cosas: el lugar que se asigna a cada uno lo es en relación al resto de los seres vivientes, o que han vivido, y en relación a la totalidad del cosmos.

Para ilustrar esta interdependencia, Dick decidió multiplicar personajes y puntos de vista. Al comienzo, sólo eran nombres: Frank y Juliana Frink, Nobusuke Tagomi, Robert Childan, el matrimonio Sakura... Pero bastaba con escribir esos nombres y consultar el *I Ching* en nombre de ellos para que aquellos fantasmas se animaran. Aunque no se conocieran, surgían conexiones entre ellos. El señor Tagomi, alto funcionario del gobierno japonés en California, buscaba un regalo importante para honrar a un enviado del Reich. Con este propósito, se dirigía a Robert Childan, natural de Estados Unidos y dueño de una tienda de antigüedades autóctonas: historietas de antes de la guerra, relojes con la efigie de Mickey, discos de Glenn Miller, Colts 44 de la guerra de Secesión, todas aquellas chucherías que deslumbraban a las élites del ocupante y de cuya autenticidad Childan era garante. Sin ninguna razón, pues la mayoría de los objetos eran falsos, fabricados en un taller clandestino en el que trabajaba Frank Frink. Despedido tras el escándalo, éste probaba fortuna con las joyas. En el pasado había estado casado con una tal Juliana, que al comienzo del relato preparaba hamburguesas en un local de Colorado. Dick no sabía muy bien qué hacer con ella, pero no le preocupaba. Desde la periferia ella encontraría sin duda la manera de abrirse camino para llegar al corazón de la novela: estaba seguro de que sería una heroína perfecta; entretanto, le bastaba con moverla un poco, dejarla caminar por la calle, que se diera una ducha, etcétera. «Espera en la pradera —confirmaba el hexagrama 5—. Es propicio permanecer en lo duradero. Ningún defecto.» Sin tantos rodeos, Phil se decía a sí mismo que había inventado a Juliana sobre todo para enamorarse de ella.

Trabajaba febrilmente, entre nueve y diez horas diarias. Le parecía como si el libro existiera ya, en alguna parte, y que su trabajo se limitara solamente a seguir las directivas del oráculo para devolverlo a la luz. Cuando uno de sus personajes construía un hexagrama que mostraba una alternativa contraria a los vagos planes que él tenía en mente, debía resistirse a la tentación de volver a empezar de cero hasta que el veredicto le resultara más propicio: dejaba que las cosas fluyeran, seguía el movimiento; la historia se desarrollaba por sí sola. De noche, le costaba cada vez más despegarse de ella. Sumido en sus pensamientos, recorría el sendero de tierra que de la cabaña lo conducía entre los cercados hasta la casa amplia y blanca. Desde el interior le llegaban las voces, la música y el tintineo de los cubiertos. Se demoraba un buen rato en el umbral frotando sus botas de militar embarradas. Volvía a encontrar, con una suerte de incredulidad, a aquella mujer a quien había prometido dedicarle su primer libro serio y que en cambio no tenía un lugar en él, como si el libro sólo admitiera personajes reales y ella no lo fuera del todo. Juliana era morena, azabache. ¡Qué ocurrencia haberse casado con una rubia tan chillona! Imprecaba y echaba pestes continuamente, como el peregrino ruso que

repite incesantemente el nombre de Jesús hasta confundirlo con su respiración, salvo que ella repetía sin parar *shit* y *fuck*, y a Phil le parecía que iban a salirle sapos por la boca. El se portaba bien, ayudaba a poner la mesa, jugaba con las niñas y con el bebé. Iba al cuarto de baño a tomar las diversas pastillas necesarias para su equilibrio. A veces, tarde, de noche, cuando sabía que no había nadie, entraba en el taller. Allí, a solas, se sentaba frente a la mesa de trabajo. Sus dedos jugueteaban con los pinceles, las pinzas, las cizallas y los pulidores, esas minúsculas herramientas de precisión que le hubiese gustado saber manejar. Pero no sentía melancolía: esa parte de su vida estaba a salvo. Había encontrado lugar en el mundo del libro, donde Frank Frink también había instalado su taller. Salvo que las suyas no eran como esas baratijas encantadoras que Phil tenía frente a sus ojos. Sin que nadie lo hubiese deseado conscientemente, los objetos sin ningún valor histórico o estético que salían de su horno ocultaban un valor inmaterial más alto: estaban en equilibrio, en reposo y en armonía con el tao; bastaba con contemplarlos para entrar en contacto con el mundo real que existe detrás de las apariencias. No había objetos como éstos en el taller de Anne, pero en su libro sí y, de alguna manera, tal vez el libro entero fuera un objeto así: una creación sin duda menor a nivel literario, pero que, misteriosamente, conducía hacia la verdad. Sospechaba cada vez más que algo fallaba en su mundo, en el mundo de Anne. El libro sería como un agujero, una hendidura en esa tela pintada, a través de la cual los que sabrían leerlo podrían pasar al otro lado. Pero muy pocos sabrían hacerlo. Y Anne seguramente no.

A través de uno de esos circuitos complicados y naturales que la construcción de su historia requería, una de las joyas de Frank Frink fue a parar a las manos del señor Tagomi, el alto funcionario japonés que con la búsqueda de un regalo había provocado indirectamente el despido y la conversión del artesano; todo esto sin que ninguno de los dos lo supiera ni se encontraran nunca. El señor Tagomi también estaba preocupado. Para salvar una vida había tenido que sacrificar otras dos, una realidad difícilmente aceptable para un budista. Estaba sentado en un banco, no era más que una figura diminuta y frágil enfundada en un traje negro, en un parquecito de San Francisco. Mecánicamente, sacó la joya del bolsillo y la palpó, después la observó. Era un triángulo de plata que resplandecía a la luz del sol.

Al abandonar, pensativo, el parque, al señor Tagomi le sorprendió que no hubiese pedetaxis a la vista. Después, al llegar al muelle, se detuvo boquiabierto al ver un gigantesco cordón de metal y cemento que ocultaba la bahía. Parecía una monstruosa oruga de un parque de atracciones sobre la que pululaban coches de formas desconocidas. Tagomi pensó que estaba soñando: pasaba por allí todos los

días y nunca había visto esa arteria de circulación futurista cuya construcción tenía que haber durado meses o años. Pero, por más que se frotara los ojos, la aberrante visión no se disipaba. Abrumado, interrogó a un transeúnte, el cual le informó que se trataba de la autopista del Embarcadero. El tono de su respuesta era a la vez de perplejidad y burla, como si se encontrara frente al tonto del pueblo. Esa falta de respeto por parte de un blanco irritó al señor Tagomi. Para tranquilizarse decidió entrar en un bar, pero ninguno de los blancos sentados en la barra se levantó para cederle sitio. Sintió que el mundo se le venía encima. ¿Dónde, en qué pesadilla había caído? El triángulo de plata lo había desorientado, lo había arrancado de su universo, de su espacio y de su tiempo. Vagaba sin rumbo fijo por una zona crepuscular y amenazadora de la que no sabía si tenía una existencia objetiva o si no era más que la prueba de una insuficiencia repentina de su parte: trastorno crónico del oído interno, sonambulismo o alucinación...

Después volvieron a aparecer los pedetaxis, norteamericanos que pedaleaban para los japoneses. El mundo familiar se recompuso. El señor Tagomi se había ausentado de él apenas unos diez minutos. Pero hasta el último de sus días se preguntaría dónde había pasado esos diez minutos y nunca más se atrevería a mirar la extraña joya que le había abierto las puertas de ese mundo. Como tampoco hojearía la famosa y escandalosa novela de Hawthorne Abendsen, *La langosta se ha posado*.

Hawthorne Abendsen era un escritor de ciencia ficción cuya novela, censurada por el Reich, circulaba más o menos libremente por la zona japonesa suscitando apasionadas controversias. El libro describía un mundo imaginario en el que los aliados habían ganado la guerra en 1945.

Como si se tratara de un test, Dick suministró la novela de Abendsen a casi todos los personajes de la suya. Para algunos lectores, la novela pertenecía a un género de ficción particularmente absurdo y vano, mucho más absurdo que el género de anticipación, puesto que nadie puede afirmar que algo no sucederá, mientras que en cambio sí es posible afirmar que algo ha sucedido; por lo tanto, ¿qué sentido tenía?

Otros la consideraron inquietante. «Es curioso —observó uno de ellos— que a nadie hasta ahora se le hubiese ocurrido escribir un libro así. Te hace pensar y contiene una lección de moral. Debe ayudarnos a darnos cuenta de la suerte que hemos tenido. Por supuesto, no siempre es agradable vivir bajo la dominación de los japoneses, pero podríamos estar mucho peor...»

La reacción más viva fue la de Juliana. Imaginando esta morena seductora y discretamente neurótica, Dick no sólo dio rienda suelta a un fantasma erótico, sino que esbozó también el retrato de la lectora ideal: para él, era exactamente lo mismo. Ella no lo decepcionó. No pensó que la novela de Abendsen fuera extraña, amena o que ayudara a pensar, sino que decía *la verdad*. «¿Acaso soy la única que lo sabe? Apostaría que sí. Nadie excepto yo ha entendido el sentido de *La langosta se ha posado*. El autor nos ha hablado de nuestro universo, de lo que nos rodea aquí y ahora. Quiere que veamos las cosas tal como son. Tengo que encontrarlo.»

Cuando, para reforzar la trama, Phil había introducido a ese escritor que, dentro del mundo de su libro, escribía ese otro libro, aún no había decidido si lo haría aparecer, si sus personajes lo verían o no. Quizá era mejor que no se supiera de su existencia. La idea de describirlo lo seducía y a la vez lo horrorizaba. Era como acercarse a un espejo.

Ir al encuentro de uno mismo y preguntarse en ese momento quién es el que se acerca. Un reflejo, por supuesto, un simple reflejo. Pero a cierto tipo de personas les es imposible imaginar que el espejo no oculta una profundidad, que no hay, del otro lado de la superficie que creemos plana, un mundo tan real y completo como el nuestro, y quizá todavía más. Que ese pasillo del cual percibimos el comienzo no se prolonga también en el mundo del espejo. Y así, de un argumento a otro, llegamos fácilmente a la conclusión de que el verdadero mundo está del otro lado del espejo y que nosotros, en cambio, somos los habitantes del reflejo. Phil lo sabía desde su primera infancia, sobre este tema sabía incluso un poco más que los demás: porque él sabía quién vivía del otro lado del espejo. En este lado, que le decían era el real, Jane había muerto y él no. Pero del otro lado, era todo lo contrario. Él estaba muerto y Jane se inclinaba ansiosamente sobre el espejo en el que vivía su hermanito. A lo mejor el mundo verdadero era el de Jane, a lo mejor él vivía en el reflejo, en el limbo. El mundo real había sido imitado perfectamente para que no se asustara, pero él vivía entre los muertos. Un día, pensaba Phil, habría que escribir un libro que contara eso: cómo alguien descubre que en realidad estamos todos muertos.

El oráculo le había ordenado que describiera el mundo oculto del otro lado del espejo y, guiado a cada paso, él había obedecido. Había descrito el libro que Hawthorne Abendsen escribía. Había descrito esa mujer de pelo negro, el exacto contrario de Anne, más bien parecida a Jane tal como él se la imaginaba, y aquella chica había entendido, como Jane hubiese entendido y como Anne no entendería nunca, que Hawthorne Abendsen no hablaba de otro mundo, de un mundo imaginario, sino del mundo real. Y ahora ella quería encontrarlo. Le parecía que, de

encontrarse en el lugar de Abendsen, hubiese tenido unas ganas y a la vez un miedo terrible, era como encontrarse con Jane o con la muerte. Pero no era él quien podía decidirlo.

Se acercaba el final del libro. Phil estaba seguro de ello, como un lector al que le basta con contar las páginas que le faltan. Juliana había detenido su coche en una carretera desierta que atravesaba las montañas Rocosas. Tenía la cabellera negra empapada. Sus senos diminutos y erguidos palpitaban en libertad debajo del vestido nuevo y hermoso, el regalo de un nazi al que unas horas antes le había cortado la carótida con una navaja. Sacó de la bolsa los dos tomos negros y gastados de la edición Baynes y, allí, en el coche cuyo motor seguía encendido, tiró las tres monedas preguntando: «¿Qué debo hacer? Dígame qué debo hacer, se lo suplico».

Le salió el hexagrama 42 —el aumento—, que tres trazos mutantes transforman en 43: el desbordamiento.

«Resueltamente el asunto ha de darse a conocer en la corte del rey. Ha de proclamarse conforme a la verdad. ¡Peligro!»

Dick se mordió los labios. Esperaba una de esas respuestas vagas, como las que el *I Ching* a veces suele dar y que pueden prestarse a una interpretación libre. Pero ésta era de una transparencia terrible. Había que ir a la corte del rey. Juliana se puso otra vez en camino.

Desde el comienzo del libro se decía que Abendsen vivía en un bunker aislado en medio de las montañas —de ahí el apodo de Hombre del castillo—, pero a Dick ya no le interesaba describirlo, además sabía muy bien que no existía. El viaje de Juliana terminó en los suburbios de Cheyenne, en Colorado, frente a una casa amplia y blanca, con un callejón cubierto de grava que conducía a un garaje y el triciclo de los niños sobre el césped cortado. La planta baja estaba iluminada, se oía música y un rumor de voces: una fiesta, una fiesta banal.

Juliana entró. Unas páginas más, pensó Dick, un diálogo difícil de escribir y todo habrá terminado: finalmente sabré lo que cuenta este maldito libro.

Peligro.

Un invitado le señaló el anfitrión a Juliana. Ahí estaba Hawthorne Abendsen: un tipo alto y robusto, barbudo, tomando un Old Fashioned. Se acercó a él y, sin que ella se presentara, entablaron una conversación. Él le ofreció una copa y ella

aceptó. ¿Qué desea? Oh, cualquier cosa excepto algo pasado de moda.

Juliana explicó el motivo por el que se encontraba allí y le hizo algunas preguntas. ¿Por qué había escrito ese libro? El le explicó cómo se había servido del oráculo, que lo había decidido todo en su lugar, el tema, el período histórico, los personajes y el aporte de innumerables detalles necesarios para la elaboración de una historia. Confesó que lo había consultado hasta para saber cómo sería recibido el libro: el oráculo le había respondido que sería un gran éxito, el primero de su carrera. Dick tocó la madera de su mesa, pero Juliana movió la cabeza con impaciencia. No había llegado hasta allí para saber cómo Abendsen y el oráculo habían escrito el libro: eso lo había intuido desde hacía mucho tiempo. Quería saber el porqué. ¿Por qué el oráculo había decidido escribir una novela por intermedio de Abendsen? ¿Por qué esa novela? ¿Por qué ese tema enrevesado y no otro?

Abendsen no tenía una respuesta. Dick tampoco. No quedaba otra solución que la de preguntárselo al oráculo. Prepararon el libro, las tres monedas chinas de vellón, la hoja y el lápiz para apuntar el hexagrama. Después formularon la pregunta: «Oráculo, ¿por qué escribiste *La langosta se ha posado*? ¿Qué querías que supiéramos?».

Dick retuvo el aliento por un momento, después tiró seis veces las monedas y construyó el hexagrama.

Sun arriba, *Tui* abajo.

61. *Chung Fu*, la verdad interior.

«Por encima del lago sopla el viento y remueve la superficie del agua. Así se manifiestan efectos visibles de lo invisible.»

Hubo un momento de silencio.

— Sé lo que significa — dijo por fin Juliana.

Abendsen le lanzó una mirada de inquietud, casi feroz.

— Significa que mi libro dice la verdad, ¿no es cierto?

— Sí.

— ¿Alemania y Japón perdieron la guerra?

—Sí.

Hawthorne cerró el libro y se levantó sin decir nada.

—Ni siquiera usted —dijo Juliana— se ha enfrentado a la verdad.

Luego se marchó.

Dick la siguió, perplejo. ¿Era ése el final del libro? Ningún editor lo aceptaría. Le exigirían que lo explicara, que lo justificara. Un final así le molestaba incluso a él, el autor. En *Tiempo desarticulado* no se había contentado con afirmar que Ragle Gumm tenía razón, sino que había explicado por qué; se había matado inventando la historia de la estrategia de defensa antimisiles que imponía la reconstitución de un mundo del pasado en torno al protagonista. Esa explicación formaba parte de sus deberes para con el público. Y ahora se daba cuenta de que escribiendo *El hombre en el castillo* en ningún momento se había preocupado por el público: como un autor de novelas policíacas que espera el último capítulo para preguntarse quién, cómo y por qué ha cometido el crimen. Había contado con el *I Ching*. El *I Ching* habría encontrado una manera de sacarlo del apuro. Pero esta vez el *I Ching* lo abandonaba con esa confirmación evasiva, mordaz, una especie de koan zen disparatado. Abandono más irritante aún, pensó Phil, pues, de haberlo sabido a tiempo, y si hubiese sentado las bases necesarias durante el relato, una revelación de este tipo hubiese podido caber perfectamente en un libro que abordaba, al menos en parte, el nazismo. Era una idea que lo había impresionado mucho leyendo a Hannah Arendt, según la cual el objetivo principal de un Estado totalitario consiste en desconectar a la gente de la realidad, en hacerla vivir en un mundo ficticio. Los regímenes totalitarios han dado forma a la quimera de la creación de un universo paralelo. Un privilegio que santo Tomás negaba al Todopoderoso y que san Pedro Damían le reconocía, a saber, el poder de modificar el pasado, de hacer que lo que ha sido no haya existido nunca, algo que los nazis y los bolcheviques se han arrogado al reescribir la historia y al imponer sus respectivas versiones apócrifas. Trotski nunca había dirigido la Armada roja, Beria desaparecía de la enciclopedia soviética en beneficio de un vecino en el alfabeto menos comprometedor: el estrecho de Behring, y, en cuanto a las víctimas menos ilustres de los campos de concentración, no sólo había que aniquilarlas, sino también hacer ver que nunca habían existido. En un pasaje extraordinario, Arendt describe el gran folio en el que la policía representa el entorno de cada persona considerada indigna de vivir: alrededor del punto que la representa, aparecen, en círculos concéntricos, un sinnúmero de puntos que representan a la familia y los amigos íntimos; luego

vienen las relaciones profesionales, los conocidos; después las personas que, sin conocerla personalmente, han oído hablar de la persona non grata, y sólo las dimensiones del folio hacen que sea imposible extender el círculo a toda la humanidad. Dick había leído un día acerca de una teoría que le había gustado mucho, formulada por un autor de estadísticas, y según la cual nadie en la Tierra se encuentra a más de cinco o seis apretones de mano de cualquiera de sus semejantes: «Lo que significa —le explicaba a Anne— que en tu vida tienes que haberle dado la mano a alguien que le ha dado la mano a alguien que le ha dado la mano a alguien que ha dado la mano, digamos, a Richard Nixon o a un habitante cualquiera de Benarés». Este principio de contaminación universal, pesadilla y carburante de la utopía totalitaria, conduce lógicamente a la deportación de todo el mundo, incluidos los deportadores. Sin embargo, puesto que ni siquiera un régimen totalitario está del todo exento del principio de realidad, ha sido necesario encontrar otra solución, que consiste en borrar a los desaparecidos, no sólo de los documentos, sino de la memoria de los que provisionalmente se salvaban. Y una de las cosas más aborrecibles que los regímenes totalitarios han revelado a la humanidad, es que esta operación es posible. Si el Tercer Reich, pensaba Dick, reinara hoy en Europa, su lógica exponencial no sólo lo hubiese llevado a exterminar a millones de hombres, sino que también es probable que los supervivientes, con la garganta continuamente irritada por el humo de los hornos crematorios, ni se enteraran. Cuando el precio de la supervivencia es tan elevado, nadie sabe nada.

En una revista de divulgación había leído también el resumen de un experimento psicológico: se trazan dos líneas en una pizarra, una, A, netamente más larga que la otra, B. Después se muestra la pizarra a un grupo de cinco personas a las que se les pide que digan cuál de las dos líneas es la más larga, A o B. Cuando todos se han desternillado de la risa provocada por un test tan estúpidamente fácil, cada uno responde. Cuatro miembros del grupo, cómplices del experimentador, afirman contra toda evidencia que la línea B es más larga que la A. El quinto miembro, que en realidad es el único sujeto del experimento, termina, indefectiblemente, a costa de una gran perturbación psíquica, rechazando el testimonio de sus sentidos y se adhiere al resto del grupo. Este es el tipo de experimento que los regímenes totalitarios han realizado a gran escala. Ellos han desarrollado la facultad de mostrar una silla a la gente y de hacer que digan que se trata de una mesa. Es más, se lo hacen creer. Desde este punto de vista, lo que Dick había contado en su libro, estimulado por el oráculo, no era del todo absurdo. Al contrario, había descubierto una profunda verdad.

Evidentemente, pensó Phil, la hipótesis hubiera sido más factible en el

sentido contrario: no son muchas las razones que tiene una democracia, aunque esté gangrenada por una caza de brujas, para engañar a la gente con la idea de que viven bajo un régimen totalitario; al contrario, si Alemania y Japón hubiesen ganado la guerra, es fácil imaginar que habrían hecho creer lo opuesto a los norteamericanos, para dominarlos mejor. Éstos seguirían viviendo cómodamente en los barrios residenciales, ufanándose de su Constitución e ignorando que son las víctimas totalmente alienadas del Reich. Año tras año, millones de sus conciudadanos desaparecerían sin dejar rastro, y nadie se habría dado cuenta, ni habría preguntado nada, tan potente es en el hombre, si se le estimula, el instinto de ignorar. Pero, en ese caso, le tocaría a Phil Dick, habitante de una América presuntamente libre, y no a Hawthorne Abendsen, su doble especular, dar cuerpo a las sospechas y sacar de ellas la trama para una novela.

Había obrado correctamente.

Tranquilo.

Movió la cabeza y se desperezó, tratando de huir del engranaje de ese razonamiento absurdo. Volvió a echar una ojeada al comentario del hexagrama, esperando encontrar en él la inspiración para concluir.

«Esto indica que el corazón está libre de prejuicios, de modo que está capacitado para acoger la verdad.»

Se imaginó repitiendo la misma frase al editor enfurecido y se echó a reír.

Después hizo un último intento.

Meng, la necedad juvenil.

«No soy yo quien busca al joven necio, el joven necio me busca mí. Al primer oráculo doy la razón. Si pregunta dos, tres veces es molestia. Cuando molesta no doy información. Es propicia la perseverancia.»

—Bueno, está bien —dijo, irritado—. Lo he entendido.

Juliana había dicho ya todo lo que había que decir. Escribió la palabra «fin» y regresó a casa pensando que le hubiese gustado leer las últimas páginas de *La langosta se ha posado*, para saber si se hablaba de él en ellas y ver cómo el otro se las había arreglado.

La idiotez

Como predijo el oráculo, *El hombre en el castillo* fue el primer éxito de su carrera. Dick obtuvo el premio Hugo, el mayor reconocimiento al que un escritor norteamericano de ciencia ficción podía aspirar.

A las pocas semanas, recibió un paquete enorme que contenía los manuscritos de sus once novelas *mainstream*, acompañadas por una carta de su agente en la que le explicaba que, aunque había hecho todo lo posible, nadie había mostrado ningún interés por ellas, y que, en lo que se refería a este aspecto de su producción, lamentaba, muy a su pesar, tener que arrojar la toalla. Para Phil fue una decepción, aunque no una sorpresa. Hacía tiempo ya que se había habituado a la idea de que un obstáculo a la vez incomprensible e insuperable, como un campo magnético, lo separaba de esa tierra prometida, la alta literatura. Su suerte estaba sellada: más le valía ser cabeza de ratón que cola de león. Así lo quería su karma, se decía medio en broma y medio en serio.

Este doble veredicto le asignaba, quizá de manera definitiva, un lugar que tanto su amor propio como el de Anne despreciaban, pero que él empezaba a sentir como *su* lugar, indispensable para demostrar su talento. Más que el premio, del que esperaba una repercusión material que nunca llegó, el júbilo y la sensación de dominio que había sentido al asumir, del otro lado del espejo, el papel de Hawthorne Abendsen, le dieron la certeza de haber encontrado el camino. Por más que lo que escribía sólo podía ser etiquetado de ciencia ficción, nadie sino él podía escribirlo. Mala suerte si eso significaba tener que seguir siendo pobre, desconocido o famoso en un ambiente cuyos límites no escapaban a su lucidez: no se resignaba deliberadamente a esta situación, pero intuía que para él era una suerte no tener otra opción.

Desde que un oráculo de cinco mil años le había garantizado la «verdad interior», Dick se abismaba metódicamente en el laberinto de su *idios kosmos*. Su «idiotez» personal giraba en torno a la intuición de que no sólo no se puede conocer directamente la realidad, filtrada por la subjetividad de cada uno, sino que, además, el consenso más o menos general que existe con relación a ésta nace de un engaño.

Lo que todos los seres razonables, más allá de sus diferencias de percepción y de juicio, coinciden en reconocer como la realidad no es más que una ilusión, un simulacro urdido por una minoría para engañar a la mayoría o por una potencia externa para engañar a todos. Lo que llamamos la realidad no es la realidad.

A esta intuición vino a sumársele una idea que las tendencias del momento difundían por entonces en la costa del Pacífico y que tendía a presentar ciertos estados de conciencia alterada como la vía de acceso directo a la Realidad última.

En 1954, Aldous Huxley publicó el resumen de una sesión con mescalina, con un título inspirado por una frase de William Blake: «Si las *puertas de la percepción* quedaran depuradas, todo se habría de mostrar al hombre tal cual es: infinito». Satírico brillante en los comienzos de su carrera, Huxley había sorprendido, e incluso consternado, a gran parte de sus admiradores orientándose hacia el estudio del misticismo y de la experiencia común que de éste se deriva y que trasciende las diferencias religiosas. La mescalina le causó un efecto fulminante. Y aunque reconociera, de mala gana, que lo que sucede bajo los efectos de la droga no se puede comparar con la iluminación mística, sostenía que «ser arrancados de raíz de la percepción ordinaria y ver durante unas horas sin tiempo el mundo exterior e interior, no como aparece a un animal obsesionado por la supervivencia o un ser humano saturado de palabras y nociones, sino como es percibido, directa e incondicionalmente, por la Inteligencia Libre, es una experiencia de inestimable valor para cualquiera, eso que los teólogos católicos llaman una gracia gratuita, no necesaria para la salvación, pero que puede ayudar a conseguirla y debe ser aceptada con agradecimiento, si es que llegamos a recibirla».

En suma, para Huxley la mescalina era un medio para visitar el *idios kosmos* de Buda o el Maestro Eckhart, es decir, la Realidad última. Un medio fácil —lo cual resultaba casi irritante— al alcance de todos y sin riesgo. En fin, casi sin riesgo. Al describir detalladamente su experiencia, Huxley no había podido evitar señalar el abismo que él mismo, cobaya exenta de perturbaciones psíquicas, había vislumbrado fugazmente: a saber, que la inmersión en la Realidad no sólo caracteriza al misticismo, sino también a la locura, y que, por consiguiente, algunas tendencias de las que el sujeto no siempre es consciente pueden llevarlo tanto al infierno como al paraíso. Siguiendo las huellas de Bergson y de la filosofía vitalista, Huxley consideraba el cerebro como un mecanismo para filtrar la Realidad, demasiado rica para los modestos receptores con los que estamos dotados. Este mecanismo puede ser puntualmente puesto en marcha por la droga o crónicamente dañado por una enfermedad mental. Y si la Realidad se deja contemplar con serenidad por aquellos que, como Huxley, se extasían reconociendo el

cuerpo-dharma de Buda en los pliegues de sus pantalones de franela, también puede aterrar a otros, «hasta el punto de hacerles interpretar su inflexible esquivez, su abrasadora intensidad de significado, como manifestaciones de malevolencia humana o hasta cósmica, de malevolencia que reclama las más desesperadas reacciones, desde la violencia asesina hasta el suicidio psicológico. Y una vez que nos lanzamos por la infernal cuesta abajo, ya no hay modo de detenerse; todo lo que sucede es una prueba de la conspiración de que se es víctima». «Sí —concluía Huxley horrorizado—, ahora creo saber qué es la locura.»

Los primeros en experimentar con el LSD₂₅, sintetizado en 1943 por Albert Hoffmann para los laboratorios Sandoz, nunca imaginaron que esa substancia de efectos muy similares pudiese servir para otra cosa: para descubrir, desde adentro, en qué consistía la locura. La mayoría de los psiquiatras la consideraron como un «simulador de la esquizofrenia» que les permitía experimentar, por unas horas, lo que sus pacientes sentían. Sólo más tarde, bajo la influencia de Huxley y de unos grupúsculos científico-religiosos que gravitaban en torno a él en Los Ángeles, se pensó en servirse de ella para conocer la Realidad absoluta. Algunos no dudaron en designarla con el más antiguo de sus códigos: Dios.

Cuando Dick descubrió *Las puertas de la percepción*, libro de mucho éxito en California a principios de los años sesenta, las ideas expuestas por Huxley le parecieron familiares. Siempre había pensado en eso. Pero en aquella época aún no había tomado ni LSD ni mescalina, y ni siquiera había fumado un porro, de modo que le hubiese sorprendido mucho que alguien lo tratara de drogadicto. Hubiese respondido, encogiéndose de hombros, que él no era como esos elegantes escritores que, en sus despachos tapizados con los lienzos de los grandes maestros, se entregan al placer de esas experiencias para luego discutir doctamente sobre ellas. Él era tan sólo un proletario atornillado a su mesa de trabajo, que debía mantener a su familia y no tenía ni el tiempo ni los medios para drogarse. Por supuesto, no paraba de tomar pastillas, Serpasil para la taquicardia, Senoxidrine para la agorafobia y Bazedrina para estimular la mente, sin contar otras menudencias para corregir los efectos secundarios de las primeras. Por supuesto, todas esas pastillas a veces le causaban efectos extraños, le hacían ver las cosas y las personas como a través de rayos X, y le parecía que el interior de las personas se parecía al de una radio o al de un televisor: un montón de cables y de dispositivos de metal y plástico. Visiones nada agradables, por cierto. Tampoco le resultaba nada agradable descubrir, cada vez que sentía la curiosidad de leer las advertencias de un medicamento cuya dosis máxima tomaba todos los días desde hacía años, que su abuso podía provocar «alucinaciones, delirios, trastornos vasculares graves, muerte». Pero no podía prescindir de esos fármacos, su ritmo de trabajo dependía de

ellos. Francamente, no lo hacía por placer ni para descubrir el cuerpo-dharma de Buda en la franela de un pantalón de doscientos dólares. Además, él sólo usaba vaqueros.

En cambio, en materia de enfermedades mentales, se consideraba una especie de autoridad, como lo demuestra con un afán de exhaustividad casi paródico el cuadro clínico que elaboró para su novela de 1963, *Los clanes de la luna Alfana*. Esta luna Alfana servía en un principio como centro de cuidados psiquiátricos para los colonos terrestres que sufrían perturbaciones, pero una guerra la había separado del planeta-madre, y los enfermos mentales, abandonados a su suerte durante dos generaciones, habían fundado en ella una sociedad de clanes similar al sistema de castas hindú: están los Manis, maníacos, dominadores y agresivos, que desde las alturas de su ciudad, Da Vinci Heights, ejercen su imperiosa autoridad; los París, paranoicos, sutiles políticos y estrategas, atrincherados detrás de mil sistemas de seguridad en su bunker de AdolfVille; los Deps, maníaco-depresivos que viven solos en la sombría ciudad de Cotton Mather; los Obcoms, obsesivo-compulsivos entre los que se recluta a los funcionarios del planeta; los Polis, esquizofrénicos polimorfos que alegran con su caprichoso genio creativo la pequeña aldea de Hamlet-Hamlet; los Esquizos, poetas y visionarios errantes; y por último, al final de la escala, los Hebes, hebefrénicos vegetativos que se pudren en los basurales de Gandhitown, aunque cuenten entre sus filas con santos de altos poderes psíquicos. En esta novela Dick se propuso comparar los méritos de las diversas psicosis desde el punto de vista de la supervivencia y, como exigían las tendencias de su época, elaboró un balance muy positivo: la sociedad Alfana funciona bastante bien; apenas difiere de la nuestra, donde cada uno, aunque sea oficialmente cuerdo, puede pertenecer a alguna de esas categorías clínicas. Así, cada vez que los terrícolas desembarcan en la Luna, se procede a su clasificación como si se tratara de una formalidad aduanera, y los resultados de los tests muestran lo mal que se conocen las personas presuntamente normales.

Esta idea lo devolvió a su deporte preferido de juventud. Empezó a observar a las personas que lo rodeaban, a examinar sus reacciones y sus respuestas a las preguntas que intentaba hacerles lo más naturalmente posible para determinar las tendencias psicóticas de cada una de ellas. Por supuesto, no disponía de tests tan sofisticados como los de los psiquiatras de su libro; pero confiaba en su intuición y a veces el *I Ching* también lo ayudaba a construir sus diagnósticos. Phil propuso un juego que las niñas aceptaron encantadas: «¿Qué tipo de loco serías? ¿El que se cree un ratón? ¿El que se cree Abraham Lincoln? ¿El que se cree el director del manicomio? ¿O qué otro?». Las pequeñas no paraban de jugar a este juego e iniciaron incluso a sus compañeras de colegio. El juego se convirtió en el tormento

del año escolar y la cruz de la maestra, exasperada por las carcajadas desbocadas que provocaban en sus alumnas diálogos tan absurdos como por ejemplo:

—¡Pero si los tigres no comen títeres!

—No, pero no creo que la directora lo sepa.

Cuando se supo que aquella moda había sido lanzada por las pequeñas Rubenstein, la maestra quiso advertir a los padres. Como Anne no estaba en casa, fue Phil quien la recibió, mostrando un vivo interés por sus teorías pedagógicas y asegurándole que se encargaría de controlar la imaginación de las niñas. Pero al acompañarla para despedirse, no pudo evitar por unos segundos poner esa cara de exaltado que tanto hacía reír a Laura con los ojos brillantes, una expresión a la vez sardónica y extasiada, y susurrarle:

—No se lo diga a nadie, pero yo soy Phil Dick, el famoso escritor.

La maestra lo miró con estupor. La cara de Phil se recompuso y volvió a ser la del padre atento y responsable que acababa de escuchar las quejas de la maestra de sus hijas.

—¿Cómo ha dicho? —balbució ella.

—No he dicho nada.

La maestra prefirió pensar que lo había soñado.

Anne apreciaba poco esas bromas. No le hubiese gustado tener que explicarles a sus hijas que su padre había muerto en un hospital psiquiátrico, aunque no perdía la ocasión de atacar a Phil por su pasado. Él se había abierto mucho con ella al comienzo de la relación. Además, Anne estaba muy apegada a la familia y para ella era importante invitar regularmente a Dorothy, que le confiaba todo lo que una madre puede confiar a su nuera, ante la exasperación de su hijo: lo bueno que era de niño, lo salvaje que era, lo que decían los psiquiatras de su hermanita melliza muerta e incluso la edad hasta la que se había hecho pipí en la cama. A Dorothy también le gustaba hablar de su hermana, que se llamaba Marión y que había tenido mellizos. A diferencia de ella, Marión no había dejado morir a ninguno de los dos: había sido una buena madre. Sin embargo, a fines de los años cuarenta, cuando Phil aún era estudiante, Marión había sufrido, de repente y sin ninguna razón aparente, graves trastornos mentales con tendencia a la

esquizofrenia catatónica. Dorothy se había ocupado mucho de ella, la había visitado con frecuencia en el hospital y, en el intervalo entre una y otra rehabilitación, la había albergado en su casa cuando al marcharse su hijo había quedado una habitación libre. Le prodigaba unos cuidados afectuosos aunque algo extravagantes, pasando, según sus caprichos, de un tratamiento milagroso a otro, de la dianética al acumulador orgónico reichiano. Tenía una imagen más bien romántica de la enfermedad de su hermana y, cuando Marión ya casi hacía el final, sentía una continua y atroz sensación de ahogo, ella sostenía que su hermana gozaba de unas visiones maravillosas. Un día les leyó solemnemente a Phil y Anne la oración fúnebre que había confiado a su diario secreto el día de la muerte de Marión, diez años antes: «No quería seguir viviendo. La atracción de ese otro mundo en el que ella vivía y que contenía todo lo que nosotros consideramos como la esencia de la creación, era demasiado fuerte. Intentó inútilmente vivir al mismo tiempo en ese mundo suyo y en el mundo corriente de los demás. Aunque cada vez estoy más convencida de que cada uno tiene un mundo propio y que nadie pertenece verdaderamente al mundo real. Todos somos extraños».

Esta lectura incomodó a Phil. Anne le lanzó una mirada medio cómplice y medio cruel, que quería decir claramente: «Ahora entiendo de dónde sales».

(Un detalle que completa la historia: poco después de la muerte de Marión, su viudo afirmó que había recibido mensajes de la difunta en los que le ordenaba que se casara con Dorothy, con quien, hasta ese momento, no se había llevado demasiado bien. La boda se celebró en 1954 y desde entonces Dorothy crió a los mellizos de su hermana, un hecho que Phil consideraba como la guinda que coronaba el pastel cada vez que pretendía demostrar cuan interesante era su caso.)

Inmediatamente después de escribir *El hombre en el castillo*, escribió *Tiempo de Marte*, un libro en el que, con mayor seriedad que Huxley al volver de sus paseítos mescalínicos, se formuló la pregunta: ¿qué significa ser psicótico?

La historia, que se abre con un suicidio cuyas ondas se propagan de un personaje a otro a lo largo de toda la novela, habla de la especulación inmobiliaria en el planeta Marte, colonia abandonada por la Tierra, donde el baronismo y los clanes rivales se han propagado. Para actuar de la mejor manera, el jefe del poderoso sindicato de fontaneros desea echar un vistazo hacia el futuro. Un psiquiatra melifluo le expone entonces una tesis en boga, según la cual el autismo y la esquizofrenia son en general perturbaciones de la percepción del tiempo: la existencia del esquizofrénico se distingue de la nuestra en que éste lo posee todo

ahora, lo quiera o no: toda la bobina de la película que nosotros vemos desfilan de imagen en imagen a él se le ha caído encima. La causalidad para él no existe, pero sí existe ese principio de conexión acausal que Wolfgang Pauli llamó «sincronicidad» y a través del cual Jung, sustituyendo un enigma por otro, pretendía explicar las coincidencias. Como una persona bajo el efecto del LSD o como Dios, por cuanto se conoce la forma de su *idios kosmos*, el esquizofrénico vive en un eterno presente. La realidad se le presenta en bloque, como un accidente automovilístico perenne, que sigue produciéndose ahora y que nunca dejará de hacerlo. De alguna manera, podemos afirmar que un esquizofrénico tiene acceso a lo que nosotros llamamos el futuro. Lo cual basta para que el jefe de los fontaneros se entusiasme y recurra al eterno «chiflado» de las novelas de Dick, un ex esquizofrénico que se dedica a reparar aparatos, desde tostadoras hasta hélices de helicópteros, oficio muy apreciado en Marte, donde los repuestos escasean. Le encarga crear un sistema que le permita contactar con Manfred, un niño autista, y extraer de la mente de éste la preciosa información.

El técnico reparador no muestra demasiado entusiasmo. No le hace ninguna gracia todo lo que pueda recordarle su pasado de esquizofrénico, ni que vuelva a aflorar la pregunta que tanto le ha costado ocultar: cuando vio, en el pasado, a su jefe como una construcción artificial hecha de engranajes y cables eléctricos, ¿había sido aquello una alucinación o una visión?, ¿un ataque psicótico o una visión de la realidad desenmascarada? Sin embargo, se encariña con el joven autista, llegando incluso a imaginar, con el mismo optimismo que el de Dorothy con respecto a Marión, que «debe de existir en la mente blindada de ese chico un mundo mágico, un mundo de pureza, de belleza y de auténtica inocencia».

Grave error. Pronto empiezan a ocurrir cosas extrañas: un disco de Mozart dirigido por Bruno Walter se revela una cacofonía atroz; si alguien pasa una noche con los amigos, le basta con apartar por unos segundos su mirada de ellos para que en los extremos de su campo de visión sus cuerpos se desplomen y se desintegren, abandonados a la descomposición orgánica. El universo objetivo en el que los personajes se mueven se ve progresivamente invadido por el de Manfred. El niño atrae a todos los que frecuenta a su realidad, apenas encuentra en ellos un terreno propicio. Y ésta es una realidad atroz, devorada por la entropía, un territorio de muerte. Cuando leyó los ensayos clínicos del psiquiatra suizo Ludwig Binswanger, Dick había quedado muy impresionado con el concepto de «mundo-tumba». Y es realmente un mundo-tumba, donde todo ha sucedido y sucede al mismo tiempo, donde nada más podrá suceder, en esa muerte eterna que el esquizofrénico vive, si es que a eso puede llamarse vivir. Y la tumba espera devorar a todos los que se le acercan, espera transformarse en cada criatura y en cada cosa.

Todos se vuelven Manfred. De cada boca brota el gruñido desconsolado que él tiene como voz. «Quisiera hablar con alguien que no sea él», exclama, asustado, el técnico reparador, y es siempre Manfred quien hace mover sus labios. El maestro-fontanero viaja en el tiempo, como había previsto, pero ese tiempo es el de Manfred, el tiempo muerto del mundo-tumba, y el viaje se transforma en pesadilla. El secretario fiel se transforma en monstruo predador; los objetos son huraños, hostiles; el café, amargo y envenenado. Una máscara de nada, de tiniebla total, aparece encima del fontanero, se cierne sobre su rostro. Comprende que nunca más volverá a ver la realidad cálida y verdadera que ha cometido la locura de eliminar, que está perdido para siempre en el mundo del autista, que allí morirá. Y allí muere.

Morir en la pesadilla de otro, ¿acaso existe algo más atroz? Dick le ahorró ese destino al fontanero, reservándole un final más misericordioso, e incluso más irónico. El sortilegio se desvanece y el fontanero sale del mundo-tumba. Y, apenas sale, se deja matar estúpidamente por un personaje secundario surgido de un brazo muerto de la trama. Mientras lo transportan, agonizante, al hospital, no se lo puede creer. Se ríe. No caerá dos veces en la misma trampa. Sabe muy bien que sigue en uno de esos malditos universos esquizofrénicos en los que se muere por nada, para después despertar. Pronto despertará, en la realidad cálida y verdadera donde no ocurren esas cosas. Y con esta convicción muere, esta vez definitivamente.

Quizá sea mejor así, concluye el técnico. Dick pensaba que efectivamente era mejor así, por dos razones: el fontanero muere consolado porque cree que no muere, y muere en el mundo real, no en una ilusión donde siempre pueden ocurrir cosas peores.

Le gustó escribir el final de ese libro. Lo reconfortaba. Ilusión y realidad netamente separadas, los supervivientes caminan sobre la tierra firme del *koinos kosmos*. Sin embargo, la duda del técnico reparador subsiste, puesto que un esquizofrénico nunca se cura del todo. «Cuando una persona se vuelve psicótica —piensa Dick—, ya nada más podrá sucederle. Y yo me encuentro en el límite de esta situación. Quizá siempre lo estuve.»

Quizá siempre lo estuvo.

Ya lo había pensado. En el cine, aquel famoso día en que se sintió mal al ver en el noticiario cómo los marines quemaban a los japoneses con lanzallamas. Dorothy le había contado la anécdota a Anne para resaltar la sensibilidad y el

antimilitarismo precoces de su hijo. Pero ignoraba lo que su hijo había sentido realmente ese día. Sentado en la butaca de terciopelo rojo y raído, con el paquete de palomitas en la mano, Phil miraba las paredes de aquella caja donde lo habían encerrado junto a un centenar de personas desconocidas, observaba el haz de luz que, partiendo de la cabina ubicada detrás de él, se extendía en forma de cono hasta la pantalla, y veía el polvo que danzaba en aquel cono de luz, la alfombra estropeada debajo de sus pies; cuando de pronto, antes de que comenzara el noticiario, *lo supo*. Supo, con una certeza absoluta, que no existía nada más que eso. Nada más que las cuatro paredes, el techo, el suelo y los demás prisioneros. Aquello que creía saber del mundo exterior Y de su vida en él no era más que una sucesión de falsos recuerdos, una ilusión insinuada en su cerebro, por maldad o por piedad, imposible de determinar. Había estado siempre allí, siempre había asistido a esa película que él creía que era su vida. En un momento dado había creído que saldría de allí, que caminaría junto a su madre por las calles de una ciudad americana amada Berkeley, que volvería a su casa a escuchar las grabaciones de alguna melodía de Schubert, pero en realidad nada de todo eso existía, ni su madre, ni Schubert, ni los Estados Unidos, ni Alemania, ni siquiera los otros espectadores encerrados con él en la misma sala: quizá esos figurantes formaban parte de la película. Entonces se hizo una promesa: cuando saliera, cuando creyera haber salido, no se dejaría engañar, recordaría que en realidad seguía estando en aquella sala y que no había otra realidad. Presentía que entonces ese pensamiento ya no tendría la misma carga de certeza, que le parecería una atractiva paradoja y no una verdad vital. Habría querido ser aquel que sería una hora más tarde para gritarle que no se dejara engañar. Para apurar ese momento, para volver a entrar en el mundo de la ilusión con toda su lucidez, fingió sentirse mal durante el noticiario. Su madre, preocupada, lo sostuvo y lo acompañó hasta la salida. Se encontraron en la calle, a la luz del sol, y por unos momentos Phil disfrutó con el placer de saber que esa calle, ese sol y esa mujer delgada de cejas fruncidas, que lo interrogaba ávidamente, no existían, que en realidad él seguía estando en la sala, donde siempre había estado y estaría. Si hubiese podido continuar entrando y saliendo del mundo de la ilusión y ocupar un lugar en él sin perder esa preciosa lucidez, habría sido... ¿cómo definirlo?, ¿como algo agradable? Seguramente no. Pero no le importaba nada el placer, él aspiraba a *saber*, a no dejarse engañar. Y empezaba a sentir que lo que había previsto estaba sucediendo: la ilusión recuperaba sus derechos, de nada servía luchar, ya no creía más en eso. Su último deseo consciente fue el de recuperar un día la lucidez, aunque sólo fuera por unos instantes.

Y la había recuperado, esporádicamente: frente a un cuarto de baño en el que no sabía cómo encender la luz; y más tarde en otro cuarto de baño, uno de los tres de la casa que compartía con una rubia de carácter dictatorial. Detrás de la puerta

cerrada con llave, la oía ir y venir profiriendo insultos. Ilusión. Nuevo episodio de la película. Según este episodio, él era un hombre de treinta y cinco años, barbudo, que escribía ciencia ficción. Un hombre muy cultivado, amante del vértigo y las paradojas. Nunca se encerraba en un baño sin aludir en tono de broma a la iluminación de Martín Lutero, que había tenido lugar, según los manuscritos latinos, *in latrinis*. Conocía todas las formas culturales que su intuición había asimilado: la caverna de Platón; el sueño de Chuang-Tzu que, cuatro siglos antes de nuestra era, se preguntó si era un filósofo chino que había soñado ser una mariposa o una mariposa que soñó ser un filósofo chino; o la versión más amenazadora de este mismo interrogante, formulada por Rene Descartes: «¿Cómo puedo saber que no estoy siendo engañado por un demonio maligno infinitamente poderoso que quiere hacerme creer en la existencia del mundo exterior, y de mi cuerpo?». Había convertido este tipo de especulaciones en su especialidad profesional y, desde que había vuelto a él el recuerdo de su destello de certeza infantil, en el cine, había aprendido a resucitarlo a voluntad. A solas, en el cuarto de baño, le bastaba con mirar por un instante su cara en el espejo, su cuerpo, las baldosas, la cucaracha muerta atrapada en la cortina de la ducha para que la certeza de la irrealidad de todo el resto volviera con una facilidad desconcertante.

Siempre había estado allí.

8

La locura entre dos

El avance literario conseguido con *El hombre en el castillo* no modificó en absoluto, a pesar del premio Hugo, su situación social y material. La novela *Tiempo de Marte*, de la que Dick esperaba mucho, pasó inadvertida. Y, a pesar de la renta de la rica familia del difunto marido de Anne y las primeras ventas de la joyería, hacía falta dinero, mucho dinero, según sus criterios de Berkeley, para mantener a cuatro mujeres, cinco con el bebé, acostumbradas a un ritmo de vida burgués. Para ganar lo que Anne consideraba después de todo como muy poco, tenía que trabajar muchísimo. Las anfetaminas le permitían escribir a pleno ritmo una novela en pocas semanas; así, en dos años, llegó a publicar una decena, aunque a costa de depresiones atroces. Se sentía inepto para su oficio e incapaz de asumir sus responsabilidades. Estaba volviéndose feo. Detrás de la barba, su rostro palidecía y se abotargaba. Grandes insectos negros zumbaban en el perímetro de su campo de

visión. Ahora consideraba a Anne una enemiga. Ella disfrutaba, creía él, haciéndole ver que era un fracasado, poniéndolo frente a esta doble constricción paralizadora: trabajar menos y ganar más, ¿cómo crees que lo hacen los demás hombres? Lo acusaba de ser un miserable, pero porque necesitaba un miserable a quien despreciar, y él experimentaba una voluptuosidad siniestra en satisfacerla comportándose como un miserable. Le había dedicado, como había prometido, *El hombre en el castillo*, pero ella había palidecido al descubrir los términos de la dedicatoria: «A Anne, mi mujer, sin cuyo silencio este libro nunca se hubiera escrito». Pequeña obra maestra de insolencia, venganza abyecta de *Untermensch*, que ella sin embargo había provocado. Detrás de su apariencia de esposa modelo americana, había algo de nazi en ella: la crueldad fundada en la certeza absoluta de tener razón, de poseer para sí el derecho, el uso y el orden de la naturaleza. Al imaginar el sistema de castas de la luna Alfana, Dick se había preguntado si él debería también figurar entre los Esquizos (una hipótesis lisonjera, después de todo eran los visionarios de la banda), o entre los Deps (los que viven hundidos en la depresión, cosa que, desgraciadamente, cada vez le parecía más factible), pero, en lo que se refería a su mujer, no tenía duda alguna: era una Mani consumada, maníaca, fría, predatoria, totalmente desprovista de empatía.

Se había divertido, si se puede hablar de diversión, convirtiendo esta novela en un psicodrama que describía su relación con Anne. El héroe, Chuck Rittersdorf, ejercía el mismo tipo de oficio que él: era programador de replicantes para la CÍA. Un oficio desacreditado y mal remunerado, aunque le divertía saber que sus frases, sin que nadie lo supiera, salían de la boca perfectamente imitada de los robots humanoides empleados por la agencia para ciertas misiones delicadas. Aquello le daba una sensación de poder secreto, e incluso de utilidad, algo que su mujer evidentemente no podía comprender. Ella lo consideraba un trabajo miserable, poco creativo, impropio del hombre con el que se había dignado casarse. Sentía, en general, que Chuck era un ser miserable que no la merecía. Era una mujer seductora y ambiciosa. Una experta en los problemas ajenos, que trataba sin la menor compasión, mientras que ella, por su parte, estaba convencida de no tener ninguno. Dick se reía solo mientras escribía a máquina esa parte del libro. Se había alegrado cuando a ella también le encontró un trabajo. Una ocurrencia realmente genial: Mary Rittersdorf era consejera matrimonial. Un modelo de consejera inagotable, segura de sí misma, que se pasaba la vida citando a Freud y a Jung.

Pese o debido a lo cual, el marido de la consejera se había volatilizado. Sí, Chuck se había dado a la fuga y se había refugiado en un hotel ruinoso, con la esperanza de que ella tardara en encontrar la dirección. La fuga de su héroe procuraba a Dick un mísero consuelo. ¿Cuántas veces había imaginado la suya?

Pero estaban las niñas, su hija, y también esa parálisis de la voluntad, ese temblor que sentía apenas salía de casa. ¿Adonde ir? Cuando enfilaba por una carretera al azar, con la maleta arrojada al vuelo en el maletero del coche, la aventura terminaba siempre en casa de su madre, donde Anne pasaba a buscarlo unas horas más tarde. La esperaba frente a la puerta, igual que un condenado, seguro de que lo capturarán, espera a la policía. Sabía que ella siempre lo encontraría por muy bien que se escondiera. Y ya desde el primer capítulo Mary encontraba a Chuck. Inútil explicar cómo ese tipo de mujeres te encuentran siempre en un abrir y cerrar de ojos. Fríamente, ella le explicaba que esta vez tenía que ponerse a trabajar en *serio*, para costear la colosal pensión alimenticia que seguramente la justicia le obligaría a pagar.

—Puedes quedarte con todo lo que quieras —decía Chuck.

—Lo que puedas darme será insuficiente.

—No puedo darte lo que no tengo.

—¡Oh, sí que puedes! —replicaba Mary, impasible—. El juez ya se va enterando de lo que yo siempre he sabido de ti. Si te obligan, si alguien te fuerza a hacerlo, tendrás que afrontar los problemas cotidianos que se les plantean a todos los hombres maduros que tienen bajo su responsabilidad a su mujer y a sus hijos.

—Pero... —protestaba Chuck— tengo que vivir según mis propias normas...

—Primero, te debes a nosotros —lo interrumpía Mary—. No sabes la que te ha caído encima. Tendrás que pagar hasta el último de tus días. Durante toda tu vida, querido, no te librarás de mí. Siempre te costaré más caro de lo que eres capaz de pagar.

Tras estas buenas palabras, Mary volaba rumbo a la Luna, el planeta poblado de locos, en el marco de una misión en la que trabajaba de psicóloga. Salvo este detalle, Dick sospechaba que con Anne iba a suceder exactamente lo mismo. Nunca lo soltaría, ni siquiera después de haberlo convertido en un molusco. Al igual que Chuck, Dick sentía una terrible necesidad de simpatía y compasión, pero no conocía a nadie que pudiera brindárselas. ¡Qué aislado estaba! Al atraparlo en su telaraña, Anne había creado un vacío a su alrededor. Sus amigos eran los de ella. Sus animales eran los de ella. Y hasta su psiquiatra era el de ella. Si al menos hubiese podido tener una amante... Tenía ganas de llamar a Kleo, oír su voz, su risa estruendosa que había terminado por exasperarlo pero cuya franqueza ahora

echaba de menos, su alegría espontánea; poder describirle, tan sólo describirle el infierno en el que había caído desde que se habían separado. Pero no se atrevía. Kleo se había casado otra vez, con otro vendedor de University Music. Debía de estar resentida con él. Quizá se había enterado de que él había vendido la casa *de ellos*, sin comentárselo y sin mandarle nada de dinero. Anne lo había empujado a hacerlo, alegando que le devolverían el dinero apenas las finanzas de ellos estuvieran en orden, aunque sabía muy bien que nunca lo harían. Él se había comportado como un cobarde cediendo de esa manera, como un cobarde y un vil. Y ahora se enternece consigo mismo, como cada vez que se sentía culpable.

Pero no había que enternecerse. Había que seguir escribiendo a máquina, de cualquier modo, con el ojo clavado en el calendario que le recordaba que aquel libro que acababa de empezar tenía que estar acabado en tres semanas. Había que encontrar una manera de conectar esas dos tramas concebidas superficialmente: la guerra entre Chuck y Mary y la guerra entre los clanes de la luna Alfana.

Sus superiores de la CIA ordenan a Chuck dar vida a un replicante que participaría en la misión de Mary, la cual creería haber encontrado un encantador compañero de viaje, que en realidad es una máquina teleguiada por su marido. Chuck advierte enseguida que puede sacar provecho de esta situación. Un celoso se hubiese aprovechado de ella para seducir a su propia mujer y sufrir terriblemente haciéndole el amor bajo la apariencia de otro hombre, pero él no era celoso, era el marido de una mujer odiosa, decidida a arruinarlo, y ahora se le presentaba la oportunidad de *matarla*. Podría alegar haber perdido el control del robot: seguramente sospecharían de él, pero nadie podría probarlo.

Una vez concebida, no es fácil deshacerse de una idea así. Chuck estaba obsesionado con ella, y Phil también. Durante casi diez días todo el mundo en la casa lo encontró de mejor humor, algo sorprendente en los períodos en los que escribía, durante los cuales se atiborraba de pastillas y casi no dormía. «Haces de marido ideal, ¿verdad?», le preguntaba Anne. En realidad representaba otro papel: el de un robot concebido a su propia imagen y semejanza, encargado de asesinarla. Y al mismo tiempo representaba el programador del robot que, mientras hacía funcionar el programa del «marido ideal», aguardaba el momento de entrar en acción. De ese modo las actividades domésticas más rutinarias cobraban un cierto brío, como por ejemplo la de secar los platos mientras Anne los lavaba. La miraba moverse, la escuchaba perorar y desgranar sus rosarios de *shit* de *fuck*, gozando de saber algo que ella ignoraba: que quizá en cualquier momento la estrangularía.

Dos semanas después, él y Chuck terminaban la misión de guerra en un extenuante codo a codo. Habían transformado el planeta de los locos en una carnicería, sin alcanzar, con o sin replicante, el único objetivo previsto, y, escondidos en una trinchera, meditaban sobre su fracaso tratando de encontrarle una explicación. «Quizá algún día —dice Chuck—, cuando todo esto carezca de importancia, podré mirar atrás y ver lo que tendría que haber hecho para evitar esta catástrofe: Mary y yo retorciéndonos en el lodo, intentando matarnos el uno al otro, en medio de un paisaje nocturno, un mundo desconocido donde pasaremos el resto de nuestra existencia.»

Y efectivamente, Mary y Chuck se quedaban en la luna Alfana, junto a los enfermos mentales. Por lo tanto tenían que someterse a los tests destinados a establecer a qué familia clínica pertenecen. Dick, para la ocasión, despertó del embotamiento en el que lo había sumido la matanza del penúltimo capítulo, los enredos de una novela cuya trama hacía agua por todas partes, la sensación de incompetencia y la propia desventura conyugal. Confió a Mary, en su condición de psicóloga, la tarea de hacer los tests, reservándose para él la proclamación de los resultados. Ante la sorpresa general, Mary, que creía ser la única normal, y a la que su marido consideraba una típica Maní, resultó ser una Dep, una depresiva crónica, destinada a pudrirse en el gran fondo Malempiat de Cotton Mather Estates. En cuanto a Chuck, el «flipado», al que su mujer acusa de tendencias hebefrénicas, era forzoso reconocer que no sufría ninguna patología. Era una persona normal. El único de su especie, que enseguida fundaba el clan Norm, cuya capital era Jeffersonburg, y prometía ayudar a curar a los demás. Su mujer lo miraba con respetuosa gratitud. Fin.

Es difícil imaginar una explicación más perfecta de lo que en inglés se conoce como *wishful thinking* que la de ese final triunfalista Pero lo más extraño de todo era que, en la realidad, y no sólo en las novelas de Dick, un psiquiatra suscribiera semejantes opiniones.

Desde hacía dos años Phil y Anne se turnaban para viajar a San Rafael, en la periferia septentrional de San Francisco, a ver a un tal doctor Flibe, a quien habían llegado a considerar como el árbitro de sus disputas. El objetivo de ellos no era tanto el de comprenderse a sí mismos, sino más bien el de convencerlo. Anne, su paciente más antigua, se apoyaba a la vez en ese privilegio de antigüedad y en la validez, evidente según ella, de sus quejas: su marido se negaba a afrontar sus propias responsabilidades, se encerraba en una actitud inmadura y terca; no tenía ningún sentido de la realidad; sus complejos de Edipo («¡Si usted conociera a su

madre, doctor!»), de inferioridad y de culpa hacían que fuera imposible vivir a su lado, y hasta era peligroso. Phil, por su parte, no escatimaba reproches: no sólo acusaba a Anne de disimular detrás de una apariencia amable y civilizada una naturaleza profundamente agresiva, sino que además era capaz de pasar al acto e incluso ya lo había hecho. Estaba convencido, sólo Dios podía saber cómo, de que su mujer había matado a su primer marido y que pronto haría lo mismo con él. Así como había hecho internar a Rubenstein, lo haría internar a él. Y esto en el mejor de los casos. A lo mejor ella no se andaría con tantos rodeos y acabaría ejecutándolo con sus propias manos. Una vez, dando marcha atrás con el coche en una avenida, había intentado atropellarlo. En otra ocasión lo había amenazado con un cuchillo. Si alguien le decía que había en él una tendencia a la inseguridad psicológica, Phil respondía con una dolorosa carcajada: ¡hablar de inseguridad psicológica cuando su vida corría peligro! Puede que él fuera un paranoico, pero a los paranoicos también suelen matarlos. Uno de esos días lo habrían encontrado asfixiado por los gases de escape o ahogado en su baño y la investigación dictaminaría que se trataba de un deplorable accidente, pero el doctor Flibe se acordaría entonces de sus palabras y lamentaría no haber hecho nada cuando todavía estaba a tiempo.

—¡No le haga caso! —gritó Anne cuando el doctor Flibe, impresionado, se hizo eco de lo que calificaba prudentemente de «insinuaciones»—. ¡Este hombre es un demonio! ¡Es capaz de hacerle creer cualquier cosa a cualquiera!

Anne tuvo la oportunidad de comprobarlo una noche de otoño de 1963 en que el sheriff, el mismo al que le alquilaban la cabaña, se presentó durante la cena familiar con una orden destinada a ella para pasar tres días de observación en el hospital psiquiátrico. La crisis que Anne tuvo al descubrir en el fondo de la página la firma de su psiquiatra terminó convenciendo al sheriff de que su pobre inquilino, que tanto se lamentaba, se había casado de veras con una loca peligrosa.

Fue una escena muy penosa. Tuvieron que llevarse a Anne por la fuerza. Las hijas lloraban. Phil se ocupó de ellas con la gravedad de un padre responsable que sigue preparando la cena mientras a su alrededor el mundo se viene abajo.

Los tres días de observación duraron dos semanas. Phil y las niñas acudían todas las mañanas al hospital. El shock del internamiento había sido atemperado con grandes dosis de calmantes, de modo que Anne los recibía muy tranquila, como si la visitaran después de una operación de apendicitis. Llevaba una bata rosa, cuyos botones manoseaba sin descanso aunque sin ansiedad. Sus movimientos eran más lentos, con la mirada vacía.

En realidad Dick no sentía ningún remordimiento, pues había temido francamente por su vida, pero sí una especie de malestar: la impresión de encontrarse en un mundo del revés. A pesar de sus razonamientos, le parecía haber dado forma a una de esas historias de pesadilla en las que los locos toman el poder y ponen sus camisas de fuerza al personal del manicomio. Una escena clásica: el falso director hace visitar el establecimiento al policía alertado por extraños rumores y, al pasar frente a una celda acolchada, sentencia: «Este sí que es un caso curioso. Se hace pasar por el director y afirma que los enfermos capitaneados por mí lo han encerrado. Se trata de un delirio de una notable coherencia: apuesto a que sería capaz de convencerlo a usted también. ¡Ja, ja, ja!».

Ahora que Anne, atontada por los fármacos, no podía llevarle la contraria, él no se sentía tan seguro de tener razón. A falta de enemigos con los que poner a prueba sus armas, sus argumentos se debilitaban. Al cabo de unos días, no pudo evitar ir a ver a los psiquiatras y explicarles que todo aquello era un malentendido espantoso y que era a él a quien tenían que encerrar: sufría de tendencias esquizoides, su madre había dejado que su hermanita muriera de hambre cuando apenas tenía seis semanas, además había pasado unos tests que habían dictaminado claramente que era esto y aquello... Asustados frente a aquel tratado de patología ambulante, los psiquiatras lo remitieron sin remilgos a su médico de cabecera.

Desde que éste había tenido la debilidad de creerle y de tomar partido por él, Phil ya no confiaba mucho en él. El doctor Flibe, por su parte, empezaba a temer que había cometido un error, y la visita de Dick, sus observaciones a la vez agitadas y desconfiadas, no hicieron más que confirmar ese temor. Pero el doctor no osaba contradecirse y, al no tener otra alternativa, prefirió confirmar las vacilantes certezas de su paciente. Era absolutamente normal que se culpabilizara, pues, conociéndolo, lo contrario lo hubiese sorprendido. Pero era necesario que Phil se decidiera a afrontar la realidad, en lugar de escapar de ella y sustituirla por ficciones.

Desde el momento en que alguien reconocía que no afrontaba la realidad o que algo fallaba en su modo de verla, Dick se tranquilizaba. Era posible hacerle admitir que su error, su imperdonable error, consistía en no haber comprendido que él era perfectamente normal y que su mujer se encontraba en un estado psíquico desesperante. Se comportaba como un tipo que intenta arrancar un coche que no tiene motor y se culpa por no conseguirlo.

—El problema —repetía el doctor Flibe con insinuante convicción— es que no hay motor. Y usted no puede hacer nada. No es asunto suyo. Usted no tiene la

culpa. Su única culpa, en cambio, es la de creer que la tiene. Y esto es una verdadera culpa. A eso yo le llamo no querer afrontar la realidad. Su mujer está enferma, pero usted no, con eso es con lo que usted tendrá que vérselas. No admitirlo sería una locura.

Dick salió casi convencido del consultorio del doctor Flibe. Sin creérselo demasiado, esperaba que Anne pudiera un día reconocer la verdad de esas palabras. Imaginaba a su mujer confesándosele, con una sonrisa apagada, como Mary en la última escena de *Los clanes de la luna Alfana*: «Soy una Dep. Mis exámenes revelan una depresión continua y muy profunda. La presión continua que ejercía sobre ti por tus ingresos, la deformada impresión de que todo iba mal, que debía hacer algo porque, si no, todos estábamos condenados».

Al releer estas líneas en el borrador, Phil sentía un violento arrebató de ternura hacia Anne. Le brotaban las lágrimas. Su imagen volvía a aparecérselle, tan frágil y desamparada en su bata rosa. ¡Qué loco tenía que estar para confundir a una chica infeliz, asustadiza, que necesitaba protección, con una arpía decidida a aplastarlo! Sólo pensaba en abrazarla, reconfortarla repetirle que nunca la dejaría, que nadaría para devolverla a la orilla de la razón. Sí, la arrancaría del mundo glacial y desolado de la locura, de sus aristas afiladas. A fuerza de paciencia y de amor le haría recuperar la dulce calidez del mundo real.

Anne regresó a casa transformada en un zombi a causa de un potente psicoléptico que debería tomar, según el doctor Flibe, el resto de su vida. Phil se encargaría de controlar que ella tomara esos comprimidos. Como éstos no le quitaban ni la lucidez ni la esperanza de recuperarla del todo un día, Anne intentaba hacer trampa y escupir las pastillas. Como lo sospechaba, él daba vueltas a su alrededor, la espía cuando las tomaba y escarbaba entre las plantas. Se apiadaba de la desventura de tener que vivir al lado de una mujer gravemente enferma. Un día ella lo oyó hablar con su madre por teléfono y reconocer, mientras se lamentaba, que «sin duda *para ella también* tiene que ser difícil». Aunque se encontrara en un estado semicomatoso, Anne casi se ahogó de indignación.

Se preguntaba qué iba a hacer si Anne no mejoraba. ¿Se separaría de ella?, ¿buscaría otra mujer? ¿Arrastraría durante toda su vida esa carga? Un cristiano habría dicho: ¿arrastraría esa cruz?

Durante el internamiento de Anne, una mujer extraña y seductora le había brindado ayuda. De origen sueco, atlética y bebedora, Maren Hackett, que había

sido inspectora de policía y camionera, y que formaba parte de la sociedad Mensa, un organismo que agrupaba a gente con un coeficiente intelectual extraordinariamente elevado, no tenía nada que ver con la idea que Dick se hacía de una mojigata. Sin embargo, ella también era un miembro activo de la parroquia católica episcopal de Inverness, el pueblo donde vivía, cerca de Point Reyes. Aconsejado por Maren, Phil había leído las epístolas de san Pablo, en especial los pasajes relacionados con la caridad, en los que había reconocido aquello que hasta entonces él denominaba empatía, y que consideraba, al igual que el apóstol, como la más preciosa de las virtudes. Al fin y al cabo, se veía bien como marido de una enferma grave, atendiéndola con admirable devoción, sacrificando por ella la vida brillante y los amores lisonjeros a los que, si las cosas hubiesen ocurrido de otra manera, seguramente estaba destinado. Frente a un dilema similar, el héroe de la novela que escribió durante aquel otoño, *Esperando el año pasado*, encuentra en una máquina-taxi el valor y el consuelo que Phil encontró en Maren Hackett.

—Dígame, si su mujer estuviera enferma...

—Yo no tengo mujer, señor. Los mecanismos autónomos no contraen matrimonio.

—De acuerdo. Pero si usted se encontrara en mi lugar y su mujer estuviese enferma, incurable, sin ninguna esperanza de salvación, ¿la abandonaría o se quedaría a su lado? Aun cuando, si diera un salto hacia el futuro de diez años, supiera que los daños provocados por su lesión cerebral son irreversibles.

—Quiere usted decir que el único objetivo de mi existencia sería el de velar por ella.

—Sí.

—Me quedaría a su lado —dijo el taxi.

—¿Por qué?

—Porque en la vida las configuraciones de realidad están constituidas de ese modo. Abandonarla significaría que no puedo soportar la realidad tal como se me presenta. Necesito condiciones particulares y más tolerables.

—Creo que estoy de acuerdo con usted. Creo que me quedare con ella.

—Dios lo bendiga, señor. Es usted una persona honrada.

Presencia real

Una tarde de noviembre de 1963, Phil caminaba por los prados que las lluvias incesantes habían transformado en pantanos. En las charcas, las ramas de los árboles emergían de las aguas; pronto hubiese necesitado una barca para ir de la casa a la cabaña. Aquel diluvio le recordaba uno de los pasajes preferidos de *Winnie the Pooh*, pero ni siquiera el recuerdo del libro tan amado de la infancia le procuraba alegría. Desde que había dejado de tomar los fármacos del doctor Flibe, Anne había vuelto a ser la de antes, o peor que antes, puesto que ahora no lo podía ni ver, de modo que, una vez más, tenía que soportarla en lugar de pensar en salvarla. Tras consultar el *I Ching* para saber si, ante esas circunstancias, debía quedarse o marcharse, el *I Ching* le acababa de dar una respuesta poco atrayente: *Ko*, el trabajo sobre lo que está corrompido.

El hexagrama representa una fuente en la que hormigean unos versos. Esto se parece bastante al estado de su espíritu, a su matrimonio, a su vida. La conclusión parecía evidente: ante una fuente de este tipo, si se tiene un mínimo instinto de conservación, se le pega una patada y se echa a correr. Antes de que el cerebro quede definitivamente licuado y pasar el resto de sus días viendo a los versos pelearse entre sí. Salvo que, según el *I Ching*, nada es definitivo, todo cambia, los hexagramas ascendentes contienen los gérmenes del declive y los más desalentadores, como el que acababa de obtener, los del renacimiento. «El trabajo de lo echado a perder —decía el cometario— contiene al mismo tiempo lo necesario para remediarlo. Aquello que ha sido corrompido por los hombres puede ser reparado con su trabajo. Es propicio atravesar las grandes aguas.»

En otras palabras, en lugar de escapar, de huir de las arenas movedizas hacia las que Anne pretendía arrastrarlo, tenía que intentar una vez más salvar el matrimonio. Quizá la travesía de las grandes aguas tocaba a su fin. Hubiera sido muy estúpido abandonar la lucha justo al final, como si Colón, desanimado, hubiese dado marcha atrás a pocas gúmenas de las costas de América. Por otro lado, cuando nos obstinamos en un error puede que lleguemos a arruinar o incluso a perder la vida, y nada nos indica si nos dirigimos hacia tierra firme o hacia la muerte.

Un pájaro cantó, sobrevolándolo. Phil levantó la mirada.

En el cielo había un rostro, un rostro que abarcaba el cielo. Un rostro gigante, metálico, horrible, que, inclinado hacia él, lo miraba.

Aterrado, cerró los ojos. De esa visión no le quedó la forma del rostro, sino su expresión, increíblemente abyecta, como si todos los males del mundo confluyeran allí, en aquella mirada que se filtraba por entre las fisuras que rodeaban la nariz o el lugar donde tenía que haber una nariz. Comprendió que toda su vida había temido ver lo que estaba viendo. La máscara antigás de su padre, que tanto lo había asustado de niño, ya se lo había anunciado. Y ahora por fin lo había visto. Nunca más lo olvidaría. Nunca más dormiría tranquilo.

Abrió lentamente los ojos. Como había bajado la cabeza, lo primero que vio fueron sus botas, sus grandes botas de militar, hundidas en el barro. Causaba alivio verlas, tan pesadas y reales. Volvió a levantar la mirada. El rostro seguía allí, lo espiaba.

Esta vez no volvió a cerrar los ojos, pero abrió la boca e intentó hablar. La voz que brotó de él dijo: «No tengo miedo. Tú no existes», temblaba. Phil no la reconocía, pero como esa voz quería articular las palabras que él decidió decir, dejó que siguiera: «Tú no existes. Eres una alucinación de mi cerebro. Últimamente he sufrido mucho. Demasiada soledad y demasiado dolor. Pero tú no existes».

Pareció como si el rostro bosquejara una mueca sarcástica. No era más que eso, mueca y muerte. Dick huyó corriendo. Corrió hasta la casa sin detenerse, sin encontrar a nadie, sin tratar de evitar los charcos que salpicaban su ropa de barro, sin mirar hacia el cielo, sin esperar que el rostro desapareciera.

Durante varios días, el rostro en el cielo jugó al escondite con él, desaparecía cada vez que él osaba levantar la vista para saber si seguía allí y se insinuaba en su campo de visión cuando menos se lo esperaba. Todo lo que el ojo puede captar incluidos los fosfenos debajo de los párpados, contenía o anunciaba ese rostro.

Al borde de una crisis nerviosa, Phil viajó a San Rafael para ver al doctor Flibe, el cual, con aire suspicaz, le preguntó si por casualidad no había tomado esa droga alucinógena de la que tanto hablaban las revistas. Se hablaba (y esa información intrigaba particularmente al doctor) de terapias a base de LSD que los psicoanalistas más chic de Los Ángeles ofrecían a sus pacientes más chic por una sesión de doscientos dólares. El actor Cary Grant había revelado al *Time Magazine*

que desde hacía un año se sometía todas las semanas a esas sesiones, una costumbre que había cambiado radicalmente su visión del mundo y su manera de actuar. Al enterarse, el doctor Flibe había ido a ver su última película, *Charade*, esperando detectar ese cambio que, de hecho, los advertidos notaban. El entusiasmo no sólo se limitaba a unos cuantos locos sueltos de Hollywood, también se propagaba en los ambientes académicos más respetables: un profesor de Harvard acababa de perder su cargo por haber preconizado entre sus estudiantes el consumo intenso de esa droga. Bajo sus efectos, aseguraba haber vivido unas experiencias indescriptibles...

Dick se encogió de hombros: sí, había oído hablar de eso, había leído a Huxley, que decía más o menos lo mismo; pero nunca había tomado LSD, no era algo que fuera fácil de obtener en Point Reyes; además, su experiencia no se parecía en absoluto a la del profesor de Harvard. Quizá porque no entendía el proselitismo de éste. Si hubiera visto lo que él había visto, ese rostro monstruoso en el cielo, seguramente no habría incitado a sus estudiantes a seguirlo. A menos que fuera el peor de los canallas: un siervo de Satán que arrastraba las presas hacia su amo. Pensándolo bien, puede que fuera posible. Posible, aunque espantoso: si Leary se prestaba a eso, Adolf Hitler era un monaguillo comparado con él...

—Tranquilo, tranquilo —dijo el doctor Flibe, a quien su paciente ponía cada vez más nervioso.

Creando batirse en retirada hacia un terreno más seguro, le explicó que la alucinación se debía a la fatiga, a la ansiedad y al internamiento de Anne, pero Dick no se dejó convencer. En primer lugar, no lo tranquilizaba en absoluto saber que algo tan espantoso pudiera existir en su cerebro y no en la realidad, de modo que, si el argumento pretendía tranquilizarlo, lo lamentaba pero no había funcionado; en segundo lugar, sabía muy bien lo que le había pasado, y no se trataba de una alucinación, sino más bien lo contrario. Por toda una serie de motivos, la fatiga, sin duda, además de las anfetaminas, el dolor y quizá una cierta predisposición personal, el mecanismo psíquico que filtraba la realidad se había bloqueado en él. La pantalla que la protege y hace posible soportarla se había desgarrado: había tenido aquella visión y ahora su problema consistía en saber cómo sobrevivir a ella.

—¿Sabe lo que decía John Collier? —preguntó Phil—. El universo es un tipo que vierte cerveza en un vaso. Esto genera mucha espuma, y nuestro mundo no es más que una burbuja en medio de esa espuma. A veces, algunos, desde sus burbujas, llegan a vislumbrar la cara del tipo que vierte la cerveza, y desde ese momento ya nada es como antes para ellos. Eso es lo que me ha pasado.

—¿Quiere usted decir —arriesgó el doctor Flibe— que ha visto a Dios?

De San Rafael viajó en automóvil hasta Inverness, donde se encontraba la iglesia que frecuentaba Maren Hackett. Era una graciosa construcción de madera situada a la orilla de un fiordo, que, aunque estuviera destinada al rito católico, evocaba como Maren imágenes de severa quietud nórdica. Entró y pidió confesarse. El cura le pareció menos obtuso que el psiquiatra: al menos lo escuchaba. Varias veces se le crispó dolorosamente el rostro, como si entendiera. Parecía un viejo cazador que en el pasado se hubiera enfrentado a un lobo monstruoso y del cual creía haber liberado al mundo, hasta el día en que el relato de un chico asustado le había demostrado que el adversario había vuelto y que habría que librar batalla una vez más. Al terminar la confesión, dijo sin rodeos: «Usted ha encontrado a Satán».

Aquel diagnóstico reconfortó a Dick: la Iglesia lo tomaba en serio, conocía el problema. Pero se conformaba con poco, negándose a admitir que hubiese encontrado al mismísimo Dios, que aquella pesadilla fuera Dios y no un subalterno maléfico. Al fin y al cabo, ¿era el mundo tan perfecto como para atribuirle el mérito de su creación a una divinidad benéfica? La hipótesis, al ser formulada, acrecentó la pena del cura, aunque no le sorprendió. Parecía como si nada pudiera asombrarlo. Hasta el más violento de los blasfemadores le hubiese hecho mover tristemente la cabeza, como un síntoma alarmante aunque banal a un médico experto. Era irritante, pero a la vez reconfortante. Phil ya no estaba solo frente al rostro de metal que abarcaba todo el cielo. Otros, sin haberlo visto, sabían que existía y rezarían con él, por él.

Cuando le anunció su intención de convertirse al catolicismo, la reacción de Anne lo sorprendió. Kleo se hubiese echado a reír, y con ella todo Berkeley; él también se hubiese reído unos meses antes. Pero Anne estaba conmovida. Lo abrazó. Le murmuró que ella y las niñas también se harían bautizar con él. El sufrimiento atenúa el sentido del ridículo, acerca a Dios: para eso sirve, según los cristianos. Dick comprendió que para Anne esta conversión era la última tentativa de salvar su matrimonio o soportar su naufragio. Se prometió no ofrecer resistencia.

Para prepararse al bautismo, asistieron a unos cursos de catequismo. Ninguno de los dos había recibido una educación religiosa, aunque el cura prefería esa ignorancia a las vagas y profusas nociones teológicas de Phil, siempre pronto a rehabilitar a los heresiarcas y a tener mayor consideración por los Evangelios apócrifos aun antes de haber leído los canónicos. Las niñas no entendían bien el

principio de la comunión. Les resultaba chocante. Les parecía espantoso que Jesucristo exhortara a comer de su cuerpo y a beber de su sangre, una especie de canibalismo. Para tranquilizarlas, Anne les dijo que se trataba de una imagen, un poco como la expresión: «tragarse las palabras de alguien», pero Phil la desaprobó: no valía la pena hacerse católico para racionalizar vulgarmente todos los misterios.

—Tampoco vale la pena —replicó Anne— hacerse católico para tratar a la religión como si fuera un relato de ciencia ficción.

—Precisamente —observó Phil— a eso iba. Si tomamos en serio lo que nos dice el Nuevo Testamento, nos vemos obligados a creer que desde hace más de diecinueve siglos, desde que Cristo nos abandonó dejándonos el Paráclito, la humanidad sufre una suerte de mutación. Tal vez no se note, pero es así: si no lo crees no eres cristiana, eso es todo. No lo digo yo, lo dice san Pablo no es culpa mía si esto se parece a un relato de ciencia ficción. El sacramento de la eucaristía es el agente de esta mutación, así que, por favor, no se lo presentes a tus hijas como una especie de estúpida conmemoración. Chicas, voy a contaros la historia del gato y el bistec. Una mujer recibe a unos invitados a cenar y deja un magnífico bistec de tres kilos sobre la mesa de la cocina. Llegan los invitados, ella conversa con ellos en el salón, toman unos Martinis, después la mujer se excusa y se retira a la cocina a preparar el bistec..., entonces descubre que ha desaparecido. ¿Y a quién ve lamiéndose tranquilamente los bigotes en un rincón? Al gato de la casa.

—El gato se ha comido el bistec —observa solemnemente la mayor de las niñas.

—¿Estás segura? No eres tonta, pero espera. Acuden los invitados, discuten. Los tres kilos de bistec se han volatilizado y el gato parece perfectamente lleno y satisfecho. «Pesemos al gato», sugiere alguien. Todos están un poco bebidos y la idea les parece excelente. Se dirigen al baño y colocan al gato sobre una báscula. El gato pesa tres kilos exactos. Todos se agolpan alrededor de la báscula. Un invitado dice: «Bueno, ahí está el bistec». Están seguros de saber qué ha ocurrido, ahora tienen una prueba. Entonces otro invitado duda y, perplejo, pregunta: «Pero ¿dónde está el gato?».

Llegó la Navidad y dejó de llover. El rostro en el cielo desapareció. Debajo del árbol Phil y Anne se intercambiaron buenas intenciones. La mayor de las niñas recibió una muñeca Barbie, con ajuar completo, accesorios para el peinado y el maquillaje y un compañerito llamado Ken. Superado el primer arrebató sarcástico

que provocaban en un ex habitante de Berkeley esas representaciones idealizadas y caricaturescas del sueño americano, Barbie y Ken subyugaron a Dick. Imaginaba a los arqueólogos del futuro, o a los marcianos, reconstruyendo nuestra civilización a partir de esos únicos vestigios. Como quien observa una miniatura, no se cansaba de examinar los detalles, la precisión y los defectos. El secador de pelo de Barbie parecía más sofisticado, y más real, en definitiva, que el de Anne. Su sujetador se abrochaba como si fuera verdadero y no se desabrochaba más fácilmente, pero contenía senos sin punta ni areola, y si —aprovechando que Anne le daba la espalda— se animaba a bajarle las bragas, ¡zas!, nada de pelos, nada de nada, los arqueólogos del futuro hubiesen tenido que sudar la gota gorda para saber cómo se reproducían los humanos del siglo XX. Pero quizá nada sorprendería a los arqueólogos del futuro, dado que serían exactamente iguales a Barbie y a Ken. Barbie y Ken prefiguraban la humanidad del futuro, destinada a sustituirnos. O tal vez —¿por qué no?— eran la vanguardia de una invasión extraterrestre.

Este tema lo seducía, pero ya lo había explotado demasiado, sobre todo en un cuento escrito al día siguiente de otra Navidad, la primera que había pasado con Anne y las niñas. En él veíamos a unos técnicos controlar con suspicacia toda una batería de juguetes con los que el planeta Ganímedes pretendía invadir el mercado terrestre. Se trataba, en general, de juguetes pacíficos y educativos, pero, teniendo en cuenta el legendario expansionismo de los ganimedianos, había que tener cuidado. Se temía una invasión a traición, como las que habían orquestado para conquistar sin violencia alguna los otros planetas. Por supuesto, lo más sencillo hubiese sido prohibir cualquier importación proveniente de Ganímedes, pero la ley lo impedía: había, pues, que mantener los ojos bien abiertos para identificar un eventual caballo de Troya. De los tres modelos de juguetes sometidos a distintas pruebas, dos casos parecían claros y uno incierto. No hacía falta ser un gran científico para rechazar con horror un disfraz de cowboy diseñado para «confundir» la apariencia del que lo llevaba y favorecer desdoblamiento de la personalidad. Ni tampoco para dejar pasar una variante muy tonta, ni siquiera bélica, del Monopoly. Pero había también una extraña ciudadela provista de unos pequeños robots-soldados que tenían aparentemente la función de asediarla, salvo que cada tres horas el puente levadizo se bajaba, un soldado se acercaba, lo cruzaba, luego el puente volvía a levantarse y el soldado se volatilizaba. Era imposible abrir la ciudadela, pero sí era posible pesarla y constatar que su peso no había aumentado ni un solo miligramo, aun después de haberse tragado decenas de soldados. Determinar el interés lúdico y pedagógico de ese sistema a la vez complejo y sin una aparente finalidad no era algo sencillo. ¿Qué sentido tenía? ¿Dónde se encontraba el peligro? (suponiendo que existiera alguno, pero era difícil imaginar otra cosa). Uno se preguntaba qué podía contener la misteriosa ciudadela

y —dado que el «juego» no parecía tener ningún objetivo— qué sucedería cuando ya no quedaran más soldados. Para saberlo había que esperar, no sin una cierta inquietud, y mientras los técnicos esperan, propongo que volvamos a nuestra historia, cuatro años más tarde. (El resultado de la prueba será revelado al final de este capítulo.)

A Dick se le ocurrió otra idea para utilizar a Barbie y a Ken: una idea marciana. Había ambientado ya dos o tres novelas en Marte, que veía como una colonia particularmente inhóspita hacia la que sólo se emigraba de forma forzada y obligada. Dispersas en un desierto cuya fauna más atractiva son las hordas de chacales telepáticos, unas madrigueras subterráneas dan cobijo a los desdichados colonos, que se pudren en el tedio, el abandono y una relajada promiscuidad. Resulta comprensible que, ante tales circunstancias, cualquier forma de entretenimiento (en un sentido pascaliano muy amplio que incluiría a la religión) sea bienvenida y abra un mercado atractivo a las industrias terrícolas capaces de abastecerla. El opio del pueblo, en Marte, son las Combinaciones Muñeca Pat.

Muñeca Pat y su compañerito Walt, clones de Barbie y Ken, viven supuestamente en la Tierra, en California. Es posible procurarse toda una gama de accesorios en miniatura que ayudan a recrear con un máximo de realismo la envidiable existencia que ellos tienen. Una vez adquiridos los elementos básicos —casas, jardines, coches, trajes de baño sexys, cortadoras de césped— los habitantes de las madrigueras, estimulados a esta fiebre de consumismo por una pareja de disc-jockeys planetarios a sueldo de las Combinaciones, no dejan de extender y enriquecer el universo de sus muñecas: calles, bares, peluquerías, ex compañeras de escuela con las cuales poder charlar un rato, centros comerciales, playas bordeadas de palmeras, psicoanalistas con consultas dotadas de diván, pipa y obras completas de Freud encuadradas, un artículo éste bellísimo y muypreciado. Oficialmente, se supone que los colonos experimentan un placer incomparable en el momento de activar el sistema de apertura automática con el que han equipado, a costa de grandes gastos, su garaje en miniatura, al sacar de paseo a Muñeca Pat al volante de su nuevo Ford descapotable o al introducir en el diminuto parquímetro una moneda de un dólar en miniatura, adquirida por diez dólares, ya que la miniaturización y el transporte son muy caros. De hecho, los colonos no son idiotas y no creen que estos juegos pueriles puedan devolverlos a la Tierra, como tampoco los hombrecitos blancos de las novelas coloniales regresaban a su París natal con sólo olfatear un viejo billete de metro. Pero las Combinaciones Muñeca Pat no son sino la cobertura legal de un tráfico ilegal, aunque tolerado. La empresa de Leo Bulero, que las comercializa, vende con ellas una droga, un liquen de origen ganimediano denominado Can-D que procura al que lo consume la

sensación de ser *realmente* Pat o Walt, de abandonar su mísera carcasa por aquellos cuerpos gloriosos. Mientras el cuerpo yace inerte en un rincón de la sórdida madriguera marciana, con los dedos crispados sujetando una muñeca de plástico desprovista de vello púbico, la mente huye, vuela. En el peor de los casos, apenas le queda un vago recuerdo de la personalidad que habitaba: algo así como la intuición que tenemos de una vida anterior. Liberada de esta crisálida, ella puede, bajo la identidad gratificante de Pat o Walt, vivir con su pareja experiencias ilimitadas, sin ninguna censura moral. El adulterio, el incesto y el asesinato, como en los sueños o en los deseos más puros, no pueden ser impedidos. Simplemente se trata de sueños compartidos, de deseos actualizados en otra dimensión. Dicho de mejor —o peor— manera: cuando varias personas toman la droga, todas se encuentran reunidas en un mismo cuerpo y comparten las mismas sensaciones. Así, en una de las primeras escenas del libro que Dick escribió en aquel invierno, vemos a seis personas, que viven en la misma madriguera, participando del lánguido beso que se dan Walt y Pat en una playa soleada. «Sus dos cuerpos bronceados abrigan a seis personas. Dos en seis, seis en dos. El eterno misterio.»

Confrontados con este misterio de la «traslación», cada vez que los colonos toman Can-D se dividen en «creyentes» y «no creyentes». Para éstos, las Combinaciones no son más que una representación simbólica del universo del que han sido arrancados, y la identificación con Walt y Pat una ilusión que les ayuda a resistir. Los primeros, en cambio, consideran real el instante sagrado en que los elementos miniaturizados de la Combinación dejan de *representar* la Tierra para *convertirse* en la Tierra.

¿La eucaristía es tan sólo un memorial o bien suscita efectivamente la presencia real del Salvador? Unas semanas antes, Dick hubiese considerado esta pregunta como el pretexto para una divertida controversia, una línea divisoria entre dos bandos. Pero aquel invierno, se preguntaba, temblando, otra cosa: ¿qué hubiese pasado si la presencia real hubiese sido la del ser que había visto en el cielo, y que —cosa que no le gustaba comprobar con mucha frecuencia— ya no estaba allí? «El que come mi carne y bebe mi sangre en mí permanece, y yo en él» (Juan 6, 56). ¿Qué hubiese ocurrido con aquellos que, sin imaginar las consecuencias, hubiesen comido la carne y bebido la sangre de Palmer Eldritch?

En los relatos de Lovecraft, que Phil había devorado en su infancia y acerca de los cuales me gusta pensar que determinaron su vocación del mismo modo que determinaron la mía, se habla continuamente de cosas tan horribles que el autor renuncia a describirlas. Entre los numerosos adjetivos a los que Lovecraft recurre

ritualmente para justificar esta escapatoria a la vez enfática y eficaz, hay uno, más idiosincrático que los *erie*, *uncanny* y *hideous* de rigor, y que es *eldritch*. Para Dick, la palabra *eldritch* contenía todo lo que Freud significó en la palabra *unheimlich*, el extrañamiento inquietante, al que sin embargo cabría añadir la dimensión de horror. Veía en ella su lado solapado, pérfido, falsamente familiar, pero también el ímpetu, el miedo que hace gritar, como se grita para despertar, salvo que en este caso lo horroroso es que ya estamos despiertos, que no hay una salida: estamos ahí.

Sabía al comenzar el libro, hacia dónde se dirigía. Pero tenía miedo de ir, un miedo atroz. Entre Navidad y Nochevieja escribió las primeras cien páginas, creó el ambiente marciano, las madrigueras, la Muñeca Pat y el Can-D. Creo como jefe de las Combinaciones y del tráfico de droga que ellas encubrían a un simpático filibustero llamado Leo Bulero, y como cómplice de éste a un tal Barney Mayerson, depresivo, propenso a culpabilizarse y a lamentarse continuamente de haber tomado la decisión equivocada en cada momento crucial de su vida. Hubiese podido limitarse a esto, a hacer jugar a estos elementos entre ellos: con las paradojas provocadas por la traslación, tenía material para una novela más que discreta. Pero ya había dejado correr, aquí y allá, inquietantes rumores sobre el regreso de Palmer Eldritch.

Palmer Eldritch era un aventurero que diez años antes había volado hacia el sistema Próxima y del que nunca más se había sabido nada. Se creía que estaba muerto, e incluso algo peor. Pero habían aparecido algunos testigos que aseguraban haberlo visto, que había vuelto, reconocible gracias a su triple prótesis: brazo artificial, resplandecientes dientes de metal y, en el lugar de los ojos, finas ranuras equipadas con cámaras panorámicas. De su expedición más allá del universo conocido, Eldritch —o, como no se tardó en sospechar, esa cosa que había ocupado el lugar de Eldritch— había traído una nueva droga destinada a desplazar el viejo y conocido Can-D. Un eslogan acompañaba a esa nueva droga, el Chew-Z: «Dios promete la vida eterna. Nosotros la dispensamos».

El décimo día, Dick escribió la escena en la que Leo Bulero llega a la Luna con el propósito de encontrarse con Palmer Eldritch, creyendo, pobre iluso, poder llegar a un acuerdo comercial con él. Phil dejó la máquina de escribir a la hora de cenar, sabiendo que cuando se sentara de nuevo frente a ella sería para hacerle tomar Chew-Z al héroe de su libro. Mientras se acostaba se preguntó qué hubiera pasado si esa misma noche se hubiese muerto, cómo se las habría arreglado Eldritch sin él. Pero no murió, y tampoco durmió. Al final, se levantó sin hacer ruido. En el baño, antes de abrir el armario donde estaban las pastillas, se miró un largo rato en el espejo, para recordar, más tarde, su cara. Después se vistió y salió. A su paso, el

caballo del corral relinchó suavemente y se acercó a la valla. De su hocico húmedo emanaba vapor. Phil lo acarició y después retomó su marcha en la noche. Se veía a sí mismo caminar hacia la cabaña sumido en una especie de estupor. En su mente afloraron de nuevo los fragmentos de un sueño de la infancia en el que había construido un tobogán, había subido la escalera, y ahora llegaba el momento de soltarse, de bajar cada vez más rápido hacia el cielo sin estrellas de abajo, donde Palmer Eldritch esperaba para devorarlo.

Leo está sentado en una silla, en una habitación blanca y desnuda. De una maleta colocada junto a él sale la voz de Eldritch, que anuncia su intención de invadir el sistema solar, pero de una manera peculiar, inédita. A Leo no le importa. Ha venido para hablar de negocios, para ver si se puede llegar a un acuerdo o de lo contrario luchar a muerte contra la competencia de ese *peyote extraterrestre*. Se pone nervioso.

Entonces la habitación le estalla en la cara.

Se descubre sobre un talud cubierto de hierba. Cerca de él, una niña juega al yoyó. Todo es normal y a la vez extraño. La atmósfera podría ser la de *Alicia en el país de las maravillas*, pero no: hay algo distinto, mucho más desagradable.

Eldritch.

La niña, de una manera evidente e inexplicable, es Eldritch. La hierba del prado es Eldritch. El yoyó y el aire que se respira están impregnados de Eldritch. Leo descubre por fin que se encuentra «allí donde vamos cuando tomamos Chew-Z», y que alguien debió de hacérselo tomar sin que él se diera cuenta. Tal vez en la habitación blanca y desnuda de la Luna, donde estaba encerrado. Pero quizá esa habitación blanca y desnuda ya formaba parte de la alucinación. Entonces debió de ser antes de eso, ¿acaso antes de que desembarcara en la Luna? O puede que antes aun, en realidad no había ninguna prueba de que todo eso hubiera tenido comienzo alguna vez, ni de que Eldritch no estuviera simplemente divirtiéndose haciéndole creer que vivía su vida, en un mundo normal, como un pescador cruel que juguetea con el pez que ha enganchado antes de estirarlo hacia él con un golpe seco. Es exactamente lo que hace Eldritch. Aparece en persona, con sus tres prótesis, en una encrucijada del laberinto hacia donde ha atraído a Leo, y, con mucha urbanidad como el pescador expone al pez las reglas de oro de la pesca con sedal, le explica con gran lujo de detalle las virtudes del «producto auténtico» del que el Can-D no es más que un sucedáneo.

—En primer lugar, cuando hayamos regresado a nuestros cuerpos anteriores —observe que empleo el término anterior que no podría aplicarse en el caso del Can-D—, *descubrirá que el tiempo se ha detenido*. Podríamos quedarnos aquí cincuenta años, sería lo mismo: reapareceríamos en mi residencia lunar y lo encontraríamos todo como antes; si alguien nos observara en aquel momento no notaría en nosotros ninguna pérdida de conciencia.

—¿Qué determina la duración de nuestra permanencia aquí? —pregunta Leo.

—Nuestra actitud.

—Eso no es cierto. Pues hace un rato ya que quiero salir de aquí.

—Pero —dice Eldritch— no es usted quien ha construido estas... instalaciones; las he construido yo y son mías. Todo lo que hay aquí me pertenece. Incluido su cuerpo.

—¿Mi cuerpo? —pregunta Leo, horrorizado.

—He querido que usted se materializara aquí, exactamente como es usted en nuestro universo. Y lo más importante es que no se trata de una fantasía, sino de entrar en un auténtico nuevo universo.

—Mucha gente siente lo mismo con respecto al Can-D. Sostienen, como si se tratara de un acto de fe, que se encuentran realmente en la Tierra.

—Fanáticos —dice Eldritch con desprecio—. Y será mejor que usted me crea, de lo contrario nunca saldrá vivo de aquí.

—No se puede morir en una alucinación. Regreso a mi casa.

Y, tomando una escalera nacida únicamente de su voluntad, Leo abandona el universo tahuresco de Eldritch. Vuelve a encontrarse en la Tierra, en su despacho, rodeado de sus colaboradores. Excitadísimo, comienza a referirles su experiencia con la droga rival, que declara inferior al Can-D:

—Es un fraude. Podemos sin duda afirmar que se trata de una banal experiencia alucinógena... ¿Qué pasa, señorita Fugate. ¿Qué mira?

—Perdone, señor Bulero —murmura la señorita Fugate—, pero hay algo

debajo de su escritorio.

¿Algo? Leo se inclina. Algo, efectivamente, lo está mirando. Algo que no tiene forma. Algo oscuro y socarrón.

—Bueno, está bien —suspira Leo—. Lo siento, señorita Fugate puede usted regresar a su despacho, no vale la pena que discutamos sobre las medidas que hay que tomar con respecto a la inminente aparición del Chew-Z en el mercado. Pues no estoy hablando con nadie: estoy aquí parloteando solo, en un mundo en el que Eldritch me tiene atrapado. Si él no hubiese introducido esa criatura inmunda para demostrarme hasta qué punto me domina, yo hubiera seguido indefinidamente. Hubiese vivido un centenar de años en este simulacro de universo del que no sé cómo salir. Estoy perdido. ¡Dios mío, ayúdame! Te lo ruego. Si lo haces, si logras penetrar en este mundo, haré todo lo que tu voluntad me pida.

El bautismo, previsto desde hacía varias semanas, se celebró al día siguiente.

Toda la familia, vestida de punta en blanco, acudió a la iglesia. Phil llevaba una corbata y una americana de tweed con parches de cuero en los codos, que, según Anne, le daba un aire de verdadero escritor. Aparentemente, como estaba poco acostumbrado a las ceremonias religiosas, pensó que todo se estaba desarrollando con normalidad. El cura pronunciaba las reconfortantes palabras de la liturgia. Las niñas, Anne y Maren Hackett, que se había ofrecido como madrina, parecían muy concentradas. La pequeña Laura se estaba portando bien. Daba placer estar en la pequeña iglesia de madera, uno se sentía protegido. Lo que no impedía que Phil temblara. La escena le causaba el efecto de una parodia sacrílega. En cualquier momento, de una manera espectacular o discreta, Eldritch podía manifestar su presencia. Podía desplazar un elemento minúsculo del decorado que él había reunido o levantar al cura por los aires y estrellarlo contra las paredes. Cambiar el agua bendita por vitriolo. O contentarse con guiñarle un ojo, como a un amigo íntimo, sin que nadie se diera cuenta. Sirviéndose del ojo del cura. Phil temía cruzarse con su mirada y reconocer el rostro del cielo

El salmo que entonaban en ese momento, el 139, decía así:

Oh Jehová, tú me has examinado y conocido.tu has conocido mi sentarme y mi levantarme,has entendido de lejos mis pensamientos.Mi senda y mi acostarme has rodeado,y estás impuesto a todos mis caminos.Pues aún no está la palabra en mi

lengua, y he aquí, oh Jehová, Tú la sabes toda. Detrás y delante me guarneciste, y sobre mí pusiste Tu mano. Más maravillosa es la ciencia que mi capacidad; alta es, no puedo comprenderla. ¿Adonde me iré de Tu espíritu? ¿Y adonde huiré de Tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás Tú; y si en abismo hiciere mi estrado, he aquí que allí Tú estás.

Al volver de la iglesia, Phil adoptó la expresión mefistofélica que tanto divertía a las niñas y dijo que había visto salir pitando por detrás del baptisterio, visiblemente molesto por la visita de ellos, a un diablillo con cuernos y una larga cola bífida. Pero lo decía para bromear. Al fin y al cabo, ya estaba bautizado.

Cuando se sumergió de nuevo en la caldera del libro, sintió la necesidad de crear personajes frescos. Servía un testigo de su bautismo, un ministro del Dios del amor en el que él apenas había vuelto a nacer a través del agua y el espíritu, para acompañar a Barney, su *alter ego*, ahora en primera línea. Aunque, en teoría, fuera un poco tarde para introducir un nuevo personaje, hizo coincidir a su héroe, durante su viaje a Marte, con una joven neocristiana llamada Anne, arropada de candida probidad y de lino blanco, persuadida de que una sórdida realidad valía más que la más exaltante de las ilusiones y que el recurso a las drogas revelaba en los colonos una sed espiritual, una aspiración hacia algo que sólo la Iglesia podía ofrecerles. Desgraciadamente, si había algo que Dick, pese a sus buenas intenciones, no podía concebir, era precisamente un protagonista o una protagonista positivos: en ese caso era mejor una santa... Apenas desembarca en Marte, la misionaría intergaláctica se desmoraliza, y, para escapar de la desesperación que la atenaza decide tomar una dosis de Can-D, ya que se trata de eso o las tinieblas. Y cuando, sin hacerse esperar, le llega la tentación infinitamente más terrible del Chew-Z, sabe que la plegaria no le servirá de nada, que sucumbirá. El eslogan de Eldritch ya la ha cautivado: «Dios promete la vida eterna, nosotros la dispensamos». Sabe, sin embargo, que eso es mentira, y que si fuera cierto sería peor todavía.

«Un malvado *visitor* que nos llega del sistema Próxima y nos ofrece lo que hemos mendigado desde hace más de dos mil años. ¿Por qué entonces esta sensación tan negativa? Difícil decirlo; sin embargo es así. Quizá sea porque intuimos que nos convertiremos en esclavos de Palmer Eldritch. A partir de ahora Eldritch estará siempre con nosotros, infiltrado en nuestras vidas. Cada vez que entremos en traslación no veremos a Dios sino a Palmer Eldritch.»

Esto es lo que empieza a suceder. Barney también toma Chew-Z. Y como Dick se identificaba más con Barney que con su jefe, el libro entero bascula bajo la dirección de Eldritch. Barney duda, tropieza, se debate en un pandemónium de

universos entrelazados, continuamente renovados y continuamente refractarios donde es suficiente confiar un instante en un ser para que su apariencia familiar se agriete, para que se rebelen en engranajes la mano, el ojo y la mandíbula: los tres estigmas de Palmer Eldritch (título de la novela). Quien ha tomado Chew-Z vive eternamente en Palmer Eldritch. Una vez que entramos ya no podemos salir: es una dirección única. Lo peor es que todos caen en su red, y, una vez dentro, ya no pueden avisar a nadie. Desde afuera, nadie sospecha nada. Eldritch devorará a todos los hombres, a todos los seres vivientes, uno a uno. Se transformara en un planeta, y en todos los habitantes de ese planeta, era el alma de su civilización y el alma de cada uno de ellos, y no habrá nada más, quizá ya no hay nada más aparte de Eldritch. Quizás estos pensamientos alterados que se agitan en Barney Mayerson, que Phil Dick transcribe, que yo estoy parafraseando, y que se abren camino hacia lo que ustedes creen que son sus cerebros, sólo existen en Palmer Eldritch, que se sirve de nosotros, criaturas evasivas, para animar su eterno teatro de marionetas.

Quizá mentalmente, bajo el control de Palmer Eldritch, que Barney, Anne y los colonos marcianos, creyendo que la traslación ha terminado, intercambian sus impresiones. Todos han considerado la experiencia fascinante, pero coinciden en que había algo, cómo explicarlo..., algo extraño, algo molesto «como una presencia reptante, en algún lugar, algo que confundía...».

— Esa cosa — dice Barney — tiene un nombre que, si se lo dijera reconocerían. Aunque ella nunca se atribuiría semejante nombre. Somos nosotros quienes la hemos llamado así. Tarde o temprano teníamos que enfrentarnos a ella.

— ¿Te refieres a Dios? — pregunta Anne —. ¿Un Dios maligno?

— Es un aspecto — dice Barney —. Nuestra experiencia con eso. Nada más.

Dick era católico. Un católico reciente y peculiar, pero un católico. Después de haber escrito a máquina este diálogo, pensó que no podía terminar así y agregó una conversación teológica muy hermosa y más bien extraña entre Anne y Barney. Ambos saben que desde ahora, hasta el final de lo que serán sus vidas, y quizá después de ellas también, Eldritch vive en ellos. Todo parece haber vuelto a la normalidad, pero él sigue ahí, siempre estará ahí. Tal vez Dios es esto: esta pesadilla. Sin embargo, ellos también saben que existe una diferencia entre esa presencia y «aquello que nos visitó dos mil años antes que ella». La diferencia estriba en que Eldritch no hace más que reproducir nuestro deseo humano de crecer en lugar de

disminuir, de inmolar en lugar de ser inmolados, nuestra predilección limitada, animal, expansionista de nosotros mismos: ese Dios depredador es simplemente un Dios natural. Mientras que el otro, el que vino hace dos mil años, afable y humilde de corazón, tiende solamente a reducirse, a dar en lugar de tomar, hasta su propia vida: signo de lo sobrenatural que, paradójicamente, lo hace más real que el mismo Eldritch.

Dick era católico, pero también era Dick la Rata, que no podía evitar añadir una vuelta de tuerca a sus invenciones, y por este motivo le costaba muchísimo terminarlas. Cerrar la novela con la evocación de Cristo estaba bien. Pero, una vez terminado el capítulo, le resultaba terriblemente tentador dejar, pese a todo, la última palabra a Eldritch. Esta tentación derivaba tanto de un horror típicamente filosófico por la conclusión como de una predilección más antigua, infantil y perversa por los relatos con un final con sorpresa, la retórica de las películas de terror que parecen terminar con una escena tranquila, en la que el monstruo está realmente muerto y la vida retoma su curso y donde todos, los supervivientes y los espectadores, suspiran aliviados, salvo los más suspicaces, que saben ya que, si conoce su oficio, el director les reserva la venganza final, una última secuencia que lo cambia todo dejando a todo el mundo atornillado en su butaca. Por muy católico que fuera, para Dick la última palabra debían tenerla el monstruo, las tinieblas y el horror. Y, de hecho, en la nave espacial que lo conduce a Marte, Leo descubre que todos los pasajeros, incluido él, llevan los tres estigmas de Palmer Eldritch, y que, aun sin la ayuda de la droga, la peste se propaga. «¿Y si el contagio se extendiera a nuestro cerebro? Si adoptáramos no sólo su anatomía sino también su espíritu, ¿qué pasaría con nuestros planes para destruirla?»

Dick se detuvo allí. Yo, por mi parte, encuentro más sutil la solución del test presentado unas páginas más arriba. La ciudadela misteriosa, después de haber devorado a todos los soldados, se inmoviliza. No estalla, no se transforma en otra cosa, no hace nada más. El juego parece concluido. El enigma subsiste, íntegro y decepcionante. Ante la duda, los aduaneros le impiden la entrada a la Tierra, al igual que al disfraz de cowboy, propagador de la esquizofrenia. Dejan pasar, en cambio, la variante benigna del Monopoly, de la que pronto se descubre que se juega según la regla de «el que pierde gana», y que obtiene entre los jóvenes un éxito fabuloso. Los jóvenes terrícolas se dejan hechizar por este juego y transformar por esta regla que modifica completamente sus comportamientos. La ciudadela misteriosa y el disfraz que vuelve loco sólo servían de diversión; la verdadera máquina de guerra era este juego. Cuando sean atacados, los terrícolas se dejarán

ganar, ofrecerán la otra mejilla, víctimas maravillosamente consentidoras de una forma de conquista que consiste, en definitiva, en convertirlos al cristianismo: ovejas preparadas para el matadero. Y el mensaje, se supone, no proviene de un Dios del amor, sino de conquistadores belicosos. Quizá Jesús no era sino un agente de Palmer Eldritch.

Despierta de la pesadilla y en su cabecera encuentra a Anne la neocristiana, pero el brillo de sus dientes, su risa burlona y silenciosa, le quitan toda ilusión: siempre será así.

10

Ko, la revolución, la muda

Huyó en primavera y regresó a Berkeley. Al salir de ese paréntesis nauseabundo, ese suburbio de la vida que es un matrimonio infeliz, descubrió que el mundo había cambiado durante su ausencia y que esos cambios le gustaban. Desde el lejano campo donde vivía, se había vagamente enterado de que sucedían cosas en su país a principios de los años sesenta. Había oído hablar de las primeras protestas estudiantiles, de Caryl Chessman, de Martin Luther King, de las nuevas drogas que el doctor Flibe sospechaba que él tomaba; había llorado al enterarse del asesinato de John Kennedy. Pero para él era como si todo aquello sólo sucediera en la radio, donde la voz nasal y afilada de un genio de veinte años anunciaba: «*The times, they are a-changing*», como si fueran otros tiempos, un universo paralelo, teatro de la verdadera vida a la que él nunca podría acceder. Pero su nueva libertad cambiaría radicalmente las cosas: la obra no se representaría sin él, encontraría en ella un papel hecho a medida.

Un suboficial que yo conocía dividía a los quintos y, por lo tanto, a la humanidad entera, en dos grupos antagónicos: los tipos buenos y los tipos malos. Creo que se entiende perfectamente qué hay detrás de esas dos categorías, que yo, por mi parte, sigo considerando operativas. A quien no lo entienda, le aconsejo que eche un vistazo a la foto de Bob Dylan en la funda del disco citado más arriba: grácil, arrogante, terco, con cejas de mujer y la actitud del tipo decidido a decir no a todo, he ahí el rey de los malos. En medio del gran desconcierto que erigía esos personajes en los héroes de aquellos tiempos, los *handicaps* de Dick, desde su rango más modesto, se transformaban en atributos. ¿Que no había terminado sus estudios?

Mejor, la gente amaba a los marginados, los que repudiaban el sistema y sus valores. ¿Conque el FBI lo espiaba? Eso era una señal de valor ¿Se dedicaba a un género oscuro y proletario? Un rechazo admirable a cortejar a los zombis trajeados del *establishment* literario. ¿Había fracasado en su intento de ser un buen tipo? Entonces sería un canalla brillante.

Adolescente tímido, pequeño burgués lleno de complejos Dick tuvo en 1964 la divina sorpresa de despertar en plena sintonía con el *Zeitgeist*. Él, que siempre se había sentido un marginal, cayó en medio de aquellos años en los que el margen era el centro del mundo y se introdujo sin problemas en el margen de ese margen, el restringido círculo de autores de ciencia ficción de la bahía, colectivamente convertidos al pelo largo, las joyas étnicas y los porros. Un ambiente, para colmo de comodidad, decididamente endogámico: el novelista Avram Davidson acababa de separarse, en términos amistosos, de su joven esposa, Grania, que admiraba a Dick y que, a pesar de un serio problema ponderal, tenía sus encantos. El *I Ching*, que consultaron juntos, dio como respuesta *Pi*, la solidaridad, la unión: decidieron compartir, basándose en una camaradería amorosa, una casita que se convirtió en el punto de encuentro de todos los apasionados de la ciencia ficción del vecindario. Tras el exilio de Point Reyes y la sofocante prisión familiar, aquella calurosa vida social encantaba a Dick y le devolvía su amor propio, humillado durante cinco años por la devoción de Anne a la «alta literatura». Ahora vivía sentado en el suelo con las piernas cruzadas o tumbado sobre viejos sofás de cuyas manchas nadie se preocupaba, entre personas, sus colegas, que consideraban la ciencia ficción como el camino de la verdad, y a él, Philip K. Dick, como el artífice más audaz del género. Dejó de afeitarse. Y aunque en el pasado, cuando trabajaba en University Music, se hubiese negado a vender cualquier disco que no fuera de música clásica y hubiese recibido los comienzos del rock 'n' roll con el desprecio de un joven viejo —sólo Elvis se salvaba, pues había sobrevivido a una hermanita melliza nacida muerta—, ahora se había convertido en un experto de lo que empezaba a conocerse como música pop, y chasqueaba los dedos, se movía, expresando con todo el peso de su carcasa una esmerada voluntad de distensión. La vida —pensaba— por fin empezaba.

El público que lo rodeaba en aquella época despertó en él al comediante. Habiéndose creado una pequeña leyenda en torno a su figura, Dick se empeñó en no desmentirla. Partiendo de lo que decían sus libros, de sus raras apariciones públicas y de todas las otras que en la época de Point Reyes había declinado, se había hecho fama de extraño, drogata, paranoico y genial. Y él fue todas esas cosas, sin tener que hacer el menor esfuerzo.

Sus nuevos amigos pasaban el tiempo visitándose entre ellos, pero Dick, insistiendo en su agorafobia, no se movía. Su coche, decía, sólo podía ir de su casa al consultorio de su psiquiatra; cualquier otro recorrido lo desorientaba y lo conducía directamente al accidente. Se acostumbraron a visitarlo. Ese rango de viejo de la montaña, de dueño del terreno del encuentro y de las reglas del juego, halagaba a la Rata que había en él.

En lo referente a la paranoia, sus temores, a primera vista, parecían fundados. El divorcio estaba en marcha, las cosas se perfilaban mal, y todas las personas que —y no eran pocas— habían pasado por una situación similar comprendían que no bajara la guardia y temiera, en la batalla jurídica que sucedería a la guerrilla privada, darle armas a una mujer que, al fin y al cabo, era una arpía. Así, aunque compartieran una casa pequeñísima, Dick prefería mantener oculta su relación con Grania, o sea, explicarle a todo el mundo cuan necesario era ocultarla. No era imposible imaginar que Anne le pusiera un detective privado y le interviniera el teléfono. Todo lo contrario. Pero cuando, arrastrado por el impulso, Phil empezó a buscar micrófonos en la cama del gato y, al no encontrarlos, dedujo que tenía que vérselas con alguien más temible, sus viejos enemigos del FBI o los neonazis que desde la aparición de *El hombre en el castillo* se la tenían jurada; cuando antes de cada conversación telefónica había que someterse a unos tests destinados a confirmar que uno era realmente Ray Nelson o Jack Newkom, los amigos fieles y no unos impostores; cuando la conversación, hecha posible gracias al éxito positivo de esos tests, era interrumpida por invectivas dirigidas a oyentes escondidos («*Hey, guys, I know you 're hearing us, but you're not supposed to answer me. So I can tell you, fuck you FUCK YOU, guys!*»¹), entonces cada uno de sus amigos se decía para sus adentros, sin saber si reírse o preocuparse que aquello era típico de Phil Dick, medio loco como sus libros y como ellos, siempre apasionante.

Pues Phil era francamente apasionante, en eso todos coincidían. Destinaba a sus obsesiones una imaginación de artista en perpetua ebullición. En una conversación con él podía suceder de todo. No tenía la fastidiosa monomanía del paranoico clásico. Sus enemigos, los métodos y los objetivos de ellos y, sobre todo, el grado de seriedad con que él los denunciaba, variaban según las circunstancias, la inspiración y el interlocutor. Había en él un camaleón, un actor hábil en intuir a su público, en adivinar sus expectativas, y si a veces no lo conseguía, era porque forzaba las cosas intentando satisfacerlas. Una noche era víctima de una conspiración planetaria, al día siguiente podía olvidarla por completo o hablar de ella con desenvoltura como de una manifestación de su legendaria paranoia, asombrándose de que lo hubiesen tomado en serio; y si alguien lo había tomado realmente en serio, era porque también era un paranoico, o porque tenía buenas

razones para creer que él tenía razón y, por lo tanto, estaba de acuerdo con sus enemigos.

Salvo en su trabajo, que además tenía que realizar de prisa, antes de sentirse disgustado por él, adolecía de una falta de coherencia de ideas casi patológica. A Grania le mostraba solemnemente la pequeña pistola que se había procurado para defenderse de Anne por si ésta lo atacaba. Y le aseguraba que no dudaría en emplearla, tanto contra su ex mujer, como, llegado el caso, en contra de sí mismo. Grania, muy preocupada, se lo comentaba a todos los amigos. Se temía lo peor. Un domingo por la mañana, Anne se presentó en la puerta de la casa con la pequeña Laura en brazos. Quería hablar con él. Fuera de sí, Phil corrió por toda la casa antes de abrir la puerta, con una mano blandía la pistola y con la otra, como en una comedia, metía a Grania a empujones en un armario. Grania pasó varias horas allí dentro, temiendo oír un disparo. Pero no oyó más que el balbuceo de Laura, el chisporroteo de los huevos con bacon que Phil preparaba cantando con su hermosa voz de bajo los *lieder* de Schubert, y luego los ecos de una pacífica reunión familiar alrededor de una mesa bien puesta. El *almuerzo* duró hasta las primeras horas de la tarde. Cuando Anne y su hija se marcharon y la heroica Grania, medio asfixiada y con la vejiga punto de estallarle, salió del armario, Phil pareció muy sorprendido con su presencia: ¿por qué no había salido a saludar? Frente a las quejas de Grania, reconoció que su memoria le había jugado una mala pasada y que las drogas que tomaba probablemente tenían algo que ver con eso. Al día siguiente, volvió a blandir su pistola hablando de Anne y a someter a sus amigos a unos complicados tests para determinar si eran espías de Anne, del FBI, neonazis, etcétera.

Al cabo de algunos meses, Grania encontró un compañero de habitación más tranquilo y se mudó. Para retenerla, Phil le propuso inútilmente que se casaran; luego, como no soportaba quedarse solo, invitó a una pareja de amigos a vivir con él. Los dos amigos aguantaron tres semanas, en las que Phil tomó el primer ácido de su vida.

A través de la prensa, había seguido los recientes acontecimientos de Harvard, que se parecían a un guión de ciencia ficción de los años cincuenta, del estilo de *La invasión de los ladrones de cuerpos*. Destacados estudiantes universitarios se dedicaban a un programa de investigación sobre una droga supuestamente útil en el campo de la psiquiatría. Desde los primeros experimentos, los colegas o las personas que los conocían los encontraban cambiados: tenían las pupilas dilatadas, un aspecto a la vez extasiado y misterioso, y, aunque tuviesen fama de ser materialistas hasta los huesos, sólo hablaban de amor, éxtasis y fusión con la

divinidad. Si alguien les pedía más detalles y precisión, se volvían evasivos: aquello no se podía describir, había que experimentarlo. Quienes, por curiosidad, habían probado la experiencia salían a su vez transformados. Era imposible hablar con ellos, a menos que no se quisiera seguir su ejemplo. La voz corría por el campus, cada vez había más gente que llamaba a la puerta del pequeño despacho del doctor Timothy Leary solicitando ser iniciada, cada vez eran más numerosos los que, con voz melodiosa y ojos brillantes, hacían esos discursos increíbles que exasperaban al rector de la universidad. Aquello parecía una epidemia.

Leary, que hasta ese momento había sido considerado un excéntrico inofensivo, comenzó a hacerse escuchar, a pronunciar conferencias y a explicar a los periodistas que se acercaba un momento crucial en la historia de la humanidad. No era una coincidencia fortuita el hecho de que Albert Hoffmann hubiese descubierto el LSD en el mismo momento en que Enrico Fermi descubría la fisión del átomo. El hombre recibía por un lado el instrumento para destruir su propia especie y, por el otro, la posibilidad de acceder a un nivel superior de la evolución. Si aceptaba el segundo don, podría sumergirse en los océanos inexplorados que su cerebro escondía, superaría al *Homo sapiens*, entraría en una sabia y alegre comunión con el cosmos, conocería a Dios, y, en cierto modo, sería Dios.

Por sí solos, esos discursos no hubiesen convencido a mucha gente. Pero, a diferencia de otros iluminados, Leary poseía el material, suministrado por los laboratorios Sandoz, que los ratificaba. En realidad, todos los que se sometían a los terribles efectos del LSD salían, en el peor de los casos, consternados y, la mayoría de las veces, convertidos. Intelectuales de prestigio y artistas, pero también hombres de negocios, como el jefe de la fundación Ford, se convirtieron en sus prosélitos. Leary obtuvo una autorización de la administración penitenciaria para que los detenidos de la prisión del estado de Concord, Massachusetts, fueran sometidos a una cura con LSD: la absorción de aquel nuevo sacramento colmó a esos criminales impenitentes de aspiraciones místicas que maravillaron a sus guardias.

Por miedo a tener que avalar esas experiencias tan poco compatibles con el rigor científico, las autoridades de Harvard despidieron a Leary, consolidando de este modo su vocación de profeta. Trataba de sepulcros blanqueados a sus detractores, citaba la fórmula de Niels Bohr según la cual una nueva verdad no se impone porque convence a sus adversarios, sino porque sus adversarios terminan muriéndose y son sustituidos por una nueva generación para la cual esa verdad es perfectamente natural. En una mansión que un mecenas le había prestado, Leary reunió a una comunidad de fieles que, bajo su dirección y entre el humo del

incienso y las notas del *raga* hindú, se consagraron a la exploración metódica de los mundos que el ácido les abría. Un libro hacía de guía para esos viajes: el *Bardo Thodol. El libro de los muertos tibetano*. Este auténtico Baedeker de los espacios interiores era el regalo de despedida del viejo Aldous Huxley a la nueva generación: decían que había pedido que lo leyeran en su lecho de muerte y que, unas horas antes del fin, había pedido una inyección de LSD, no por cobardía, sino al contrario, para aprovechar plenamente su paso a mejor vida.

Para Leary y sus amigos, ese ritual precursor no tardaría en convertirse en moneda corriente. Ellos se consideraban como «antropólogos del siglo XXI viviendo en una cápsula temporal en los sombríos años sesenta del siglo XX, pero no tenían dudas respecto a la inminencia de la conversión general. Se basaban en un crecimiento exponencial: veinticinco mil personas que consumían LSD en 1961 significaban cuatro millones en 1969, a saber, la masa crítica a partir de la cual la sociedad no hubiese podido dejar de cambiar. Al ritmo con el que progresaba el descondicionamiento cerebral inducido por la droga en las clases medias, daban por cierto que hacia la mitad de los años setenta el presidente de Estados Unidos la habría consumido, que las cumbres entre los jefes de Estado se celebrarían bajo los efectos del ácido y que el mundo, sin duda alguna, se vería beneficiado.

En 1964 esta perspectiva mesiánica parecía factible, más probable, en todo caso, que la de oír veinte años más tarde a un ocupante de la Casa Blanca confesar que había fumado porros pero sin tragar el humo. Los periódicos se hacían eco de todo lo que Leary decía. La palabra *bardo* gozaba de un prestigio singular: se hablaba de experiencias *bardo*, de música *bardo* y de películas *bardo*. Numerosas personas que nada tenían que ver con los ambientes artísticos, científicos o mundanos, que no eran Cary Grant y que de ninguna manera se consideraban drogadictos, probaban el ácido y reconocían que efectivamente la droga abría puertas a la mente: el equivalente a tres años de psicoanálisis, según una fórmula muy repetida de la época. La dosis estándar de doscientos cincuenta microgramos podía comprarse en Berkeley, en absoluta legalidad, por unos diez dólares. Los amigos de Dick tomaban regularmente ácido y hablaban maravillas de él. En fin, Phil no podía evitarlo.

Menos aún cuando tenía fama de haber franqueado desde hacia mucho esta nueva frontera. Cuando apareció la novela *Los tres estigmas de Palmer Eldritch*, todos los lectores habían visto en ella la gran novela del ácido, y aquel rumor, que se transmitió de boca en boca, había significado mucho para su fama. Como Dick detestaba contradecir a la gente y no conocía el razonamiento de Goscinnny, según el cual, Obelix, para gozar de una fuerza sobrehumana, no necesita una poción mágica

porque ya cayó en ella cuando era niño, Phil dejó que lo trataran como una autoridad psicodélica, adoptando una actitud de clarividencia para dar consejos sacados de su larga experiencia. En realidad tenía miedo, y con razón.

Ya que, como era de esperar, la cosa acabó mal. Apenas una hora después de tomar la dosis, perdió todo contacto con sus camaradas y se encontró «allí adonde vamos cuando tomamos Can-D»: el mundo de Palmer Eldritch. Había un túnel oscuro, poblado de sombras hostiles; un paisaje glacial de crestas afiladas; unas catacumbas; un anfiteatro romano en el que pronto sufriría el suplicio de los primeros cristianos; la certeza de estar perdido, de no tener la posibilidad de nunca más encontrar una salida. Intentó tranquilizarse con un argumento razonable: lo que me está sucediendo se explica por el hecho de haber ingerido una sustancia tóxica, su efecto durará unas horas más, nueve o diez, según dicen, después seré libre. Por desgracia, no estaba completamente seguro de que estaría vivo una vez transcurridas las nueve o diez horas; además, esas nueve o diez horas de tiempo oficial podían durar siglos en su experiencia subjetiva, es decir, la única realidad que le era accesible. Había algo de cierto en lo que creía de niño: cuando vamos al dentista, aquello dura realmente una eternidad. Ahora se encontraba ahí para siempre. Siempre había estado ahí. Todo lo demás no era sino ilusión y sólo podía rogar, como Leo Bulero, para que esa ilusión le fuera restituida misericordiosamente. Afuera, los que se apiñaban a su alrededor y cuya presencia él ya no advertía, lo oyeron hablar en latín. Ninguno entendía el latín, y de aquella glosolalia sólo captaron la frase: «*Libera me, Domine*», que Phil repetía sin descanso, con el rostro empapado de sudor y alterado por el terror.

Cuando, al final del tiempo reglamentario, luego de haber preocupado sobremanera a sus canguros, Dick se reincorporó al *koinos kosmos* y durmió un día entero, resumió así su viaje: «Amigos, he estado en el infierno y he tardado dos mil años en salir, a rastras».

Los amigos, ingenuamente, se asombraron. Los malos *viajes* eran raros en aquellos tiempos de euforia. Se nadaba en océanos de luz irisada, se tenía la impresión de comprenderlo y dominarlo todo. Había para todos los gustos y para todos los temperamentos: bajo los efectos del ácido, los contemplativos veían el mundo como una tranquila epifanía, un cuadro de Vermeer que latía suavemente al ritmo de sus sistemas nerviosos; los activos, como un *flipper* gigante que titilaba hasta la bóveda de los cielos, pródigo en partidas gratuitas. Sólo él se abismaba en el mundo de pesadilla de sus libros para preguntarse luego continuamente si lo que había visto había sido la Realidad última o sólo un reflejo de su psique, hipótesis no

mucho más halagüeña.

Fiel a su lógica binaria, llegó a pensar que sólo existían dos grandes tipos de mentes: aquellas para las que la realidad de la realidad es luz, vida y alegría, y aquellas para las que es muerte, tumba y caos; aquellas que en lo más profundo ven a Cristo, y aquellas que, como el Svidrigailov de Dostoievski, se representan la eternidad como un baño sucio y tapizado con telas de araña; aquellas que creen en el amor y en la misericordia infinitos, no obstante Auschwitz, y aquellas que conocen el horror insondable de todas las cosas, a pesar del azul del cielo y los placeres de la vida. Sin duda, la configuración psíquica, de la que el LSD es un despiadado revelador, explicaba en gran parte una u otra reacción. Pero no podía tratarse de un simple conflicto de opiniones o temperamentos: la verdad debía hallarse en un campo y no en el otro. No había posibilidad alguna de llegar a un compromiso. En términos cristianos, que desde hacía poco eran también los de Dick, una de dos: o el Cristo ha resucitado o no.

Dick sabía en qué quería creer, pero sabía también, y el ácido se lo había confirmado, en qué creía en el fondo de su psique. Sabiendo de qué lado estaba, a pesar suyo, lo hubiera dado todo por equivocarse y por que alguien lo hubiese convencido de que se estaba equivocando.

No había elegido el mejor momento, si es que en su caso existía uno, para probar el ácido. El celibato no le sentaba bien. Cuando todavía vivía con Grania, no podía evitar cortejar a todas las mujeres que se le cruzaban. Al quedarse solo, se desencadenó y enriqueció su leyenda con anécdotas deplorables. De una manera más o menos platónica, jamás discreta, se enamoró de todas las mujeres que encontró. Dada la exigüidad del ambiente que frecuentaba, la mayoría de ellas eran las mujeres de sus amigos. Algunos se resintieron de ese cortejo persistente; otros se divirtieron, persuadidos, con razón, de no tener mucho que temer de un rival así: aunque fuera un escritor brillante y un conversador genial, aquel niño barbudo arrastraba una carencia de afecto demasiado grande que sólo podía inspirar una emocionada curiosidad. En el invierno de 1964, cuatro o cinco mujeres de autores de ciencia ficción recibieron cartas apasionadas, disparatadas y plañideras, en las que Dick les hablaba de su hermanita Jane y copiaba poemas metafísicos isabelinos o el *Viaje de invierno* de Schubert para demostrarles cuán grandes eran su soledad y su melancolía. Además, las llamaba por teléfono, preferentemente colocado y a altas horas de la noche, asombrado por la escasa disponibilidad con la que ellas escuchaban sus monólogos, por no hablar de la disponibilidad de sus maridos, cuando les tocaba contestar a ellos. Por otro lado, este romántico tímido podía

comportarse en sociedad como un perfecto patán, tratar de puta a la *ferne Geliebte*, que lo rechazaba amablemente, abandonarla por una recién llegada y dejar caer una mano perdida sobre las rodillas de una tercera. Después de semejantes exhibiciones, al recuperar el control de sí mismo se daba cuenta de que hacía el ridículo y de que tenía mucho que perder trocando su rango de genio sombrío por el de chiflado pintoresco. Pero para corregir la puntería no encontraba nada mejor que escribir nuevas cartas y seguir haciendo llamadas, tan intempestivas como las precedentes. O hacia alarde de su intemperancia, intentando imponer con descaro una imagen a lo Falstaff de gordo barbudo que disfruta de la vida, siempre dispuesto a echar un polvo que en realidad no echaba nunca.

Al darse cuenta de que no había una mujer para él en el ambiente de la ciencia ficción, intentó alargar el círculo de sus relaciones, examinó la agenda y terminó reanudando su relación con Maren Hackett, la amiga de la última época de Point Reyes que lo había iniciado en san Pablo e introducido en la iglesia episcopaliana. Maren se había casado y separado de un alcohólico cuyas dos hijas, de un matrimonio anterior, vivían con ella. Nancy, la mayor, acababa de llegar de Francia, donde había estudiado psicología y, sobre todo, donde había estado internada por anorexia. Era una chica de diecinueve años, dulce y tímida, con una voz casi inaudible, un cuerpo grácil y maduro y la cara oculta por una cortina de largos cabellos lacios. Cuando nadie la observaba, sacaba del bolsillo de los vaqueros una foto suya y la miraba detenidamente, como para percatarse de que existía. Dick frecuentó durante algunas semanas a las tres Hackett, sin que nadie supiera a ciencia cierta, ni siquiera él mismo, por cuál de ellas estaba allí, si por la aún encantadora madrastra o por una de las dos chicas. Al final se decidió por Nancy y le manifestó no sólo su amor, sino el desastre en el que su vida se convertiría si ella lo rechazaba: «Tomaré cada vez más pastillas, no comeré más, ni dormiré, ni escribiré, pronto moriré». Al cabo de muchos silencios incómodos y sonrisas nerviosas, Nancy cedió, aceptó ser su musa y, en la primavera de 1965, se fue a vivir con él.

11

Definir lo humano

Un año antes, al abandonar Point Reyes al borde del colapso psíquico, el hexagrama 49 del *I Ching*, *Ko*, le había anunciado «la revolución, la muda». Las

había visto operar en la sociedad que lo rodeaba y en su destino. En el transcurso de esa metamorfosis había sufrido y había hecho sufrir, pero ahora sentía que atravesaba un nuevo ciclo, más favorable.

Cada día que pasaba se felicitaba por haber sabido romper con la lógica del fracaso que había dominado su vida sentimental y por haberse casado con esa mujer-niña a la que tenía que proteger y que, por su parte, lo amaba tal como era y no tenía intenciones de transformarlo. La pareja que formaban respetaba el equilibrio de los sexos: barbudo, corpulento y creativo, él era *yang*; grácil, acuática y sombría, ella era *yin*: el tao velaba por ellos. Se reían, se hacían bromas y se ponían apodosos estafalarios y empalagosos. Al igual que los amantes tuberculosos de la *Montaña mágica* que, en lugar de fotos, se intercambian las radiografías de sus pulmones, ellos se confesaban sus fobias y diagnosticaban sus síntomas psiquiátricos asombrados de lo bien que se llevaban. Phil no se cansaba de parangonar la calidez de Nancy, sus carcajadas insolentes de niña inocente, perversa y polimorfa, con la frialdad de todo lo que había conocido hasta entonces, el encantador desorden de la casita de San Rafael en la que acababan de instalarse, con la blancura impecable y paranoica de la finca de Point Reyes. Imbuida de absurdos principios pediátricos, su madre casi no había tenido influencia sobre él; su hermanita había muerto; la sensualidad de Anne se había manifestado a través de unos accesos de furor erótico que más que nada lo asustaban; Nancy, en cambio, le tiraba de su barba casi gris, se metía en la bañera a jugar en el agua con él y encontraba placentera su barriga. Ese cuerpo nuevo que él, asustado, había pasado años viendo deformarse en los espejos, entre las manos de Nancy se tornaba algo delicado y cálido, algo amado y, por ende, amable. Estabilizado, mimado rodeado de amigos que admiraban su obra y se dejaban deslumbrar con gusto por sus teorías, después de un año de bohemia improductiva había recuperado las buenas costumbres. Escribía otra vez y, como Nancy le había revelado el significado del auténtico ser humano —tierno, cariñoso y vulnerable—, lo menos que podía hacer era escribir para la gloria de ese ser.

Pero Dick era una persona que, para glorificar al ser humano, necesitaba primero acorralar y definir a su contrario. Ahora bien, lo contrario del ser humano no son ni el animal ni el objeto, sino el replicante, es decir: el robot.

Ya desde sus primeros pasos, e incluso antes, si pensamos en el Golem y el monstruo de Frankenstein, la ciencia ficción había convertido a esa criatura inquietante en el enemigo más socarrón de su creador. Por más que en los años cincuenta el sonriente doctor Asimov había intentado someter a los robots y a los

escribas que los animan a un código de buena conducta que proscibía el tema de la rebelión como una aberración científica y como un recurso novelesco igualmente reprensibles, de nada había servido. La inquietud crecía a medida que la ficción parecía confundirse con la realidad y que la existencia virtual de las «máquinas pensantes» no sólo agitaba a una pandilla de soñadores sino a toda la comunidad científica. Acuñado por Norbert Wiener, el término «cibernética» causaba furor, y de lo que designaba surgían dos preguntas entrelazadas: ¿podemos imaginar que un día una máquina creada por el hombre pueda pensar como un hombre? ¿Qué significa pensar como un hombre? O, si preferís, ¿qué es lo que en nuestro modo de pensar y en nuestro comportamiento se puede definir como específicamente humano? Así se abría el debate sobre la inteligencia artificial, en el que se enfrentaban y siguen enfrentándose, dos corrientes: por un lado los materialistas, persuadidos de que, teóricamente al menos, todas las operaciones de la mente se pueden desmontar y, por lo tanto, reproducir; por el otro, los espiritualistas, quienes sostienen que siempre existirá un residuo rebelde al algoritmo, un residuo que, según los defensores de esta teoría, se denomina fantasma en la máquina, conciencia reflexiva o simplemente alma.

Dick seguía el debate como puede seguirlo alguien cuyas lecturas se dividen entre la teología y la vulgarización científica. Así descubrió, hojeando una antología, su artículo fundador escrito en 1950 por el matemático inglés Alan Turing. La figura de Turing, brevemente evocada en la introducción, lo subyugó Turing había sido uno de los inventores de la informática moderna, había contribuido a la victoria de los aliados inventando durante la guerra para los servicios secretos británicos un ordenador que descodificaba los mensajes de la Luftwaffe, se había suicidado en misteriosas circunstancias y había abordado el problema de las máquinas pensantes en términos todavía vigentes.

En ese famoso artículo, Turing empieza por enumerar los argumentos pasados, presentes y futuros que niegan la posibilidad de una inteligencia artificial: las máquinas sólo hacen aquello para lo que han sido programadas, están especializadas, no tienen gustos ni caprichos, no pueden sufrir, etcétera. Después de considerar todos estos argumentos insuficientes, Turing sugiere, para poder decidir si una máquina puede pensar como un hombre, que nos atengamos a un criterio único: ¿una máquina es o no capaz de hacerle creer a un hombre que piensa como él?

El fenómeno de la conciencia sólo puede ser observado desde dentro. Sé que poseo una, es más, es gracias a ella que lo se, pero en lo que a ustedes se refiere, no hay nada que me pruebe que tienen una. En cambio, puedo afirmar que ustedes

emiten señales, en especial mímicas y verbales, a través de las cuales, por analogía con las mías, deduzco que piensan y sienten como yo. Ahora bien, supongamos, dice Turing, que en un futuro próximo o remoto, una máquina pueda ser programada para emitir, en respuesta a todos los estímulos que recibe, señales igualmente convincentes; en este caso no se entiende en el nombre de qué cosa puede negársele la patente de pensamiento.

La prueba que Turing elabora basándose en este criterio consiste en aislar a un examinador humano, un candidato humano y un candidato-máquina en tres habitaciones distintas. El examinador se comunica con cada candidato a través del teclado de un ordenador (también puede hacerse con un teléfono, si se dispone de un sistema de síntesis vocal) y fustiga a los dos candidatos con preguntas destinadas a establecer quién es el hombre y quién la máquina. El interrogatorio puede versar tanto sobre el sabor de la tarta de arándanos, los recuerdos navideños de la infancia y las preferencias eróticas, como, por el contrario, sobre las operaciones de cálculo que, se presume, el hombre efectúa con menos rapidez y mayor dificultad que la máquina; todo está permitido, tanto las preguntas más íntimas como las más descabelladas. Es sabido que el *koan zen* es una técnica clásica de confusión. Por su parte, los dos candidatos se esfuerzan en convencer al examinador de que son humanos, uno en perfecta buena fe el otro recurriendo a todas las estrategias que su programa prevé; por ejemplo, cometiendo deliberadamente errores de cálculo. Al final, el examinador da su veredicto. Si se equivoca, la máquina gana. Para Turing, estamos obligados a admitir que la máquina piensa y, si el espiritualista de turno cree que *en realidad* no se trata de un pensamiento humano, el peso de la prueba recaerá sobre él.

La prueba de Turing se convirtió en uno de los temas predilectos de Dick. A él, que siempre se jactaba de ser capaz de engatusar a cualquier psiquiatra, le hubiese encantado hacer de máquina y abrumaba a sus amigos con todas las variantes sobre el tema, en particular durante las extravagantes conversaciones telefónicas en las que los obligaba a demostrarle que eran verdaderamente ellos y que no habían sido suplantados por unos impostores.

Según la novela que escribió durante la luna de miel con Nancy, la colonización marciana ha provocado un aumento de la producción de androides, tanto es así que en 1992 hay tantos modelos de androides como de automóviles en los Estados Unidos de los años sesenta. Algunos son rudimentarios, simples máquinas-herramientas de rostro humano o familias de vecinos para uso de colonos aislados. Por una modesta suma, podemos instalar cerca de casa una

familia Smith o Scruggs al completo, con George, el padre, que lee el periódico y corta el césped; Fran, la madre, que prepara tartas de arándanos todo el santo día; Bob y Pat, los hijos, y *Merton*, el perro de caza alemán, opcional; aunque cada una de estas máquinas cuente tan sólo con una decena de respuestas, no dejan empero de ser una compañía; además, argumentan los vendedores, ¿acaso las conversaciones con vuestros vecinos humanos son mucho más extensas?

Pero sólo se trata de artículos de mala calidad, despreciados por aquellos que poseen modelos más sofisticados y a los que nada permite distinguirlos de los humanos auténticos. Mientras esas imitaciones perfectas se mantienen dentro de sus límites, todo funciona normalmente. Pero algunos, nuevos Espartacos de su casta, se dan a la fuga y pretenden vivir en libertad. Es entonces cuando se vuelven peligrosos. Unos agentes especializados tienen la misión de destruirlos. Estos agentes reciben el nombre de *blade runners* (a partir de la película de Ridley Scott, se conoce con este título la novela *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*). La dificultad de identificar a los androides hace que los *blade runners* vivan obsesionados con el miedo al error. Para reducir el riesgo de pulverizar con el láser a un inocente humano, someten a los sospechosos a unas pruebas de las que siempre sospechan que están superadas, ya que los productores de androides introducen continuamente sus parámetros en los programas de sus criaturas.

Dichas pruebas se basan tanto en el modelo de los trabajos prácticos de psicología de primer año como en ese ridículo y repulsivo mito americano del detector de mentiras. («Su pupila se ha contraído, lo cual significa que es usted culpable.») Mientras escribo esto, mayo de 1992, un hombre ha sido llevado a la silla eléctrica por una incriminación semejante. Pero a Dick le interesaba sobre todo el criterio de discriminación.

Partió del principio de que los androides más sofisticados de 1992 habrían sido capaces de superar con éxito la prueba de Turing, algo que invalida esta prueba y, según Turing, cualquier clase de prueba: no nos pasamos la vida repitiendo los exámenes que ya hemos aprobado. Sin embargo, Dick no se resignó, como sugería Turing, a acogerlos en la comunidad humana. Y, para evitarlo, hizo lo que Turing consideraba un lío, un típico truco de espiritualista: introdujo un nuevo criterio. ¿Cuál este nuevo criterio? Podría ser una prueba para el lector de este libro, para asegurarnos de que lo ha seguido.

Se trata, por supuesto, de la empatía. Aquello que san Pablo llamaba la caridad y que consideraba como la más importante de tres virtudes teológicas.

Caritas, decía Dick, con su pedantería habitual. *Ágape*. El respeto de la regla de oro: «Ama a tu prójimo como a ti mismo». La facultad de ponerse en el lugar del otro de desearle el bien, de sufrir con él y, llegado el caso, de sufrir en su lugar.

Claro que el uso de este criterio para distinguir al humano del replicante habría hecho sonreír a Turing, y con razón. Habría señalado que muchos humanos no son nada caritativos y que, en teoría, nada impide introducir en el programa de una máquina una clase de comportamiento que la convención humana atribuye a la caridad.

Pero Dick no era de esas personas que, una vez trazada una frontera, se demoran en ella a declamar cortesías humanistas o religiosas. Al contrario, su vocación consistía en desplazar continuamente esa frontera, y, moviéndose a lo largo de sus líneas punteadas y móviles, desencovar liebres, un ejercicio que convierte un thriller de ciencia ficción como *Blade Runner* en un tratado de teología cibernética decididamente vertiginoso.

Si el replicante es lo contrario del hombre, ¿qué será lo contrario de la empatía? ¿El orgullo, el desprecio, la crueldad? Eso son sólo consecuencias. El origen de todo mal, pensaba Dick, está en replegarse, en encerrarse en uno mismo, aquello que, en términos psiquiátricos, diagnostica la esquizofrenia. Así, primer punto: la inquietante similitud entre la personalidad «androide» y la personalidad «esquizoide», que Jung describía a través de la economía permanente de los sentimientos. Un esquizoide piensa más de lo que siente. Posee del mundo y de su discurso una comprensión puramente intelectual, abstracta, una reducción atomista a un conjunto de elementos que nunca se plasman en una emoción o un pensamiento *reales*. Un esquizoide, en lugar de decir: «Necesito un poco de *speed* para mantener una conversación», puede llegar a decir: «Recibo señales provenientes de organismos cercanos. Pero soy incapaz de producir mis propias señales sin antes haber recargado mis pilas» (Dick afirmaba haber oído esta frase, yo por mi parte no excluyo que él mismo la haya pronunciado.) El esquizoide pertenece a esa categoría de personas que nunca olvidan, como el protagonista de *Confesiones de un artista de mierda*, que están compuestos de un noventa por ciento de agua o que lo que llaman su cuerpo en realidad es el módulo de supervivencia de sus genes. Un esquizoide, más que sentimientos de cara al mundo, pensamientos para asimilar esos sentimientos, frases para describir esos pensamientos y palabras para formar esas frases combina incansablemente letras, veintiséis letras si es un hombre, o dos cifras, 0 y 1, si es un ordenador. No cree que piensa sino que sus neuronas se activan; no cree que sus neuronas se activan, sino que obedecen a las leyes de la química orgánica. Así es, seguramente, como piensa o cree pensar una

inteligencia artificial: en todo caso es la clase de pensamiento que uno podría introducir en su propio programa bajo la etiqueta «conciencia reflexiva». En fin, un esquizoide piensa como una máquina. Imagino que a Dick le hubiese alegrado saber que uno de los primeros cerebros artificiales capaces de ser sometidos con éxito a una versión poco elaborada de la prueba de Turing era un programa del MIT llamado Parry, que simula a un paranoico. Al fin y al cabo, no es algo tan difícil: Parry, al igual que un psicoanalista, responde a todas las preguntas con otras preguntas, o las repite; un gracioso propuso incluso crear un programa sin errores que simulase a un catatónico.

El problema, que vuelve las pruebas poco fiables y el oficio de *blade runner* agobiante, estriba en que, por más que los esquizoides piensen como máquinas, no dejan de ser seres humanos. Y Dick lo sabía muy bien, ya que él también se debatía entre un apasionado deseo de empatía y fuertes tendencias paranoicas. Estos dos polos representaban en su conciencia el bien y el mal, Jekyll y Hyde, y la experiencia le había permitido comprobar la frase de san Pablo según la cual no hacemos el bien que quisiéramos hacer, sino el mal que nos repugna.

Phil se alegraba de haber encontrado en Nancy a una mujer llena de empatía que lo devolvía suavemente a la calidez, la alegría y la atención hacia el Otro, y de haber huido de una mujer esquizoide, una máquina de odio que lo volvía esquizoide y llenaba de odio a él también, quedando ambos atrapados en la pesadilla del cada uno para sí, del recelo y el egoísmo. Sin embargo, la honestidad lo obligaba a reconocer, por un lado, que él no estaba exento de culpa, ni que era la pobre víctima de una loca, sino que quizá era quien había despertado la locura en ella, y, por otro lado, que Anne había sufrido tanto o incluso más que él, y en parte por su culpa. Suponiendo que de los dos la loca fuera ella, la caridad de la que tanto hablaba no ordenaba maldecirla ni aplastarla, sino identificarse con ella y ayudarla. La Iglesia no dice otra cosa: el pecado es la enfermedad del espíritu, es menester asistir a los enfermos. Cristo ha venido a redimir, pero sobre todo a curar. Y si el esquizofrénico sufre, el androide quizá también sufre. Dicho en términos turinguianos: su programa permite simular el sufrimiento de manera convincente, ¿qué nos autoriza a considerar irreal ese sufrimiento o a no compartirlo? Segundo punto.

En la novela la crisis se desencadena cuando el *blade runner*, más por motivos eróticos que evangélicos o turinguianos, comienza a sentir empatía hacia sus presas o, mejor dicho, hacia una de ellas.

Este error profesional se ve favorecido y a la vez agravado por un nuevo

dato: los fabricantes le han hecho una jugarreta a los androides más sofisticados implantándoles una memoria artificial en sus programas que les hace creer que son humanos. Al igual que estos últimos, tienen recuerdos de infancia, impresiones de *déjà-vu* y emociones. Nada los distingue de ellos, ni por fuera, ni por dentro. Sólo que no lo saben. Y cuando se sospecha de ellos, y se los somete a una prueba, se asustan como cualquiera de nosotros se asustaría. «Me dirá usted la verdad, ¿no es cierto? Si soy un androide, me lo dirá, ¿verdad?»

Es curioso que nazcan de la pluma de un autor de ciencia ficción, un autor de un estilo mediocre para colmo, esos pasajes memorables que no sólo son sobrecogedores, sino que nos dan la certeza de aferrar algo esencial, fundamental. Nos hacen vislumbrar un abismo que formaba parte de nosotros y que nadie todavía había sondeado. En *Blade Runner* encontramos uno de esos momentos: el grito de horror del androide que descubre su condición. Horror absoluto, sin remedio ni consuelo, a partir del cual todo resulta pavorosamente posible.

Si es la empatía lo que define a lo humano, los androides estarán dotados de ella. Si es la experiencia religiosa, los androides creerán en Dios, en sus almas sentirán Su presencia y rezarán el rosario con todos sus circuitos. Tendrán sentimientos, dudas y angustias. Escribirán libros para dar forma a esas angustias ¿Quién podrá decidir entonces si se trata de una empatía real, una devoción real, de sentimientos, dudas, angustias, inspiraciones reales o de un simulacro persuasivo? Si el grito espantoso del androide que descubre su condición es una simple modalidad del programa, una reacción prevista a ciertos estímulos verbales y producida por la diligente puesta en marcha de un determinado número de bits —una descripción que, aunque esté hecho de células orgánicas y no de elementos metálicos o de plástico, podría ser también perfectamente aplicada al funcionamiento del cerebro humano—, ¿acaso esto cambia: a) todo, b) nada, c) o algo, aunque no se sepa exactamente qué cosa?

Elija la respuesta.

Como observa, no sin cierta inquietud, el *blade runner*, lo mejor, para un androide, sería ser un *blade runner*.

O tal vez, pensaba Dick, un autor de ciencia ficción.

En aquella época todo tenía que ser nuevo: las modas, las fronteras, las novelas; todo cambiaba de nombre, y los irónicos cascarrabias, pipa en mano y gafas en la frente, tenían buenos motivos a ambos lados del Atlántico para ironizar sobre los peluqueros convertidos en «capilocultores». Este mismo celo indujo a la ciencia ficción a cambiar su insignificante denominación por la más respetable de *ficción especulativa*, que no quería decir mucho, o la de *cosa nueva*, que no quería decir absolutamente nada, aunque lo dijera con más descaro.

El más ferviente promotor de esta «cosa nueva» en Estados Unidos fue Harlan Ellison, un ex admirador tenaz convertido a fuerza de escribir en un virtuoso polígrafo y un maestro de las relaciones públicas. Ellison tenía visión de futuro y decidió escenificar fastuosamente la metamorfosis de un género considerado baladí o entontecedor, idóneo solamente para hacer soñar a los ingenuos y los empleados frustrados. Un género que, sin embargo, en la efervescencia de los años sesenta fue un refugio de inventores, de iconoclastas, de vanguardistas extravagantes y a veces extralúcidos, o sea, la sección de asalto de una literatura por lo demás burguesa y debilitada, ajena a las convulsiones de su tiempo y de los tiempos venideros como un artista clásico frente a una juventud apasionada por la música pop. Para Ellison, *Visiones peligrosas*, su antología-manifiesto, revolucionaría las letras americanas. Las estrellas del *establishment*, como Gore Vidal o Thomas Pynchon, por no citar más que a dos posibles candidatos, mendigarían más tarde un lugar para posar junto a Norman Spinrad o Samuel Delany. Este sueño no se realizó, pero alumbró la vida de los ilotas durante algunos años en los que todo parecía posible, y en los que también parecía llena de sentido la idea pueril según la cual los relatos ambientados en el futuro tenían que ser necesariamente la literatura del futuro. Creyendo haberse ganado un lugar en el Panteón, los treinta y dos escritores convocados por Ellison al festín compusieron sus cuentos como si posaran para la posteridad. El «maestro de obras» escribió en elogio de cada uno de ellos un texto introductorio irregular y efusivo, con un tono que oscilaba entre Johnny Carson y Santiago de la Vorágine. Y por si fuera poco, cada uno de los participantes fue invitado a agregar a su propia contribución un comentario en el que podía decir lo que se le antojaba según su propio carácter, incluir agradecimientos a sus predecesores, hacerse el modesto o el importante o presentar su mejor perfil.

Ningún escritor puede resistirse a este tipo de tentación, y los que lo hacen cuentan con la elocuencia más rotunda del silencio. Contactado a fines de 1965 por el entusiasta Ellison, Dick se sintió muy feliz de saber que, si había una presencia que se imponía a la cabeza de los peligrosos visionarios, ésta era la suya, y bosquejó encantado su autorretrato.

Al leerlo descubríamos a un recluso cordial, rodeado de mucha gente, amante del rapé y de los alucinógenos, de Heinrich Schütz y de los Grateful Dead, y que fascinaba a los hippies incultos hablándoles de Juan Escoto Erigena y echaba el ojo a todas las chicas que pasaban, bajo la mirada indulgente de su muy joven, muy tímida y muy graciosa esposa. El hombre infeliz y atormentado que en Point Reyes había creído perder la razón bajo el dominio de Anne y de Palmer Eldritch, parecía haberse convertido, al aproximarse a la cuarentena, en una especie de gurú bonachón, entregado a las drogas psicodélicas para verificar de primera mano sus hipótesis teológicas y las de sus gloriosos predecesores, a los que ahora citaba sin descanso, transformando la más modesta novela de ciencia ficción en un mosaico de epígrafes tomados de Boecio, el Maestro Eckhart o san Buenaventura. Aunque no se hubiese recuperado nunca de su única y terrible experiencia, se las daba de veterano ácido, sosteniendo, como Timothy Leary, que «aspirar en siglo veinte a una vida religiosa sin LSD, equivale a estudiar astronomía a simple vista». Le gustaba contar el día en que Leary le había telefoneado desde la habitación de John Lennon, en un hotel de Canadá, donde los Beatles estaban de gira. «Si», repetía solemnemente, gozando del estremecimiento medio incrédulo y medio devoto que suscitaba: ¡desde la habitación de John Lennon! Los dos nombres, completamente colocados, acababan de leer *Los tres estigmas de Palmer Eldritch* y desbordaban de entusiasmo. «¡Era esto. Era exactamente esto!», gimoteaba Lennon reptando sobre la alfombra. Y hablaba ya de hacer una película basada en la novela, la película psicodélica, complementaria del álbum que estaba preparando: *Sergent Peper's Lonely Hearts Club Band*. Desprevenido, Dick no había podido recurrir a un test para comprobar si Lennon y Leary eran verdaderamente Lennon y Leary, y no dos chistosos que se hacían pasar por esas divinidades del Olimpo, pero al año siguiente, cuando salió el disco, reconoció el título, así como una canción en honor del ácido de la que Lennon le había hablado: *Lucy in the Sky with Diamonds*. De aquel episodio le quedó una marcada tendencia al *name-dropping* y la convicción de ejercer una forma particular de influencia: subterránea, casi oculta. En realidad, en ciertos ambientes, el adjetivo *phildickiano* comenzaba a designar situaciones extrañas, una manera retorcida aunque exacta de ver el mundo, y a servir de consigna. Algunos jóvenes, que tampoco eran fanáticos de la ciencia ficción, sino críticos de rock como Paul Williams o dibujantes de historietas como Robert Crumb o Art Spiegelman, hablaban de él en sus precarias revistas como de uno de los genios ocultos de la

época.

Este papel le correspondía. Mantenía a debida distancia aquello que tanto lo había horrorizado y transformaba una peligrosa obsesión en imagen de marca profesional y en leyenda mundana. Como se decía entonces, su especialidad era Dios. Nadie le disputaba ese terreno, nadie le reprochaba que se aventurara en él, con tal de que lo hiciera, según el credo de la época, como un dinamitero subversivo, irrespetuoso de las tradiciones forzosamente esclerotizadas. No le gustaba recordar las semanas en las que había escrito *Los tres estigmas de Palmer Eldritch*, ni el terror abyecto que experimentó cuando el ácido volvió a hundirlo; pero lo halagaban al hablarle de ese libro como de una «misa negra», ofreciéndole el disco de la glacial sonata de Scriabine que lleva el mismo nombre o repitiéndole que unos siglos antes habría sido arrojado diez veces a las llamas de la Inquisición. Al descubrir a Borges, que accedía por entonces a una gloria planetaria en la misma promoción de Tolkien y M. C. Escher, admiró el diletantismo travieso y lisonjero del argentino, que definía la teología como una rama de la literatura fantástica, una diversión intelectual seductora e insignificante. Imitó sus paradojas («Los Estados Unidos —le gustaba decir— tienen dos supersticiones: Dios no existe y hay una diferencia entre las marcas de cigarrillos»), su vivaz pedantería, y quiso también imitar su estilo, lanzándose con Roger Zelazny, otro «intelectual» de la ciencia ficción, a una laboriosa fantasía religiosa que tardaron diez años en terminar, para darse cuenta al final de que carecía de sentido.

No era tan marginal, sin embargo, como pretendía parecer. El heresiarca literario cohabitaba en él con un parroquiano escrupuloso que temía el infierno, vislumbrado gracias al ácido. Si alguien en su presencia comparaba los apocalipsis bíblicos con alegorías que, al igual que el Génesis, no había que tomar al pie de la letra, Phil sacudía la cabeza, mortificado, como un hombre al que le ha tocado la desgracia de saber, y de saber que los hombres se ilusionan con cuentos rosas. Quería creer en Dios, pero temía más al diablo. Se le perdonaba de buena gana esa religiosidad gótica, cuando a su fantasía se le antojaba expresarla: pasaba por una provocación divertida, un descarrío suplementario. Y en aquel ambiente de agnósticos vagamente impregnados de budismo, el descarrío no se hacía esperar; no hacía falta ser pelagianos o albigenses: bastaba con ser católicos. A Nancy le llevó cierto tiempo comprender que Phil no bromeaba cuando se declaraba amargado de vivir con ella en el pecado, puesto que su matrimonio religioso con Anne no había sido anulado, y de no poder recibir los sacramentos. Phil creía que la exclusión de la eucaristía, más que su divorcio, castigaba el sacrilegio que había cometido al mofarse de ella en su «misa negra» y lo privaba de la única protección eficaz para la guerra en la que se lanzaba. La nostalgia de la vida sacramental lo

indujo a inventarse diversos sucedáneos, entre los cuales, el más curioso, el único que no está relacionado con la droga, es la «caja de empatía» merceriana, y en torno al cual gira la trama secundaria de *Blade Runner* (de Dick se podrá decir de todo, salvo que escatimaba).

Esta caja de empatía, instrumento perteneciente a un culto clandestino en la sociedad policíaca donde además se practica la caza de andróides, tiene el aspecto de un pequeño televisor dotado de asas. El que sujeta las asas y se inclina sobre la caja asiste de inmediato a la escena cuya repetición constituye la clave del culto: un anciano, de quien sólo sabemos que se llama Mercer, trepa penosamente la cuesta de una montaña y, en el curso de esa ascensión, se hace lapidar. Pero el adepto del «mercerismo» no se contenta con asistir a la escena: participa en ella. Son sus pies los que se arrastran por el terreno accidentado, es su carne la que las piedras laceran, es su alma la que siente a la vez una profunda tristeza y una alegría inexplicable. Se funde con Mercer y con todos los que, en ese mismo momento, tanto en la Tierra como en los planetas-colonias, han sujetado las asas de sus cajas de empatía. Siente a los que lo rodean, que sufren y exultan como él. Los incorpora en sí. La fusión con Mercer, vía crucis y comunión de los santos, es el exacto contrario de la traslación bajo el control de Palmer Eldritch: no aísla, sino que une; no daña, sino que redime. Y se renueva continuamente. Llegado a la cima de la colina, Mercer cae y agoniza; luego, transportado a la tumba, vuelve a elevarse. «Como siempre —se maravilla el protagonista—. Y nosotros con él. Así que también nosotros somos eternos.»

Todo esto desagrade sobremedida al poder temporal, que declara el culto ilegal, persigue a sus adeptos y dirige en contra de esta creencia una implacable campaña ideológica. Caja contra caja, ya que, lógicamente, el instrumento de la campaña es la televisión. Es el cómico televisivo más famoso, el Amigo Buster, quien todas las noches ridiculiza la compulsión masoquista de los mercerianos que se evaden de la realidad para sufrir en comunión. Si fuera para matar el tiempo, todavía, pero hacerse arrojar piedras en la cara y compartir los sufrimientos de miles de desconocidos, cuando resulta tan fácil regular el propio humor con una alegría permanente o una buena y conocida depresión laica, es algo que no se entiende.

Hacia el final de la novela, el Amigo Buster da el golpe revelando, con pruebas en mano, que el mercerismo es una superchería, el opio del pueblo, distribuido por un gobierno maquiavélico que ha organizado su prohibición con el único fin de aumentar su consumo. La escena de la montaña está rodada en un estudio y es difundida por un canal que no es el programa televisivo, pero del

mismo estilo. El mismo Mercer, cuyos seguidores ya se preguntaban, al comienzo, si era un humano o una entidad arquetípica introducida en la cultura terrestre por alguna insondable voluntad cósmica, no es más que un actor de segundo orden, un alcohólico, un veterano de series televisivas olvidadas que, para interpretar el papel de su vida, en el que es agredido con piedras de goma y sangra ketchup, no ha conocido otro dolor que el de pasar las horas del rodaje sin whisky.

Ante los sarcasmos virulentos del Amigo Buster, todas las esperanzas religiosas de la humanidad parecen esfumarse. Pero no es así. En una escena realmente magnífica en la que Dick transpuso el encuentro de Emaús, Mercer aparece frente a uno de sus discípulos, el *blade runner* postrado frente a la caja de empatía, llena ahora con la nieve de la televisión de los programas terminados, y le explica tranquilamente que todo lo que ha dicho el Amigo Buster es cierto, incluido el detalle del whisky, al que a él, viejo actor alcohólico, le ha costado tanto renunciar, y que todo esto no cambia nada. Absolutamente nada. «Porque tú estás aquí, y yo también.»

Con este acto de fe rebelde a la evidencia, Dick tomaba partido en un debate que agitaba en aquel entonces a la opinión pública, o al menos a una minoría sensible a los problemas religiosos. El descubrimiento de los manuscritos del mar Muerto, en 1947, había tenido una gran repercusión y difundido la idea de que, si una buena parte de la enseñanza atribuida a Jesús por los Evangelios sinópticos figura en documentos anteriores a su nacimiento, ésta quizá no era tan original como se pensaba, y su divulgador no era más que uno de los tantos predicadores que pululaban en la Palestina de aquella época: en suma, y teniendo en cuenta lo que millones de personas creen y han creído de él, un impostor. Los ateos implicados en la polémica creyeron haber encontrado un argumento de peso en contra del cristianismo. Algunos hombres de la Iglesia se sobrecogieron. Otros incluso, vieron vacilar su fe bajo la magnitud de aquellas revelaciones, entre ellos, el obispo episcopaliano de la diócesis de California, James A. Pike.

Monseñor Pike era en aquella época un destacado personaje público, el prototipo del prelado modernista. Ex abogado y orador brillante, había militado a favor de los derechos civiles, había participado junto a Martin Luther King en la marcha de Selma y había sido amigo del clan de los Kennedy. A él se debía la introducción del rock en la celebración del culto y la finalización de la catedral de San Francisco, cuyas vidrieras, además de algunos santos felizmente estilizados, representan con realismo a Albert Einstein, Thurgood Marshall y John Glenn. Su foto aparecía en las portadas del *Time* y del *Newsweek*. Era el presentador del *Dean*

Pike Show: un programa televisivo muy seguido. Y, colmo del *chic* eclesiástico, acababa de afrontar un proceso por herejía a causa de sus intrépidas posiciones, abiertamente proclamadas, sobre la existencia del Espíritu Santo, al que consideraba desaparecido de la circulación desde los tiempos apostólicos.

En el otoño de 1965, Maren Hackett contactó con él en nombre de un grupo feminista de la bahía y acabó convirtiéndose en su amante. Poco tiempo después, Nancy y su marido fueron invitados a cenar en el apartamento que era el refugio de aquella relación clandestina, pues el obispo, a pesar de estar separado de su mujer, seguía casado. Dick temía ese encuentro en terreno ajeno con un personaje cuya celebridad lo intimidaba. Terminó la noche tumbado sobre la alfombra, riendo, hablando sin parar y encantado con las vibraciones positivas que emanaba el episcopal amante de su suegra. Cuando se encuentran dos personas cuya obsesión es la religión, todos saben lo que ocurre: monólogos interminables sobre los Padres del desierto y la batalla de Armageddon. Entre Jim y Phil —porque ya desde esa primera noche fueron Jim y Phil— se inició una discusión que duraría tres años. Ambos, intelectuales hasta la médula, amaban la controversia y las citas. Ambos, como los realistas medievales, creían que las palabras eran cosas y que toda idea que podemos dar una forma verbal tiene que tener por fuerza una correspondencia real. Ambos, infinitamente respetuosos de la letra impresa e insensibles al hecho de que los libros se contradicen, daban fe de todo lo que leían y tenían el don de convencer a los demás. Leían mucho y con frecuencia cambiaban de opinión, cosa que a veces incomodaba a los demás. Pero no a ellos.

En sus debates, Jim ejercía sobre Dick la autoridad del hombre acostumbrado a la cátedra y al debate público, con un arsenal teológico más completo y mejor ordenado. Pero Phil era una Rata, la más extravagante de las ratas de iglesia: Jim no podía escapar de las trampas que le tendía ese escritor oscuro y desaliñado, capaz de dar una lección a un sínodo. Amigos de la controversia, no soportaban ponerse de acuerdo y se incitaban mutuamente a la herejía. En el caso del obispo, esta compulsión tenía consecuencias más graves, por eso era él quien se mostraba más furibundo, cuando no más sutil.

Fascinado por el hervidero escatológico del Oriente Próximo a principios de la era cristiana, Pike inició a Dick en la gnosis, afirmando que por muy poco no habíamos sido gnósticos en lugar de cristianos, y que, tal vez, con relación a la verdad, habíamos perdido con ese cambio. Exponía con fervor aquellas doctrinas extremistas y desesperadas, tan bien silenciadas por la ortodoxia cristiana, que muchas de ellas son conocidas hoy sólo gracias a los comentarios malintencionados de san Jerónimo. El cristianismo es ya una disidencia, pero los gnósticos son los

disidentes de esa disidencia: espléndidos perdedores, sujetos de absoluta malignidad que siempre fascinarán a los francotiradores de la religión. Dick no podía dejar de entusiasmarse con maestros espirituales como Valentino o Basíledes, cuyas doctrinas se basan en la intuición de que hay algo en el mundo que no funciona. Un mundo, sostienen ellos, que es a la vez una cárcel y una ilusión, un error y una jugarreta de un demiurgo cruel. Sin embargo, a quien tome conciencia y realice el arduo esfuerzo de permanecer despierto, le será posible remontar hasta la luz del verdadero Dios, a la sombra del cual el demiurgo nos tiene cautivos. Al oír y al leer todo esto, Dick comprendió que durante toda su vida había sido un gnóstico sin saberlo. Todas sus fibras de habitante del mundo-tumba se adherían a esta constatación, pero también quería creer en el remedio. Ahora bien, este remedio, este camino hacia la verdad y la vida, ¿acaso no era Cristo?

A estas alturas de la discusión, el obispo adoptaba la actitud molesta de quien teme desilusionar a un niño que cree en Papa Noel. Acompañado por Maren, viajaba a Londres cada dos o tres meses para encontrarse con John Allegro, un exegeta representante de Inglaterra en el equipo internacional encargado de estudiar y publicar los manuscritos del mar Muerto. De cada uno de esos viajes Pike volvía extenuado y sobreexcitado, portador de verdades escandalosas. Según las últimas noticias, que refería con una mezcla de miedo y placer, se sospechaba que los Evangelios eran una impostura y Jesús un epígono de la secta esenia en torno a la cual una banda de astutos judíos habría urdido una superchería colosal.

Frente a estas revelaciones —«científicas», repetía el obispo con el índice levantado— Dick se descubría haciendo el papel del defensor de dogmas, cosa que no desagradaba ni a su espíritu de contradicción ni a sus deseos más profundos. A los embates de su amigo, respondía como Mercer: «Muy bien, pero aunque esto fuera cierto, no cambia nada. Usted me recuerda al estudiante universitario que sostiene que *Hamlet* no habría sido escrito por Shakespeare, sino por un autor del mismo nombre. Si usted cree que Cristo era hijo de Dios, que ha resucitado y ha vencido a la muerte, siempre se podrá demostrar mediante un $a + b$ que en realidad Él no era más que un figurante o incluso que nunca existió, pero todo esto no cambia nada. Hace muy bien en buscar la verdad, pero debería saber que la verdad es Él. De lo contrario todos sus discursos demuestran que no cree en Él, es decir, que es usted un ignorante».

El obispo debía confesarle entonces que ya no estaba seguro de creer en la religión a la que servía. Y que eso lo inquietaba.

El momento culminante de aquel período fue el día del hongo. Pike regresó de Londres con una información altamente secreta que, según decía él, los dominicanos de la Escuela Bíblica de Jerusalén esperaban mantener oculta para siempre y que hasta el intrépido Allegro temía divulgar. Los miembros de la secta cuya doctrina Jesús, o sus inventores, no habían hecho más que divulgar, cultivaban en sus grutas, en lo alto del mar Muerto, un hongo con el que hacían una especie de pan y un caldo. Ellos comían de ese pan y bebían de ese caldo, tradición en la que no es difícil reconocer el origen de la eucaristía en sus dos formas. Ahora bien, acababan de confirmar que aquel hongo era un alucinógeno: la *Amanita muscaria*, objeto de un culto de la fertilidad que se remontaba a la antigüedad más remota y que sigue siendo utilizado por algunas poblaciones siberianas, a las que, por cierto, ha contribuido ampliamente a diezmar. De ahí que el cristianismo no fuera más que una manifestación más bien tardía de ese culto, y el Nuevo Testamento, que lo disfrazaba para complacer a las autoridades civiles y religiosas, un criptograma criptogámico.

—Y yo —se quejó el obispo— tengo que distribuir la comunión todos los domingos sabiendo que la religión de esa gente consistía en pegarse viajes psicodélicos.

—Y que Jesús —lo interrumpió Dick, antes de soltar una estruendosa carcajada— era un traficante. —Luego, después de calmarse, agregó—: Tenga presente que esto es algo que yo sospechaba desde hace tiempo, sobre lo que ya he escrito. Pero esto no disminuye en absoluto mi fe en Él.

En febrero de 1966, el hijo de Pike, que entonces tenía veinte años, se suicidó con una escopeta de caza. Se barajaron distintas hipótesis para encontrar una explicación a su gesto: que estaba abrumado por su padre, que estaba enamorado de la amante de éste, que se había dado cuenta de sus inclinaciones homosexuales, que había muerto a causa de una mala dosis de ácido.

En la carta que Dick escribió a Pike en aquel momento figura el siguiente pasaje: «Yo creo que en el instante que sucede inmediatamente a la muerte, la Realidad aparecerá por fin frente a nosotros. Las cartas quedarán descubiertas, la partida estará terminada, y veremos claramente lo que sólo habíamos sospechado o entrevisto borrosamente en un espejo. Lo dice san Pablo. Lo dice el *Bardo Thodol*. Lo dice *Winnie the Pooh*: volveremos a encontrarnos todos, en otro rincón del bosque, siempre habrá un niño jugando con su oso. Yo creo en eso. En realidad, no creo en nada más. Y aunque me equivoque y Lucrecio tenga razón ("No sentiremos nada

porque ya no estaremos"), no importa, ya no estaré aquí para sufrir esa desilusión y habré ganado pese a todo. Sin embargo, no se trata de una apuesta: no tengo otra opción y ustedes tampoco».

Pero el obispo no podía esperar al instante que sucede a muerte para descubrir lo que se escondía debajo de las cartas y ya no confiaba ni en san Pablo, ni en *Winnie the Pooh*: necesita información de primera mano. Dispuestos a todo para huir de la culpabilidad que los laceraba, Maren y el obispo entraron en contacto con los espiritistas, y, el verano después de la muerte de Jim Jr., empezaron a contar, con los ojos brillantes, que había vuelto. Hablaba con ellos, les había perdonado, quería que fueran felices. Pike, a quien no podía ocurrirle nada que no saliera de un libro y confluyera en otro, firmó incluso un contrato para contar en un libro sus experiencias con el más allá. Continuaba interrogándose sobre la autenticidad del cristianismo: empleaba la palabra «autenticidad», que Dick encontraba absurdamente débil, de moda, en relación con la batalla que se libraba en el corazón de su amigo. El obispo contaba con Jim Jr. para acabar con sus dudas. Desde la otra orilla, Jim Jr. hubiese podido decirle si Jesús no era más que un predicador que divulgaba las ideas de una secta de drogatas o si era realmente el hijo de Dios. «¡Qué locura! —pensó Dick en un primer momento—. ¡Qué patética locura: utilizar a su hijo muerto como libro de consulta para resolver una controversia histórica!» Pero en el fondo de sí mismo, sabía que él hubiese hecho lo mismo en el lugar del obispo, que toda su vida había estado buscando el libro de referencia, que era algo completamente distinto de una cuestión histórica: se trataba de la fe o de su pérdida, es decir, de la vida o la muerte del obispo. Perder a Cristo, para éste, significaba perderlo todo, aunque hablara ya, con la plácida seriedad de un hombre de negocios que planea una reconversión, de colgar los hábitos para entrar «en el sector privado»; sí, decía «el sector privado».

Pike convenció a Phil y a Nancy para que participaran en una sesión con una médium que le habían recomendado. Dick aceptó con reservas: le apenaba ver una mente tan brillante, tan próxima a la suya, entregarse por culpa del miedo a una creencia que consideraba absurda. La moneda falsa desplaza a la nueva: «El obispo —pensaba Dick— cree firmemente en las apariciones póstumas de su hijo, como sus discípulos o yo mismo hemos creído en la resurrección de Cristo. ¿Quién soy yo para considerar infundada su creencia o para encogerme de hombros cuando alguien expresa la misma opinión sobre mi fe?».

La médium vivía en Santa Bárbara. Era una vieja irlandesa que aseguraba donar al IRA todo lo que ganaba con sus poderes paranormales. Durante la sesión, Phil y Nancy tomaron algunas notas que debían servir al obispo para su libro.

Una médium, una vidente o los parapsicólogos en general se sirven, sin duda, de un conjunto de intuiciones, de indicios suministrados inconscientemente por los mismos clientes, de informaciones de notoriedad pública, y que, hábilmente presentados, pueden tener el efecto de una revelación; en fin, un *bluff*: si no aciertan, hacen como si no pasara nada; si adivinan ellos ganan. Sin embargo, quien haya consultado a alguno de ellos (a menos que no haya tenido realmente suerte), sabe que, una vez hecha la selección, queda un residuo que no es fácil de explicar: ese detalle preciso, no especialmente significativo, pero que no sabemos cómo, ni a través de qué deducción sherlokholmesiana, el parapsicólogo ha llegado a conocer. Es así, inquietante, y, sin duda, no es suficiente para que uno funde su propia vida sobre eso o apueste por cualquier forma de ocultismo. Aquel día, la sombra de Jim Pike Jr., por mediación de la vieja dama de la caridad del IRA, se refirió a una broma ritual, pero estrictamente privada, que Phil y Nancy solían hacer sobre el dueño de un restaurante de Berkeley, de quien sospechaban que pertenecía al KGB. Después, durante varias semanas, Phil intentó explicarse racionalmente cómo una vidente de Santa Bárbara podía estar al corriente de las bromas privadas de una pareja de Berkeley, e imaginó que el dueño del restaurante *realmente* pertenecía al KGB, al igual que la médium; luego archivó el asunto. Además Pike y Maren no advirtieron ese detalle, emocionados como estaban oyendo al espíritu de Jim Jr. repetirles que los perdonaba y los alentaba para que vivieran felices. Acerca de la «autenticidad» del cristianismo, desgraciadamente, el espíritu guardó silencio.

Unas semanas más tarde, a pesar del perdón de Jim Jr., Maren Hackett, que padecía un cáncer y estaba a punto de ser abandonada por el obispo, también se suicidó. Para esto utilizó un cóctel demoledor de pastillas, que, como Dick y Pike, conocía cual experta consumidora que era. Seconal, Amital, Dexamil, ¿cuántas veces Dick se había servido de ellas, a hurtadillas, botiquín de su suegra y del obispo?

El trágico destino de Maren lo sobrecogió, sobre todo porque, al comienzo de su amistad con ella, le había parecido sólida como una roca, la imagen de la fuerza y la esperanza que concede la práctica de las virtudes cristianas. Con el anuncio de muerte, Phil intuyó que la rueda había girado, poniendo fin al ciclo favorable, al breve período de tiempo en el que él y los que se le parecían habían sido felices. Un velo negro se extendía sobre la apasionada despreocupación de los años sesenta que tanto había amado. Desde que el LSD había sido prohibido las historias de *malos viajes* con ácido aumentaban cada día, como si Palmer Eldritch, aprovechándose de la ilegalidad, hubiese irrumpido en Haight-Ashbury, cuna de la inocente civilización hippie. Los indígenas formaban procesiones en las calles, en el

Golden Gate Park, golpeando el tamboril y repitiendo el sonido primordial OM con la esperanza de ahuyentar las malas vibraciones. Inútilmente. Ahora había muertos. Se decía que la mafia había tomado el control del mercado de la droga y la mezclaba con cualquier porquería. La gente parecía no darse cuenta, pero él sabía muy bien que el gusano estaba en la fruta.

Y sin embargo, su universo nunca había parecido tan estable. Aparentemente, la cuarentena le había dado más aplomo, más sabiduría y prudencia. Había despejado las nubes. La mujer que amaba esperaba un hijo suyo. Se habían trasladado a una casa más amplia. Empezaba a ser conocido, lo traducían cada vez más en el extranjero. Con los derechos de autor había encargado una locura, un sueño de niño y a la vez de hombre acomodado: un enorme archivador de metal, blindado e ignífugo, para guardar los tesoros que llevaba a cuestas desde que se había separado de Dorothy: manuscritos, cartas, discos raros, colecciones de sellos, grabados, revistas de ciencia ficción imposibles de encontrar.

El día en que le entregaron ese monstruo, que pesaba, sin los cajones, trescientos cincuenta kilos y debía ocupar toda una pared de su despacho, un arranque de angustia ofuscó su alegría: cuando has comprado algo así, no te mueves más, se acabó, has arrojado el ancla. Después recordó que Fafner, el dragón de la ópera de Wagner, estaba condenado a la muerte y su tesoro a la dispersión, y entonces un motivo inverso se sumó a su angustia: el temor no ya a la saciedad sino a la pérdida. Mientras intentaba ayudar a los repartidores, le salió una hernia, algo que interpretó como el signo de la desaprobación divina. «No conviene atesorar. Todo lo que creemos poseer nos será quitado.»

Ming I, dice el *I Ching*: el oscurecimiento de la luz.

Fue entonces cuando recibió la antología de Ellison, finalmente publicada. En el mundillo de la ciencia ficción sólo se hablaba de eso. La introducción, que lo pintaba como un drogata genial que paría sus obras maestras bajo los efectos del ácido, le hizo sonreír: Ellison exageraba siempre, aunque había que reconocer que él había dejado entender ese tipo de cosas. Después, movido por un reflejo al que ningún hombre de letras escapa, releyó su relato, *Faith of Our Fathers*.

La historia transcurre en uno de esos mundos totalitarios cuya descripción, inspirada en Orwell, Hannah Arendt y la realidad, era una de sus especialidades. Un mundo en el que la televisión no sirve para ser mirada por los ciudadanos sino

para observarlos a ellos: capaz de engañar a los actuales estimadores de audiencia, una cámara colocada detrás de cada pantalla permite controlar la asiduidad frente al televisor y la sensibilidad al adoctrinamiento dispensado por el Guía, cuyo augusto rostro es mostrado a diario. Hasta el día en que un quídam, tras haber absorbido una sustancia ilegal, ve algo distinto de ese rostro: algo horrible, un pulpo monstruoso, un avatar de Palmer Eldritch. «Alucinación», se dice, y claro, empieza a preguntarse si esa alucinación no es en realidad una visión de la Realidad última. La continuación del relato lo confirma: tras entrar en contacto con una organización de resistentes, el protagonista se entera de que la droga responsable de su visión no es un alucinógeno, sino un antialucinógeno. El alucinógeno es lo que toma toda la población sin saberlo, continuamente, mezclado con el agua del grifo, y gracias a cuyos efectos reconoce cada día al Guía bajo los mismos rasgos armoniosos. Sólo aquellos que toman la antidroga, el «lucidógeno» si se quiere, lo ven tal como es, es decir, cada vez diverso, cada vez diversamente monstruoso. Ya que en realidad el Guía es Dios, un dios caprichoso y cruel, con quien el protagonista terminará encontrándose cara a cara, y nada es más horrible y peligroso que esta visión, que cierra el relato de una manera pavorosamente evasiva.

Era un relato terrible. Cuando lo escribió, se había sentido bastante orgulloso de él. Al releerlo un año más tarde, después de la muerte de Jim Pike Jr. y de Maren, la impresión que tuvo fue distinta. Seguía siendo terrible, pero de otra manera. Peor aún.

Todos sus trucos aparecían en este relato, aquellas lecturas que al redactar su autorretrato había exhibido con ingenua satisfacción, como si quisiera utilizarlas alegremente toda la vida: el totalitarismo, el *idios* y el *koinos kosmos*, las drogas psicodélicas, la Realidad última, Dios. El pequeño mundo de Philip K. Dick.

Faltaban sólo los androides, los simulacros. Por una buena razón: todo el relato era un simulacro. Si un astuto falsario hubiese querido escribir «a la manera» de Dick, o un informático crear un programa capaz de escribir como Dick, el resultado hubiese sido similar a eso.

Sin embargo, lo había escrito. Y era él, nada extraordinario, quizá, pero real, auténtico: Phil Dick y no un androide colocado a espaldas de todos en el lugar de Phil Dick. De eso estaba seguro.

Sí, pero si hubiera sido un androide, hubiese estado igualmente seguro de serlo. Hubiese hecho exactamente el mismo razonamiento. E incluso era, a decir

verdad, un típico razonamiento de androide. Y, al darse cuenta de eso, sentiría miedo, pues estaría programado para sentirlo.

Todo esto no demostraba nada, ni en un sentido ni en otro, pero él también tenía miedo.

13

Donde viven los muertos

En la primavera de 1967, Nancy dio a luz a una niña que fue wagnerianamente bautizada con el nombre de Isolde Freya y a la que luego simplemente llamaron siempre Isa. El nacimiento agravó las tensiones ya existentes entre Dick y su mujer, provocadas por las veleidades de independencia de ésta. Mientras Nancy se quedaba en casa a leer los libros que él le elegía, a escuchar la música que salía de su despacho o a esperar pacientemente que él a su vez saliera de allí, Phil se maravillaba de lo bien que se llevaban y consideraba a Nancy como la persona con más empatía del mundo. A partir del día en que ella encontró un trabajo de media jornada, ya no volvió a quedarse todo el día en casa para cuidarlo, y se asombró de que él se asombrara y luego se enfadó de que él se enfadara. Entonces Phil empezó a preguntarse si ella también no era un poco esquizoide. La presencia de la niña hubiese debido poner orden en esa situación que lo humillaba, haciéndole ver que él solo no bastaba ni para ganar el dinero de la familia ni para reemplazar el mundo entero en la vida de una mujer joven, pero Phil resultó estar más celoso de su hija que del mundo exterior: temía ser sustituido por Isa en el corazón de Nancy y por Nancy en el de Isa. Acostumbrado a tratar a su mujer como a una niña, la reprendía desde lo alto de una experiencia pediátrica que consistía sobre todo en haber tenido una hermanita muerta al nacer, drama que no pasaba un día sin evocar. Nancy le daba el pecho a la niña: Phil, por un lado, lo aprobaba, dado que su propia madre no lo había hecho, pero por otro se sentía excluido, pues no podía competir con ella en este terreno, y llegó a considerar cada uno de esos momentos como una provocación. Le hacían sentir que sobraba. Intentando restablecer el equilibrio, se armó de biberones que, a escondidas, hizo tragar a Isa, apretándola entre sus brazos y repitiéndole que él era su papá, que la quería mucho y que nunca la abandonaría. Esa doble dieta y esas reconfortantes palabras llenas de inquietud hicieron que la niña reaccionara con una huelga de hambre que, por supuesto, asustó a los padres. «Demasiadas tensiones alrededor de ella», declaró el

médico, sin sospechar que aquel diagnóstico dictado por el sentido común hundía al padre en angustias de culpabilidad y resentimiento: «Soy un paranoico», se quejaba; y, diez minutos más tarde: «Me he vuelto a casar con una loca».

Para tranquilizarse, hurgaba en el botiquín y tomaba pastillas. Las tomaba también para estimularse, para darse ánimos, para enfrentarse a los demás, para trabajar o descansar, para dormirse o despertar. Decían que era un drogadicto, y con razón, pero, aunque teorizara sobre las virtudes del ácido, le tenía pavor, y sólo fumaba porros por convención social: su gusto se inclinaba exclusivamente hacia los fármacos. Le gustaba la precisión de los fármacos, la relativa constancia de sus efectos y las posibilidades de combinación que ofrecían a un conocedor. En *Blade Runner* había dotado a los futuros hogares americanos de un ordenador que, conectado a las neuronas del que lo utilizaba, le permitía elegir su propio humor mediante todo un catálogo de posibilidades. Se programaba el aparato para despertar con la alegría que muestran los protagonistas de los anuncios de colchones o las bebidas para el desayuno. En el caso de una disputa conyugal, se podía elegir entre un depresor talámico que calmara el enfado o un estimulante que exacerbara suficientemente los ánimos como para salir victorioso de la disputa. Si persistían dudas, era posible recurrir al programa «Espíritu de decisión», que decidía. Algunos consumidores exigentes compraban programas piratas que contenían opciones como «Depresión y *mea culpa* estéril», que luego podían corregir con «Descubrimiento de las múltiples posibilidades que reserva el futuro y recuperación de la confianza en la vida».

Así era como Dick utilizaba las pastillas. Un puñado de anfetaminas lo convertían, durante una noche, en un espléndido invitado, y con una caja grande, parecida a la que había robado del baño del obispo, podía escribir, sin dormir, una novela en dos semanas. Sabía que esos excesos se pagaban con largos períodos de depresión, cuando no con síntomas claramente psicóticos: problemas de percepción, pérdidas de memoria, pánico, pulsiones suicidas, pero con una buena gama de sedantes y tranquilizantes, en general era posible salir a flote. Sabía que Palmer Eldritch lo esperaba, agazapado, en el fondo de esos estados de ánimo, pero ésa era la regla del juego, el contrato que no se discutía. Sabía, o al menos intuía, que nunca se puede saber todo, que en ese tipo de contratos siempre figuran cláusulas en letras pequeñas que un día hubiese tenido que leer, pero era demasiado tarde para volver atrás, había convertido su organismo en una coctelera de sustancias químicas y su problema se limitaba a encontrar algo con que llenarlo, para poder enfrentarse a la vida, cuyas circunstancias, aun las más favorables, requerían ahora de un coadyuvante, además de otras chucherías para los efectos secundarios.

Se procuraba las pastillas a través de una media docena de médicos, a los que, sabiendo exactamente lo que quería, recitaba los síntomas con convicción para obtener una u otra receta. También cambiaba de farmacia; es más, mandaba a Nancy, que, entre un porro y otro, trazaba alrededor de la casa círculos cada vez más amplios. Pero no le bastaba: necesitaba comprar en la calle, a los camellos que saben muy bien que los fármacos dependientes son, junto a los heroinómanos, los más dependientes de las drogas y, por consiguiente, los más vulnerables y los más fáciles de engañar. La incertidumbre sobre la calidad de los productos comprometía el control que él se jactaba de ejercer sobre sus mezclas. La creía responsable de esa suerte de petrificación de la escritura que tanto lo había impresionado al releer *Faith of Our Fathers*, y que le inspiraba recelo hacia cualquier forma de ficción, como si fuera una vieja triquiñuela de la que un enemigo invisible se servía para que saltara a la vista de todos lo que para él era una trágica evidencia: que era un autor acabado, la sombra o el replicante de sí mismo. Sufría también crisis de paranoia cada vez más frecuentes, que atribuía a las mismas inmundicias y a los mismos enemigos que le vendían los fármacos. Al menos así las interpretaba en los momentos de lucidez, aunque esto no cambiara mucho las cosas, como lo observa el médico al que un paciente, en una historia que a Phil le gustaba contar, decía: «Doctor, creo que alguien mezcla en mi comida una sustancia que me vuelve paranoico».

Todos saben que los paranoicos *también* tienen enemigos, y Phil, como en la época de su divorcio con Anne, tenía además sus problemas. Por modestos que fueran sus ingresos, se las había ingeniado para eludir al fisco, que, un buen día, le cayó encima. Para un hombre temeroso de cualquier forma de autoridad y que sufría de un incurable complejo de culpabilidad, este incidente tomó ribetes de catástrofe. Además, el interés del gobierno por sus ingresos se manifestó en la primavera de 1968, poco después de que la revista de izquierdas *Ramparts* publicara una petición, que él había firmado junto a un centenar de autores y editores americanos, exhortando a la gente a no pagar los impuestos creados para la guerra de Vietnam. Coincidencia o no, no hacía falta mucho más para despertar sus atávicos terrores: detrás de la máscara del fisco, la CIA, el FBI y el mismo Edgar Hoover, iban en pos de su pellejo. O peor aún: de su alma. Los camellos que le vendían los fármacos trabajaban para ellos, y los médicos seguramente también. Estaban haciéndole un lavado de cerebro sin que él lo advirtiera. Pronto habría cambiado, se volvería reaccionario, amaría al *Gran Hermano* del momento, que desde hacía poco era su viejo enemigo Richard Nixon, detestaría a todos los marginados, no creería más en Dios, sino en John Birch o Gayelord Hauser, y lo más horrible de todo es que se sentiría perfectamente feliz así. Equilibrado, satisfecho consigo mismo, lo contrario del desecho humano que era en aquel momento y del

que ni siquiera se acordaría, ni él, ni los demás, pues ellos también serían sustituidos. Quizá él ya había sido sustituido y le concedían esas angustias por amor al realismo, para que siguiera creyendo que era él mismo. Convencido de esto y persuadido de que le nacían de lo más profundo de su alma y de su sufrimiento, escribía libros sutilmente programados por la propaganda, que se servía de su apariencia subversiva para hacer pasar, de contrabando, un mensaje alienante. Tal vez, sin que el ni sus lectores se dieran cuenta, sus libros, a un nivel subliminal, decían sólo una cosa: «¡Adelante amigos, masacren a los amarillos, arrójenles toneladas de *napalm* en la cara, denuncien a los rebeldes, a los drogados y a los malos ciudadanos!»». Y esto hubiese podido explicar el disgusto que sentía por sus obras recientes. Aunque también era posible que lo persiguieran y quisieran neutralizarlo porque, sin saberlo y habiendo creído dejarse llevar por la imaginación, había descubierto y descrito en un libro algún secreto vital, cuya divulgación amenazaba el poder de los poderosos.

Empezó a hurgar, en la pila de *libros de bolsillo* de tapas coloridas, sus obras completas, buscando el secreto que su clarividente ignorancia le había revelado. Después de una selección exhaustiva, sus sospechas cayeron sobre *Faith of Our Fathers*, la historia del alucinógeno que es mezclado con el agua del grifo para que los ciudadanos ignoren lo monstruoso que es el ser que los gobierna. También recayeron sobre una novela escrita unos años antes, *La penúltima verdad*, en la cual se les hace creer a los hombres que se refugian y desloman en las entrañas de la tierra, verdaderos nibelungos modernos, que una guerra química está librándose en la superficie; cuando en realidad se trata de una pandilla de dirigentes sin escrúpulos, amos del simulacro televisivo, que quieren ser los únicos en disfrutar de ese espacio vital. ¿Y si las imágenes de Vietnam que aparecían en la televisión fueran rodadas en un estudio con balas de fogueo, maquetas y ketchup? ¿Y si la guerra de Vietnam no existiera realmente? ¿Y si nada en el mundo existiese, aparte de la habitación en la que se encontraba, aparte del cuerpo grande y prematuramente envejecido que él miraba, aterrado, en el espejo y al que debía llamar «yo»?

«Doctor, creo que me estoy volviendo loco. ¿No tendrá usted unas pastillas para ayudarme?

»¿Qué efecto me harán? Me volverán normal, ¿verdad? ¿Inofensivo? ¿Conforme? ¿Devorarán mi alma? Yo a usted lo conozco, conozco sus métodos. Figúrese usted que a mi ex mujer le he hecho la misma broma. No, yo no he nacido ayer, usted no me hará tragar esas porquerías.

»Pero, en todo caso, doctor, necesito algo. No puedo seguir así. Voy a

volverme loco. Moriré. Moriré loco, eso es lo peor de todo, sin tener la certeza de haber muerto de verdad. Veré la Realidad última, esa que san Pablo dice que vemos cuando morimos, sin saber si soy o no la víctima de una ilusión.

»Tengo miedo.»

En uno de sus libros había acuñado una palabra, *gubble*, para designar el estado de descomposición, podredumbre y caos hacia el que tienden todas las cosas bajo el efecto de la entropía. Su vida se precipitaba a toda velocidad hacia el gubble. Pero ¿qué quería decir «su vida», cuando ya no estaba seguro de que fuera suya, ni de estar vivo?

Quería decir, como siempre, la máquina de escribir, las teclas que se hundían, QWERTYUIOP. Empezar un nuevo libro, el trigesimosegundo o trigesimoquinto, había perdido la cuenta, pero sabía que tenía que hacerlo, para ganar dinero, y porque si no ¿qué más podía hacer? Para esto debía sobreponerse al rechazo que le inspiraba su estilo, tan seco que temía ver las palabras desmoronarse, desplomarse hechas polvo sobre el papel: una sintaxis pobre, repetitiva, puramente lógica, sintaxis de androide; un vocabulario cada vez más abstracto, sin calidez ni sorpresa, nada que fuera sensitivo, nada que evocara el espesor sensual del mundo; nada de vida, sólo frases, ni siquiera frases, palabras, ni siquiera palabras, letras que se derramaban mecánicamente sobre la página y se aglutinaban más por reflejo que por un diseño preciso, así como deben aglutinarse y ordenarse en columnas los miembros de un termitero que ha sido gaseado, y que, aunque agonicen, reproducen las figuras programadas por sus genes.

Estimuladas por esa rutina subcortical y por algún psicofármaco, las termitas se aglutinaban, ciertamente no para dar vida a personajes, sino nombres a zombis. Encontrar nombres, encontrar tics indefinidos para animar esos nombres, era ya una manera de empezar. Dick tenía una teoría según la cual al protagonista principal le beneficiaba llevar un nombre plurisilábico, mientras que el eterno pobre diablo depresivo debía contentarse con dos sílabas, incluido el nombre de pila. Ejemplo: Phil Dick. Así pues, esta vez habría un Glen Runciter, el jefe, y Un Joe Chip, su subordinado, un pelagatos al que siempre le faltaba una moneda para hacer funcionar la cafetera, abrir el refrigerador o la puerta de su casa, y hubiese tenido que vérselas, cada mañana al despertar, con inflexibles robots domésticos para obtener un crédito: era un truco excelente para caracterizar a alguien, hubiese podido servirse de él durante todo el libro sin avergonzarse. Nada mejor que ese tipo de hallazgos modestos. Para dejar un libro con piloto automático: las termitas

se activaban solas. También era posible introducir en los programas de las termitas instrucciones del tipo: describa la ropa que lleva cada personaje, incluidos los personajes secundarios, sin olvidar que la historia tiene lugar en 1992. Resultado: pantalones ajustados de vicuña sintética, chalecos de piel de *wub* adornados con fragmentos de meteoritos, saris de seda de araña, camisetas de cáñamo marciano con un retrato anamórfico de Bertrand Russell..., ésas eran las burradas que sacaban de quicio a Anne y, en general, justificaban el desprecio visceral que los lectores cultivados sentían por la ciencia ficción.

«Defienda su intimidad. ¿Lo sintoniza algún extraño? ¿Está usted *realmente* a solas? Cuidado con los telépatas, pero también con los precognitores. ¿Predice sus actos alguien que usted no conoce? Termine con su inquietud: acudiendo a la organización de previsión más cercana podrá saber si es usted víctima de una intrusión no autorizada y, siguiendo sus instrucciones, la organización se encargará de eliminar tal intrusión... a un precio asequible.»

He aquí un anuncio publicitario de la sociedad Runciter, que dominaba el próspero mercado de la protección psíquica. Telépatas, precognitores, antitelépatas, antiprecognitores, había material para armar una trama con la cual consternar a los lectores cultivados, pues su karma quería que recogiera lo que le quedaba de cerebro, que hiciera desfilar a sus termitas para inventar tramas como ésas y que bombardeara a Joe Chip, «medidor de campo psiónico» —una profesión con futuro, ¿no te parece, querida?—. Además de medir los campos psiónicos y de mangar a todo el mundo para sufragar sus pequeños gastos, el jefe le había encargado a Joe Chip que reuniera un equipo de neutralizadores, los mejores, que irían a la Luna a limpiar los establecimientos de cierto hombre de negocios, infectados por diversas variedades de intrusos psíquicos, extremadamente maléficos. El reclutamiento de unos y otros, todos más o menos esquizofrénicos, significaba siempre unas páginas más, y hasta parecía razonable si se piensa en ciertas películas tan cacareadas, como los *Siete mercenarios*, que no cuentan *sino* eso, a saber, cómo se forma la banda, y, en cuanto a su misión, se la despacha rápidamente, con algunos disparos formales intercambiados antes de los créditos finales. No, él, escrupulosamente, enviaba en cambio su pequeño mundo de tarados a la Luna, donde poderes y contrapoderes, según los acuerdos, debían enfrentarse. Tenía algunos apuntes, garabateados en un trozo de papel con su escritura cada vez más temblorosa, un esquema vagamente bosquejado con una chica de ojos negros, pérfida como le gustaban a él y a Joe Chip, que se revelaba capaz de hacer volver a todos a su pasado, en un universo alternativo del que no se podía salir, a no ser que fuera en las condiciones que ella imponía y sin que nadie supiera adonde iría a parar: una especialidad de la casa.

Normalmente, las termitas hubiesen debido salir del apuro, dado que habían ejecutado diez veces un programa similar. Pero algo pasó: de pronto Dick comprendió que la undécima no iba a funcionar. Basta. Era inútil insistir. De nada servía amontonar una palabra sobre otra, como amontonaba Legos en su infancia. Éstos se derrumbaban con una obstinada hostilidad que lo dejaban pasmado, como las palabras y las letras en aquel momento, que eran más hostiles aún: inertes. Muertas. Sus zombis se quedarían para siempre en la Luna, temblando de frío bajo sus disfraces de piel de *wub*. El termitero, cuyos últimos movimientos reflejos hubiesen podido darle, con la ayuda de algunas pastillas, la ilusión de arrancar de nuevo, se había inmovilizado. Las termitas estaban muertas. Dicen que las células del cerebro empiezan a morir, por millares cada día, a partir del momento en que nacemos. Quizá las suyas estaban todas muertas. Quizá él estaba muerto.

Esquirlas de pensamiento nadaban dentro de su cerebro como peces en un bocal de agua estancada. Tenebrosas aversiones, vagas inquietudes, recuerdos de recuerdos dolorosos. Cuando, por casualidad, volvían a asomar a la superficie, un destello de miedo se difundía en él, recorriendo su red nerviosa casi desconectada del todo. Como en la sala de espera del dentista, cuando era niño, y, en el momento en que el ayudante abría la puerta, él pensaba: «Ya está, sucederá lo que me he pasado la vida temiendo que sucediera».

Quizá pensamos eso cuando morimos.

Un día, en una revista, había leído un artículo sobre la criogenia que consiste en conservar a los muertos congelados, en lugar de enterrarlos, hasta el día en que la ciencia sea capaz de devolverlos a la vida. Walt Disney, según parece, contaba con ella para hacerse inmortal. También era posible hacerse congelar poco antes de que acaeciera la muerte clínica, de manera que se pudiera conservar una mínima actividad encefálica, cosa que evidentemente aumentaba las posibilidades de despertar algún día. Sentado frente a su máquina de escribir paralizada, de espaldas al monstruoso archivador que contenía sus tesoros, Dick imaginó, sobre la pantalla negra del monitor ubicado en la cabecera de un cuerpo congelado, el centelleo silencioso del electroencefalograma: casi plano, pero no del todo. ¿Qué podía corresponder a esas vibraciones apenas perceptibles, en el cerebro de una persona conservada en semivida? ¿Eran sueños, fragmentos de pensamiento, imágenes que vagaban a la deriva en la oscuridad? ¿Un residuo de conciencia? ¿Algo que persistía, confusamente, en percibirse como un «yo» y en representarse un espacio, un tiempo, límites, la propia condición? Quizá, en el fondo de ese coma, alguien o algo que había sido alguien se veía bajo la forma arbitraria de un autor de

ciencia ficción con el cerebro derretido, perseguido por el fisco, aniquilado por la entropía, sentado frente a una necrópolis de letras que se negaban a hacerse cargo del destino de Joe Chip y sus compañeros. Al fin y al cabo, ellos también podían morir. Nadie los lloraría y no faltarían ocasiones, si es que las estaciones lunares eran tan peligrosas como él las pintaba. Cualquier cosa era buena para poner punto final al libro, en la página ochenta. Hubiese bastado con que el anfitrión del grupo, el dueño de los establecimientos, se presentara a darles la bienvenida y, sin dejar de sonreír, se elevara hasta el techo como un globo enorme.

Que ese globo resultara ser una bomba humanoide de auto-destrucción.

Y que detonara.

Cae el telón.

Al disiparse el humo, todos se palpan, atónitos de seguir con vida. Sólo Runciter, el jefe, se encuentra gravemente herido. Joe Chip y los demás lo transportan, huyen de la ratonera con una inexplicable facilidad, alcanzan la nave, meten a Runcible agonizante en una cámara de congelación y se largan hacia la Tierra, más exactamente, hacia el moratorio de los Amados Hermanos, donde Runciter es criogenizado a toda mecha. Una vez desmovilizados, Joe y sus camaradas de equipo intentan en vano saber qué les ha pasado, encontrarle un sentido a esa absurda emboscada. Todo parece indicar que se han salvado, pero esto es extrañamente más inquietante aún. «Es como si alguna fuerza maligna nos tomara el pelo —piensan ellos— dejándonos corretear alocadamente como ratones sin cerebro. Le servimos de diversión, se entretiene con nuestros esfuerzos. Pero cuando hayamos llegado demasiado lejos, cerrará el puño sobre nosotros y arrojará nuestros cuerpos mutilados sobre la cinta transportadora.»

Mientras discuten, Joe saca un cigarrillo del paquete. El cigarrillo, seco, se le deshace entre los dedos. «Qué extraño —suspira Wendy, la joven de la que está enamorado—. Me siento vieja; soy vieja. Los cigarrillos son viejos. Todos somos viejos por culpa de lo que ha sucedido.» Para tranquilizarla, le sirven un café. Pero el café sabe a ceniza. Un moho blancuzco, infecto, flota en su superficie. Los distribuidores automáticos no aceptan las monedas que tienen en sus bolsillos: en lugar de la efigie familiar de Walt Disney, las monedas que ellos tienen llevan la de George Washington, que desde hace treinta años están fuera de curso. Poco después hallan en el fondo de un ropero, acurrucado, atrofiado, momificado y envuelto en jirones de tela, el cadáver de la dulce, tierna y cálida Wendy. Algo atroz

está sucediendo, y lo peor de todo es que este algo no es ni siquiera coherente. Sería espantoso, aunque comprensible, que se tratara de un efecto retardado de la bomba que sorprendió al grupo en la Luna. En ese caso ellos hubiesen tenido que ser las únicas víctimas, y, sin embargo, el mundo que los rodea también parece afectado. Todo parece no sólo envejecer, sino también retroceder, volver a formas anteriores. Un proceso caprichoso, carente de cualquier exigencia lógica, tiende a arrastrar indiferentemente a los objetos hacia su polvo final o su magma original, y a las criaturas vivientes hacia el cadáver o el embrión, el más allá o el más acá de la vida. Una mujer joven se transforma en momia, un cigarrillo en polvo; las monedas, en cambio, se revelan fuera de curso, la guía telefónica caduca, y un televisor se convierte en una radio anterior a la guerra. «Quizá sea éste —piensa Joe—, esta sensación de incertidumbre hasta en la disgregación, el signo de la muerte que avanza.» No sólo la entropía, sino la incoherencia. Como si una monstruosa rata de laboratorio, decidida a vengar el sufrimiento de su raza se divertiera cambiando continuamente las reglas del juego para torturarnos mejor. Dondequiera que pongas el pie, el terreno está minado, pero de una manera distinta. Un golpe de envejecimiento acelerado, un golpe de regresión; y a veces nada de todo esto. Subes a un ascensor, un ascensor ultramoderno, y éste puede transformarse en un aglomerado de metal y plástico fundidos, en una vieja chatarra del siglo pasado, guiada por un ordenanza extrañamente parecido al niño que eras, o bien puede empezar a bajar, sin que puedas detenerlo, muchos pisos más de los que tiene el edificio, decenas, centenares de pisos, y de sólo pensarlo, sin siquiera poder imaginar lo que te espera abajo, preferirías quizá que esa bajada continuara para siempre.

¿Es posible que no exista nada más? ¿Un refugio? ¿Una potencia más poderosa que la que nos atormenta? ¿Un Dios de amor que esté por encima de este sádico demiurgo?

¡Libera me, Domine!

Y entonces algo ocurre. Algo se manifiesta. Algo, o más bien alguien. La efigie de Runciter aparece en una moneda. La voz de Runciter, congelado en una cámara criogénica, en el moratorio de los Amados Hermanos, llega hasta Joe, lejana, entre las interferencias de un teléfono aún no retrocedido. Y al acompañar al baño a uno de sus compañeros agonizantes, literalmente devorado por la muerte bajo su mirada, Joe descubre encima del urinario un grafito firmado por Runciter:

YO ESTOY VIVO Y VOSOTROS ESTÁIS MUERTOS.

Entonces intuye la verdad: es él, Joe, el que ha muerto en la Luna. Él y sus compañeros. Todos han sido situados en estado de semivida. Sus cuerpos descansan en los ataúdes criogénicos. De sus conciencias sólo subsiste un vestigio, el palpar casi imperceptible del encefalograma. Vistos desde afuera, casi nada, parecería un largo coma atravesado de sueños confusos. Pero desde adentro, los sueños confusos son esta pesadilla en la que sus vidas, y quizá algo más que sus vidas, están en juego, amenazadas por algo terrible. Es lo que Runciter inexplicablemente ha entendido. Runciter, que ha sobrevivido y que, inclinado sobre sus cuerpos inertes, lucha para contactar con ellos y ayudarlos.

Se sirve de todos los medios para entrar en el mundo errático de los semivivos. Joe, desanimado por la muerte de su compañero, enciende el televisor en la habitación del hotel donde se ha refugiado y se encuentra con la publicidad de un nuevo producto para la casa, recomendado con brío de veterano profesional por el mismo Runciter:

«¿Está usted cansado de tanto olor a grasa quemada? ¿Un sabor a col hervida se ha apoderado de sus alimentos? ¿No consigue usted librarse de ese viejo olor a podrido? ¡Ubik puede cambiar todo esto! (Enarbola un aerosol de vivos colores.) Una pulverización de Ubik modelo económico, y usted ahuyentará todos sus temores obsesivos de que el mundo esté convirtiéndose en leche cortada, en televisores anticuados y en ascensores de otras épocas, sin mencionar otras manifestaciones de degeneración aún no acaecidas. Debe usted saber que esta decrepitud es una experiencia normal para muchos semivivos, particularmente en los casos en que se amalgaman varios sistemas de memoria, como es el caso de su grupo. ¡Pero con el Ubik nueva fórmula, más potente que nunca, todo esto cambiará!».

Y, con una sonrisa comercial, Runciter desaparece. Joe se pone, pues, a buscar el milagroso aerosol, el único remedio contra la entropía. Por desgracia, cuando consigue encontrarlo, es bajo la forma de un elixir de farmacia del todo ineficaz, tremenda ironía: la substancia capaz de detener el proceso regresivo también se somete a él.

Cuando se le ocurrió esta idea, Dick se asustó. Porque esta substancia milagrosa que había presentado, mediante una paradoja pertinente, como un producto de consumo ordinario imposible de hallar, no sólo representaba para él las pastillas capaces de devolverle el dominio sobre las cosas, sino que tenía un significado mucho más profundo, era la fuerza salvadora que nos arranca de las fauces de la entropía, de la perversidad del demiurgo y de la muerte.

Se había divertido, cada uno divierte como puede a sus propias termitas, escribiendo como epígrafe para cada capítulo del libro un eslogan publicitario que elogiaba, como Runciter, las múltiples virtudes del producto:

La mejor forma de pedir una cerveza es pedir Ubik. Ubik Instantáneo tiene el rico aroma del café recién molido. ¡Ubik le pondrá en forma al instante! Si los apuros monetarios le quitan el sueño, hágale una visita a la señorita de Ahorro y Crédito Ubik. El nuevo sujetador Ubik, en sus modelos corto y largo, le hará sentir otra vez el placer de admirar su silueta. ¿Será que tengo mal aliento, Tom? Mira, Ed, si tanto te preocupa, prueba con Ubik, el dentífrico con espuma de acción germicida.

Pero, acercándose al final, en lugar de imitar a Madison Avenue, imitó el prólogo de san Juan (y un poco del primer poema del *Tao Te Ching*):

Yo soy Ubik. Antes de que el universo existiera, yo existía. Yo hice los soles y los mundos. Yo he creado las vidas y los espacios en los que habitan. Van donde yo dispongo y hacen lo que yo les ordeno. Yo soy el verbo, y mi nombre no puede ser pronunciado. Me llaman Ubik, pero Ubik no es mi nombre. Soy. Seré siempre.

La idea de la eucaristía lo obsesionaba. Se tomaba muy en serio palabras como: «El que come de mi cuerpo y bebe de mi sangre, tendrá vida eterna». La facultad de decir que un trozo de pan es el cuerpo de Cristo, y de hacer que ese trozo de pan, en ese mismo instante, inmaterialmente pero con toda certeza, sea el cuerpo de Cristo, le parecía la facultad más alta que un hombre podía, no ya poseer, sino recibir: por esto, se desespero tanto cuando el obispo Pike renunció a su ministerio para reciclarse en el «sector privado», como decía. Era, de un modo subalterno y profano, ese misterio del Reino invisible que él mismo había celebrado, el que también había celebrado su doble, Hawthorne Abendsen, el hombre del castillo, al describir un mundo diferente del que veían sus contemporáneos y al afirmar que ese mundo era el verdadero mundo. Y en esto, de una manera misteriosa, imposible de demostrar pero según él cierta, tenía razón.

Dick se reprochaba el sacrilegio de haber descrito, en *Palmer Eldritch*, una

eucaristía negativa. Le parecía que, actuando así, había armado al cruel demiurgo. En medio del colapso psíquico de *Ubik*, en al que perdía terreno junto a sus personajes, había acabado de inventar, para salvar sus vidas y quizá la propia, un anti Chew-Z, una eucaristía positiva, o sea, la verdadera eucaristía, la única, aunque se presentara bajo la forma irrisoria de un aerosol. Pero él era una Rata incorregible y, en seguida después de haber construido un refugio, necesitaba añadir que éste desembocaba en el centro del subterráneo que conducía al adversario. *Ubik* existía de veras, y salvaba realmente de la entropía y la muerte, pero el señor de la muerte tenía el poder de someterlo a la entropía.

Escribió el final del libro sumido en el pánico. No es nada más que una carrera enloquecida, constelada de muertos y de metamorfosis atroces, durante la cual Joe Chip intenta, por una parte, apoderarse de un aerosol de *Ubik* no retrocedido y, por otra, de identificar a los poderes que se disputan los limbos. «Yo no creo —piensa él— que nos hayamos encontrado ya cara a cara con nuestro adversario, ni tampoco con nuestro defensor.»

Dick se preguntaba qué rostro debía darle al Defensor, del que Runciter no es más que su representante: jóvenes mujeres caritativas atraviesan la semivida, portadoras de *Ubik* y de frágiles esperanzas, antes de desvanecerse en un soplo. Estas mujeres dejan muy pocos recuerdos. Pero él sabía muy bien, por otra parte, a qué se parecía el Adversario, pues se había cruzado varias veces, en sueños, con su mirada ansiosa y cruel de roedor psicótico. En *Ubik* le atribuyó el nombre de Jory. Es un niño muerto a una tierna edad y depositado en estado de semivida en el moratorio de los Amados Hermanos. Dotado, gracias a su juventud, de una energía encefálica mayor que la de los ocupantes de las otras cajas, se aprovecha de la fusión de sus flujos mentales para devorarlos, literalmente, como un emisor de radio más potente que los otros devora a sus vecinos de frecuencia. Plasma el universo en el que se mueven sus conciencia para luego, según su fantasía, torturarlos, trastornarlos o atraerlos hacia un rincón de la inmensa tela que ha tejido para ellos. Muerto, él sobrevive y acrecienta la potencia de la muerte absorbiendo la vida que les queda a los muertos.

Aquel niño había formado parte de una pareja de mellizos

Era un libro imposible de terminar. Dick, en general, tenía muchas dificultades para escribir la palabra «fin», pues no conocía el final de las historias que contaba. Decidir quién era el ganador, entre Jory y *Ubik*, le era imposible.

Simplemente porque no lo sabía.

El *I Ching*, que no usurpa su fama de sabiduría, se niega a dar ese tipo de respuestas. Si hubiese sido un cristiano ortodoxo, hubiese pensado que, sin duda, al final la luz vencía. Quería creerlo, hubiera dado su vida y tal vez hasta su alma por creerlo. Pero algo más profundo en él, creía, en contra de su voluntad, en las tinieblas eternas, en el triunfo, no de la nada, sino de la muerte viviente. No se trataba de la nada, cosa que lo hubiese reconfortado, sino de algo o alguien que era nada y que desde su nacimiento se había convertido en la mitad de sí mismo y que lo atraía irremisiblemente para devorarlo.

Una vez alcanzado el número reglamentario de palabras más allá del cual su programa ya no funcionaba, recurrió a una vieja astucia de Rata, el encuadre final que permite concluir sin concluir. Se daba casi por descontado que, desde la mitad del libro, Joe y lo que quedaba de su equipo se encontraban en el limbo y Runciter en la vida, en un mundo «externo» que se había vuelto prácticamente irreal, pero ajeno tanto a los caprichos de Jory, el devorador de almas, como a la influencia salvadora de Ubik. Y, de hecho, en el último capítulo encontramos a Runciter en el vestíbulo del moratorio. Pero he aquí que, al ir a tomar una taza de café, Runciter saca del bolsillo una moneda y el distribuidor automático no la acepta. La examina: lleva la efigie de Joe Chip.

El año 1968 fue también el año de la película de Stanley Kubrick *2001: Odisea en el espacio*. Dick, como todo el mundo, la vio y quedó especialmente impresionado con la escena en la que el cosmonauta desconecta el ordenador HAL 2000, afectado de locura homicida. La voz sintética, tan fría y serena, se vuelve cada vez más grave, como cuando se hace girar un disco a una velocidad equivocada, y, extrañamente, cada vez más humana, patética, conforme sus circuitos son destruidos. HAL, consciente al comienzo de lo que está sucediendo, amenaza, suplica para ser salvado. Poco a poco, el inmenso cerebro electrónico dentro del cual el cosmonauta realiza su obra de muerte pierde el contacto con sus propios componentes. La conciencia reflexiva que le hubiese permitido superar sin mayores dificultades el test de Turing lo abandona y, sin embargo, subsiste lo que se considera como propio del hombre, lo menos accesible a una máquina: el sufrimiento. Después hasta el sufrimiento desaparece, o bien pierde la facultad de expresarse, sólo se oyen frases incoherentes, fragmentos de canciones escapadas de los devastados archivos de la memoria. Después nada más.

Los libros que Dick escribió a finales de los años sesenta hacen pensar en

todo esto.

En *Laberinto de muerte*, vemos a un grupo de personas, matándose entre sí y extraviadas en un planeta hostil. En el último capítulo descubrimos que se trata de los pasajeros de una nave espacial llamada *Persus-9*, que un error de programación condena a un viaje sin fin, y, por lo tanto, a la cohabitación hasta la muerte del último de los pasajeros. Para soportar el transcurso del tiempo, para soportarse mutuamente, los pasajeros se evaden, sin abandonar sus literas, a universos artificiales, poliencefálicos, que el ordenador de a bordo programa para ellos. El planeta en el que está ambientada la novela es uno de esos universos, que transpone uno a uno los datos del universo real (no es del todo cierto que sea real; quizá se trate, una vez más, de una realidad penúltima). El mismo ordenador es representado como una bestia monstruosa, una especie de esfinge local que responde a las preguntas con aforismos inspirados en el *I Ching* y termina estallando cuando uno de los personajes, al que inexplicablemente se le ha ocurrido esa palabra, le pregunta qué significa *Persus-9*. Dick siempre intentaba formular esa única pregunta, la que hace estallar a Dios o bien lo obliga a revelarse, pero ésta ya no era más que un tic, un nudo molesto en la madeja del programa que las termitas desovillaban. Lo mismo puede decirse de la estructura teológica del libro. Porque el ordenador de a bordo, procurando dar una apariencia de sentido al universo que visitan, ha fabricado, a partir de las informaciones que los pasajeros le han dado sobre sus distintas creencias, una religión de síntesis, que en realidad era el fruto de las conversaciones que Dick había tenido con el obispo Pike en los meses anteriores.

Coincidencia o sincronicidad junguiana, Dick se enteró de la muerte de este último mientras escribía este libro de agonía. Agotado por sus duelos, de vuelta a la vida secular, decepcionado por el fracaso de su presunto best-seller sobre la comunicación con el más allá, el ex prelado había creado, en colaboración con el mundo de los negocios californiano, una Fundación para la transición religiosa, cuyo objetivo era hacer que la humanidad afrontara la Era de Acuario con una religión adulta, universal, reuniendo lo mejor de los distintos cultos que la habían precedido. Para saber quién sería admitido al banquete, hacía falta resolver la cuestión pendiente sobre la «autenticidad» del cristianismo. Por este motivo, Pike había ido a investigar *in situ*, en Israel, esperando descubrir en el *wadi* de Qumrán, el lugar de culto de los esenios, si el llamado Jesús podía o no ser considerado como el Cristo, el ungido, la Palabra y el Hijo de Dios, y como tal participar de la «transición» en curso. Contaba con él para dar una respuesta sobre el hongo alucinógeno que tal vez seguía creciendo en las cavernas que dominaban el mar Muerto. Al día siguiente de su llegada a Jerusalén, en septiembre de 1969, se

adentró en el desierto de Judea con un coche alquilado, dos botellas de Coca-Cola y un mapa que fue hallado una semana más tarde desplegado sobre el asiento delantero derecho. Hicieron falta unos días más para hallarlo a él, muerto de hambre y de sed, en la arena. Durante la búsqueda, se habían formado grupos que rezaban, que imploraban a Dios, a Jim Jr. y al famoso médium Edgar Cayce: «La Trinidad más conmovedora de la que he oído hablar», escribió Joan Didion en un artículo sobre el difunto obispo.

Poco antes que Pike, Anthony Boucher también había muerto de un cáncer. Dick no lo veía desde hacía diez años, pero lloró por aquel hombre afable y caritativo que había sido su guía de juventud y que le había mostrado que era posible ser al mismo tiempo un escritor de ciencia ficción, un católico devoto, un melómano y una persona justa. Después murieron sus dos gatos. Tricky Dick conquistó la Casa Blanca y Tim Leary fue encarcelado. Desde Haight-Ashbury sólo llegaban voces de viajes que acababan mal y de criminalidad. Y, cuando el 9 de agosto de 1969 anunciaron la matanza de Cielo Drive, que costó la vida a Sharon Tate y a sus amigos, todo el mundo se horrorizó pero nadie se sorprendió: alguna vez tenía que pasar, se pensaba.

Ese invierno, el abuso de anfetaminas envió a Dick al hospital, donde diagnosticaron graves lesiones renales y de páncreas. Empezó a escribir una novela de la que sólo conocía el título, inspirado en el que se había convertido en su músico preferido, John Dowland: sus arias y obras para laúd son la expresión más conmovedora de la melancolía isabelina. Al comienzo de *Fluyan mis lágrimas, dijo el policía*, un hombre despierta despojado de su identidad. Nadie reconoce a este individuo que un día antes era famoso, sus papeles no corresponden a nadie, todo rastro de él ha desaparecido. Ya no es nada.

A principios del verano de 1970, Dick abandonó el libro. Había pensado cien veces que esto pasaría algún día, y ahora acababa de suceder: no podía escribir más. Ni una palabra, ni una letra. La termitera estaba realmente muerta.

Sin medios de subsistencia, solicitó el *welfare*.

Nancy no soportaba más sus crisis, sus historias de drogas, su miedo a la locura. Sentía que ella misma volvía a hundirse en su vieja depresión. Se marchó en septiembre, llevándose a Isa con ella. La niña, que tenía tres años y medio, vio a su padre a través del cristal trasero correr detrás del coche, vio su imagen haciéndose cada vez más pequeña, después el coche dobló la esquina y no lo vio más.

Freaks

Comprendió que, para no matarse, la única solución era no quedarse solo ni un minuto, y llenó su casa de gente con la que congeniaba. Primero fueron dos conocidos, recién plantados por sus mujeres, igual que él, y que resultaron ser el hermano de Nancy y el marido de su hermana. Aquel trío de cuñados a la Cassavetes emprendió una siniestra bacanal. Se emborracharon y se drogaron con música de Wagner de fondo; llevaron a casa a chicas que habían encontrado por la calle; dejaron de lavar los platos y de sacar la basura; y no se cansaron de repetir, con una vehemente y pastosa falta de convicción, que la libertad era una cosa maravillosa. Al cabo de pocas semanas, asustados y extenuados por su anfitrión, los dos huéspedes optaron por un estilo de vida menos perjudicial para su salud.

Como la puerta quedó abierta y cundió la voz de que en el 707 de Hacienda Way la droga abundaba, los cuñados fueron inmediatamente suplantados por los toxicómanos de las más variadas adicciones que San Rafael ofrecía, jóvenes delincuentes, adolescentes en fuga, *freaks*, para citar el término que estaba por desplazar al de *hippies*, degradado desde Woodstock por considerarlo «reciclado». Desde que Phil, tras separarse de Anne, había abandonado el mundo de las casas bien arregladitas, de las cortadoras de césped guardadas en el garaje y de las relaciones cordiales con el sheriff, la edad media de las personas que frecuentaba había bajado considerablemente. Nancy tenía la mitad de su edad, los amigos de Nancy no eran mucho mayores que ella y el ambiente de la ciencia ficción de la bahía pertenecía esencialmente a la generación posterior a la de él. El obispo Pike, Maren Hackett y Tony Boucher habían muerto. A los cuarenta y dos años, se encontró de pronto en un mundo de jóvenes netamente dividido entre *freaks* —nosotros— y *straights* —ellos—, donde todo aquel que había superado la treintena era considerado un *straight*, y visto por lo tanto como un enemigo natural. Él también, más por camaleonismo que por masoquismo, compartía esa visión. Prefería francamente la compañía y el lenguaje protofásico de los jóvenes a los de los viejos militantes de la Berkeley de los años cincuenta o incluso de los comienzos de los sesenta, que apenas habían terminado, pero que a sus nuevos amigos les parecían tan remotos como el diluvio. Contra toda evidencia biológica, Phil se sentía del lado justo, *freak* entre los *freaks*, los cuales no tardaron en adoptar a ese extraño gordo bonachón, tan triste y a la vez tan divertido, conocido como el

Eremita, porque casi nunca salía de casa. A cualquier hora del día podían empujar la puerta de la casa del Eremita, que parecía no dormir nunca, y encontrar en él atención, droga, alcohol, música, conversación y amor, una cosa que ofrecía a veces con excesiva insistencia: para las chicas éste era su único defecto.

Un día llegó Donna, sentada en la trasera de una Harley-Davidson conducida por un tipo tatuado. Donna, como todas las personas a las que aludo en este capítulo, tenía otro nombre, que ella prefiere no ver publicado. Pero se llama Donna en el libro que Dick escribió unos años más tarde, y del que me he servido para redactar estas páginas. Donna tenía el cabello negro, los ojos negros y una chaqueta de cuero negra, y trataba a todo el mundo con agresiva suspicacia. Acabó peleándose con el tatuado, que se marchó sin ella. Y, como no tenía adonde ir, aceptó la hospitalidad de Phil.

Desde la primera noche, él le hizo escuchar su aria favorita: *Flow, my Tears*. No intentaba esconder su cultura, y a sus huéspedes les gustaba, cuando estaban en condiciones de hacerlo, oírlo hablar de esos monjes que en el siglo III se alimentaban con langostas en los desiertos de Egipto o de sus absurdas teorías sobre Dios. Les gustaba que les hiciera escuchar esos discos extraños de su increíble colección, y a mí, por mi parte, me gusta imaginar que una de esas chicas colgadas, que por aquel entonces tenía dieciocho años, y que ahora tiene cuarenta y dos divorcios a cuestas, una permanente al estilo de *Santa Bárbara* y que trabaja en un importante despacho de abogados en Boise, Idaho, escucha a veces de noche, mientras se toma su segundó Tom Collins, un disco de arias para laúd de John Dowland, que es empero una pequeña frase de Vinteuil un poco más privada que Jefferson Airplane, y le recuerda episodios confusos y violentos de su juventud, y le dan ganas de llorar.

Un día, mucho más tarde, un superviviente de Hacienda Way se acordaba: «Era una época difícil, peligrosa; eso no quita que si tuviese que elegir a alguien con quien pasar la eternidad, ése sería Phil».

Todos creían que aquello duraría una eternidad, que estarían siempre allí escuchando discos, fumando porros y transcurriendo los días tranquilamente, lejos del mundo de los adultos. Así, su divisa hubiese podido reducirse a la siguiente fórmula: «Vive plenamente ahora porque mañana estarás muerto». Se habrían sentido insultados si alguien les hubiese recordado que iban a envejecer.

Vivían siempre colocados. Y como sus gustos diferían, los humores no siempre armonizaban. Un tipo que, tumbado en un sofá, fuma un porro tras otro desternillándose de la risa, obviamente tendrá dificultades en seguir al vecino atiborrado de anfetaminas: sus películas no tienen el mismo ritmo. Sin embargo, todos eran conscientes de vivir en una película en la que cada cual era al mismo tiempo el espectador, el actor, el guionista y el director. Esa película les parecía mucho más rica, asombrosa y mágica que el documental sombrío y colectivo con el que se contentan los *straights*. Y, muchas veces, dentro del grupo, las películas eran sincrónicas: no durante todo el tiempo, por supuesto, pero algunas imágenes coincidían exactamente: una intuición les advertía que habían visto, oído y pensado el mismo disparate en el mismo momento, entonces se echaban a reír, y cada uno sabía por qué. Así, después de haber orinado, alguien, en voz alta, desde el otro lado del pasillo, decía que, de todas formas, pensándolo bien, un pasillo era algo muy extraño, que el arquitecto que un día había inventado los pasillos tenía que haber estado muy colocado, y aquello desencadenaba la risa de todos, ya porque la observación era justa —y, pensándolo bien, lo era—, ya porque demostraba que quien la había formulado también estaba colocado. «¿Y las salas de espera? —ponderaba algún otro, llorando de la risa—. En serio, ¿creéis que pueda existir algo tan absurdo como una sala de espera?»

Un día fueron en grupo al autocine, donde proyectaban, de una sola vez, la serie completa del *Planeta de los simios*. Aún existían solamente tres episodios, pero Phil, inspirado por los porros que circulaban por el coche, imaginó para sus amigos el guión de todos los que vendrían, hasta el número ocho, *El hijo del regreso del planeta de los simios*, donde se descubría que todos los grandes personajes de la historia —Julio César, Shakespeare, Lincoln— eran en realidad unos simios camuflados. Mimaba cada papel, se rascaba debajo del brazo, lanzaba grititos agudos. Los demás derramaban las palomitas de la risa.

Después del autocine fueron a un lavacoches y pasaron el coche por una batería de cepillos rotatorios y un túnel de espuma que retumbaba como un terremoto. Apenas la máquina se detenía, introducían más monedas. Todos pensaban que aquello era incluso mejor que el cine. Mientras Phil, muy inspirado, continuaba con su monólogo, levantando la voz para hacerse oír en medio de la barahúnda:

—Esta historia de los simios me hace pensar en algo, ¿sabéis qué? Parece que no sólo existen impostores, sino también falsos impostores. Vi a uno en la tele diciendo que él era un impostor famoso en todo el mundo. Se había hecho pasar por

un gran cirujano de la Escuela de Medicina John Hopkins, por un físico de Harvard, por un novelista finlandés premiado con el Nobel de literatura, por un depuesto presidente argentino casado con una estrella de cine...

—¿Y nunca lo descubrieron?

—No, te he dicho que era un falso impostor. El tipo nunca suplantó a nadie. Trabajaba de barrendero en Disneylandia hasta el día en que leyó un artículo sobre un famoso impostor, y se dijo. «Mierda. Yo también podría hacerme pasar por todos esos tipos tan extraños y hacer lo mismo que ellos». Pero luego lo meditó mejor y pensó: «¿Para qué hacerme tanta mala sangre? Lo único que haré será hacerme pasar por otro impostor». Y con eso hizo una fortuna. Casi tan grande como la del auténtico impostor de fama mundial. Y quizás ahora hay gente que se hace pasar por él.

Un día a alguien se le ocurrió pintar de negro los cristales de todas las ventanas, de manera que así nadie se enteraría de si era de día o de noche. Después de todo, casi nunca las abrían. Otro sugirió que pintaran de negro las fundas de los discos, así la música sería siempre una sorpresa. Phil se opuso a la idea.

Un día, una vecina *straight* les pidió que le hicieran el favor de matar un gran insecto que se le había metido en la cocina y le daba miedo. Una vez que Phil lo hubo hecho, la vecina comentó: «Si hubiera sabido que era inofensivo, lo hubiera matado yo misma». Esta frase les sirvió durante mucho tiempo de ejemplo para caracterizar el espíritu *straight* en su forma más detestable. Bastaba con pronunciar las primeras palabras para que todos lanzaran una carcajada, orgullosos, a pesar de sus problemas, de no parecerse a *ellos*.

Un día, alguien llevó libros de Castañeda, que circularon por la casa. De las enseñanzas del brujo yaqui, una los dejó particularmente impresionados: «Cada cual tiene que encontrar su propio lugar. Tanto en el mundo como en una habitación, cada cual tiene un lugar preciso, un lugar que le conviene, un lugar que es su lugar». Durante muchas semanas, encontrar su propio lugar se convirtió, primero en un ritual, después en una broma. El que ocupaba el sillón más cómodo, lo defendía diciendo «es mi lugar», y esta frase, que dicha por un *straight* hubiese resumido toda la posesiva mezquindad de su universo, proferida con el tono justo, se hacía inexpugnable.

Un día, hablaron de dedicarse seriamente al tráfico de drogas. Pero la discusión, con la ayuda de los porros, en seguida degenero.

—Cuando los aduaneros te preguntan si tienes algo que declarar, no puedes decirles: «Pues sí, tengo droga». ¿Sabes qué tienes que hacer? Tomas un gran bloque de hachís y le das una forma de hombre. Después vacías una parte y metes allí un mecanismo de cuerda, de relojería, y una pequeña grabadora. Antes de pasar la aduana te pones detrás del muñeco y le das cuerda. Cuando el aduanero le pregunta si tiene algo que declarar, el bloque de hachís responderá: «¿Yo? Absolutamente nada», y seguirá andando hasta el otro lado de la frontera.

—Si le pusiéramos una batería solar en lugar de la cuerda, seguiría andando durante años. Para siempre.

—Sí, se saldría de los límites de la Tierra, imagínate una aldea esquimal y un bloque de hachís, de dos metros, que valdría... ¿Cuánto podría valer?

—Un millón de dólares.

—Más. Dos millones. Los esquimales están allí, curtiendo pieles y tallando lanzas de hueso. Y de repente se les aparece un bloque de hachís que vale dos millones de dólares, caminando sobre la nieve y repitiendo: «¿Yo? Absolutamente nada».

—Dios mío. Quedarían flipados para siempre, y nacerían varias leyendas.

—Imagínate contándoselo a tus nietos. «Yo vi con mis propios ojos cómo aquel bloque de hachís, de dos metros de alto y dos millones de dólares, surgió de la niebla, caminando en esa dirección, y repitiendo: "¿Yo? Absolutamente nada".» Tus nietos te mandarían al manicomio.

—No, las leyendas van evolucionando. Al cabo de algunos siglos se explicaría así: «En tiempos de mis antepasados, un día se les apareció de repente un bloque de hachís afgano de primera calidad. Medía treinta metros de alto y valía ochenta millones de dólares. Les empezó a disparar, mientras gritaba: ¡Muerte a los perros esquimales!». Mis antepasados lucharon con él, con sus lanzas, y acabaron matándolo».

—Los chicos tampoco se lo creerían.

—Los chicos ya no se creen nada. Es deprimente explicarle algo a un chico. Una vez, uno me preguntó: «¿Cómo era el primer automóvil?». Jo, mocoso, yo nací en 1950.

Todas sus conversaciones eran más o menos similares. Así trascurrían los días. «*Bela jai*», decía Phil, que en bengalí quiere decir «El tiempo pasa». Y todos reían, repitiendo: «*Bela jai*».

Un día, Donna le dijo que no debía creer una sola palabra de lo que le decía, porque ella siempre mentía. Él le explicó que no era la primera en decirlo, le contó la paradoja del cretense que dice ser un mentiroso, y no le creyó. O sea que siguió creyendo en lo que ella decía.

Otro día, Donna le dijo que no podía acostarse con él porque tenía que cuidar de su «vulva»: pensaba pasar la frontera canadiense con unas libras de coca escondidas ahí, entre las piernas. Y que, de todas formas, no le gustaba que la gente le metiera mano.

Como Phil parecía triste, quiso darle una «sobrecarga», la cual consistía en aspirar con fuerza de un porro y, luego, con la boca llena de humo, soplar una bocanada en la del otro. Aparte del hecho de que esto duplicaba el efecto de la droga, le gustaba sentir los labios de Donna contra los suyos y el humo caliente que brotaba de su boca e invadía la suya. Las «sobrecargas» de Donna le quedaron grabadas como uno de los recuerdos eróticos más elocuentes de su vida.

Un día, aquel que en su libro, más tarde, llamó Barris, anunció que podía conseguir cocaína a granel por 84 céntimos el gramo. En un supermercado compró por el mismo precio varios tubos de aerosol de un producto para las quemaduras del sol. Al volver a casa, transformó la cocina en un laboratorio del pequeño químico para separar los cristales de cocaína mezclados con el producto. «Mira —explicaba señalando la lista de ingredientes del aerosol—, benzocaína, un gramo. Muy poca gente sabe que se trata de un nombre comercial de la cocaína. Claro que si ellos hablaran de la cocaína en la etiqueta, todo el mundo se enteraría y acabarían haciendo lo mismo que yo hago.» Reunidos en torno al fregadero de la cocina, se figuraron a los camiones repletos de cocaína descargando la mercancía en la factoría de Cleveland. Camiones vertiendo coca pura, sin adulterar, sin cortar, de primera clase, en un extremo de la factoría donde era mezclada con aceite, gas

inerte y otras porquerías más, para envasarla a continuación en coloridos aerosoles que luego acababan amontonándose a millares en los estantes de los supermercados. Lo que deberíamos hacer, sugirió alguno, es asaltar uno de esos camiones y apoderarnos de toda la carga. Trescientos o cuatrocientos kilos. O muchos más. ¿Qué carga puede llevar un camión de ese tipo?

Se pasaron la tarde averiguándolo, mientras el experimento, obviamente, hacía aguas. Sólo al día siguiente, uno de ellos observó que era poco probable que se vendiera a 84 céntimos un producto que contenía un gramo de cocaína que costaba cien dólares.

Un día, Paul Williams, un joven que escribía para una revista de rock, visitó a Phil Dick, cuyos libros admiraba. Lo había conocido en 1968, a través del diseñador Art Spiegelman, y habían pasado juntos una noche muy divertida fumando algo que creían que era THC, el principio activo de la marihuana, cuando en realidad se trataba de un sedante para caballos llamado PCP, que en la década siguiente haría terribles estragos con el nombre de *angel dust*. Paul Williams, que en su calidad de joven veterano de la contracultura había visto de todo, quedó impresionado al ver a Dick tan cambiado, reinando como una especie de gurú sobre una tribu de personas muy jóvenes que vivían continuamente colocadas. Y no pudo evitar pensar que los que los habían frecuentado *antes* del caso Manson y su familia debieron de haber tenido la misma impresión.

Un día, una chica que vivía con ellos desde hacía una semana, entró en coma durante un viaje con ácido. En el hospital al que Phil, consternado, la transportó, le diagnosticaron una vasoconstricción generalizada: la mitad de los vasos que irrigan el cerebro estaban obstruidos, sin duda irremediablemente. El médico ni siquiera preguntó cómo había ocurrido, todos los días tenían casos similares. La chica sobrevivió, aunque con una lesión cerebral permanente.

Otra chica, poco después, se encerró en un armario y sólo salió para intentar cortarse un brazo con un hacha. No lo consiguió del todo. Ella también fue internada.

Un día, Phil olvidó la combinación que protegía el archivador blindado de su despacho. Por precaución, no la había escrito en ninguna parte, pues se robaba mucho en el mundo de los drogadictos; en general, casi todas las cosas que tenían

algún valor eran robadas: era incluso debido a esto que se les reconocía su valor. Y Phil había conservado de su vida anterior algunas cosas que quería mucho. Pensaba que en el archivador estarían a salvo. Incluso estarían mejor protegidas ahora que ni siquiera él podía acceder a ellas, pensó para consolarse.

Esas pérdidas de memoria lo preocupaban. Era necesario —pensaba— que alguien recordara sus pobres vidas miserables y quemadas, los momentos de alegría que habían pasado juntos, como el día del *Planeta de los simios* y del lavacoches. Para que no fueran olvidados, para que quedara un rastro de ellos, en previsión de días mejores en los que la gente habría entendido.

Un día, una chica que conocían tuvo problemas con su amante, que era también su proveedor de heroína. Este escondió dos sobres de heroína en la empuñadura de la plancha de la chica y después llamó de forma anónima a la policía. La chica descubrió la droga y en seguida se la inyectó en las venas —sus brazos parecían una escobilla para lavar botellas—, de manera que cuando llegó la policía no encontró nada. El camello, enfurecido, le dio una tremenda paliza. Después ella temió por su vida. Se lo comentó a Phil, el cual decidió contratar a unos sicarios para protegerla y, si el tipo insistía, para que acabaran con él. Dos negros robustos se presentaron en la casa de la chica y no se despegaron de ella durante varios días. La chica se preguntó si ellos le tomaban el pelo, si era Phil quien le tomaba el pelo o si ellos le tomaban el pelo a Phil, cobrándose lo que él les pagaba por un servicio que, llegado el momento, seguramente no prestarían. Por otro lado, ¿quién podía saberlo? La chica nunca supo si eran realmente sicarios o unos bufones, y pronto se marchó a vivir a otra ciudad.

Un día, aquel que en su libro, más tarde, llamó Jerry, comenzó a sacudirse los piojos. No tenía piojos, pero de nada servía decírselo. Se quedaba horas y horas debajo del chorro de agua hirviendo de la ducha y al salir encontraba más piojos en su pelo. Pronto los piojos empezaron a invadirle el cuerpo hasta penetrar en él. El picor lo hacía sufrir horriblemente. Compró insecticidas de todas las marcas y con ellos roció toda la casa, asfixiando a los demás. Se pasaba el día gritando debajo de la ducha. Hubo que llamar al servicio de urgencias del hospital psiquiátrico. Mientras se lo llevaban, seguía gritando. Acabó suicidándose unos meses más tarde.

Ese mismo año, Phil acompañó o al menos visitó a una decena de amigos al hospital psiquiátrico. Era un mérito que todos le reconocían: nunca abandonaba a

sus amigos, aunque no hubiese nada que hacer por ellos. Él mismo fue hospitalizado tres veces por aquel entonces, a causa de ataques de depresión o de pánico. Lo encontraron en condiciones relativamente buenas para alguien que tomaba mil comprimidos de Metedrine por semana y cuarenta miligramos de Stelazine diarios, sin contar otras bagatelas a las que nunca se les dice que no.

Un día, alguien le anunció la muerte de una amiga común. Pero no dijo: «Gloria se ha suicidado», sino: «Gloria se ha suicidado *hoy*», como si hubiese sido inevitable que se matara un día u otro.

Un día, como la dirección de su coche no le respondía, casi se sale de la carretera. No era la primera vez que su automóvil le jugaba una mala pasada. No era nada grave, pero él sabía que la forma de sabotaje más eficaz consiste en causar daños que no puedan ser completa o absolutamente atribuidos a una acción deliberada. Si se conecta una bomba con el encendido de un coche, es evidente que hay un enemigo. Pero cuando alguien debe afrontar toda una serie de pequeños accidentes, si se trata de fallos de funcionamiento, de errores, en especial si son poco importantes, ocurridos en un período natural de tiempo, de pequeñas faltas..., entonces esa persona pierde toda capacidad de reacción. Tiende a suponer que es una paranoica, a dudar, a dudar de si misma. ¿Su coche hace cosas raras? Son cosas que pasan. Por lo demás, sus amigos piensan lo mismo: el problema está en tu cabeza. Y esto lo destruye más que cualquier agresión cuyo origen pueda comprobar.

Un día, frente a una taza de café que le habían preparado le ocurrió la idea, que nunca más lo abandonó, de que habían podido meter en ella con toda facilidad una potente dosis de alguna droga psicodélica, una dosis que proyectaría en su mente, y para el resto de su vida, un filme horrorífico e interminable. Si alguien se la tenía jurada, algo inevitable en el mundo de la droga, donde toda una serie de incidentes contribuían a demostrarlo, hubiese podido hacerlo sin ningún problema, o bien inyectarle durante el sueño un poderoso cóctel de heroína mezclada con estrocnina, que casi lo mataría, pero no del todo Y así ocurriría lo más temible: se convertiría en un adicto para toda la vida y presenciaria la eterna película de horror. Su existencia quedaría entonces reducida a la jeringa y la cuchara, a darse golpes contra las paredes de un hospital psiquiátrico, donde día y noche habría intentado sacudirse los piojos mientras se preguntaba por qué ya no era capaz de llevarse un tenedor a la boca.

Tanto los camellos como las brigadas de estupefacientes debían temer esto. La frontera entre ambos era incierta. Todos sabían que los coches de la policía, en los barrios como el de Phil, eran las furgonetas Volkswagen estropeadas, decoradas con pinturas psicodélicas y conducidas por *freaks* barbudos. Todos sabían que los agentes de las brigadas de estupefacientes muchas veces se hacían pasar por camellos y vendían chocolate, y hasta caballo, lo cual constituía una buena cobertura y redondeaba sus sueldos. Todos sabían que algunos de esos agentes terminaban drogándose y, sin dejar de pertenecer a las brigadas, se convertían no sólo en prósperos camellos, sino también en yonquis. Todos sabían que algunos traficantes, bien para vengarse de gente molesta o bien temiendo una inminente detención, se convertían en espías de los agentes. Todos sabían todo esto, aunque no les ayudara a ver las cosas con más claridad. Todos, policías, camellos y drogadictos, cambiaban de papel según las circunstancias y según el papel que presumía que los demás tuvieran. Uno se sentía perdido.

Un día, Phil creyó que Donna era policía. Se lo dijo. Ella le respondió que entendía perfectamente que lo creyera: en el mundo en el que vivían, era algo absolutamente verosímil.

Un día, al volver del cine, tuvieron la certeza de que la policía, o algún otro, había estado en la casa durante su ausencia. Quizás uno de ellos le había pasado información. En todo caso, alguien había estado: bastaba ver con cuánta meticulosidad había borrado todos los rastros que hubiese podido dejar. Veían, como en una película, a los policías sacando los cajones de los muebles para comprobar lo que se ocultaba tras ellos, desmontando las lámparas en busca de cientos de tabletas, escudriñando los retretes para encontrar pequeños envoltorios de papel higiénico ocultos a la vista en lugares donde el agua los inundaría automáticamente. Aunque también era posible, hipótesis mucho más temible, que la policía no hubiese venido a buscar droga, sino a esconderla, y así poder atraparlos cuando le resultara más cómodo. Podía ser en cualquier parte, en el teléfono, en los enchufes de la pared o en los zócalos. Durante horas y horas rastrearon a fondo cada palmo de la casa. El hecho de no haber encontrado nada no contribuyó a tranquilizarlos.

Un día, Phil se persuadió de que la casa estaba bajo vigilancia las veinticuatro horas del día. Sospechaba también que el teléfono estaba intervenido, y la prudencia más elemental le aconsejaba comportarse como si así fuera. Nadie

llamaba nunca desde su casa para pedir droga. Siempre se empleaban códigos secretos, incluso desde una cabina, por ejemplo, se dividían por diez las cantidades: la policía no se molestaba por cantidades tan pequeñas. Pero no se trataba sólo del teléfono. Dick creía que toda la casa estaba plagada de micrófonos y cámaras.

Se preguntaba cómo lo hacía la poli para verlo todo. Suponiendo que uno de ellos se dedicara exclusivamente al 707 de Hacienda Way, ¿acaso pasaba todos los días sentado frente a la batería de pantallas que mostraban lo que sucedía en cada habitación? ¿Lo veía y lo escuchaba todo? ¿Escuchaba íntegramente esas conversaciones infinitas, circulares e incomprensibles con las que los drogadictos pasan el tiempo? ¿Metros y metros de película flipada y siempre igual? Sin duda, debía de pasar las cintas en avanzado. Pero entonces podía fácilmente perderse un momento crucial: un asunto importante, una información que buscaba ávidamente y que era en realidad la razón de su vigilancia. Siempre debía de estar temiendo que una cosa así ocurriera. Había algo de infernal en su trabajo.

Por otro lado, hubiese querido estar en su lugar. Poder identificar a sus enemigos. Saber qué ocurría en su casa durante su ausencia o en una habitación cuando él se encontraba en otra. Cuando un árbol cae en el bosque, ¿hace ruido si no hay nadie para escucharlo? ¿Cómo era Donna cuando él no estaba para observarla? ¿Qué decía de él? ¿Con quién se acostaba? ¿Qué escondía dentro de su vulva? ¿Y el gato? Lo imaginó vaciando una almohada y rellenándola con todas las cosas de valor, robándole todo, por pura maldad, fumándose los porros, haciendo llamadas interurbanas sólo para que la factura del teléfono fuera más elevada, caminando sobre el techo... ¿Y él? Si lo hubiesen filmado durante todo un día, ¿acaso no se sorprendería al ver la película? Cuando se levantaba por las noches para ir a orinar, ¿qué hacía en realidad? Dicen que nunca se reconoce la voz de uno la primera vez que la escuchas grabada en una cinta, cabe suponer que lo mismo sucede cuando te ves filmado. Imaginaba que era un tipo corpulento y barbudo, y se habría visto como un gafudo endeble. No, seguramente se reconocería, a causa de la ropa que llevaba puesta, o simplemente por un proceso de eliminación. Si eso vive aquí y no es ni Donna, ni Luke, ni Barris, ni el perro, ni el gato, tengo que ser yo.

En teoría.

Una noche, al volver a casa, Phil abrió la puerta de la entrada y pulsó el interruptor de la izquierda. Lo que vio le hizo soltar la bolsa de la compra. Montones de papeles dispersos y de objetos pisoteados yacían sobre el parquet. El equipo estereofónico había desaparecido. Los cristales estaban hechos trizas, un explosivo había reventado el enorme archivador metálico, la casa había sido desvalijada. «¡Alabado sea el Señor! — fue lo primero que pensó—. Es evidente que no soy un paranoico.»

Desde hacía unos días intuía que algo iba a suceder. El coche andaba cada vez peor. Había recibido llamadas amenazadoras. Una noche, después de haber sido despertada por una de esas llamadas, a Donna le había dado un ataque de nervios, y no cesaba de repetir que iban a atacarlos. Transmitir ese miedo a Phil, como cualquier otro miedo, no constituía en realidad ninguna proeza. Compró un revólver y empezó a rondar por la casa, arma en mano, espiando a todos los que se acercaban a través de las rendijas de las persianas bajadas y demorándose en los ángulos muertos. Acosó a sus amigos insistiéndoles en el peligro que corría e incluso solicitó protección a la policía. Esta lo mandó al diablo; en cuanto a sus amigos, ya estaban acostumbrados a esto. Todos sabían que Phil vivía en un estado de crisis permanente, que creaba alrededor de su persona la atmósfera de sus libros, cuyos protagonistas se creen perseguidos por enemigos invisibles. El papel del amigo del protagonista consistía en decirle: «Pero ¿como se te puede ocurrir algo así? El problema está en tu cabeza», y realizaban su papel a la perfección. Por lo demás, en sus libros, resulta siempre que en realidad, contra toda evidencia, el protagonista tiene razón; entonces la realidad aceptaba interpretar su papel. En su pulso con él, ésta cedía y se volvía phildickiana.

Llamó a la policía preso de una especie de euforia, la misma euforia del niño que a fuerza de gritar «el lobo» acaba siendo devorado por él, y que, desde el fondo de su estómago, teme que nadie lo rescate, pero a la vez se estremece pensando en el remordimiento que su muerte provocará. La policía estuvo a la altura de las circunstancias y le colgó el teléfono: el mitómano de Hacienda Way, esa guarida de drogadictos, estaban hartos de ellos, tenían otras cosas que hacer. Al final acudieron dos inspectores que, arrastrando los pies, constataron los daños y uno de ellos, antes de marcharse, le preguntó para qué diablos había hecho todo eso. Otra persona no hubiese dejado pasar esa afrenta. Dick se puso a temblar, de miedo y furor, a explicar, con una voz de improviso agudísima, que él ni siquiera estaba asegurado. Al día siguiente, cuando llevó la lista de los objetos robados y dañados a

la comisaría, rehusaron hacer el acta —o quizá la aplazaron—, con el pretexto de que ningún robo había sido declarado en su zona. Después, un policía, medio paternal y medio amenazador, le susurró que en San Rafael no apreciaban a la gente pendenciera como él y que mejor haría en cambiar de aires antes de que le sucediera algo peor.

A causa de este episodio, había perdido casi todos los recuerdos que contenía su archivador, el equipo estereofónico y una sensación de seguridad harto desgastada desde hacía tiempo; por otro lado, había ganado, además de la certeza de tener razón, un tema de reflexión inagotable. Hasta el día en que, tres años más tarde, tuvo que vérselas con un problema de mayor envergadura, nunca se cansaría de roer este hueso: ¿quién había desvalijado su casa el 17 de noviembre de 1971 y por qué?

Descartó de entrada la idea de que pudiera tratarse de un delito «normal», imputable a los gamberros del barrio o los ex huéspedes provisionales. La presencia del explosivo exculpaba, a los ojos de Dick, a esos pobres diablos, sobre todo cuando, según un informador del que hablaba muy misteriosamente, un ex agente de la CIA decía él, se trataba de un explosivo extraño, utilizado únicamente por el ejército. El móvil no podía ser la banal codicia: habían querido asustarlo o estaban buscando algo.

Por una de esas coincidencias insignificantes que él hubiese considerado altamente significativa —un buen ejemplo de sincronicidad junguiana—, yo mismo fui víctima de un robo cuando empezaba a escribir este capítulo. En aquella ocasión me enteré por el policía encargado de levantar el acta de que todas las personas que presentan una denuncia por robo tienen la misma impresión, la mayoría de las veces falsa, es decir: que el ladrón no hurgaba al azar, sino que buscaba algo concreto. De hecho, ha preferido esta o aquella baratija, desdeñando objetos de mayor valor, y así uno se devana los sesos tratando de encontrar una explicación lógica a esta preferencia dictada, en general por la prisa o la ignorancia.

Esa benigna manifestación de la necesidad de sentido que nos mueve hizo, como era de esperar, estragos en Dick: si se habían tomado la molestia de hacer volar con plástico explosivo su archivador gigante, era porque éste contenía, o al menos sospechaban que pudiera contener, algo precioso o comprometedor. Pero ¿qué? Volvió a aflorar en él la idea de que en alguna de sus novelas había debido de rozar sin advertirlo una verdad peligrosa.

En el prólogo de la última novela publicada, *Laberinto de muerte*, mencionaba sus discusiones teológicas con el difunto obispo Pike. Y éste, en su libro sobre los contactos con el más allá, había agradecido la colaboración de Phil y Nancy. Aquel agradecimiento en su momento lo había halagado, pero ahora medía las consecuencias. Las posiciones de Pike habían escandalizado: era muy probable que algunos fanáticos religiosos, miembros de una secta integrista, sospechasen que su amigo Dick continuaba con su obra herética, o que poseyera, en todo caso, documentos que permitieran proseguirla: por ejemplo, las revelaciones sobre el presunto tráfico de drogas en el que estaba implicado Jesucristo...

Otra pista lo condujo más lejos. Ésta partía del libro abandonado después de que Nancy se marchara, *Fluyan mis lágrimas, dijo el policía*, en el que se hablaba de una nueva droga capaz de inhibir los centros nerviosos que controlan la impresión de continuidad espaciotemporal, y de precipitar a su consumidor en un universo desprovisto de todo punto de referencia. Nadie había leído, el manuscrito inacabado descansaba en la caja fuerte de su agente, pero él recordaba que una noche le había contado la historia a un individuo sospechoso que había pasado algunos días en su casa. Este individuo le había asegurado que la CIA hacía experimentos similares con un derivado del LSD, cuyo nombre de código era *mello jello*. Poco tiempo después —y poco antes del robo—, lo había visitado otro individuo no menos sospechoso, que decía representar a un servicio sanitario que investigaba sobre la difusión de un virus originario de Vietnam; los síntomas que describía se parecían mucho a los del *mello jello*: cuando uno volvía a casa, pensaba que se había equivocado de puerta; no reconocía nada ni a nadie; peor aún uno no era o creía no ser reconocido por nadie.

Era exactamente lo que sucedía en su libro, en el que el famoso presentador de televisión Jason Taverner se despierta una mañana en una habitación desconocida, condenado al anonimato. Nadie ha oído hablar de su programa, seguido el día anterior por treinta millones de americanos. Nadie reconoce su cara que una semana antes aparecía en la portada del *Time*. Su amante, su agente y su secretaria lo hacen poner de patitas en la calle. Ya no tiene documentos, no hay rastros de él en los archivos de la policía, ni en la memoria de sus contemporáneos. Cuando le contaron la historia del *mello jello*, más de un año después de haber interrumpido el libro, Dick sólo se la creyó a medias: era inquietante, por supuesto, pero se parecía demasiado a uno de esos delirios de toxicómanos que él escuchaba e imaginaba todos los días. La coincidencia le hubiese resultado más convincente si el individuo le hubiese hablado de los experimentos de la CIA antes de que él le revelara la trama de su novela y no después. Pero el robo y el uso de un explosivo del ejército disiparon su escepticismo. Ahora le parecía muy factible que una

unidad de élite a sueldo del complejo militar-industrial hubiese hurgado en sus papeles procurando averiguar si sabía más de lo que decía en sus chacharas. Buscaban el manuscrito y no lo habían encontrado. Pero los hombres de los servicios secretos no se limitarían a eso. Seguramente no se olvidarían de su agente. Por poco no lo llama para saber si no le habían hecho saltar la caja fuerte, si había contratado alguna nueva secretaria o si había recibido ofertas tentadoras por parte de personas que se hacían pasar por editores, pero se retractó, temiendo que una llamada de ese tipo despertara sospechas. Temía que le respondieran: «¿Cómo, Phil?, ¿no te acuerdas? Hace una semana nos pediste que te enviáramos el manuscrito».

Le hubiese gustado releerlo para calibrar mejor su alcance subversivo. Pues no sólo se hablaba de droga. El verdadero tema era el universo paralelo en el que Jason Taverner se precipitaba a causa de ella: una sociedad totalitaria, subdividida como un tablero de ajedrez por una policía omnipotente. No es que fuera una cosa del otro mundo: la ciencia ficción adora esas descripciones orwellianas que en el mundo libre no le quitan el sueño a ningún censor. Pero Dick describía precisamente el mundo libre. Su novela estaba ambientada en Estados Unidos. El presidente era nombrado en ella. Sabía que para publicar el libro debía cambiar su nombre, y hasta le había encontrado uno: Ferris F. Fremont, o sea FFF, porque la F es la sexta letra del alfabeto y el 666 es la cifra de la Bestia en el Apocalipsis; pero, en la primera versión de la novela, el tirano se llamaba con pelos y señales Richard Milhouse Nixon.

Hacía tiempo que Dick tenía una teoría sobre el ex gobernador de California, el maleante de falanges vellosas, cuya ascensión había seguido a medida que él se abismaba, y la explicaba con la misma autoridad con la que explicaba los vínculos existentes entre Marlboro y el Ku Klux Klan, otro de sus éxitos en sociedad. En el caso de Marlboro, sostenía que las líneas que en el paquete de cigarrillos separan los espacios rojos de los blancos forman tres K, una en el reverso, otra en el anverso y la tercera en la parte superior; en el caso de Nixon, se basaba en el adagio: *Is fecit cui prodest*. ¿A quién habían favorecido los asesinatos de John y Robert Kennedy, Martin Luther King o el atentado contra George Wallace, si no a un personaje de segundo rango, feo y astuto como Ricardo III o Stalin, y capaz, como ellos, de eliminar a todos los rivales más peligrosos que se interponían en su camino? Sí, Nixon había llegado al poder empleando los mismos métodos que Stalin, beneficiándose de los mismos apoyos. Porque había sabido colocar espías por todas partes, y los servicios secretos lo apoyaban; y también lo apoyaban los soviéticos, porque servía a sus intereses. Dado que, al fin y al cabo, era uno de ellos.

A estas alturas de la explicación, en general todo el mundo se echaba a reír ¿Nixon un rojo? ¡La última de Phil! Pero Phil insistía, alegando que bastaba con tomar en consideración esta tesis para que la verdad saltara a la vista. Desde el principio, Nixon trabajaba a sueldo del Partido Comunista y, ocultándose detrás de su fama de político conservador adquirida en la época del macartismo, obraba para convertir al país de la libertad en una criptocolonia de la Unión Soviética. Los ciudadanos estaban controlados, la delación organizada y, logro supremo mientras el *homo sovieticus* al menos era consciente de vivir en una prisión, el americano medio lo ignoraba. Gracias a esta superioridad, la dictadura nixoniana se acercaba al ideal que los nazis no habían tenido tiempo de realizar plenamente, y por el cual los rusos, imposibilitados por su atávica barbarie, se agitaban penosamente.

Dick no había leído a Solzhenitsyn, aunque sí había leído los artículos aparecidos en el momento del Nobel. Lo admiraba, sin poder evitar pensar que éste, en Rusia, lo tenía mucho más fácil, pues al menos a él le creían, ninguna persona razonable se hubiese negado a creerle. Mientras que a un Solzhenitsyn americano que dijera la verdad y denunciara los crímenes de Nixon como el otro los de Stalin ni siquiera hubiese sido necesario encerrarlo en un manicomio: todo el mundo lo tomaría por loco y nadie le haría caso. Había creído hacer una extrapolación al describir los Estados Unidos totalitarios de *Fluyan mis lágrimas, dijo el policía*, pero cuanto más pensaba en el libro, más veía en él su *Archipiélago gulag*: una obra profética, sobre todo si se piensa que mostraba una realidad invisible, inadmisible. Además, los que sabían, los criminales de Estado, no se dejaban engañar. Lo habían sometido a un control fiscal, lo habían perseguido, le habían robado; y, llegado el caso, no vacilarían en eliminarlo físicamente.

Como su homólogo soviético, vivía ahora en una pesadilla. Sus enemigos habían atacado y volverían a atacar. Sus amigos, que consideraban la casa del Eremita un escondite quemado, y algunos de ellos en especial, que muy probablemente no tenían la conciencia tranquila, se habían volatilizado. La policía, por su parte, lo trataba más como a un delincuente que como a una víctima. En cualquier momento podían aparecer y arrestarlo. Nunca más se oiría hablar de él. Si no lo mataban allí mismo, acabaría en un campo de concentración en Alaska.

Mientras ordenaba lo que quedaba de sus papeles en la casa vacía, sin música, en la que el mínimo rumor lo sobresaltaba, descubrió una invitación a la Convención de ciencia ficción de Vancouver, que iba a celebrarse en febrero. En tiempos normales se hubiese escurrido. Pero, en aquellas semanas funestas, la condición de huésped de honor y una estadía en el extranjero con todos los gastos

pagados representaban toda una perspectiva de futuro. Había que escribir un discurso, y él decidió que sería su testamento. Quizá moriría, pero no sin haber dicho fuerte y claramente lo que pensaba, como Solzhenitsyn en Estocolmo.

Era la primera vez en un año y medio que se sentaba frente a la máquina de escribir. Por fidelidad, o por no tener donde alojarse, Donna seguía visitándolo. Fue su musa y hasta se dejó convencer para acompañarlo a Canadá. Al lado de él, ella representaría la juventud rebelde, la esperanza de los Estados Unidos de la que Phil se aprestaba a cantar los elogios.

En la sociedad policial que veía insidiosamente afianzarse en su país, sólo los *freaks*, a su entender, podían ofrecer resistencia. Los partidos de oposición pactarían, como siempre, o se dejarían manipular. Los adultos seguros de sí mismos no pedían más que amar al Gran Hermano, trocar su frágil y falible humanidad por las certezas del androide, ese ciudadano modelo de los regímenes totalitarios. Si aún quedaba una esperanza de libertad, había que buscarla en el espíritu trasgresor de los más jóvenes: «Adelante —predicó Dick—. Hagan trampa, mientan, estafen, falsifiquen, traten de estar donde no los esperan, falsifiquen documentos, arrojen LSD en las cisternas municipales, construyan en sus garajes aparatos electrónicos que sean superiores a los que utilizan las autoridades. Si las pantallas de sus televisores los espían, modifíquenlas para que el siervo de la policía encargado de espiar los salones de sus casas reciba la imagen de su salón. Paguen las multas con billetes falsos, con cheques en blanco o con tarjetas de crédito robadas. Si un juez los condena, reemplacen las píldoras anticonceptivas de su hija por aspirinas. Suscríbanlo a revistas pornográficas. Utilicen el número de su tarjeta de crédito para hacer llamadas interminables a ciudades remotas, en otros planetas».

Donna debía asistir a la conferencia y estaba previsto que cuando ésta acabara Phil se volviera hacia ella y la invitara a levantarse. La representante de la juventud rebelde, chaqueta de cuero, botas y pelo negro sobre los ojos, atravesaría entonces el anfiteatro de la universidad británica de Colombia para unirse a él en el palco. Lo besaría en la boca delante de todos y le alcanzaría un porro que Phil encendería en medio de los aplausos. Este plan apaciguó un poco las noches en las que Donna se negaba a acostarse con él.

Desafortunadamente, el día de la partida Donna no apareció. Había revendido el billete que él le había regalado y desapareció. Viajó solo, con unas cuantas mudas de recambio en la maleta, una Biblia y su discurso que, después de la traición de Donna, le parecía absurdo.

A nosotros que, convertidos en virtuosos demócratas, enrojecemos por haber tratado de nazis a los miembros de la Compagnie Républicaine de Sécurité (CRS) en nuestra adolescencia y de dictador al pobre Pompidou, este discurso puede parecernos absurdo. Pero no tenía nada de sorprendente para su público, que escuchaba a diario discursos similares de boca de los radicales americanos. Ese mismo año Leary invitaba a «resistir contra la robotización en marcha», y consideraba que «disparar contra un robot policía genocida», o sea, contra un policía, constituía «un acto sagrado». Dick fue aplaudido como un alcalde que, durante una asamblea de agricultores, celebra la diversidad quesera de Francia y condena la burocracia de Bruselas. Ese homenaje distraído bastó para levantarle el ánimo. Fue entrevistado, lo fotografiaron, lo llevaron de paseo por la ciudad, que le pareció bonita, y le presentaron a unas jóvenes admiradoras que le parecieron más bonitas todavía. Lo llevaron a bailar a una discoteca. No lo dejaron solo ni un minuto. Donna, el robo y la amenaza fascista se esfumaron: había encontrado un remanso, un nuevo círculo de amigos que recibieron con incredulidad y entusiasmo la decisión que Phil tomó esa misma noche de rehacer su vida en Vancouver. Se emborracharon para festejar la noticia. Cada cual le dio su dirección y su número de teléfono, asegurándole que siempre sería bienvenido. Dick pertenecía a esa clase de personas que se toman en serio incluso las invitaciones más vagas. Terminada la Convención, como su habitación de hotel ya no estaba pagada, encontró refugio en la casa de un periodista que lo había entrevistado y cuya joven mujer, Susan, admiraba sus libros. Los primeros días, su humor y su fantasía encantaron a la pareja. Los hizo llorar de risa mistificando a un testigo de Jehová que había llamado a la puerta y que toda su vida se acordaría de ese gordo barbudo de ojos brillantes que le hablaba de entropía, de las leyes de la termodinámica y la transustanciación. Pero el apartamento sólo tenía dos habitaciones y la presencia de aquel hombre alto, que dormía en el sofá del salón, pronto se reveló embarazosa. Susan, aún estudiante, se quedaba en casa estudiando mientras su marido iba a trabajar al periódico. De modo que, pensó Dick, tener un poco de compañía no podía sino agradarle. Menos ansioso de cuanto decía por encontrar un apartamento, sólo aceptaba ir a visitar alguno si ella lo acompañaba. Eran las únicas salidas que hacía. El resto del tiempo, deambulaba por el salón, leía la Biblia, escuchaba música y cada cinco minutos llamaba a la puerta de la habitación en la que Susan se había encerrado para preguntarle si la música no estaba demasiado fuerte, si quería un café o si era interesante lo que estaba estudiando. Le cantaba con voz quejumbrosa el aria de Dowland que había convertido en su blasón musical:

Flow, my tears, fall from your springs. Exiled for ever, let me mourn...

Conmovidada en un primer momento, adulada de ser cortejada de un modo tan romántico, Susan se molestó después cuando Phil empezó a hablarle mal de su marido. Ofendido Por haber sido rechazado, Dick se volvió agresivo, suspicaz y manipulador. Cuando contestaba el teléfono en ausencia de los dueños de la casa se quejaba de ambos con los amigos de ellos, Susan y su marido tuvieron que empeñarse para ponerlo de patitas en la calle, así como, unos años más tarde, para confiar al biógrafo llegado a interrogarlos un testimonio nada severo sobre ese hombre al que seguían admirando: «Él vivía —concluyó sobriamente el marido— a un nivel de intensidad mayor que el de cualquier otro e insistía en que los demás se unieran a su universo. Pero nosotros, por nuestra parte, no podíamos».

Tampoco podían las distintas chicas de pelo negro que, en medio de la euforia de la Convención, le habían hecho prometer que las llamaría si se quedaba o regresaba a Vancouver En una mísera habitación de hotel, aferrado primero a su agenda después a la guía telefónica, Phil experimentó la amargura del CRS que, socorrista rompecorazonas en verano, regresa a París al terminar la estación con la esperanza de restablecer contacto con las conquistas burguesas hechas en la playa y descubre que todas tienen maridos, amantes o simplemente otras cosas que hacer. Muchas parecían molestas cuando descubrían quién las estaba llamando, como si después de la Convención hubiesen sabido algo desagradable sobre él, y naturalmente Phil sospechó de Susan. Algunas incluso no se acordaban, o fingían no acordarse de él: parecía que hubiesen leído *Fluyan mis lágrimas, dijo el policía*.

Una vez más, algo había fallado. Había creído encontrar el impulso para empezar, *nel mezzo del cammin*, otra vida y se hallaba solo en tierra extranjera. En el mejor de los casos, nadie se preocupaba por él, y en el peor... En el peor, lo habían atraído allí, lejos de su base, para acabar con él. El polizone de San Rafael le había dicho que se marchara a morir a otro lugar y él había obedecido. Unos días antes del viaje, cuando aún pensaba que viajarían juntos, se lo había comentado a Donna: «Al fin y al cabo estoy obedeciendo a ese polizone, estoy cediendo; ¿y si en el último momento decidiera no ir? ¿Y si les desbaratara los planes?». Donna, que lo conocía bien, le había dicho algo que lo impresionó: «Si no vas, irá algún otro, pronunciará su discurso y desde entonces ocupará el lugar de Philip K. Dick». Tal vez había ocurrido algo así. Quizá él no era él, sino el agente, o el androide, encargado de interpretar su papel. Durante la Convención había actuado a la perfección, tan bien que no sospechaba de nada; le habían implantado una memoria falsa, creía ser Philip K. Dick, el escritor subversivo, el apasionado de la teología, el donjuán empedernido. Y después había decidido quedarse. ¿Acaso esa decisión formaba parte del programa? ¿O bien, al tomarla, se había alejado del programa, para consternación de sus amos que desde hacía varias semanas intentaban

apoderarse de él, ya fuera para destruirlo, ya fuera para conducirlo al taller donde averiguarían cuál era el contacto que fallaba? Según la versión oficial del universo, él había abandonado, como estaba previsto, Vancouver. No era extraño que todos se comportaran como si no estuviera allí. Al aventurarse en un segmento de realidad de la que era el único habitante, se había transformado en un fantasma.

Aquí no quiero extrapolar. No dudaría en hacerlo si estuviese escribiendo una novela: estaría tentado, y lo he estado, de situar su desarrollo en las dos únicas semanas de las que se ocupará este párrafo. Estas dos semanas representan un agujero negro en la biografía de mi protagonista, y no creo que se pueda ser novelista y no soñar con hacer el propio nido en ese agujero: seguir a Agatha Christie en su misteriosa fuga, a Robespierre hacia Ermenonville, donde se retiró, según parece, en vísperas de Termidor, o a Cristo en el desierto. El tiempo transcurrido sin testigos se impregna de una magia sumamente novelesca. Y yo veo una diferencia abismal, raramente señalada, entre los que tienen el lujo, si lo desean, de cruzarse, durante una semana o seis meses, sólo con miradas extrañas, o sea la mirada de nadie, y los que se ven condenados por las obligaciones de la vida a la mirada permanente de sus familiares.

Glenn Gould decía que existe para cada uno una proporción óptima, y que muchas veces ignoramos, entre el tiempo transcurrido a solas y el que pasamos en compañía de nuestros semejantes. Él necesitaba días enteros para purificarse de una hora pasada con otros. Dick, por el contrario, tenía un miedo atroz al aislamiento. Su ideal era poder encerrarse en una habitación a trabajar, pero sabiendo que en la habitación contigua una mujer lo esperaba y velaba por él. Así pues, si por un lado es temerario conjeturar qué podía pasarle por la cabeza, por otro lado el biógrafo no halla ninguna dificultad en hilvanar los hechos de su vida, en saber dónde estaba tal o tal día y con quién. Cinco esposas y numerosos amigos pueden atestiguarlo. De ahí el misterio de estas dos semanas que, en una vida menos expuesta, hubiesen pasado inadvertidas.

Del mismo modo que muchas personas han sufrido un robo en su vida, otras han pasado solas unos días en una ciudad. Es muy probable —aunque nada permita confirmarlo— que Dick fuera la víctima de un robo banal, de esos que se registran por decenas cada día en la comisaría de un barrio periférico; también es probable que durante el mes de marzo de 1972 hubiese vagado a la deriva por Vancouver, que hubiera visto la televisión en las habitaciones de distintos hoteles y tomado pastillas a puñados, que hubiera hecho cientos de llamadas a chicas que lo mandaron al diablo, y es posible también que la Providencia no haya considerado

útil presentar todo esto a sus biógrafos. Pero no hay testigos, ni siquiera él: esas dos semanas, apenas transcurridas, o quizá mientras transcurrían, se borraron de su memoria.

El 23 de marzo, volvió a encontrarse. Como Jason Taverner en su libro, estaba acostado en la cama de una habitación de hotel revuelta. Llamó a Susan, la mujer del periodista, para anunciarle que estaba a punto de «apagar la luz». Ella le colgó el teléfono, molesta, sin entender el sentido de la alusión al texto de *Flow, my Tears*:

Down, vain lights, shine no more...

Pero él pensó que ella lo había entendido perfectamente y que su categórico rechazo quería decir: «Puedes reventar». Lo que no tardó en hacer absorbiendo setecientos gramos de bromuro de potasio. Se durmió. Un poco más tarde, al volver de nuevo en sí, vio en la palma de su mano izquierda un número de teléfono que la derecha, en algún momento, debió de haber garabateado. A tientas, consiguió marcarlo. Era un número de urgencias.

Siguieron unos días de hospital. En seguida lo sacaron del apuro, pero surgió el problema de saber dónde mandarlo después. El juró que no tenía ningún sitio adonde ir, que apenas saliera iba a volver a empezar, que era un toxicómano. ¿No había en Canadá centros de desintoxicación? Sí, claro, le respondieron, estaba X-Kalay, pero que no se hiciera ilusiones, no era cosa de broma: abstinencia absoluta, nada de fármacos para ayudar a resistir, vigilancia permanente. Perfecto, dijo Phil, es exactamente lo que necesito.

Sí, pero en X-Kalay sólo trataban a los heroinómanos.

Ningún problema, yo soy heroinómano.

Probablemente el médico debió de observar con escepticismo la corpulencia de su paciente, que efectivamente tenía pinta, de haber tomado todas las drogas del mundo, salvo la heroína. No obstante, hay hechos que confirman la influencia que Dick tuvo sobre el cuerpo médico: pesaba cien kilos, X-Kalay era precisamente un centro especializado en la desintoxicación de heroinómanos, o sea, de esqueletos ambulantes, y sin embargo, tras una entrevista con especialistas poco dados a las bromas, en seguida fue admitido.

Aparte del hecho de que se entra voluntariamente —e incluso, como en su caso, después de haber insistido mucho—, la ceremonia de ingreso en un centro «duro» de desintoxicación como X-Kalay no es muy diferente de la encarcelación de un prisionero. Se truecan los vestidos civiles por un pijama y unas pantuflas, y el propio apellido por un nombre arbitrariamente atribuido; uno es invitado a no hablar ni de su propio pasado, ni, en general, del mundo exterior; uno es despojado de su propia voluntad. No se puede hacer nada que no haya sido ordenado o esté controlado.

En virtud de una paradoja muy generalizada, Dick sintió un inmenso alivio al ser aceptado por una institución que se parecía al campo de concentración al que tanto había temido que lo mandaran. Celoso de su libertad en el pasado, ahora sólo pedía que alguien se ocupara de él. Decidían todo por él: la hora de levantarse, la de acostarse, la de trabajar y la de descansar, ¡qué alivio! Asimismo, él, que nunca había dejado de denunciar la vigilancia policial de la que se creía víctima, descubría ahora la nada en la que caemos cuando nadie nos mira. Sin testigos, dejaba de existir. Ya había sospechado eso, en los últimos meses de Hacienda Way, cuando creía temer y en realidad esperaba que la policía lo estuviera filmando. Aunque él nunca hubiese podido ver la película, aunque nadie la hubiese visto, ya era algo saber, o al menos sospechar, que existía en algún lugar, perdida entre toneladas de papeles inútiles y a la vez vitales, una prueba que establecía lo que él había hecho, minuto a minuto, durante todos esos días y esas noches que se habían borrado de su memoria. Claro, tamaña prueba sólo atañía a los gestos y las palabras de una máquina humana llamada Philip K. Dick. Los pensamientos le huían, pero él hubiese dado cualquier cosa por saber si había realmente firmado o no aquellos cheques que, al examinar el extracto de cuentas, no recordaba, o si había respondido de mal modo a las llamadas de personas bien intencionadas que se lo habían reprochado después: debía de ser algún drogadicto que vivía en su casa y que quería hacerse el chistoso haciéndose pasar por él, afirmaba para defenderse pero sentía que no le creían y él tampoco estaba seguro de lo que decía. Por supuesto, el colofón a esa película habría sido el robo de su casa, del que creía culpable a la policía de Nixon y del que no sólo la policía, sino también algunas de las personas bien intencionadas anteriormente citadas lo creían culpable a él: para hacer desaparecer papeles que el fisco estaba a punto de pedirle o para hacerse el interesante, o bien en un momento de locura... Nixon o él: suponiendo, primero, que la película existiese y suponiendo, en segundo lugar, que nadie hubiera manipulado la película, sólo esas imágenes hubiesen podido establecer la verdad, y él rogaba para que un día se las dejaran ver.

En X-Kalay no lo filmaban, pero tampoco lo dejaban solo siquiera un instante. Se dormía en habitaciones comunes, las duchas eran en grupo, y dentro del baño había que dejar la puerta entreabierta.

Durante la primera semana, los baños fueron su universo. La limpieza de los lavabos era considerada una tarea adecuada a las necesidades y capacidades de los últimos en llegar. Cuando él llegó, eran dos los encargados de limpiarlos, y había tres baños, uno en cada planta, lo que permitía hacer rápidamente el trabajo. Como decía el guardia que les había dado cubo, trapo y escoba: «Lo importante no es hacerlo, sino hacerlo bien y sentirse orgulloso de ello». Dick, obediente, limpió los retretes con la minuciosidad de un restaurador de cuadros. Lograba dedicarse plenamente a este trabajo y hacerlo durar sin perderse en él: al cabo de una o dos horas dedicadas al mismo váter, sabía detenerse, decidir que había terminado con él y que había que pasar a otra cosa. Este comportamiento revelaba un equilibrio poco común en X-Kalay. Su compañero, por ejemplo, nunca terminaba una tarea. Si le asignaban la tarea de limpiar una pared de azulejos, se lanzaba a hacerlo, pero al cabo de unos minutos se topaba con un obstáculo invisible y volvía al punto de partida. Empezaba de nuevo y volvía a quedarse bloqueado, exactamente en el mismo lugar, como un disco rayado. Así podía pasar un día entero. Dick hubiese querido ayudarlo, pero ¿a hacer qué? Podía terminar la pared en su lugar, pero no podía fertilizar el caos vitrificado en el que la droga había transformado su cerebro. Nada nuevo podía encontrar en él porque aquel cerebro estaba muerto, aunque biológicamente el hombre estuviera vivo. Esas manos, esos ojos y esa lengua cumplían con sus funciones, pero la persona que se servía de ellos había desaparecido. Sólo quedaba una máquina de reflejos, que repetía las últimas instrucciones: «Vuelve a intentarlo, vuelve a intentarlo», como un loro. En general, se piensa que los loros no entienden nada de lo que se les hace repetir, razón por la cual, Jerry, un ex inquilino de Hacienda Way, había encontrado divertido enseñarle al suyo la frase: «No entiendo nada de lo que me hacen decir». Pues bien, por alguna razón, el loro, que sin embargo era obediente, nunca había podido o querido repetirla. Un equivalente de esa furtiva disgresión fuera del programa circular al que se limitaba su vida psíquica se produjo cuando el compañero de Dick alzó hacia él una mirada vidriosa y, en lugar de repetir la última frase que le habían dicho, preguntó quejumbrosamente: «¿Por qué no puedo?».

Dick se sobrecogió. Parecía una escena de esas películas de discapacitados llenas de pasión y esperanza, como *Milagro en Alabama*, en las que de pronto descubrimos que el niño sordo oye y que la tetrapléjica puede caminar. Pero cuando intentó hablarle, el otro siguió repitiendo: «¿Por qué no puedo?», hasta que

Phil se preguntó si, sin pensarlo, sumido en sus pensamientos como estaba, no habría sido él quien la había pronunciado. Por lo demás, ¿qué respuesta darle? «No puedes porque tienes el cerebro irremediablemente quemado.» Valía más tirar de la cadena, y como respuesta era más elocuente.

Para una persona aún en fase de desintoxicación, el tratamiento de X-Kalay tenía sus virtudes, entre las cuales se encontraba la de acabar con toda idea romántica acerca de la droga. Los irrecuperables servían de ejemplo a los demás, mancomunados en el odio histérico hacia lo que por poco la adicción había hecho de ellos. Entre los que se recuperaban, muchos temían volver a caer una vez en el exterior, y se quedaban en X-Kalay trabajando como guardias y destacándose por su brutalidad. Este personal enteramente compuesto de arrepentidos pensaba sin duda luchar contra el pecado y no contra el pecador, pero, como el pecado había devorado a una gran cantidad de pecadores, trataban a éstos con la misma decidida hostilidad, desprovista de sentimentalismo, como la del profesor Van Helsing con los hombres transformados en vampiros: desde luego, el hombre es digno de compasión, pero es necesario saber que, a pesar de las apariencias, él ya no existe; sólo queda el vampiro, al que hay que suprimir toda posibilidad de hacer daño.

El odio por la droga regía este universo, como la obsesión por procurársela había regido el mundo en el que Dick había vivido desde que Nancy se marchara. Camaleón, como siempre, Phil adoptó en seguida el nuevo sistema de valores, convirtiéndose en su defensor más elocuente durante las sesiones de expresión colectiva. Cada uno podía decir lo que se le pasara por la mente, y se intercambiaban sobre todo insultos muy duros, de modo que Dick ni se inmutaba cuando era tratado por todos de *chupavergas*, *culo roto*, *pedazo de mierda*, *residuo de bidet* o *verga sifilítica*. Le costó más aceptar los insultos relacionados con su hermana; los otros lo advirtieron y los redoblaron: «¿Y tu hermana?, ¿te has acostado ya con ella?». Pero Phil marcó un punto decisivo, respondiéndole a un tarado que lo torturaba: «Da igual. Pasaré otra vez el jueves». La ocurrencia provocó risas, al menos en aquellos que todavía podían reírse y que comprendieron la alusión a una historia contada poco tiempo antes: era de un tipo, que otro tipo había conocido, y que un día iba a visitar a un viejo amigo. Le pregunta a las personas que encuentra frente a la casa de su amigo si puede ver a León: «Ay —le dicen—. Lo sentimos mucho, pero León ha muerto». «Da igual —responde el tipo—. Pasaré otra vez el jueves.»

Desde entonces, cuando alguien en X-Kalay no entendía lo que le decían, no quería responder o simplemente no encontraba el rollo de papel higiénico que le

habían mandado buscar, se zafaba diciendo: «Da igual. Pasaré otra vez el jueves», y la paternidad de esta réplica, convertida ya en ritual, era implícitamente atribuida a Dick. Cuando, como cada semana, se hizo la lista de las contribuciones de cada participante a las sesiones de expresión colectiva, le reconocieron el mérito de haber aportado su humor. A pesar de su penosa condición personal, había conservado, observó un médico, el don de ver el lado cómico de las cosas. Lo aplaudieron. Phil saludó y repitió como un loro: «Da igual. Pasaré otra vez el jueves».

16

El invierno del alma

Al cabo de dos semanas decidieron que ya había fregado bastante los retretes y, como regía el principio de aprovechar al máximo las capacidades de cada uno, Dick acabó frente a una máquina de escribir. En un *curriculum vitae*, la actividad que desarrollaba hubiese podido ser etiquetada de «relaciones públicas». Redactaba los informes sobre las actividades de X-Kalay, seleccionaba los artículos de prensa relacionados con el problema de la droga y escribía cartas en las que solicitaba la generosidad de eventuales donantes. En sus ratos libres, desarrollaba una teoría sobre el funcionamiento del centro que, según él, albergaba un laboratorio clandestino en el que se fabricaba heroína. La misma mano distribuía el veneno y el antídoto. El objetivo era crear un nuevo tipo de individuo: sumiso y alienado, el androide-ciudadano de la sociedad del futuro. La organización lo convertía en un esclavo, primero volviéndolo adicto a la droga, y después, de manera más sutil, salvándolo de ella, enseñándole a odiarla y a amar al amo, el único que podía protegerlo de ella. Y él, Dick, se había convertido en uno de los engranajes de esa maquinaria: un espléndido punto de observación.

Ataviado con una bata blanca, recorría los pasillos con desenvoltura y empujaba todas las puertas con la esperanza de dar con el laboratorio clandestino. Sus sospechas no le impedían, cada vez que se encontraba con alguien del personal, expresarle su gratitud con calidez y sinceridad: por primera vez en su vida se sentía útil; había encontrado una familia; si se lo hubieran permitido, se habría quedado toda la vida en X-Kalay, para dar lo mejor de sí mismo a esos pobres drogadictos, sus semejantes, sus hermanos.

A los amigos respetables que le quedaban en Estados Unidos, los anteriores a

Hacienda Way, les exponía ese programa de redención en cartas fervorosas, que resultaban más desconcertantes aún puesto que les llegaban un mes después de otras que contenían verdaderas llamadas de auxilio, lanzadas en las horas más sombrías de la desilusión canadiense, y que sucedían a las del anuncio triunfal de su traslado a Vancouver. Algunas respuestas a esa sucesión disparatada de cartas hallaron el camino de X-Kalay después de muchos rodeos. Como la de la novelista Ursula K. Le Guin, la cual, aunque deplorara que Dick no supiera adonde ir, se negó rotundamente a que se instalara en su casa. Sin conocerla, Phil le había enviado una carta desde la casa de la joven pareja a la que envenenaba la vida, en la que le detallaba sus desgracias, le ofrecía sus servicios de huésped o, en cualquier caso, de coinquilino modelo, y en la que finalmente pretendía desmentir los rumores que sospechaba que corrían sobre su persona y que lo pintaban como un paranoico insoportable. Otras peticiones de hospitalidad, dirigidas en términos patéticos a personas con las que había coincidido solamente una o dos veces en su vida y que casualmente figuraban en su agenda, no recibieron respuesta. A la mayoría de ellas no recordaba haberles escrito. De modo que le sorprendió recibir una carta de un tal McNelly, un profesor apasionado de ciencia ficción que en el pasado lo había invitado en vano a dar una charla a sus estudiantes de la universidad de Fullerton, California del Sur. McNelly se declaraba dolido de saber que su autor preferido sentía nostalgia de su país, y a la vez muy feliz —y un tanto sorprendido— de que se hubiese acordado de él en un momento tan difícil. La comunidad universitaria y el reducido círculo de apasionados de la ciencia ficción de Fullerton lo acogerían con los brazos abiertos; quizás él podría honrar a la biblioteca donándole lo que, después del robo, le quedaba de sus manuscritos... Por último, dos estudiantes, o más precisamente dos mujeres estudiantes, admiradoras de su obra y a las que el profesor les había leído su carta, estaban dispuestas a brindarle consuelo y hospitalidad.

Esta perspectiva volvió de repente menos atractiva para Dick la idea de una vida dedicada a lavarle los pies a los enfermos y redactar informes contra la droga en un país tan frío como Canadá. Un mes de abstinencia y de trabajos domésticos lo habían más o menos ayudado a restablecerse físicamente. El día que recibió la carta, llevó el pijama a la lavandería, recuperó la ropa, firmó una declaración de responsabilidad y tomó un vuelo hacia Los Ángeles prometiendo que pasaría otra vez el jueves.

Al descender del avión, hacía pensar más bien en un hombre que se ha caído del tren y que ha tenido que arrastrarse por las vías para llegar a la estación. Un hombre sin ímpetu, movido no ya por un proyecto, sino por un incierto y residual

instinto de conservación. Un hombre acabado, ésa fue la impresión que causó a la comitiva de recibimiento integrada por las dos chicas, no tan lindas por desgracia, a las que había conmovido con su petición de auxilio, y por un simpático joven que quería escribir ciencia ficción y se llamaba Timothy Powers.

No hubo que esperar el equipaje: una maleta pequeña y abollada, atada con una cuerda, un impermeable y una Biblia en la mano, aquello era todo lo que llevaba. Para disipar la incomodidad provocada por la visión de aquella miseria, Powers hizo una broma sobre las ventajas de viajar sin peso. Con una voz sorda, Dick se lanzó en un monólogo sobre el robo: no le quedaba nada más, lo habían desvalijado, etcétera. Después, a través de la ventanilla del coche, vio desfilar las autopistas de los interminables suburbios que se extienden al sur de Los Angeles. Cuando un cartel les indicó que entraban en el condado de Orange, feudo de Nixon y símbolo, para un habitante de Berkeley, de una infamia política casi sobrenatural, Phil rió socarronamente. No sospechaba que pasaría allí los últimos diez años de su vida.

Durante las primeras semanas se dejó tratar como un soldado que regresa aturcido del frente. Cuando estaba solo, le daban ataques de pánico: cada coche que pasaba lentamente por su calle le parecía sospechoso, controlaba las antenas de radio tratando de identificar las emisoras y consultaba el *I Ching* para saber quién, de sus nuevos amigos, era un agente de las fuerzas que conspiraban en contra de él. Por suerte, rara vez se quedaba solo. Se encontraba rodeado de gente. Como sucede muchas veces, su reputación había aumentado desde que había dejado de escribir, convirtiéndolo en lo que aún no se conocía con el nombre de autor de culto. Gracias al profesor McNelly, había sido acogido por un círculo de sacerdotes de ese culto, los cuales no salían de su asombro de poder codearse con el autor de *El hombre en el castillo*. Integrado, una vez más, por gente muy joven, aquel grupo no se parecía en absoluto al de los *freaks* de Hacienda Way. La droga sólo existía en la versión benévola del porro que provoca risas y hace apreciar mejor la música. Las conversaciones, informales, no eran por eso menos culturales. Se intercambiaban visitas, de un apartamento a otro, y se improvisaban cenas con grandes ensaladas en las que mezclaban todo lo que les caía entre manos. Todos estaban secos, pero aquello no tenía nada que ver con la miseria sórdida del mundo de la droga: era una amable y confiada *bohème* de estudiantes y artistas en ciernes que trabajaban a media jornada. El ambiente hubiese podido recordarle Berkeley y su juventud, si en Berkeley él no hubiese sido tan asocial. La vida de grupo, de pandilla de amigos, que la mayoría de las personas conoce al dejar atrás la adolescencia, sólo la había conocido más tarde, y se había transformado en una pesadilla. Era agradable descubrirla a los cuarenta y cuatro años, en una versión tranquila y soleada, hecha

de noches en el cine, de paseos en coche y de visitas a las tiendas de discos de segunda mano.

Para recuperarse del todo necesitaba una mujer. Los chicos y las chicas que lo rodeaban formaban parejas sin dificultades ni libertinaje. Sólo él seguía estando solo. Al llegar había conocido a una tal Linda, cuyo nombre y cuyas mejillas de niña le recordaban a su nuevo ídolo, la cantante Linda Ronstadt, a la que bombardeaba con cartas de fan enviadas a su productora discográfica. Oficialmente, Phil «salía» con Linda, pero sólo en el sentido literal de la palabra, es decir, que iban juntos al cine, charlaban hasta tarde y ella le hacía de chofer: él aún no tenía coche, algo que en Los Angeles representa un serio inconveniente.

Linda sólo tenía veintiún años y, como Nancy en el pasado, salía de una adolescencia problemática. Se sentía adulada por el interés que le mostraba ese hombre brillante, cultivado, que hubiese podido ser su padre y que gozaba de la admiración de todos los que lo rodeaban. Se notaba que había vivido, que había pasado por momentos difíciles. A pesar de su barriga, seguramente no hubiese encontrado mayores dificultades para seducirla, jugando con la gran experiencia que ella le atribuía.

Pero Dick empleó otra táctica.

Una noche, la llevó a cenar con Harlan Ellison y con otro escritor de ciencia ficción: una reunión de adultos, en la que Linda se sentía muy feliz de poder participar. Antes de entrar en el restaurante, Phil le entregó con solemnidad una carta de cuya respuesta, dijo, dependía su vida. Después no le prestó atención durante toda la cena, que pasó intercambiando bromas de mal gusto con sus colegas, bromas hechas a medida para incomodar a una chica tímida e insegura en esa situación. Linda se refugió en el baño a llorar y abrió el sobre. La carta, muy larga, la dejó estupefacta. Le decía que la amaba, que quería casarse y vivir con ella. Si ella no lo aceptaba, él moriría, el mundo a su alrededor se desplomaría, como en *Ubik* (al estar rodeado de admiradores, se había acostumbrado a citar sus obras como si todo el mundo las conociera). Sí, ella era para él como el benéfico Ubik: el camino, la verdad y la vida. ¿Deseaba que viviera o que muriera? O, en términos más generales, ¿estaba a favor de la vida o de la muerte?

«A los cielos y la tierra llamo por testigos, que te he puesto delante la vida y la muerte. Elige pues» (Deuteronomio 30, 19).

Elige, Linda.

Linda regresó a la mesa confundida. Nadie le hizo caso. Pero, una vez en el coche, él la miró con gravedad, imponente detrás de su barba gris, y le dijo: «¿Y bien, Linda?». Linda farfulló. El dedujo que la respuesta era no, y con una voz súbitamente estridente, comenzó a tomarle el pelo. ¡Qué tonta era si se había tomado en serio esa carta! Un día ella le había dicho que nadie la había pedido en matrimonio, pues bien, ahora alguien lo había hecho. No estaba mal como broma, ¿no es cierto?

El viaje de regreso fue siniestro. Linda lo depositó frente a su casa sin decirle una palabra. Sin embargo, volvieron a verse. Phil retomó, como si nada hubiese pasado, esa manera de cortejar de adolescente susceptible, un día arrogante y al día siguiente suplicante, que, en un hombre maduro, daba a Linda la impresión de una monstruosa comedia. Aunque ignorara lo que él decía de ella, Linda advirtió que estaba convirtiéndose en el hazmerreír del pequeño clan, donde la trataban de seductora. Maleable y desorientada, llegó a acusarse a sí misma, a decirse que, si aceptaba tarjetas en las que, debajo de un corazón atravesado por una flecha y con las iniciales de ellos encima, él había pegado la definición de la palabra masturbación recortada de un diccionario, era por falta de madurez. No sólo la convenció para que participara con él en unas sesiones de terapia conyugal, cuando ni siquiera se habían acostado juntos, sino que además llegó a responsabilizarla de todos los problemas de la «pareja». Por no decir nada del mal que ella le hacía: tenía que estar realmente enamorado para soportar los embates de su neurosis y frecuentar a su lado a esos chiflados. Precisamente él, que nunca en su vida había tenido, ni quería tener nada que ver con los psiquiatras. (Cuando unos cuantos años más tarde Linda se enteró de que los había consultado desde los catorce años y que incluso muchos de sus admiradores lo consideraban tocado de la cabeza, sintió un profundo alivio: no estaba loca.)

El calvario de Linda terminó cuando, en una fiesta, Phil conoció a Tessa, que aceptó pasar la noche con él y desde la mañana siguiente se instaló en su apartamento. Al comienzo, tamaña disponibilidad le hizo pensar que Tessa también trabajaba a sueldo de sus enemigos. Éstos, conociendo su tipo preferido de mujer, habían hecho bien las cosas: Tessa era pequeña, tenía el cabello largo y oscuro, un cuerpo grácil y blando, entrenado por la práctica del kung-fu. Nunca había encontrado a una persona tan maravillosamente empática.

Como ella no tenía entusiasmos literarios, Phil ejerció con ella su pasión por teorizar limitándose a dos temas: el robo, del que cada día encontraba una nueva explicación, y su vida sentimental, donde se enfrentaban, según él, dos tropismos.

El primero lo había empujado hacia mujeres tiránicas, castradoras, y esquizoides, como Anne, el segundo hacia dulces y frágiles chicas de cabello oscuro. Por desgracia, la mayoría de estas últimas se revelaban también, como Nancy o recientemente Linda, tiránicas, castradoras y esquizoides. Pero esta vez, se repetía para sí, para los que lo rodeaban y se lo hacía repetir al conciliador *I Ching*, esta vez era la buena: había escapado de la repetición. Después de haber errado tantos años, había llegado a buen puerto, había encontrado en Tessa el arquetipo de la chica de cabello oscuro, cuyas numerosas falsificaciones antes lo habían engañado: cálida y humana, capaz de amar a un hombre por lo que era y no por aquello en lo que hubiese querido transformarlo.

A él le gustaba mirarla, en leotardos, haciendo gimnasia: gestos lentos y precisos, respiración tranquila. Le gustaba salir de compras con ella, ver la televisión con ella, escuchar música con ella. Le gustaba leerle en voz alta algunos capítulos del *Quijote* que Tim Powers les había regalado. Le gustaba que le llevara la comida a la cama, los días en los que él no se sentía con ánimos para levantarse. No le gustaba que ella se alejara de él ni siquiera un minuto.

En otoño, Tessa quedó embarazada. Para tener algo que dedicarle, y para ganar dinero, recuperó el manuscrito de *Fluyan mis lágrimas, dijo el policía* y decidió terminarlo. Como ya no tomaba anfetaminas, ya no podía escribir con la rapidez de antes, de modo que el trabajo lo ocupó varios meses, durante los cuales la investigación sobre un robo que se había producido en Washington el verano anterior dio un vuelco inesperado.

La historia, al comienzo, parecía banal: una jugarreta de esas que inevitablemente se hacen en época de elecciones y, aunque los asaltantes arrestados en los locales del Partido Demócrata reconocían tener vínculos con el comité para la reelección del presidente, el incidente no le había impedido al presidente ser triunfalmente reelegido en noviembre. Asqueado, Dick apagaba la tele cada vez que oía hablar de política. Le volvió la curiosidad cuando al comienzo del año siguiente se abrió de nuevo el proceso a los siete asaltantes del Watergate, que toda la prensa, siguiendo el ejemplo del *Washington Post*, calificaba ahora de «fontaneros». La palabra tuvo en aquel momento un éxito fabuloso. Sintetizaba con amenazadora trivialidad todo lo que durante ese proceso, y durante las audiencias televisadas de la comisión Ervin después, Estados Unidos descubrió sobre la metodología de sus dirigentes: las escuchas telefónicas, las pesquisas ilegales, el uso de fondos reservados, las conspiraciones de FBI contra aquellos que el

vicepresidente Spiro Agnew llamaba «gamberros políticos» y las exacciones de la CIA en territorio federal. Poco a poco tomó cuerpo la idea de que desde finales de los años sesenta una amenaza se cernía sobre las libertades civiles garantizadas por la mejor constitución del mundo.

Cada nueva revelación aumentaba el prestigio de Dick entre sus amigos de Fullerton: ¡él lo había dicho! Se habían reído de él, lo habían tratado de paranoico. También habían sonreído cuando, por enésima vez, él atribuía el robo de su casa a unos servicios tan secretos que nadie había oído hablar de ellos. Pero ahora sí se hablaba de ellos; es más, sólo se hablaba de ellos, y había que admitir que Phil tenía razón.

Pero él, ante la sorpresa general, sentía una moderada satisfacción. A don Quijote no le gusta que se insista en querer ver molinos de viento allí donde él sabe que hay caballeros armados, pero menos le gustaría si todo el mundo, deliberadamente, le diera la razón. Y a Dick nunca le había gustado que en una discusión los otros compartieran su opinión: enseguida la cambiaba. Cuanto más alababan sus amigos su clarividencia, más evasivo y misterioso se volvía él, como si ahora que habían abierto los ojos los considerara todavía más ciegos. Cuando lo interrogaban con avidez sobre su nueva novela, imaginando una bomba dirigida contra Nixon, Phil se encogía de hombros diciendo que aquello era agua pasada, que ahora le incumbían otros asuntos más urgentes.

En la primavera de 1973 se consagró a la que debía ser su gran obra, la suma de sus experiencias en el mundo de desconciertos y traiciones en el que había caído desde que Nancy se marchara. Los libros sobre la droga que había escrito antes le parecían ingenuos. No conocía aún, en esa época, el mundo de la droga. Pero ahora que había conseguido salir de él, podía testimoniar.

Se puso a escribir *Una mirada a la oscuridad*, en un estado parangonable al de Dostoievski decidido a dar, en *Los poseídos*, la lección de la utopía terrorista que lo había mandado a la cárcel después de un simulacro de ejecución. Pensaba dedicar el libro a Donna y a los amigos de Hacienda Way y de X-Kalay, algunos ya muertos, otros transformados en vegetales o en monolitos de terror eterno. Después de pasar tantos años jugando al toxicómano subversivo y de tanto encomiar a Leary, tenía una opinión tan contraria a cualquier tipo de droga, que pensaba añadir a la ya bien nutrida lista de personas que figuraban en la Dedicatoria al fiscal general Richard Kleindienst, como homenaje a su lucha contra los traficantes. La idea scandalizó a sus amigos: Kleindienst era más o menos un equivalente a nuestro Raymond

Marcellin, y Dick se conformó, cuando Kleindienst fue invitado a presentar su dimisión junto a Haldeman y Ehrlichmann, los más estrechos colaboradores de Nixon, con enviarle unas cartas de consuelo que, en caso de haberle llegado debieron de haberlo dejado bastante desconcertado.

Escribía de noche, mientras Tessa dormía. Todo lo que había vivido en aquellos momentos de confusión y desconcierto volvía a aflorar: las conversaciones interminables, el placer de los momentos pasados juntos, la desconfianza, las bromas que se repetían inútilmente o se hacían pesadas, las sonrisas sarcásticas y las risitas idiotas, los momentos de ausencia, los ataques de terror, las tardes pasadas buscando una cosa que tenían justo enfrente, el temor a la policía, los vacíos de memoria, esa sensación de una película que no acaba nunca, con inquietantes pequeñas variaciones que se intuyen pero no se consiguen identificar. El equipo de música, que escuchaba con los auriculares puestos, pasaba y volvía pasar Linda Ronstadt y las *Lacrimae* de Dowland. Las anfetaminas, como había temido, no le faltaban. Y, muchas veces, al romper el alba, Tessa lo encontraba inmóvil frente a su escritorio, con los ojos abiertos, perdidos y llenos de lágrimas.

Sabía que, para poder venderla, tenía que escribir una novela de ciencia ficción. Tratándose de un material tan realista, esta constricción le pesó un poco, aunque también le inspiró un acierto.

Bob Arctor, el héroe de la novela, el drogado en cuya bicoca infame cohabitan la mayoría de los personajes del libro, trabaja en realidad bajo el nombre de Fred para la brigada de estupefacientes. Poli devorado por su disimulo o *freak* convertido en delator, difícil saberlo, pero el caso es tan común que la policía, para proteger a sus auxiliares de los agentes secretos de narcóticos infiltrados entre sus filas, les impone un anonimato favorecido por la invención de un «monotraje mezclador». Esta membrana ultradelgada, que se ajusta en torno al cuerpo de poli para cualquier contacto con sus superiores, está conecta a un ordenador miniaturizado cuyos bancos de memoria contienen hasta un millón y medio de representaciones fisonómicas parciales de diversas personas. El ordenador, al recorrer los bancos de memoria, proyecta todas las variantes posibles de color de ojos o cabellos, formas y tipos de narices, dentaduras configuraciones de las estructuras óseas faciales, de modo que toda la superficie de la membrana adopta cualquier característica física que se le proyecta durante un nanosegundo y después pasa a la siguiente. La voz es sometida al mismo tratamiento, lo cual hace imposible distinguir, identificar o grabar a un individuo dotado de un «monotraje mezclador», que gracias a la incesante actividad informática se convierte en un perfecto don nadie.

La trama del libro se decanta cuando sus superiores encargan a Fred que investigue a Bob Arctor, o sea, aunque ellos lo ignoran, que se autoinvestigue. Dócil, Arctor esconde en su casa cámaras y grabadoras que funcionan continuamente. Era el sueño de Dick, pero no sólo el suyo: el 16 de julio de 1973, en uno de los momentos cruciales del Watergate, un asiduo de la Casa Blanca reveló que, desde hacía muchos años, el presidente grababa todas sus conversaciones sin que sus interlocutores lo supieran. Apenas resonaba una voz en el despacho oval, las grabadoras se ponían en marcha. Este episodio, que horrorizó a los Estados Unidos, no asombró mucho a Dick y hasta despertó en él una corriente de simpatía por su viejo enemigo. Lo que para la opinión pública era una técnica de extorsión, para Phil era el signo de una inquietud que él conocía bien: Nixon, en su opinión, no quería conservar un rastro de lo que decían los que lo visitaban, sino de lo que podía llegar a decir él. Se espiaba a sí mismo tanto como espiaba a los demás. ¿Escuchaba esas grabaciones o le bastaba con saber que existían? ¿Se grababa a sí mismo mientras las escuchaba? ¿Imitaba a Arctor, que, cada dos o tres días, se pone su «monotraje mezclador» y se instala frente a la batería de pantallas a rendir cuentas de lo que ha sucedido y sucede en su casa? El problema es que había veinticuatro horas de película para ver, y que aunque pudiera permanecer las veinticuatro horas del día sin dormir, frente a los monitores, no hubiese sido suficiente, ya que él tenía que ser uno de los protagonistas de la película, y tenía que pasar buena parte del tiempo *dentro* de la pantalla y no frente a ella. Para salir de este apuro, Arctor decide renunciar a un análisis exhaustivo y realiza un sondeo, como suele hacerse para dar con una escena precisa de una película en un videocasete: una lectura rápida, una ojeada por aquí, otra más adelante. De una conversación entre drogadictos se pueden seleccionar, sin que por eso se pierda mucho, dos minutos cada tres horas: siempre los encontraremos en el mismo punto. Las escuchas telefónicas, en un estado policial, funcionan según el siguiente principio: se graba a todos, y ante la falta de personal —pues el servicio no puede reclutar a todo el mundo— se escucha al azar lo que sea. Pero esto no basta para tranquilizar a Arctor. ¿Y si la información decisiva se encontrara en una de esas secuencias que se ha saltado? La duda lo mortifica, pues esas informaciones no están relacionadas con cualquiera sino con él mismo, y esa sospecha le inspira una curiosidad cada vez más devoradora.

¿Qué hace Bob Arctor —se pregunta Fred— cuando está solo y cree que no tiene testigos? ¿Acaso es, como algunos sospechan un pez más gordo de lo que parece en el mundo de la droga?

¿Qué hace el presidente? —se preguntaba sin duda Richard Nixon—. ¿Trabaja para Moscú? ¿Ha financiado el escándalo del Watergate? ¿Ha manipulado

la cinta que lo prueba? ¿Existe otra cinta donde se lo ve mientras la falsifica?

¿Qué hacía Philip K. Dick —se preguntaba Philip K. Dick— mientras desvalijaban su casa de San Rafael?

Cuanto más reflexionaba, menos inverosímil le parecía la versión de la policía según la cual el robo había sido maquinado por él. No se acordaba de eso, pero esto no probaba nada. Sus amigos, después de haber sospechado de él, descartaban ahora de manera demasiado unánime esa sospecha como para que él no la recuperara. Ante la falta de pruebas filmadas o la imposibilidad de acceder a ellas, se resignaba a que la verdad siguiera ocultándosele, y se preguntaba sobre todo en qué medida la capacidad de considerar fríamente semejante hipótesis reflejaba el estado de su equilibrio mental. ¿Había dado otro paso hacia la locura o había adquirido suficiente lucidez como para tomar por fin conciencia de sus locuras anteriores?

Aunque sabía que esto no probaba nada, se sentía sin embargo más lúcido que en el pasado. En el momento en que la paranoia se convertía en la pasión más compartida de los Estados Unidos, él renunciaba a la suya, como un esteta abandona una exquisitez que se ha democratizado y, reduciéndola a un símbolo, trataba de reconstruir su etiología. Y así como antes creía haber identificado el motivo cuya repetición, hasta el encuentro con Tessa, había transformado su vida amorosa en un prolongado desastre, descubría ahora el motivo que había regido su vida intelectual y psíquica.

Siempre se había negado a aceptar, con todo su ser, la idea de que el azar fuera el motor de lo que le sucedía, una danza de electrones sin un coreógrafo o una serie de combinaciones aleatorias. Para él, todo tenía que tener un sentido. Había vivido y explorado su vida según este postulado. Ahora bien, a partir de la idea de que existe un significado oculto en todo lo que sucede, caemos fatalmente en la idea de que también existe una intención. Cuando alguien intenta ver su vida como una trama, pronto ve también en ella la ejecución de esa trama y acaba preguntándose quién la ha tramado. Esta intuición, que todos más o menos compartimos, más o menos vergonzosamente, alcanza su plenitud en dos sistemas de pensamiento: el de la fe religiosa y el de la paranoia. Y Dick, por haber experimentado los dos, dudaba cada vez más de que existiera alguna diferencia entre ambos.

Desengañado, ya no quería creer que lo real encubriera algo más, como un tapiz del cual, al coserlo, sólo vemos el reverso, pero cuyo anverso nos será

revelado un día, en la gloria. Se había embebido demasiado con las patrañas de san Pablo y *Winnie the Pooh*: «Ahora vemos borrosamente en un espejo, pero un día veremos y seremos vistos cara a cara... Nos encontraremos en otro lugar del bosque, siempre habrá un niño con su oso...». Había llegado el momento de compartir la áspera sabiduría de Lucrecio: «No sentiremos nada porque ya no estaremos», no habrá nadie para ver, cara a cara, a plena luz, y lo que ahora creemos ver borrosamente en un espejo, no es más que nuestro reflejo deformado por el miedo a la muerte y el miedo de haber sufrido sin razón. Aunque este materialismo sea considerado en las agnósticas sociedades modernas como la expresión oficial del sentido común, Dick sabía que pocos hombres, en el fondo de su corazón, se resignan verdaderamente a él, puesto que contraría sus deseos. Deseamos creer en algo a pesar de todo, deseamos encontrar un sentido. Él había aprendido a su propia costa adonde llevaba eso: su deber ahora consistía en advertir a sus semejantes.

Cuando acudían a entrevistarlo, hacía alarde de esta nueva teoría de lo real según la cual todas las teorías acerca de lo real son vanas, falsas o puramente sintomáticas. Lo real es simple, eso es todo, compacto y estúpido como una piedra. No hay ningún significado oculto. Necesitamos observar sus repeticiones y extraer de ellas algunas reglas para funcionar en nuestra vida diaria, pero es necesario limitarse a eso, admitir que la mayoría de los hechos acontecen porque sí. Con la misma vehemencia con la que los viejos estalinistas y los sacerdotes que han colgado los hábitos denuncian a sus respectivas iglesias, Dick daba miles de ejemplos de los errores a los que lleva la obsesión por buscar un sentido a lo que no lo tiene. Una chica que conocía estaba convencida, basándose en sus estudios bíblicos, de que Cristo vivía en el centro de la Tierra, en un ataúd de cristal que servía para protegerlo de los magos. Él mismo, bajo la influencia de un hombre tan brillante como el difunto obispo Pike, había creído en cosas no menos extravagantes. Pero se había zafado de todo eso, como del infierno de la droga, y ahora podía testimoniar. Medio en broma y medio en serio, hablaba de crear un grupo de arrepentidos del sentido, inspirándose en el modelo de Alcohólicos Anónimos. Al menos —observaba— él sabía de lo que hablaba, no como esa gente que se pronuncia contra la droga sin haberla probado nunca ni conocer el placer que procura.

El sí había experimentado el estremecimiento de los buscadores de la verdad que creen acercarse por trigésimosexta vez a la realidad última, e incluso solía experimentarlo todavía, lo que daba aún más valor a sus advertencias. No se había curado, pero se sabía enfermo. A menudo tenía recaídas. Cada año, se ponía muy nervioso cuando se aproximaba el 17 de noviembre, aniversario del robo, y pasaba

ese fatídico día encerrado en su apartamento con Tessa. El terror que entonces sentía era real, pero no afectaba la firmeza de su juicio: un ataque de paranoia, eso era todo. Se veía sudar a chorros, escondido detrás de las persianas bajadas, como Fred el poli veía a Bob Arctor; y, al compararse con el desdichado héroe de su novela, perfeccionaba el diagnóstico: disociación de la personalidad.

Al vivir, como ciertos enfermos graves, en una lúcida familiaridad con su enfermedad, podía establecer una neta distinción entre: 1) escribir que los centros como X-Kalay encubren en realidad laboratorios de droga clandestinos, o que Nixon es un comunista; 2) creerlo; 3) creer que sea cierto. Estimaba admisible escribirlo, pues era un autor de ciencia ficción y su oficio consistía en barajar semejantes hipótesis, pero le parecía deplorable creerlo. Sobre todo, había comprendido que podía creer en algo sin que fuera cierto, ya que no sólo era un autor de ciencia ficción sino un paranoico consumado, proclive a confundir el mundo real con el de sus libros. Se sentía orgulloso de esa lucidez y estaba decidido a no abandonarla, lo que no le impedía, como a todos los que han superado un vicio, sentir la tristeza de vivir sin él.

En el último capítulo del *Quijote* vemos cómo el caballero de la triste figura, curado de su locura, muere a causa de su curación. Durante su agonía, pronuncia palabras tan emocionantes como razonables, elogia el sentido común de Sancho Panza y maldice las novelas de caballerías. Se trata de uno de los capítulos más tristes de la literatura.

Afines de 1973, la vida de Dick en Fullerton se parecía a este capítulo. Pero él no se moría. Había encontrado una nueva mujer que le dio un niño llamado Christopher. Tenía nuevos amigos. Había vuelto a escribir. Una actualidad candente parecía confirmar sus intuiciones. Las primeras señales del reconocimiento literario empezaban a manifestarse. También había dejado de confundir los molinos de viento con caballeros y, aunque todavía solía verlos, ahora sabía que estaba equivocado. Se veía como un don Quijote del espíritu, cuya aventura no era menos ejemplar, pero esa aventura tocaba a su fin, y la moraleja de la historia ya se había desvelado. Había alcanzado el último capítulo y, sin apuros y sin dramas, paladeando las pequeñas delicias de un inválido, esperaba la palabra «fin».

El 20 de febrero de 1974, Dick se arrastraba gimiendo por el pequeño apartamento de Fullerton en el que vivía con Tessa y el pequeño Christopher. La víspera le habían sacado una muela del juicio y, como el efecto del pentotal se había disipado durante la noche, el mundo no era más que un dolor atroz que le latía continuamente en la mandíbula apenas suturada. La idea racional de que pronto ese dolor desaparecería no lo ayudaba: todo lo que deseaba era no estar allí, dejar de existir hasta que aquello se acabara, si es que algún día se acababa.

Tessa llamó al dentista, que prescribió un analgésico, y como era impensable que abandonara al enfermo aunque sólo fuera por un minuto, solicitó a la farmacia que se lo enviaran cuanto antes.

Media hora después, sonó el timbre. Dick, con una bolsita de té húmedo apretada entre los dientes, abrió la puerta. Se encontró con una chica de cabellos negros y espesos, vestida con un uniforme blanco. Llevaba una cadena con un colgante de oro que representaba un pez. Como hipnotizado por esa joya, Dick se quedó un momento sin decir palabra.

—Ocho dólares cuarenta —dijo la chica, o quizá repitió, entregándole el paquete del medicamento.

Dick hurgó en el bolsillo, sacó un billete de diez dólares y preguntó:

—Y esa joya... ¿qué es?

—Un pez —respondió la chica—. Es un símbolo que utilizaban los primeros cristianos.

Paquete en mano, Dick se quedó inmóvil en el umbral, contemplando el pez que refulgía apenas en la penumbra del vestíbulo. El interruptor automático del rellano se había apagado. Había olvidado su dolor, había olvidado qué hacía esa chica allí, había olvidado qué hacía él allí. Tras salir del cuarto donde se había secado el pelo, Tessa se acercó. Siguiendo la dirección de la mirada de Phil, atribuyó su expresión extática a los senos de la chica, que, al verla, se decidió por fin a entregar el cambio, dar media vuelta y marcharse. Tessa volvió a cerrar la puerta haciendo un comentario que luego olvidó y que Dick no oyó, de modo que, aparte de Dios, si existe, nadie en el mundo conoce la línea de diálogo que tendría que figurar en este preciso lugar de esta biografía.

En *El hombre en el castillo*, la contemplación de una joya que está en armonía con el tao hace que el velo de las apariencias se descorra frente a un hombre de negocios japonés abriéndole el acceso al mundo real. Sólo más tarde Dick comparó su experiencia con la que doce años antes había hecho vivir al señor Tagomi. Pero en seguida comprendió que acababa de ocurrir lo que había esperado toda su vida.

Momento de la verdad. *Debriefing*. Anamnesis.

Así, al final había ocurrido.

Sabía quién era, dónde estaba, dónde había estado siempre.

Ese pez de oro que colgaba del cuello de la empleada de una farmacia era el código preparado desde siempre para desactivar el módulo del olvido y poner en marcha el programa que lo devolvería a la realidad.

Era el momento.

EL IMPERIO NUNCA DEJO DE EXISTIR

Cuando esta frase, extraña y sin embargo familiar, se le ocurrió, comprendió que decía la verdad. La chica, como él, era una cristiana clandestina. La habían enviado para que se lo comunicara, dotada de un signo capaz de desatar sus recuerdos.

Pero ¿a qué se debía esa clandestinidad? ¿Para qué ese diálogo con doble sentido, esos acercamientos de conspiradores?

Para eludir la vigilancia de los romanos.

¿Qué romanos? Estamos en 1974, en el condado de Orange, en California.

No.

No, creemos solamente, o más bien, la mayoría de nosotros cree vivir en 1974, bajo el régimen de la democracia americana Como Ragle Gumm creía vivir en 1950,

el señor Tagomi en un mundo en el que Japón había ganado la guerra o Joe Chip y sus compañeros entre los vivos. Pero ésa no es la verdad y algunos lo saben. Y luchan. Tú acabas de incorporarte a sus filas.

Te has unido al invisible ejército de los Avisados, los que a través del holograma impuesto a las multitudes con el nombre de realidad, con sus autopistas, sus enchufes, sus restaurantes Howard Johnson y su verosimilitud apacible y compacta, vislumbran los barrotes de la negra prisión de acero, la inmensa prisión en la que el Imperio tiene cautivos a sus esclavos. Porque desde siempre, sin que lo supieras, tú eras uno de ellos, y hoy te has unido a los que resisten en secreto, a los portadores de la luz que caminan en las tinieblas.

¿Lo sientes? Algo vuelve a funcionar dentro de ti, en lo más profundo de tu organismo. El reloj interior que te da la hora exacta, la fecha exacta.

Estamos en el año 70 después de Cristo.

Ahora que lo sabes, que sabes que es cierto, no te sorprende. Después de todo, ya lo sabías.

El Salvador ha venido y ha vuelto a marcharse. Pero volverá, pronto volverá. Lo ha prometido: antes de que esta generación haya pasado. Y lo verás. ¿Acaso dudarías de las palabras de tu Señor? No, tú eres como nosotros, estás con nosotros: aguardas su regreso y, a pesar de las persecuciones, te preparas con alegría.

Aquel a quien le conceden la gracia de saber no debe desanimarse frente a las exigencias. No debe ampararse detrás de explicaciones tranquilizadoras: diciéndose, por ejemplo, que lo que le sucede es una alucinación, una alegoría o el regreso a una vida anterior. No, se trata de una verdad literal, inmediata, de la única verdad. Roma está aquí y ahora. El norteamericano medio no se da cuenta de nada, pero es una realidad subyacente a la del mundo en el que vive. El Imperio nunca dejó de existir. Sólo se ha escondido de la mirada de sus súbditos. Así como se proyecta una película en la pared de una cárcel, ha urdido para ellos este universo ilusorio, esta desafortunada ficción que la mayoría de los espectadores confunden con un escrupuloso documental: diecinueve siglos de historia y el mundo que de ellos resulta. Pero durante la proyección la guerra continúa. Los que se niegan a ver la película y no creen en ella son despiadadamente perseguidos: no les dejan abandonar la sala, los masacran en los baños. Algunos, por prudencia, disimulan: se quedan sentados frente a la pantalla con los ojos cerrados y la mente despierta. Ellos siguen su camino, sirven a otro rey. No llevan ni coraza ni metal, sólo sus vestidos,

sus sandalias, y a veces un pez dorado en un brazalete o en un collar que les permite reconocerse entre ellos. Forman una comunidad secreta, unida en la esperanza y por la amenaza, que se comunica por medio de códigos, se sirve de canales en desuso y descifra en el polvo los signos esotéricos.

Alabado sea Dios, hemos vuelto a encontrarte. Estás de nuevo entre nosotros.

Las noches siguientes soñó mucho y comprendió que esos sueños apuntaban a completar su iniciación. Más que nada se le aparecían libros abiertos. Si hubiese podido leerlos y recordarlos, habría encontrado la respuesta a todas las preguntas que se hacía. Por desgracia, las páginas desfilaban con demasiada rapidez frente a sus ojos, como por el objetivo de una fotocopidora. Además, le parecían escritas en un alfabeto extranjero. Salía frustrado de esos sueños, pero no tenía dudas de que la información se inscribía, sin que él se diera cuenta, en las zonas de su cerebro que pretendían alcanzar. Quizá le ocultaban esa información a su conciencia para mayor seguridad.

¿Como describirlo? Un aura crepitaba, zumbaba en torno a él. Esta se comportaba como una entidad dotada de vida y de inteligencia, que envolvía los objetos familiares y les transmitía su energía. Su mente, el piso y el pequeño mundo de los tres parecían una pila casi agotada que de repente se había recargado.

Miraba a Tessa, acurrucada en un rincón del sofá como un animalito de dientes y uñas, que bebía a sorbos su café en una taza con la efigie de Snoopy. Miraba a Chris, que jugueteaba como una ranita sobre la alfombra. Miraba a los gatos. Aparentemente, nadie sospechaba nada.

Tal vez, pensaba Phil, sin tener que revelarle toda la verdad, hubiese tenido que enseñarle algunos códigos a su mujer, algunas formas de prudencia elemental. Afortunadamente, ella ya estaba acostumbrada. Desde este punto de vista, lo que muchísima gente consideraba como su paranoia constituía una bendición, la condición de la que quizá dependía su iniciación. Durante mucho tiempo había tenido miedo a todo, al fisco, a las brigadas de estupefacientes, al FBI, pero había tenido razón de tener miedo y se había equivocado al renegar de ese miedo en los últimos tiempos. Pues ese miedo lo había fortalecido, le había dado los reflejos del clandestino.

Tenía también la costumbre de decir cosas extrañas. Nunca era posible saber cuándo bromeaba y cuándo hablaba en serio, si realmente creía en lo que decía o se servía de su interlocutor para poner a prueba alguna teoría descabellada que acababa de ocurrírsele y que en seguida era sustituida por otra. Era archisabido que una conversación con Philip K. Dick no obedecía a las mismas reglas de una conversación normal, que no había que asombrarse de nada, y este protocolo tácito le dejaba un margen de maniobra considerable antes de pasar por loco. Aunque ese riesgo siempre existía. Había que avanzar con cautela.

Mandó a Tessa a comprar velas votivas («¿Velas cómo?» «Bueno, velas y basta...»), para improvisar un altar en un estante de la habitación donde arderían continuamente, frente a un cuadro naif filipino que representaba a la Virgen.

Mientras Tessa se dirigía al supermercado, Christopher, que había acabado su siesta, despertó llorando. Dick preparó el chocolate caliente que su hijo tomaba de merienda. Cuando entró en la habitación, el niño alargó los brazos hacia el biberón y Phil se lo alcanzó. Sin saber por qué, había tomado también un trozo de pan que se encontraba en la mesa de la cocina. De repente lo supo. Estaba a punto de regresar a la cocina a buscar agua, pero cambió de idea: si de alguna forma los romanos asistían a la escena, la conjunción del pan y del agua los habría alertado. Todo tenía que suceder de manera natural; solo había que ver, si no se sabía nada más, a un padre jugando con su hijo. Le dio el trozo de pan a Christopher y aprovechó para apoderarse del biberón y desenroscar un poco la tetina, lo suficiente como para derramar un poco de chocolate sobre la cabeza del niño. Rápidamente, le trazó con un dedo una cruz de chocolate en la frente, balbuceando unas palabras en griego que querían decir: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Después le alcanzó el biberón. Mientras el niño bebía, lo abrazó y le murmuró al oído su nombre cristiano clandestino: Pablo. Toda la ceremonia había durado algunos instantes, un observador distraído no hubiese visto nada. Dick había realizado todos los gestos por instinto, con autoridad y precisión, bajo el impulso de una fuerza avasallante que él sabía que velaba por el bien de su hijo y por su propio bien.

Las hostilidades comenzaron la noche del bautismo de Christopher, a través del canal de la radio. Desde hacía unos días, había tomado la costumbre de dejarla siempre encendida, a bajo volumen, sintonizada con una estación de música suave. Esta compañía sonora lo tranquilizaba, era un punto de referencia cuando despertaba sobresaltado sin saber dónde estaba. Así dormían, bajo la protección de

la Virgen filipina rodeada ahora de velas votivas con perfume a incienso y las voces suaves de Carly Simón, Olivia Newton-John o Linda Ronstadt, su preferida.

Hacia las tres de la mañana, una amenazadora agitación despertó a Tessa. Phil estaba sentado en la cama, se balanceaba de atrás hacia adelante y se tapaba los oídos con las manos. Con voz trémula repetía *¡Libera me, Domine!* Tessa, asustada, no se atrevía a moverse, pero él advirtió su presencia y de repente le gritó que apagara eso. Tessa no tuvo tiempo para entender que «eso» designaba la radio: exasperado, Dick se había metido debajo de la cama para desenchufarla. Se llevó corriendo la radio a la cocina. Después regresó. Temblaba.

Dijo que lo había despertado la voz de Linda Ronstadt cantando *You're no good*, una canción de su último disco, que en tiempos normales le gustaba mucho. Pero esta vez, había escuchado las palabras, o algo que se había amalgamado a las palabras, una especie de parásito, y que ese parásito era su nombre. Era a él, Phil, que la Ronstadt repetía amargamente: «*You're no good*»: no sirves para nada, puedes reventar, *tienes* que reventar. La Ronstadt, o los piratas anticristianos que se servían de ella, querían su pellejo.

Tessa lo tranquilizó como pudo, después volvieron a dormirse. Pero un poco más tarde, la radio, desenchufada, se encendió sola. En lugar de la Ronstadt, una voz lenta y cavernosa, sin duda una voz sintética, repetía pueriles y amenazadoras obscenidades. El nombre *Dick*, que en slang americano quiere decir «verga», se presta evidentemente a bromas de mal gusto, y aquella noche no se salvó de ninguna. Las bromas se alternaban con amenazas de muerte, o más bien con incitaciones a la muerte cuya sugestiva potencia lo horrorizó.

Cuando se armó de coraje para ir hasta la cocina, las imprecaciones cesaron. Pero volvieron a empezar apenas regresó a la habitación. Despertada de nuevo, sin miramientos esta vez, Tessa prestó oídos en vano. Finalmente, Phil dejó la radio en el fregadero, lo llenó de agua y se puso unos tapones de cera en los oídos.

Al día siguiente, se le ocurrió que no estaba consciente cuando oyó lo que había oído. Sus enemigos habían transmitido ese programa para condicionarlo en sus horas de sueño. Una vez había recibido un anuncio publicitario que invitaba a aprender idiomas extranjeros colocando unas cáseles debajo de la almohada durante el sueño. Por haberse despertado, por sorprender las exhortaciones al suicidio que pretendían imprimirse en sus circuitos cerebrales, había desbaratado el plan. Pero ¿por cuánto tiempo aún? ¿Cuántas veces, sin saberlo, se había expuesto ya a esas ondas mortíferas?

Era como si, desde la aparición del pez que había activado su cerebro entumecido, éste se hubiese transformado en una radio capaz de captar distintas frecuencias a la vez, bombardeado por informaciones contradictorias cuyo juego consistía en distinguir los canales, determinar los orígenes y calcular las intenciones.

La partida sería ardua.

A costa de considerarse a sí mismo un transmisor de radio, tanto daba regularlo al máximo de sus capacidades. En una revista de divulgación científica a la que Tessa y él se habían abonado, había leído que una absorción masiva de vitaminas podía mejorar la comunicación entre los dos hemisferios del cerebro y, sin tener en cuenta que el tratamiento había sido experimentado con jóvenes esquizofrénicos, decidió someterse a él. Tres veces al día, tragaba un puñado de cápsulas que le quitaban el sueño y que le provocaban debajo de los párpados unos haces de fosfenos permanentes. Sus pensamientos desfilaban a toda velocidad, como reptiles por un pasillo oscuro. Manchas de colores flotaban en la penumbra de la habitación. Al alba o por la tarde, cuando lograba dormirse, lo visitaban unos sueños extraños. La mayoría de ellos evocaban el mundo grecorromano. Se veía en el centro del Coliseo, atrapado en una jaula que unos lagartos gigantes intentaban abrir. O bien veía un vaso negro y dorado, sobre un trípode, y una voz le decía la fecha: 840 a. de C. La voz se expresaba en griego, pero él la entendía. Al despertar, se preguntó qué había sucedido en el 840 a. de C. Según su *Encyclopaedia Britannica*, esa época correspondía al período micénico: en vano se devanó los sesos tratando de encontrarle un sentido a esta desbandada temporal, ocho siglos antes de los tiempos apostólicos hacia los cuales todos los demás indicios le parecía que confluían.

Una noche en la que deambulaba por la cocina mirando de reojo la radio que Tessa había recuperado del fregadero, se dio cuenta de su error con la dosis: las cápsulas de vitamina C contenían quinientos y no cien miligramos. Había ingerido cinco veces más de lo que pensaba. Rápidamente calculó que eso representaba cinco gramos diarios más desde hacía ocho días, sin contar las otras vitaminas. Había saturado su organismo. Volvió a la cama preocupado. Las velas votivas ardían en el estante, frente a la Virgen filipina. Tessa dormía a su lado —desnuda o en camisón, no lo sé—, Christopher en su cuna, detrás del tabique divisorio, y el gato *Pinky* en el sofá del salón. Sólo se oían sus respiraciones, el ronroneo del refrigerador y el rumor constante, aunque lejano, de los coches en la autopista.

De pronto, las manchas de color suspendidas empezaron a desfilar por la pared. Rápido, cada vez más rápido, como propulsadas por la fuerza centrífuga hacia un exterior inmenso y devorador. Están llegando al *borde*, pensó, y la idea de ese borde lo asustó. El universo se daba la vuelta como un guante. Inmóvil en la cama, Phil se precipitaba por un túnel de luz que se abría incesantemente delante de él. Se precipitaba, caía, se abismaba, con la velocidad de un rayo. Parecía el final de *2001*, cuando el cosmonauta sale del sistema solar.

Después los colores crearon formas, contornos definidos que se encadenaban, se alternaban y se transformaban a toda velocidad. Parecían pinturas abstractas. En pocos segundos creyó ver centenares de Klees. Luego identificó algún Kandinsky y unos Picassos de diferentes épocas. Eso duró unas horas. Decenas de miles de cuadros por cada artista representado, muchos más de los que ellos mismos habían pintado en sus vidas y de los que habrían pintado si hubiesen vivido varios siglos. Cada uno de ellos pasaba muy rápido, sucedido ya por el sucesor de su sucesor pero cada uno encontraba el tiempo suficiente para retener su atención, para dejar la marca de su soberana perfección. Dick no era un esteta y siempre se había quejado de su escaso sentido visual. Por primera vez, la violenta e inaprensible belleza de las formas se le aparecía como una revelación, en una hoguera. Hubiese querido gozar de ella sin segundas intenciones, sin pensar, pero eso justamente le estaba vedado: no había lugar en él para el goce, el sentido lo dominaba todo, y se aprestaba ya a encontrarle uno a sus visiones. Hubiese querido que en ese momento le injertaran una cámara en la retina y que quedara así un rastro de aquella milagrosa colección, para luego poder valorarla. No se conformaba con verla, necesitaba saber de dónde venía, qué significado tenía. Ya que algún significado debía tener; ese deleite visual no podía ser gratuito o aleatorio; a través de unos fosfenos incandescentes, presentados como pinturas abstractas, estaban transmitiéndole mensajes cuya naturaleza ignoraba.

Más tarde, Christopher se despertó. Tessa, quejándose, caminó vacilando hacia la cocina para prepararle el biberón. Dick se quedó acostado, sumido en lo que quedaba de la orgía nocturna: lentos charcos de color que palidieron hasta desaparecer. Después se levantó, fresco como una rosa, convencido de haber sufrido una transformación.

Esta transformación no afectó su afición a la conjetura, a la que dio rienda suelta en los días siguientes.

En el fondo, la pregunta era siempre la misma: esos mensajes que había recibido, ¿los había enviado él o procedían de una instancia externa?

En la hipótesis materialista, la del circuito cerrado, no era necesario buscar mucho. No obstante, releyó detenidamente el artículo relativo a su régimen de vitaminas, examinó las etiquetas de los frascos, hojeó su diccionario médico, compañero de una vida de hipocondríaco, y de esas investigaciones sacó una teoría de una atractiva verosimilitud científica: la acidez de las vitaminas había provocado en su cerebro una merma brutal de ácido aminobutírico, conocido también como sustancia GABA; el nivel óptimo de esta sustancia inhibe, según parece, ciertas estructuras del sistema nervioso central, las mismas que hacen que una persona vea elefantes rosa o una sucesión de pinturas de Kandinsky. La sustancia GABA es lo contrario del LSD; cuando no hay, la fantasía se dispara. Phil encontraba satisfactoria la explicación de la sustancia GABA, un poco como cuando su coche empezaba a hacer ruidos extraños y él decía «debe de ser el delco».

Sin embargo, una investigación paralela lo llevó a consultar algunos libros sobre Klee y Kandinsky, que Tessa se encargó de pedir prestados a la biblioteca. Así descubrió que muchos cuadros de esos artistas estaban en el museo de Leningrado. Esta información le recordó algo. Unos años antes, alguien le había hablado de los experimentos realizados por los soviéticos en el ámbito de la comunicación telepática. ¿Era posible que él fuera el objeto de una experiencia similar, la cual consistía en filmar los cuadros abstractos del museo de Leningrado y en bombardear luego un montaje acelerado en las neuronas de un ciudadano de Fullerton, California?

Pero, admitiendo que fuera posible, ¿por qué? ¿Por qué el ciudadano Dick y no cualquier otro? ¿Era por casualidad o por una razón precisa? ¿Y por qué esas pinturas abstractas? ¿Por casualidad aún, porque se necesitaba un mensaje para poner a prueba al médium o porque ese mensaje tenía un significado?

La primera pregunta se la hacía sólo para razonar con todas las reglas: no dudaba de que lo controlaran. Por supuesto, conocía su tendencia a considerar sospechoso, o en todo caso significativo, que un representante de aspiradoras llamara a su puerta el mismo día que un testigo de Jehová; quería desconfiar; pero un hecho es un hecho, y el principio de parsimonia, base de cualquier explicación científica, impedía imaginar que a tres semanas de distancia hubiese sido contactado primero por cristianos clandestinos en guerra contra el Imperio, y después por telepáticos soviéticos, sin que existiese una relación entre estos acontecimientos. Quedaba por determinar esta relación.

¿Los científicos rusos que trabajaban en este programa formaban parte de la conspiración del pez? Resultaba más lógico imaginarlos al servicio del Imperio, del cual la Unión Soviética era el avatar más leal, cuando no el más sofisticado. Pero no había que olvidar a los disidentes: quizás algunos científicos disidentes intentaban entrar en contacto con él, poniendo en peligro sus vidas. Tal vez sí, tal vez no. Quizás era mejor considerar la hipótesis según la cual los científicos soviéticos, no disidentes y fieles servidores del Imperio, habían detectado el mensaje que los adoradores del pez intentaban enviarle y trataban de despistarlo. En la época de Hacienda Way, uno de los *freaks*, un chico que después había muerto, se especializó en una broma que consistía en pronunciar en voz alta una serie de números al azar en el mismo momento en que alguien se disponía a hacer una llamada, cosa que hacía prácticamente imposible marcar el número. Y si los rusos estuvieran haciéndole la misma jugarreta, quizá el único objetivo del mensaje, que tenía que ser completamente arbitrario, era el de saturar la frecuencia. Pero había que ir despacio con las conclusiones: el hecho de que el mensaje lo desorientara no probaba que no fuera el verdadero mensaje, el mismo que sus amigos invisibles querían hacerle llegar. De hecho, era muy probable que ese mensaje no se dirigiera a la parte consciente de su cerebro, sino directamente a alguna zona subcortical menos expuesta y más segura. Y, pese al razonamiento, nada podía alterar su certeza de haber acumulado un caudal de datos que, a espaldas de su consciencia, empezaban a alimentar su sistema nervioso y a modificarlo profundamente. Para su bien tal vez o, en todo caso, para que la luz triunfara.

En los días siguientes los sueños se duplicaron en intensidad. Tenía la impresión de seguir un curso acelerado, sin saber en qué materia. En cambio, en varias oportunidades tuvo la desgracia de identificar la lengua del curso: era el ruso, casi seguro. De una página a otra, en cientos de páginas y páginas, desfilaron los manuales técnicos impresos en cirílico.

Entonces volvió a acordarse del artículo de Lem.

Meses antes, le habían enviado la traducción alemana de un artículo aparecido en una revista polaca, firmado por Stanislaw Lem, considerado como el escritor de ciencia ficción más brillante del bloque socialista. Sus libros habían sido traducidos a todos los idiomas y el director de cine Andrej Tarkovski se había inspirado en su novela *Solaris* para realizar una película concebida como la respuesta soviética a *2001: Odisea en el espacio*. Ahora bien, esta destacada personalidad se había tomado la molestia de escribir un extenso análisis de la ciencia ficción norteamericana que era posible resumir más o menos en estos

términos: no vale nada, excepto Philip K. Dick.

La requisitoria se basaba en argumentos de elevada cultura, y la excepción no dejaba de sorprender dado que tampoco era fácil presentar a Dick como un parnasiano perdido entre ganaderos. Por lo demás, Lem tampoco lo intentaba; al contrario, hacía hincapié en el mal gusto de Dick, en su estilo palurdo y sus tramas descosidas. Pero, a pesar de esto, Lem estimaba que el abismo que lo separaba de sus colegas sólo podía compararse con el que existía entre el Dostoievski de *Crimen y castigo* y la caterva de autores de novelas policíacas. A su manera ingenua, Dick expresaba sobre el mundo moderno verdades visionarias, y ello en ningún otro libro mejor que en *Ubik*.

Aquellos elogios lo halagaron, aunque también lo perturbaron. Nunca se le hubiese ocurrido pensar que *Ubik* era una de sus mejores obras. Más que el libro, recordaba la época terrible en la que lo había escrito, cuando todo, en su familia y en su cerebro, se desintegraba. Y ahora, en el espacio de pocos meses, un número importante de personas en Europa descubrían en esa novela remendada abismos de arcanos significados. Uno de sus editores franceses, Patrice Duvic, lo había visitado en otoño y le había declarado solemnemente que consideraba *Ubik* uno de los cinco libros más importantes jamás escritos.

«*Wait a minute*, Patrice: quiere usted decir uno de los cinco mejores libros de ciencia ficción...» No, no, insistía el otro: uno de los cinco libros más importantes de la humanidad. Dick no había podido averiguar ni el motivo ni cuáles eran los otros cuatro, pero la actitud tan convencida de Duvic lo había dejado pensativo.

Había entablado una correspondencia con Lem, que intentaba que *Ubik* fuera publicado en Polonia. Las cosas se malograron cuando quedó claro que, según las reglas vigentes en todos los países socialistas, los derechos de autor sólo podían ser cobrados allí. Lem, muy amablemente, le había hecho notar que éste era un buen motivo para que Dick hiciera un poco de turismo y diera una conferencia en Varsovia, donde una montaña de zlotys lo aguardaba. Imprevisible, como siempre, Dick se había enfadado. Había escrito unas cartas crispadas a su agente, a su editor y sobre todo a Lem, acusado, primero, de querer quedarse con sus derechos de autor dando por descontado que él nunca viajaría; luego, por el contrario, de servirse de ese señuelo para hacerlo viajar y no dejarlo volver. Y como esta hipótesis parecía más prometedora que la de una banal malversación de fondos, se había pasado el invierno, aunque ya sin un interlocutor puesto que Lem ya no respondía a sus cartas, explorando todas sus intrincadas implicaciones.

Era indudable que los servicios secretos del Este estaban calibrando el alcance subversivo de su obra. Habían empezado a descifrarla, como lo demostraba el artículo de Lem; o, más probablemente, del colectivo que respondía al nombre de Lem. Veían en él un Solzhenitsyn potencial, más peligroso aún que el otro, dado que amenazaba con revelar a lo que quedaba del mundo libre el secreto hasta entonces bien guardado de la soviétización de los Estados Unidos, por no decir nada del secreto de la vida después de la muerte. ¿Acaso no se referían a él en la televisión francesa como un posible candidato al premio Nobel? (Duvic le había referido amablemente este comentario de fan, que alguien había hecho durante un programa cultural transmitido a altas horas de la noche, y del cual él había deducido que un influyente lobby de intelectuales franceses sostenía su candidatura ante el jurado sueco. Empezaba a preguntarse ya qué iba a hacer cuando la dictadura nixoniana no autorizara a su ilustre disidente a viajar a Estocolmo a retirar el premio.)

Antes de que se llegara a esto, en el Este procuraban encontrar una manera de desactivar la bomba. Habían querido seducirlo. Habían sondeado el terreno. Por lo demás, quizá Duvic también formaba parte de la conjura; estaba convencido de que todos esos intelectuales franceses más o menos marxistas que veían en su obra una crítica al capitalismo estaban manipulados, aunque no fuera conscientemente, y que hacían de portavoces del KGB ante la opinión pública del mundo libre.

Un peón movido para dejar la diagonal libre al alfil. Entonces Lem, con el terreno preparado, entraba en escena, multiplicaba las amabilidades, lo invitaba a Polonia. ¿Y si hubiese caído en la trampa? ¿Qué hubiese pasado en Varsovia? ¡Bah! No le costaba mucho imaginarlo: la gira de conferencias, la cena, los cócteles y, una buena mañana, despertando con resaca en una habitación de paredes blancas, se vería rodeado de tipos con delantales blancos y jeringas. «Tranquilo, *gospodin* Dick, no durará mucho ni le dolerá. Esta misma noche podrá usted pronunciar su conferencia.» Y aquella misma noche se encontraría frente a una asistencia más concurrida que de costumbre, pues estarían invitados los corresponsales extranjeros, a los que se escucharía decirles que había decidido quedarse allí, en Polonia, el país de la libertad.

Por suerte, había desbaratado sus planes, escapando, por esta vez, del lavado de cerebro. Y había reído de buena gana pensando que en el colectivo Lem alguna cabeza habría rodado.

Pero ahora se acordaba de una frase que había leído o escuchado un día, no

recordaba dónde: «Reía porque sus enemigos no podían alcanzarlo; no sabía que se ejercitaban para errar el tiro».

Sentía la misma inquietud que siente el jugador de ajedrez que intuye un ataque fulminante del rival, pero no sabe por dónde empezará. El intento de Lem, esas páginas escritas en cirílico, esas visiones de los cuadros conservados en Leningrado, todo esto anunciaba el diabólico retorno del tema ruso en la sinfonía de su vida. Él aguardaba.

Lanzado el 20 de marzo, el ataque se insinuó el 18 a través de un misterioso movimiento. Aquel día llegó una carta certificada cuyo aviso de entrega Tessa firmó. El remitente, que se presentaba en un inglés laborioso como un admirador, solicitaba un autógrafo y, si era posible, una foto dedicada. Una típica carta de fan, de esas que lamentaba no recibir en mayor cantidad, preferiblemente de remitentes mujeres. Pero ésta llegaba de Tallinn, Estonia.

Nunca nadie le había escrito de Estonia. Abrió un atlas y constató sin asombro que Tallinn se encontraba muy cerca de Leningrado y no lejos de Varsovia.

El cerco se estrechaba en torno a él.

De pronto, de su boca brotó una frase que no había preparado y cuyo sentido descubrió al pronunciarla.

—Hoy es lunes —le dijo a Tessa—. El miércoles llegará otra carta que tal vez me matará.

No quiso dar otras explicaciones y se quedó postrado en la cama hasta dos días después.

La mañana del 20 le pidió a Tessa que fuera a recoger el correo del buzón. Tessa regresó con el correo y con una expresión de ansiosa solemnidad. Había siete cartas en total, que observó sin abrirlas. Seis de ellas eran fácilmente reconocibles: folletos, facturas, sobres con membrete y escritura conocida. La séptima no tenía nombre ni dirección del remitente. El sello indicaba que había sido despachada desde Nueva York.

—Es ésa —dijo Phil con la voz quebrada.

Le pidió a Tessa que la abriera y la leyera, pero sin mostrársela. En lugar de una carta propiamente dicha, encontró una fotocopia del comentario sobre dos libros, aparecido en el periódico izquierdista neoyorkino *Daily World*. El comentarista hablaba de una novelista rusa que residía en los Estados Unidos a quien felicitaba por haber descrito lúcidamente la decadencia del capitalismo. Las palabras «muerte» y «decadencia» estaban subrayadas en rojo. El nombre y la dirección de la novelista figuraban en el reverso. Todo hacía suponer que había sido ella la que había enviado la carta.

Dick había cerrado los ojos. La situación podía parecer banal: queriendo atraer hacia su obra la atención de un escritor que admiraba y que gozaba de cierta reputación en los ambientes izquierdistas, la mujer hacía alarde de los elogios que le habían hecho. Pero él sabía muy bien que no era así, desde hacia dos días una voz interior le repetía que se trataba de algo diferente: era literalmente una ordalía. De la respuesta que diera dependería su destino.

«A los cielos y la tierra llamo por testigos, que te he puesto delante la vida y la muerte. Elige pues.»

Ahora le tocaba jugar a él. Imaginaba las eventuales consecuencias de todos los movimientos que iba a hacer, hasta llega al mate. ¡Si al menos hubiese conocido a su adversario! Los rusos, en apariencia, pero esto, precisamente, era algo demasiado evidente. Además, ¿de verdad esperaban que después de haber rechazado las alentadoras ofertas de Lem y su banda mordería un anzuelo tan ordinario? ¿Acaso eran entonces los cristianos clandestinos, que en la más pura tradición espiritual constelaban de tentaciones su itinerario iniciático? Idéntica objeción: no le tentaba en absoluto contactar con la novelista rusa. Al contrario, todo lo relacionado con la Unión Soviética lo asustaba. Este dato alteraba el test, y los que lo habían preparado debían de saberlo. El test tenía, pues, otro sentido. La elección no se limitaba a responder —perdido— o bien a no responder —ganado—. De pronto comprendió lo siguiente: sintió la tentación no de responder, sino, por el contrario, de no responder. Quemar el papel, meter la cabeza debajo de la almohada, tratar de no pensar en eso: era lo que esperaban que hiciera y lo que no tenía que hacer. ¿Qué hacer entonces? ¿Responder? No, tampoco.

Dos horas después de que llegara la carta llamó al FBI.

La caída del tirano

La policía está acostumbrada a los locos: los que se atribuyen crímenes que no han cometido, los que han visto platillos volantes, los que han descubierto una conjura contra el presidente de los Estados Unidos... Es sabido que a veces puede haber algo de cierto en esas declaraciones descabelladas o que incluso gracias a ellas es posible dar con una pista. Muchos escándalos importantes empezaron así. Lo ideal, ante la duda, sería poder controlarlo todo, pero la falta de efectivos y de tiempo lo impide. Afortunadamente, hay casos que no dejan lugar a dudas. Por ejemplo, cuando un tipo que dice ser un escritor de ciencia ficción mundialmente conocido, postulado en Francia para el premio Nobel, autor de una novela que por poco no ha sido adaptada al cine por John Lennon, sí, John Lennon, el de los Beatles, recomendado por Timothy Leary («No vaya usted a creer que estoy de acuerdo con Leary, al contrario, he escrito incluso un libro contra la droga que todavía no ha sido publicado, pero que pienso dedicar al ex fiscal general Kleindienst, ya ve usted cuál es mi posición al respecto, la cual, lamentablemente, no ha sido comprendida, en gran parte por culpa de un texto irresponsable de Harlan Ellison según el cual mis libros han sido escritos bajo los efectos del ácido, lo cual es evidentemente falso»); cuando un tipo incapaz de comenzar una frase sin antes abrir una cascada de paréntesis y remontarse hasta el diluvio universal, confiesa, después de veinte minutos de preliminares, que ha recibido una carta de un lector de Estonia y, dos días después, como estaba previsto, una fotocopia de unos artículos publicados por un periódico que no es realmente comunista pero casi, y que se trata sin duda de una maniobra del KGB; cuando para que su parloteo suene más creíble, el tipo se lanza a una confusa historia de derechos de autor congelados en Polonia, cuyo objetivo es el de arrastrarlo hacia el otro lado del telón de acero para hacerle un lavado de cerebro..., entonces se lo escucha pacientemente, se le hace ver que se toma nota de lo que dice y, al final, cuando el tipo pregunta qué debe hacer, se le dice, llamándolo por su nombre de pila: «Phil, usted ha hecho ya lo que tenía que hacer. No hable de esto con nadie. A partir de ahora, nosotros nos encargaremos del asunto».

Pronunciadas con suficiente autoridad, con un tono a la vez grave y confidencial, este tipo de frases permiten, en general, cerrar la comunicación. Pero no hay que hacerse ilusiones: momentáneamente embaucado, el chiflado medio pronto se siente engañado y en nueve de cada diez oportunidades vuelve a la carga.

Tan pronto como colgó, Dick escribió una carta para resumir lo que —de manera un poco desordenada, y se excusaba por ello— había dicho al teléfono, y para acompañar y comentar el cuerpo del delito: artículo de Lem, correspondencia con Lem, carta del admirador estoniano, fotocopia del artículo del *Daily World*. Esta carta, la primera de una serie de catorce en cuatro meses, fue la única que recibió una respuesta:

Estimado señor: Gracias por su carta y por los documentos adjuntos que no dejaremos de examinar con atención. Si llegaran a su conocimiento otras informaciones que pudieran interesarnos, no dude en ponerse nuevamente en contacto con nosotros. Atentamente. William A. Sullivan

Federal Bureau of Investigation, Los Ángeles

La segunda y última frase pecaba de imprudente. Decir que las informaciones llegaban al conocimiento de Dick era casi como no decir nada: brotando de los canales más inusitados no solo le llegaban, sino que lo sumergían. Sin duda, no todas podían interesar a William A. Sullivan, al que Phil sospechaba de indiferencia teológica, como en el pasado había sospechado de George Smith y George Scruggs. Pero ¿caso podía, después de haberle enviado la amenazadora fotocopia del *Daily World*, esconderle lo que la noche siguiente de pronto comprendió con relación a todo esto?

Al intuir el peligro que la carta contenía para él, y sin duda sólo para él, ya que cada uno de nosotros tiene su fórmula mágica, una serie de palabras que pueden darnos o quitarnos la vida, se había apresurado a hacérsela describir por Tessa sin leerla. Esa misma noche, después de la llamada, se la envió al FBI, de modo que la carta sólo pasó unas horas en su casa. Pero al deslizarla en el sobre que en seguida bajó a despachar, no pudo evitar echarle una ojeada. Algunas palabras golpearon su retina y consiguieron su objetivo.

En vano había intentado deshacerse de ellas, olvidarlas; mejor habría sido no leerlas. Ahora danzaban frente a sus ojos:

Antonetti Olivetti Dodd Mead Reinhardt Holt
Eran nombres propios, seguramente nombres de autores o editores.
Nombres que no le decían nada y que sin embargo habían querido mostrarle.

Por la noche, las letras se movieron debajo de sus párpados, se separaron y se juntaron como bailarinas que cambian de acompañante. Al amanecer sólo quedó una pareja:

Olive Holt

Olive Holt.

Claro.

La canguro que lo cuidaba en Berkeley, la que siempre le hablaba de la Unión Soviética, donde la gente vivía tan feliz.

¿Cuánto tiempo hacía que no se acordaba de ella?, ¿Cuánto tiempo hacía que creía haber olvidado ese nombre?

Cuarenta años antes se lo habían impreso en el cerebro para que pudiera, llegado el momento, permitirle el acceso como un traidor entrega la ciudad en la que ha vivido infiltrado durante largo tiempo. *Olive Holt* cumplía para los rojos la misma función que el dije con forma de pez para los cristianos; y sin duda, ese pez, que se había agitado en él quince años antes, mientras escribía *El hombre en el castillo*, se lo habían incrustado mucho antes, durante su infancia. Alabado sea Dios, el pez había aparecido antes que Olive Holt. La anamnesis se había consumado a beneficio de los cristianos y no del Imperio.

Del pez y los cristianos clandestinos era mejor no hablar con William A. Sullivan. Pero de Olive Holt, sí. Así como, una semana más tarde, de la visita que un grupo de marxistas canadienses y franceses pensaban hacerle. ¿Qué hacer? ¿Recibirlos para no alimentar sospechas? ¿Cerrarles la puerta y no contestar al teléfono? ¿Salir de viaje? Como sus cartas alteradas no recibían ninguna respuesta y Sullivan nunca estaba cuando llamaba, llegó a la conclusión de que debía arreglárselas por su propia cuenta. Se trataba, sin duda, de una nueva prueba: lo

abandonaban a su suerte. En un primer momento quiso huir, pero, como se lo esperaba, el coche no quiso arrancar. Sabotaje. Entonces dio la cara, pasó la tarde con los marxistas y, al día siguiente, le escribió a Sullivan contándole que por más que éstos habían intentado, micrófono en mano, hacerlo hablar, él no había avalado ninguna interpretación tendenciosa de sus obras ni caído en ninguna de las trampas que ellos le habían tendido. Había hecho lo correcto, ¿no es cierto?

Desgraciadamente, nada de lo que aquí cuento es una invención. Estas cartas en dirección casi única existen. Figuran en el primer tomo que abarca el año decisivo de 1974 en la correspondencia de Dick, y cuya publicación un editor americano ha emprendido hace poco. Paul Williams, que ha establecido el texto a partir de los duplicados conservados por el autor, confiesa que en un primer momento pensó en eliminarlas, para no herir la memoria de su amigo y los sentimientos de muchas personas que están vivas.

Con respecto a estas personas, la versión que ellas dan de los hechos figura en la introducción de las cartas reunidas, y, por más que se piense que no existe una verdad, sino sólo diferentes puntos de vista, es menester reconocer que la opinión de Stanislaw Lem o Peter Fitting, jefe del «grupo marxista», corresponde a lo que la mayoría de nosotros consideramos como la realidad, mientras que la de Dick sólo tiene cabida en un sistema completamente delirante.

He mencionado ya los motivos de su resentimiento hacia Lem. En cuanto al temible «grupo marxista», éste estaba integrado por un universitario francés, autor de un libro sobre la ciencia ficción prologado por Jean-Francois Lyotard, por un músico de rock y por su mujer, tres personas perfectamente representativas del ambiente al que pertenecían, en los años setenta, los admiradores extranjeros de Dick: robustos bonachones, izquierdistas *marcusoreichianos* e inofensivos barbudos sobre los que Dick se sentía ahora obligado a redactar un informe, o más bien dos.

Es propio de una conversión transformar al converso. Le hace cambiar completamente de parecer. Éste ya no piensa como pensaba, no se comporta como se comportaba y, con frecuencia, una ironía del destino le hace comportarse y pensar de una manera que antes no sólo le era indiferente sino que le repugnaba. Ahora está encantado con unas transformaciones que antes de sólo imaginarlas habrían indignado a la vieja personalidad de la que se ha despojado. Ellas garantizan la autenticidad de su experiencia, el hecho de que otra persona hable por él. Y hasta añadiría más. El intelectual escéptico y sarcástico que se convierte al

catolicismo se abandonará a las formas populares de su fe: discretas devociones y medallas milagrosas. Si es un literato refinado, conocedor de pintura, se deleitará descubriendo a partir de ahora en Gilbert Cesbron o en los naifs yugoslavos la alegría sutil de quien se libera del determinismo y reconquista su libertad.

Ir en contra de la propia tendencia natural es lo que muy literalmente se llama arrepentirse.

Rebelde, malvado, enemigo de la autoridad bajo todas sus formas, Dick jamás hubiese imaginado que un día llamaría al FBI, que se sometería a su protección y que le pasaría información. Si algunas semanas antes de la llegada del artículo del *Daily World* alguien se lo hubiese dicho, habría reaccionado como un musulmán al que le anuncian que morirá de una indigestión de morcilla. Un nativo de Berkeley jamás se llevara bien con la policía, y si lo hace, esto demuestra sólo una cosa: que ya no es él; lo han sustituido o ha sido manipulado, otra persona ocupa su lugar.

«Es exactamente eso —pensaba Dick con una risita divertida—. Es exactamente lo que me ha pasado.

»Y lo increíble es que me alegro, y estoy convencido de tener razón al alegrarme.»

He aquí dos ejemplos de conversión:

Saúl, joven judío piadoso y, por ende, enemigo acérrimo de la secta cristiana, vive camino de Damasco una extraña experiencia de la que sale convertido en el apóstol Pablo y se va repitiendo por el mundo, con el contagioso fervor que lo caracteriza: «Yo ya no soy el que vive, es Cristo quien vive en mí».

El héroe de *1984*, la novela de Orwell, se arma poco a poco de coraje para oponerse a la tiranía del Big Brother. Pero es arrestado, sometido a torturas y lavados de cerebro tan eficaces que al final del libro, en lugar de manifestarle una fidelidad ficticia, «él ama al Gran Hermano».

Son muchas las diferencias entre estas dos historias. En primer lugar, la que existe entre la tortura y la humillación, sin olvidar que en ambos casos se trata de una violación de la conciencia humana. Además, mientras Orwell y sus lectores coinciden en ver en el protagonista de *1984* un personaje extremadamente lúcido antes de su arresto y trágicamente alienado después, el autor de los *Hechos de los*

Apóstoles, y sin duda la mayoría de sus lectores, comparten con san Pablo la certeza de haber salido ganando con el cambio. Queda el hecho inquietante de que una misma certeza anima tanto al converso como a la víctima de un lavado de cerebro: es ahora, ahora que aman a Cristo o al Gran Hermano, cuando están en lo cierto; antes estaban equivocados: la prueba está en que antes no había nada que temieran más que lo que les ha ocurrido y que ahora es, en realidad, su bien máspreciado. Esta ruptura hace que el converso y su entorno tengan una relación tan conflictiva como la de Drácula con el doctor Van Helsing en las películas de vampiros: si los hombres temen tanto ser mordidos por los muertos vivientes es porque intuyen que una vez contaminados se alegraran. Lo más terrible, con respecto a lo anterior, es que, después, de uno no queda sino el que se alegra de ya no ser el que era. Primero es uno quien tiene miedo; después es otro quien triunfa.

Llamar al FBI fue un alivio para Dick. El gesto se puede interpretar, en términos psicológicos, como el desahogo de un hombre acorralado desde hace mucho tiempo que, agotado, se rinde y, al hacerlo, experimenta un extraño placer. Por otras razones sin duda no menos psicológicas, él prefirió interpretarlo en términos espirituales, como un despojamiento de su viejo «ego» fatigado, asustado y decrepito, en beneficio de una entidad infinitamente más sabia, que tomaba, a través de él y por su bien, iniciativas que él nunca hubiese tomado. Cuando sus enemigos, cualesquiera que fueran, le habían tendido la trampa de la fotocopia del *Daily World*, la entidad le había indicado la única salida que él nunca hubiese imaginado y, por consiguiente, la única que suponía eficaz: avisar a la policía. Así ganaba en todos los frentes y las hipótesis. Si el FBI, a pesar de los abusos de la era nixoniana, no había traicionado su vocación, era normal que él, acosado por los comunistas, recurriera a su protección: actuando de este modo llamaba a la buena puerta y expiaba su pasado de izquierdista. Si, por el contrario, el FBI se había transformado en secreto en el aparato represivo de un *gauleiter* criptocomunista, la mejor manera de escapar de ese lobo disfrazado de cordero era arrojándose a sus fauces: al fingirse inocente, se prestaba al juego de su adversario y lo obligaba a cumplir con su papel oficial de defensor de la democracia. Por último, podía ser que, si sonaba la hora de Nixon y su banda, las fuerzas de la luz y las tinieblas se enfrentaran en el *Bureau*, y en ese caso él había actuado correctamente al elegir de qué lado estar. Naturalmente, hubiese preferido saber de qué lado estaba William A. Sullivan, el agente que se ocupaba de su caso, si leía sus informes con simpatía o aversión, pero la todopoderosa divina entidad que lo había investido no consideraba útil informarlo sobre este punto: ella lo guiaba sin explicarle sus decisiones ni comentarle nada acerca de su iniciación. A él le tocaba seguirla.

Durante la primavera de 1974, después de hacer tabla rasa de sus prejuicios

izquierdistas, la todopoderosa entidad siguió cuidando de su cuerpo y de su mente con la energía de una joven esposa llena de sentido práctico que barre las viejas costumbres de soltero de su marido. Le hizo cortarse la barba y los pelos que le salían de la nariz con una pequeña tijera cuya existencia creía desconocer pero que sin embargo compró, en una tienda, como si la hubiese utilizado desde siempre. Le renovó el vestuario. Hizo una selección de su botiquín tirando todo lo que ella sabía, y que de pronto él también supo, que era perjudicial para su salud. Ella descubrió que el vino, dada su acidez, era malo para el estómago, y él, de la noche a la mañana, se deleitó bebiendo cerveza, que siempre había aborrecido. Ella resolvió sus problemas con el fisco, espulgó sus contratos y sus cuentas de derechos de autor, identificó sus irregularidades y lo incitó para que despidiera a su agente, una medida que a él le pareció de muy adulta intrepidez, tal como se lo hizo saber orgullosamente a sus amigos; el agente, en consecuencia, consiguió para su próximo libro un contrato más ventajoso y Dick pudo volver al redil como un vencedor, muy contento con su aventura.

Por último, la entidad le salvó la vida a su hijo Christopher.

Hacía varios días que el niño no andaba bien. El pediatra no le había detectado nada, pero él seguía quejándose. Una mañana, Dick meditaba en el sillón, con los ojos cerrados, escuchando *Strawberry Fields Forever* de los Beatles. Al escuchar la frase: «*Going through life with eyes closed...*», un destello de luz rosa deslumbrante le traspasó los párpados. En seguida advirtió que le habían transmitido una información vital, se levantó y entró tambaleándose en la habitación de Christopher, donde Tessa le cambiaba los pañales al niño. Con la voz inexpresiva que se había acostumbrado a oír brotar de él en ciertas ocasiones, dijo:

—Tess. Christopher tiene una malformación congénita.

—Pero si el doctor ha dicho que no tiene nada...

—Tiene la hernia inguinal derecha estrangulada. Ya le ha bajado a la bolsa escrotal. La membrana ha cedido. Tenemos que hacerlo operar inmediatamente.

Insistió tanto que Tessa acabó llevando al niño al servicio de urgencias del hospital de Fullerton. Chris fue atendido por un médico llamado Zahn, que en alemán significa «diente», algo que, teniendo en cuenta las circunstancias de su iluminación, a Dick le pareció de buen augurio. De hecho, el doctor Zahn confirmó su diagnóstico: el niño corría peligro y fue operado esa misma noche. A partir de entonces, Christopher ya nunca volvió a quejarse.

Desconcertada, Tessa interrogó a su marido durante un largo rato. Por primera vez un hecho concreto venía a confirmar las extrañas declaraciones que desde hacía algunos meses él prodigaba con mayor frecuencia que la habitual. Pero Dick sólo se mostraba afirmativo cuando lo contradecían. Si alguien se declaraba desconcertado, él se volvía evasivo. Sus explicaciones variaban: un día decía que los Beatles lo habían informado sobre el estado de salud de Christopher, otro día aseguraba haber oído al niño decir: «*Eli, Eli, lamma sabacthani*». Aunque fueran muy confusas y con frecuencia contradictorias, estas confesiones a su mujer indican que, de marzo a agosto de 1974, vivió inspirado por la todopoderosa divina entidad que había decidido cambiarle la vida. Dick se imaginaba el procedimiento en términos que son familiares a cualquier persona que utilice un ordenador personal. Una contraseña —el pez— había permitido a la entidad acceder a sus circuitos cerebrales. La todopoderosa entidad le había implantado un programa; y si el disquete del que yo me sirvo tuviera una visión subjetiva, describiría sin duda la entrada de datos como una avalancha de fosfenos, de pinturas abstractas que se metamorfosean a toda velocidad, bajo una luz rosa deslumbrante. Después el programa se ponía en marcha. Se le suministraban datos: eran los acontecimientos mayores y menores de la vida de Philip K. Dick, que el programa trataba con diligencia. Para informar a su anfitrión, y para que éste actuara en consecuencia, se servía, como un parásito inteligente, de todos los canales y soportes que la percepción normal, y eventualmente menos normal, le ofrecía: las palabras de las canciones que escuchaba, las letras de los libros que leía, y no sólo de los libros, sino también de los carteles indicadores, las palabras de los envases de los cereales o de las predicciones y los consejos que acompañan a los pastelitos que ofrecen con la cuenta en los restaurantes chinos. La mayoría de las veces esas informaciones le llegaban en sueños, pero como dormía poco de noche y de día a menudo se emborrachaba, la frontera que separaba en él la vigilia, el sueño y el soñar despierto era incierta. Y como el mensaje le importaba más que el médium, consideraba insignificante la diferencia entre una frase leída en sueños y otra leída en la realidad. Además, sospechaba que los libros y los voluminosos ensayos que le daban para leer en sueños, existían en la realidad. Creía, de manera muy prosaica, que el sueño le evitaba tener que investigar en una biblioteca. Pero, a veces, como su apetito no se veía saciado, solía dedicarse a este tipo de investigaciones.

Durante varias semanas seguidas, se le apareció el mismo libro, del cual tuvo la certeza que contenía las respuestas a todas las preguntas que él se hacía. El texto desfilaba demasiado deprisa para que él pudiera leerlo, pero las indicaciones bibliográficas se precisaban cada vez más entre un sueño y otro. De tapa azul y dura, el volumen contenía no menos de setecientas páginas. El *copyright* era de 1966, o

quizá de 1968, no estaba seguro. El título terminaba con la palabra *Grove* y contenía una palabra que podía ser *Budding*. En diversas ocasiones vio las páginas rodeadas de llamas y dedujo que tenía que tratarse de un texto particularmente sagrado, quizá el mismo del que se habla en el Libro de Daniel.

Lo buscó en librerías y bibliotecas. Hasta que un buen día pudo reconocerlo. Aquél era el libro, no cabía duda. Azul, grueso, publicado en 1968 con el título de *The Shadow of Blooming Grove*.

Lo abrió, convencido de que su investigación tocaba a su fin. Todos los secretos del mundo le serían desvelados.

Era una biografía de Warren G. Harding.

Cualquier otra persona habría deducido que su manera de proceder era absurda o, en todo caso, que se había equivocado de libro. Dick pensó que, de las dos cosas, una: o todos los secretos del mundo se escondían realmente en una biografía del presidente Warren G. Harding (1865-1923), de manera subliminal y sin duda sin que su autor lo supiera; o bien, la todopoderosa divina entidad que lo informaba le había tomado graciosamente el pelo. En ambos casos, su manera de proceder le recordaba algo.

Algo o más bien a alguien.

Glenn Runciter.

Glenn Runciter que, en *Ubik*, se comunicaba con sus dependientes perdidos en el laberinto de la semivida, los guiaba y procuraba hacerles entender lo ocurrido recurriendo a los medios más triviales. Él era quien había escrito los grafittis de los retretes: «Yo estoy vivo y vosotros estáis muertos». Los folletos publicitarios, los eslóganes que los aviones escribían en el cielo o los códigos en los dibujos de los paquetes de cigarrillos transmitían sus consignas de supervivencia. Runciter aparecía incluso en la televisión, en la que promocionaba los méritos del aerosol *Ubik*, la única arma eficaz contra la entropía.

Dick comenzaba a entender hacia qué libro lo conducía su sueño recurrente: ya no era la biografía de Warren G. Harding sino la novela en la que, al desmontarle a él sus mecanismos mentales, habían previsto que la biografía de Warren G. Harding le haría pensar. Comenzaba a entender qué habían querido decir Stanislaw Lem y Patrice DuVig. El libro sagrado, el libro envuelto en llamas, el libro que

desvelaba todos los misterios del universo, ese libro era *Ubik*.

Ya no le parecía tan absurdo pensar que había escrito uno de los cinco libros más importantes de la historia: uno de esos libros, como la *Biblia* o el *Bardo Thodol*, a los cuales los hombres tienen que recurrir para conocer los secretos de su condición. *Ubik* literalmente la describía.

En adelante, procuró distinguir *Ubik*, el libro, de Ubik, la entidad, que en el libro ayuda a los hombres a luchar contra la entropía. Ahora entendía que si *Ubik*, el libro, describía tan bien Ubik, la entidad, era porque Ubik, la entidad, había escrito, sirviéndose de él, *Ubik*, el libro. *Ubik*, el libro, no era más que un mensaje dirigido a los hombres por Ubik, la entidad, para revelárseles. Era perfectamente lógico que esa revelación eligiera como vehículo una novela remendada, escrita por un oscuro escritor a destajo: esto completaba la panoplia de eslóganes publicitarios, anuncios televisivos y graffitis de los retretes. El contenido y la forma, el médium y el mensaje, coincidían perfectamente.

Desde febrero de 1974, esa todopoderosa divina entidad lo había contactado directamente y él le había puesto un nombre secreto: Valis. Este acrónimo de *Vast Active Living Intelligence System* (Sistema de Vasta Activa Viviente Inteligencia) presentaba, según Phil, la ventaja de ser puramente descriptivo y de estar exento de deísmo sentimental: un nombre de programa informático. Algunos años antes le había dado el nombre de Ubik: lo que está en todas partes, lo que es ubicuo. Y, más o menos conscientemente, al redactar los eslóganes que hacían de epígrafe en cada capítulo de su *bardo*-novela, había dejado entender que denominaba así aquello que san Juan, en el prólogo de su Evangelio, llama el *Logos*, es decir el Verbo.

O sea Dios, aunque Dick se mostraba reticente a utilizar ese nombre propio. De hecho, le parecía muy manoseado, degradado y comprometido con sistemas confesionales demasiado estrechos para su experiencia. Creía, como los místicos judíos, que existen nombres de Dios más o menos exactos, y que en lo más hondo de ese saco de nombres, existe un nombre que es el verdadero nombre de Dios, que sólo Dios conoce, tanto es así que quizá sea ese conocimiento el mayor atributo de su divinidad. Como no lo conocemos, más vale utilizar un término estrictamente convencional, por lo que Valis venía al caso.

Además, precisaba él, tampoco era un término tan convencional, ya que su mente lo había concebido, y Valis inspiraba esa mente. Incognoscible e innumerable, la entidad se le daba a conocer bajo ese nombre, que él había creído imaginar como el de Ubik.

Pero había que identificar a alguien más, un mediador cuya presencia intuía: el homólogo de Runciter en su vida. Runciter no era Ubik, no era más que un hombre que estaba vivo y procuraba alcanzar, en los limbos, las conciencias entumecidas de los muertos que todos nosotros somos. Su misión consistía en despertarlos. Era también, en el sentido más literal del término, un representante de Ubik: decidido a encajar como sea su aerosol de Logos concentrado. Dick, en cierto modo, pensaba ejercer ese papel con sus lectores. Pero alguien lo hacía por él. Alguien, de parte de Ubik o Valis, le transmitía los mensajes que lo guiaban. Y él, como Joe Chip, creía reconocer detrás de ese amasijo de señales confusas y contradictorias un estilo familiar.

Como cada vez que formulaba una hipótesis, a Dick le maravilló la docilidad con la que los hechos se adaptaban a ella. Desde que había recurrido al FBI para desorientar a los soviéticos, ya no soñaba en ruso sino, y cada vez con mayor frecuencia, en griego antiguo: ahora bien, en su vida había conocido una sola persona que lo comprendiera, y esa persona era el obispo Pike. Pike, por otro lado, conocía bien el mundo y las religiones antiguas hacia las cuales confluían la mayoría de sus inspiraciones diurnas y nocturnas, era amante de los libros de consulta y los juegos pedagógicos, había consagrado los últimos años de su vida a explorar las posibilidades de comunicación entre los muertos y los vivos y se cortaba los pelos de la nariz con una pequeña tijera *ad hoc*. Dick la había descubierto hurgando en el baño del obispo mientras intentaba robarle algunas anfetaminas.

Esta serie de indicios convertían al difunto obispo en un serio candidato al doble papel de tutor y *okupa* espiritual. Pero hubo otros, nacidos de las intuiciones de los sueños, las lecturas y la asociación de ideas. Recorriendo el tiempo y la *Encyclopaedia Britannica*, se alegró de conducirlo hasta la Sibila de Cumas, Zoroastro, Empédocles, el gnóstico Basílides y el faraón Akenatón. De los huéspedes de su mente, aquel con el que mejor se entendió fue un tal Thomas, que se instaló en ella durante casi tres meses.

Única excepción al *name-dropping* que caracterizaba su búsqueda de tutela, este desconocido había nacido de la constatación según la cual él, desde marzo de 1974, albergaba los pensamientos, la visión del mundo y hasta las palabras de un clérigo sumamente helenizado del primer siglo de nuestra era. El griego que ese clérigo hablaba, y que Dick había finalmente identificado suministrando a un profesor de Fullerton algunas muestras de ese idioma tomadas de sus sueños, no era el griego clásico y literario, que sólo Pike conocía, sino el griego *koiné*, una especie de *pidgin* empleado en todo Oriente Medio en los tiempos apostólicos. No

era el idioma de Platón, sino el de san Pablo. Al igual que éste, Thomas tampoco había conocido personalmente a Jesucristo: él pertenecía a la segunda generación de cristianos, la que soportaba las persecuciones más despiadadas. Pero como todos sus hermanos, le explicó a Dick, él también conocía el secreto de la resurrección. La promesa de la vida eterna hecha por Jesucristo a su pequeño rebaño no era broma. Ésta presuponía la absorción de un alimento sagrado, el famoso hongo del que John Allegro, en un primer momento, y luego Pike, habían hablado tanto, y con relación al cual la hostia cristiana no era más que un símbolo, espiritualizado y a la vez desgastado. Cada parcela de ese alimento de vida, como cada pulverización de Ubik, contenía toda la información de la que el mundo fenoménico no era más que la hipóstasis (Dick adoraba esta palabra que el obispo le había enseñado). Al sentir cercana la muerte, Thomas había ingerido ese alimento y había tomado la precaución de imprimir en alguna parte de su cerebro el signo del pez, que le habría permitido, una vez regresado a la vida y cuando el momento se presentara, saber quién era él en realidad.

El plan se había desarrollado como estaba previsto, aparte del hecho de que, persuadido de la inminencia de la Parusía, como todo el mundo en aquellos tiempos, Thomas había imaginado un desplazamiento temporal de unos veinte años, cuando en realidad habían transcurrido casi dos mil años. ¿Por qué? Porque tras la caída de Jerusalén en el año 70, los romanos se habían apropiado del hongo sagrado y lo habían destruido, como destruían todos los objetos de cualquier culto que no comprendían, de modo que esa información vital, el único elemento racional en nuestro mundo irracional, había desaparecido. El Imperio y las tinieblas habían triunfado. Pero no definitivamente: algunos ejemplares del hongo se hallaban escondidos en una tinaja y la tinaja en una gruta de las orillas del mar Muerto. Allí habían dormido unos dos mil años, mientras la barbarie y la ilusión reinaban sobre la Tierra. El tiempo real quedó suspendido hasta un día de 1947 en que unos arqueólogos descubrieron la zona de Qumrán y le devolvieron la libertad al Espíritu cautivo. Pike no se había equivocado al orientar hacia esa dirección su búsqueda de la verdad última, pero había llegado demasiado tarde: de ahí su trágica muerte. El Espíritu, Ubik o Valis, había abandonado su escondrijo; desde hacía muchos años operaba en otro lugar, soplabla donde se le antojaba; por ejemplo, en la conciencia y la inconsciencia de un adolescente californiano que se hubiese asombrado sobremanera si alguien le hubiese dicho que en realidad se llamaba Thomas y que, como todos sus contemporáneos, vivía en torno al año 70 después de Cristo. Conforme pasaba el tiempo, y sin que él se diera cuenta, el Espíritu había educado a ese adolescente. Había insinuado dudas en él y había furtivamente descorrido frente a sus ojos el velo de las apariencias. El adolescente había crecido y había empezado a escribir novelas de ciencia ficción, por medio de las cuales el

Espíritu se daba a conocer a los hombres desvelándoles su condición. Aunque fuera un personaje oscuro, el Imperio no le quitaba los ojos de encima. Gracias a ciertas alusiones de sus libros, se intuía un saber *in fieri* que podía volverse peligroso. Había conocido la persecución. Y, un buen día el momento había llegado. Le habían mostrado el pez a Thomas, habían provocado la anamnesis.

Desde entonces, habitaba en el cuerpo del hombre que había creído ser durante cuarenta y cinco años. Éste no le había cedido fácilmente su lugar, pero, tras algunas transformaciones, la cohabitación se revelaba agradable. Era un poco como conducir un automóvil de autoescuela equipado de doble control. Thomas perfeccionaba la educación de Phil, le enseñaba el griego, las astucias de un clandestino veterano para escapar de las trampas que el Imperio le tendía: por ejemplo, avisar a la policía para desarmarla mejor. ¡Qué táctica más extraordinaria! Phil, en cambio, guiaba a Thomas en un mundo del que éste sólo conocía su naturaleza real, pero no su engañosa apariencia fenoménica. Era lo más inquietante en Thomas, esos balbuceos que delataban al alienígena. De vez en cuando, haciendo el papel de Dick, se equivocaba y había que sugerirle las respuestas. Así es como su anfitrión explicaba los deslices de su comportamiento que, antes de ser avisado de la existencia de Thomas, atribuía al agotamiento y a la hipertensión, y a causa de los cuales tuvo que ser internado por un breve período durante aquella primavera: trataba a la perra de «él» y al gato de «ella»; rompiendo, sin ninguna razón aparente, con la rutina de toda una vida, desplazaba los marginadores de su máquina de escribir; no reconocía los controles del automóvil y, como Ragle Gumm con el cordón de la lámpara, no cesaba de buscar un botón de ventilación que no existía. Un día, Tessa, consternada, lo oyó balbucear delante del refrigerador abierto: «No quedan más cervezas, creía que quedaba una...». Luego: «Pero si nunca en mi vida he bebido cerveza». Y finalmente: «¡Pero si éste no es mi refrigerador!». Todos estos deslices, que tanto lo habían preocupado, ahora se los atribuía a Thomas. Cuando lo interrogaban, éste sonreía y confirmaba. Ambos se divertían mucho.

Lo que más le gustaba a Thomas del mundo ilusorio en el que el Imperio tenía cautivos a los hombres era la televisión. Se pasaba todo el día viéndola. No hay que olvidar que por aquel entonces la televisión mostraba en directo la caída del Imperio, y que todos sus prisioneros, informados o no de su condición, seguían con avidez aquel culebrón. ¿Entregaría Nixon al juez Sirica las cintas con las conversaciones del Watergate? No, después finalmente sí, pero no sin antes haber borrado la mitad del contenido. ¿Se atrevería el Congreso a acusar al presidente? Sí: por haber obstaculizado la justicia, destruido las pruebas, favorecido falsos testimonios, utilizado a la CIA para protegerse del escándalo, violado los derechos

constitucionales de sus conciudadanos, instaurado una vigilancia electrónica e incluso estafado al fisco.

Este último detalle encantó particularmente a Phil. Apoltronado en el sofá, recibía las noticias con los clamores de un hincha de fútbol. Thomas, sentado a su lado, se comportaba en cambio como un entrenador que ve ganar a su equipo. Comentaba el espectáculo como un experto y le revelaba a su anfitrión lo que yacía oculto debajo de las cartas. Bajo su influencia, Phil comprendió que un vínculo misterioso ligaba su experiencia espiritual con la derrota del Anticristo de la Casa Blanca. Durante el mes de febrero, tras una vida de esfuerzos y vacilaciones, por fin se había abierto una brecha, había encontrado el acceso a la vida real. Había comprendido que a pesar del testimonio de nuestros sentidos engañados, el Imperio no había dejado de existir, pero que la Parusía estaba a punto de producirse: se produciría, como estaba prometido, antes de que el primer siglo acabara. Su anamnesis había sido la señal y él la puerta por donde el Espíritu regresaba para abolir la ilusión, derribar los muros de la negra prisión de acero y expulsar al demiurgo que en los *Hechos de los Apóstoles* se llamaba Simón el Mago, en sus libros Palmer Eldritch o Ferris F. Fremont y en su última vestimenta ilusoria, la de los Estados Unidos de 1974, Richard Nixon. El Espíritu se había servido de él, Philip K. Dick, alias Thomas, para que el mundo fuera de nuevo real.

Cuando el 8 de agosto Nixon presentó su dimisión, Phil se volvió hacia Thomas para comentarle: «Se acabó. Hemos ganado». Pero Thomas no respondió. Se había esfumado. Phil se sintió muy triste, muy solo en su mente. Al cabo de unos días se resignó, pues comprendió que Thomas había cumplido con su misión y que a él no le quedaba más que intentar comprender y explicar lo que había ocurrido.

19

Lo que encontró el gordo que amaba los caballos

Cuando Thomas se marchó, Dick intentó escribir un libro que relatara su experiencia. Creyó encontrar un posible punto de vista cuando le propusieron participar en una colección de novelas atribuidas a escritores imaginarios, como el Sebastian Knight de Nabokov o el Kilgore Trout de Kurt Vonnegut, Jr. Retomaría la pluma bajo el nombre de Hawthorne Abendsen, el famoso autor de *La langosta se ha posado*.

Ahora, cada vez que releía uno de sus libros, el alcance profético de éstos lo subyugaba. En 1960, había imaginado que la visión de una joya abría el acceso al mundo real y que una novela que describía un mundo evidentemente imaginario hacía surgir de manera misteriosa y a la vez irrefutable la verdad que permanece oculta a todos. Cuando el *I Ching* le había asegurado que él mismo, al imaginar aquello, decía la verdad, él lo había repetido sin comprenderlo. Catorce años más tarde, lo comprendía. Él era Hawthorne Abendsen. De modo que, siguiendo esa lógica, le tocaba a Hawthorne Abendsen concluir y decir: «Sí, todo era verdad», y convencer al mundo de ello.

Escribir la continuación de *El hombre en el castillo* era, en cierto modo, algo obvio. Y como se trataba de su libro más conocido, el único que había sido premiado, quizá también le aportaría un poco de dinero. Desde el comienzo de la novela, Abendsen se encontraría en una situación desesperada. Plantado por su mujer y sus hijos, pobre, enfermo, desvalijado y perseguido por el régimen criptototalitario que inútilmente nunca había dejado de denunciar: «La voz de aquel que clama en el desierto», dice el evangelista de Juan Bautista, pero él ya ni siquiera clamaba; se quedaba encerrado. Fue entonces cuando...

¿Cuándo qué?

Cuando las cosas se complicaron y la novela naufragó. Dick en seguida advirtió que existía una diferencia importante entre *El hombre en el castillo* y su triunfal continuación tan esperada. En el primer caso, inventaba, o creía inventar, una historia. Era, o se creía, libre de hacerlo. Ahora se trataba de decir la verdad, de no cometer errores.

Empezó a tomar notas para descubrir esa verdad. Y, una vez que empezó, ya no se detuvo. Olvidó la novela, la máquina de escribir destinada a ella y, noche tras noche, consultando incesantemente la Encyclopaedia Britannica y escuchando a todo volumen, con los auriculares bien apretados, a John Dowland y Olivia Newton-John, se consagró a aquello para lo que Dios lo había traído al mundo: a formular hipótesis.

Cuando digo que ya no se detuvo, hay que entenderlo literalmente. La tarea lo absorbió durante sus últimos ocho años de vida. Y aunque destruyó algunas de esas notas, dejó alrededor de ocho mil páginas. Nadie las ha leído todas, ni siquiera él. Ni tampoco Lawrence Sutin, su escrupuloso biógrafo, que confiesa haber utilizado una técnica de sondeo para compilar una selección de fragmentos. Esos

fragmentos dan una idea de los temas abordados, pero mutilan por definición lo que con frecuencia aparece sin solución de continuidad: avalanchas de cincuenta o sesenta páginas, fruto de cavilaciones nocturnas que sólo el agotamiento interrumpía.

Así como había encontrado un nombre para la entidad que lo guiaba, encontró uno para aquello que llamaremos, con una molesta sensación de inexactitud, sus «notas» o su «diario» (como hubiésemos llamado «fárrago» o «pocilga» lo que para la secuestrada de Poitiers, que sabía de lo que hablaba, era su «entrañable Gran Fondo Malempiat»). El nombre que encontró fue el de Exégesis.

Este término tiene un significado preciso en el vocabulario teológico, que Dick conocía. Designa un escrito que realiza una interpretación doctrinal de un texto sagrado. Un texto sagrado, admitiendo que algo así existe, es un texto al que se le reconoce un origen divino, dictado, o por lo menos inspirado, por el Espíritu Santo, matiz laxista que concede un estrecho margen de iniciativa y, por lo tanto, de error, al redactor humano. En ese sentido, y aparte de esta excepción, expresa la verdad, y esto en cada una de sus partes. Los católicos consideran «inerrante» un texto así y la mística judía se basa, con consecuencias radicales, en la certeza de que nada en la Torah está librado al azar: cada letra, para el cabalista, abre una puerta hacia El que es.

Para quienes se interesan por las religiones del Libro, decía el obispo Pike, no hay nada más apasionante que estudiar la gestación de su canon, es decir, del proceso al final del cual un texto es declarado sagrado. ¿Cómo, cuándo y por quién fue redactado el *Pentateuco*? ¿Cómo, cuándo y por quién los evangelios de Marco, Mateo, Lucas y Juan fueron reconocidos canónicos, mientras los otros eran declarados apócrifos y confinados en una zona fronteriza e incierta que los Pike de todas las épocas han convertido en su terreno de juego favorito?

Dick atribuía un origen divino a las ráfagas de información que desde febrero de 1974 bombardeaban su cerebro. Dios, a quien él con cierto pudor llamaba Valis, le hablaba como antes había hablado a Moisés, a Mahoma y a otros. Esta vez había recurrido a un escritor, porque contaba con él para transferir Su palabra hacia una forma de expresión contemporánea que, según Él, era la más adecuada para una revelación: la ciencia ficción. Tamaña confianza en sus capacidades profesionales desconcertaban a Dick: estaba dispuesto a transcribir, pero ¿qué texto? ¿En qué *corpus* canónico basar la Exégesis?

Ciertamente, estaban los libros que le eran mostrados en sueños, las palabras

que retenía de ellos, la información exacta, como en el caso de la hernia de su hijo. Estaban sus propios libros y lo que descubría en ellos cuando los releía. Estaban esas persuasiones repentinas que lo deslumbraban: como la de vivir en el año 70 después de Cristo o la de haber expulsado al Anticristo de la Casa Blanca. Pero después había otras, no menos deslumbrantes, y que sólo se acoplaban con las precedentes a costa de un laborioso remiendo; un poco como cuando, en épocas pasadas, había fraguado una novela entrelazando la trama de dos cuentos escritos anteriormente. Desde que Thomas, se había marchado todo parecía confuso otra vez. Al no estar sostenida por una visión sobrenatural, la trama que había descubierto se deshilachaba. Las piezas del rompecabezas ya no encajaban. Abandonado a su suerte, Dick no conseguía entender por qué, después de su anamnesis y la caída de Nixon, el mundo, tras haber recuperado su dimensión divina, no cambiaba de manera más visible. Quizá, pensaba para tranquilizarse, la misión de su Exégesis consistía en atemperar los efectos de ese cambio tan radical como discreto. Quizá su vocación quería que avanzara por una incertidumbre acribillada de destellos y que, aun trabajando para la gloria de Dios, se imaginase perdido, inepto para su tarea, un inútil servidor. Llegado el momento, el Espíritu habría tomado su decisión y le habría dictado de un tirón, y literalmente, la revelación que habría de convertir a toda la humanidad. Entretanto, no le quedaba más que apuntar sus dudas y conjeturas, considerando como su *corpus* todo lo que vivía y había vivido, todo lo que soñaba y lo que se le ocurría: la suma de la información recibida y procesada por un programa llamado Philip K. Dick.

Hablaba con extrema prudencia de su experiencia, sólo se confiaba con Tessa y con una mujer con la que se carteaba y a la que nunca había visto pero que escribía una tesis sobre él. Lo demás eran todas vagas alusiones, bromas de las que le era fácil retractarse.

En el otoño de 1974, su joven admirador Paul Williams, que se había hecho un nombre en el periodismo del rock, propuso a la revista *Rolling Stone* escribir un retrato de Dick, presentándolo como un faro de la contracultura. La idea cayó bien. Williams fue a pasar unos días a Fullerton, para celebrar una larga entrevista cuyo objetivo era el de convertir a su anfitrión en un hombre famoso. Consciente de lo que estaba en juego, Dick acarició la idea de «salir del armario», según la fórmula que regía en el ambiente gay para designar la afirmación pública de la propia identidad, pero advirtió que un discurso místico le habría enajenado el público al que ahora por fin podía llegar. Por muy torpe que fuera socialmente, conocía de sobra lo que sus interlocutores esperaban de él: en este caso le convenía más un número de rebelde excéntrico y no de iluminado religioso, de modo que hizo todo

lo posible por no fallar. Williams, por su parte, comprendió, como buen periodista, que nadie se interesaría por un artículo didáctico sobre los libros de Dick: mejor era mostrar cuan extrañamente funcionaba su cerebro. Cualquier tema sería bueno: ¿por qué no el robo de 1971? El hombre al que habían desvalijado despertaría en la gente el deseo de abalanzarse sobre los libros del escritor. Eso fue exactamente lo que sucedió. Aguijoneado por Williams, Dick improvisó durante cuatro días un disparatado monólogo que recordaba el famoso cubo mágico que acababa de inventar el arquitecto húngaro Ernő Rubik, para alegría y exasperación de millones de maníacos. Decenas de configuraciones, desde la más o menos factible hasta la más delirante, fueron intentadas, descartadas, retomadas y combinadas con otras. Como sabía que el lector medio de *Rolling Stone* era proclive a creer en historias de fontaneros nixonianos, se deleitó explorando esa teoría; luego, como un abogado loco que cambia de campo en cuanto intuye la indecisión del jurado, halló argumentos para descartarla. Acusó, exculpó y volvió a sospechar de un grupúsculo nazi, los Black Panthers y una secta de fanáticos escandalizados por el obispo Pike, sin olvidar los vecinos, los drogadictos, la policía, los extraterrestres y hasta él mismo... Durante casi tres años, había planteado sin descanso esas cuestiones, pero desde hacía seis meses éstas habían sido sustituidas por otras, más urgentes y de una importancia cósmica: sin duda le habrá hecho mucha gracia trasladar a un objeto irrisorio los modos de investigación que ahora aplicaba para su Exégesis. Williams se marchó de Fullerton encantado, convencido de tener entre manos un artículo «demencial». Para colmo de la suerte, el artículo apareció en el mismo número que una de las primicias del decenio, la confesión de Patti Hearst, de modo que todo Estados Unidos compró la revista y descubrió al abrirla a ese escritor que había convertido su casa desvalijada en el epicentro de todos los enigmas del universo. De la noche a la mañana, Dick se transformó, si no en un personaje famoso, al menos en «ese tipo completamente chiflado, ¿sabes?, sobre el que ha salido un artículo en la *Rolling Stone*». Y todos sabían quién era.

Al volver a San Francisco, a Williams se le ocurrió la idea de cerrar el artículo con una investigación personal. Acudió a la comisaría de San Rafael, examinó el borrador, interrogó a policías y vecinos, y acabó descubriendo lo que esperaba descubrir: nada. Nada de extraordinario. Dick, muy verosímilmente, había sido víctima de uno de esos robos que se cometen con un promedio de veinticinco por día en el condado de Marín.

Esta conclusión tranquilizó a Williams, que se aprestaba a hacer el elogio de la imaginación creativa de un escritor y se hubiese sentido molesto de saber que éste decía la verdad. A Dick, por su parte, le parecía poco convincente: sin excluir la

hipótesis de un robo anodino, señaló que si, por el contrario, los fontaneros, los nazis o los extraterrestres se hubiesen salido con la suya, sin duda se las hubiesen arreglado para causar esa impresión. De la misma manera, cuando gracias al *Freedom of Information Act* logró consultar su expediente en el FBI, esperaba encontrarlo lleno de informes que abarcaban veinte años de su vida, pero no se sorprendió mucho al descubrir un solo documento: la carta que le había enviado a principios de los años cincuenta al físico ruso Alexandre Topchev, antes de conocer a George Smith y George Scruggs, para saber algo más sobre los fallos de la teoría de la relatividad restringida. La presencia de ese documento único y no muy comprometedor no probaba según él más que una cosa: el FBI filtraba sus informes antes de comunicarlos al público y la ley que supuestamente tenía que acabar con el aparato policial nixoniano era una farsa.

Por muy eficaz que esa respuesta fuera, Dick sin embargo no eludía la hipótesis de que hubiera en el expediente de su encuentro con Dios lo mismo que en el de su robo o en el de sus relaciones con el FBI: nada. Nada, o bien, lo que venía a ser lo mismo, el fruto de una imaginación que según el gusto de cada uno podía parecer maravillosamente fértil o patéticamente alterada.

Había en él un inspirado, al que Dios había elegido para llevar Su palabra a los Estados Unidos en la segunda mitad del siglo XX. Pero había también otro personaje, que no se cansaba de denunciar la ilusión en la que era el primero en caer. Noche tras noche, esos dos personajes se disputaban el terreno de la Exégesis, uno reinando sobre ella, el otro asediándola, éste atacando, el otro defendiendo. Como no sabía a quién darle la razón, durante mucho tiempo intentó en vano resumir de una forma inteligible para los demás lo que le había sucedido. Mantenía la esperanza de escapar del solipsismo y hacer escuchar las dos voces que se debatían en él. En 1976, escribió, en pocas semanas, una novela, *Valisystem A*, que los editores rechazaron. En esta novela aparecen dos personajes, Nicholas Brady, un vendedor de discos de Berkeley, y su viejo amigo, un escritor de ciencia ficción, Philip K. Dick. Ya saben ustedes todo lo que le sucede a Nick: la muela del juicio, el pez de oro, los fosfenos que imitan los cuadros del museo de Leningrado, la fotocopia de los artículos filocomunistas, la radio que declama obscenidades («*Nick is a prick, Nick is a dick*») y la hernia estrangulada de su hijo. En cuanto a Phil, él hace el papel del confidente, escéptico y compasivo a la vez. Conservó ese papel en las siguientes versiones, pero el de Nicholas Brady acabó siendo para un tal Amacaballo Fat, alter ego heleno-germánico, ya que Fat es la traducción del término alemán *dick*, que quiere decir «gordo», y Amacaballo es la traducción del nombre griego *Philip*, «el que ama los caballos». (Por prudencia, tal vez, se abstuvo de buscar un equivalente

a la K del nombre de su madre, Kindred, que en inglés significa «parentesco o vínculo de sangre».)

Amacaballo Fat, el gordo que amaba los caballos, era, pues, el chiflado que vio a Dios, y Phil Dick, su amigo sensato. Fat comentaba sus propias visiones en su Exégesis, Phil comentaba la Exégesis en las versiones de su novela. Fat se creía un nuevo Isaías, Phil consideraba a Fat un nuevo presidente Schreber. Phil se creía lúcido, Fat dejaba que lo tomaran por loco. Sin embargo, observaba éste, aunque pareciera increíble, la verdad estaba de su lado. Entonces Phil movía la cabeza y todo volvía a empezar. Aquel tiiovivo siguió dando vueltas hasta la muerte de ambos, y a partir de ahí no sé lo que pudo haber pasado.

(Sé lo que piensan. Yo, por mi parte, pienso lo mismo, obviamente. Pero quisiera que suspendiéramos nuestro juicio, que no alteráramos el proceso. Para eso escribo este libro: para imponerme a mí, y a ustedes, el tiempo de la lectura, esa disciplina mental.)

Enumeraba con el mismo celo los argumentos que probaban que estaba loco y los que probaban que había caído en las manos de Dios. E incluso este esfuerzo de imparcialidad se movía en esas dos direcciones. Un día, veía en ello una señal alentadora de integridad mental, ya que es típico de los locos creerse sanos de espíritu. Al día siguiente se asustaba: ¿acaso el miedo a volverse psicótico no es uno de los primeros síntomas de la psicosis?

Paralelamente a la lista de sus posibles *okupas* espirituales elaborada por Fat, Phil tenía un elenco completo de los posibles responsables de su colapso psíquico. El exceso de angustia y desamparo había podido desencadenar uno de esos síndromes de aislamiento que tantas veces había descrito en sus libros. Sin olvidar, por supuesto, el abuso de las drogas. Desde hacía veinte años había convertido su organismo en una coctelera de mezclas químicas y ahora éstas le pasaban factura, acompañada de un *fortune cookie* que incluía al Altísimo. Harlan Ellison tenía una fórmula para resumir ese tipo de experiencias: «Tomé drogas. Vi a Dios. Vaya rollo».

Phil no tenía muy claro si el hecho de que su aventura fuera tan ejemplar lo consolaba o lo deprimía todavía más. Las drogas tomadas durante los años sesenta eran el escabeche en el que ahora su cerebro se maceraba. Una historia banal: California estaba plagada de sectas extrañas en las que los *freaks* parecidos a él

embelesaban sus *flashbacks* de ácido mascullando mantras.

Pues también existía esta variante: la hipótesis del *flashback* de ácido. Desde la prohibición del LSD²⁵ en 1967 y el repentino vuelco de la opinión pública contra él, un rumor difundido por la prensa conservadora había convertido este fenómeno realmente marginal en una espada de Damocles tan amenazadora como, quince años más tarde, la larga incubación del virus del sida. Nadie que se hubiese expuesto a este riesgo podía considerarse definitivamente libre de él. Circulaban temibles historias de jóvenes que habían tomado LSD cuando eran estudiantes, aconsejados por malos compañeros, y que muchos años más tarde, convertidos en ejecutivos de IBM o General Motors, súbitamente, en plena reunión de trabajo, se veían transportados hacia el otro lado: los cables del teléfono se transformaban en serpientes, el amable colega en un robot maligno, y hasta existía la posibilidad de que el imprudente atrapado por su pasado se hiciera con un hacha para descuartizar a los que lo rodeaban. El *flashback* de ácido era por aquel entonces, frente a un caso de locura asesina, una de las primeras hipótesis que la policía barajaba. Dick tampoco pudo evitarlo y por un tiempo consideró su único *viaje* de 1964 como la hipotética matriz de su futura obsesión con lo divino. Creyendo que el Dies Irae había sonado, había pasado ocho horas rezando y lloriqueando en latín. Y ahora le hacían ver la continuación de la película, que no duraría ocho horas, sino ocho años. Gracias, Sandoz.

Por muy penoso que fuera, la hipótesis se tenía en pie. Aparte de un detalle, señalado por Fat: nunca nadie había oído decir que el ácido hiciera hablar en latín a quien no conocía ese idioma. Ni que un *flashback* hiciera hablar en griego. Por supuesto, bajo los efectos del ácido, o en sueños, uno podía imaginar hablar en griego, latín o sánscrito. Pero, en 1964, Ray Nelson lo había realmente oído despotricar en latín, lo que significaba que diez años después el problema seguía vigente; no hay que olvidar que Ray Nelson también había tomado ácido. Ahora se le ocurrían palabras que no comprendía, que luego en la vigilia transcribía fonéticamente y que resultaban pertenecer al griego *koiné*. «Está bien ser escéptico, Phil, pero tienes que responder a esta pregunta: ¿cómo se explica que un californiano en 1974 de pronto se ponga a pensar en la lengua en la que se expresaban san Pablo y sus interlocutores?»

«En general —insistía Fat—, ¿cómo explicar en nuestro cerebro la presencia de una información que normalmente no tendría ninguna razón de hallarse donde se halla? Es demasiado fácil echar toda la culpa a las drogas o afirmar que un encuentro con Dios sea a la enfermedad mental lo que la muerte es al cáncer: la conclusión lógica de un proceso de deterioro. El verdadero problema estriba en

saber si podemos considerar mi experiencia de 1974 como una teofanía. Una teofanía consiste en la autorrevelación de la divinidad. No es algo que el perceptor haga, sino algo que hace la divinidad. Moisés no creó la zarza ardiente. Elías, en el monte Horeb, no generó la queda voz murmurante. Aunque reconozco que es difícil distinguir la auténtica teogonía de una mera alucinación, la cual, sin duda alguna, es mucho más frecuente. Pero propongo un criterio: si la voz —supongamos que se trata de una voz— le dice al perceptor algo que él ignora y que de ningún modo podría saber, quizá estemos en presencia del fenómeno auténtico.»

¿De acuerdo?

Phil quería creerlo, pero con ciertas reservas. Ante todo, pensaba que Fat exageraba un poco con su propia ignorancia: una noche de Exégesis lo había sorprendido fingiendo asombrarse de comprender en sueños el alemán, lengua que hablaba corrientemente. Sospechaba que, siendo tan enredado con la cronología, invertía también el orden de las secuencias: tras dar con un dato en su enciclopedia, lo soñaba, después se despertaba y olvidaba completamente lo leído; entonces se sumergía de nuevo en la enciclopedia, encontraba lo mismo y lanzaba diversos «oh» y «ah». De una manera más general, según Phil, era necesario tener más en cuenta un sinnúmero de cosas que yacen en el subconsciente. Tres decenios de psicoanálisis —junguiano, para ser más precisos— no habían emancipado a Fat de una concepción mágica y primitiva de los sueños. No se cansaba de buscar en ellos mensajes exteriores o presagios y se negaba a considerarlos como una fonda española, donde uno sólo consume lo que ha llevado consigo. Resultado: cuando la tarde después de la aparición de la mensajera con el pez de oro, la cifra 840 se le apareció en letras de fuego durante la siesta, en cuanto despertó empezó a averiguar qué había sucedido en el 840 antes y después de Cristo, a imaginar cómo había sido su vida anterior en Micenas, en lugar de recordar el precio del medicamento que la chica le había entregado, y que incluso había tenido que repetirle: ocho dólares con cuarenta.

«*Touché* —admitió Fat—. Pero ¿y el griego?»

En lo que se refería al griego, Phil se veía obligado a llegar a un compromiso con Jung, lo cual sabía que era un camino peligroso. Inconsciente colectivo, memoria filogenética, así se alejaban ya del terreno rigurosamente racional dentro del cual hubiese querido limitar la controversia. Pero, en fin, aún era posible salir de apuros sin invitar a Dios a la fiesta.

«Bueno —decía entonces Fat, con la sonrisa irónica con la que acompañaba siempre sus demostraciones más aplastantes—: ¿Y la hernia de Chris? ¿Crees que fue el inconsciente colectivo el que me avisó de ella?»

Phil se rascaba la cabeza. No podía negar el hecho, ni negar que fuera inquietante. Pero, con ese criterio, muchas veces suceden cosas que son inquietantes. A las personas más racionales les perturba la realización de un sueño premonitorio o la clarividencia de una cartomántica; como a Nancy y a él cuando la vieja irlandesa de Santa Bárbara había descrito aquel agente del KGB dueño del restaurante de Berkeley. Es inquietante, de acuerdo, pero no basta para dar al traste con nuestra concepción del mundo, la cual, hasta nuevo aviso, excluye la percepción extrasensorial.

Aunque eso no quita que sea inquietante.

Perturbado por la hernia de Christopher, Phil contraatacaba con el razonamiento conocido como el «de los frutos»: «Y guardaos de los falsos profetas —profetiza Cristo (Mateo, 7, 15)—, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, mas de dentro son lobos rapaces». Y prosigue, con esa desenvoltura en la creación de metáforas que es una de las características de su estilo inimitable: «Por sus frutos los conoceréis. ¿Cógense uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol lleva buenos frutos; más el árbol maleado lleva malos frutos».

«¡Ese es el verdadero criterio! —exclamaba Phil—. ¡El único que hace posible distinguir al inspirado del enfermo! Desde luego, Cristo alude aquí más bien a los falsos profetas maléficos, a los flautistas de Hamelín, como Hitler o Jim Jones, pero esto también vale para la persona honesta como tú que oye voces y te crees un profeta cuando en realidad simplemente estás pirado. A ella también es legítimo pedirle: muéstranos los frutos de tu relación con Dios. ¿Has cambiado? Lo sé, entiendes el griego, has echado a tu agente, te cortas los pelos de la nariz...»

«He descubierto la hernia de...»

«De acuerdo, pero ¿puedes honestamente afirmar que has mejorado? Hace veinte años que hablas con voz trémula de empatía, caridad y *agapê*, y que les escribes a tus ex mujeres sermones sobre el tema con citas de san Pablo. Perfecto, pero veamos qué dice san Pablo en la primera epístola a los Corintios: “Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo caridad, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los

misterios y toda ciencia; y si tuviese toda la fe, de tal manera que traspasase los montes, y no tengo caridad, nada soy. Y si repartiese toda mi hacienda para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo caridad, de nada me sirve".»

Al escuchar estas palabras, Fat bajaba triste la cabeza. Entonces Phil aprovechaba su ventaja. «Sé muy bien que no eres malo —reconocía—, sé que te das a los pobres, que envías cheques a las asociaciones benéficas, que el sufrimiento de los niños y de los gatos te conmueve hasta saltarte las lágrimas. Pero esto no cambia nada el hecho de que sigues siendo incapaz de sentir empatía. Por más que lo quieras, que implores, no tienes más acceso a los demás que al mundo real, sensorial, a la verdadera vida, de la que siempre te separa un cristal blindado. Es ése el pecado mortal, y ni siquiera es por tu culpa. Eres más víctima que culpable. El pecado no es una elección moral, sino una enfermedad del espíritu, que lo condena a no conocer otro comercio aparte del suyo, o sea, a la repetición eterna. Sufres de esa enfermedad: estás obligado a permanecer confinado en el laberinto de tu cerebro. Nunca escuchas, ni has escuchado, ni escucharás nada fuera de las cintas magnéticas en las que, en circuito cerrado, se imprime y se reproduce tu voz. No te hagas ilusiones: es ella la que escuchas en este momento. Es ella la que te dice esto. A veces te dejas engañar, porque para soportarse esta voz ha aprendido a falsificar otras, a servirse del eco, a hablar como un ventrilocuo. Pero en realidad estás solo, como Palmer Eldritch en el mundo que ha vaciado de su substancia y cuyos habitantes llevan todos sus estigmas. O como Nixon en su despacho oval plagado de micrófonos ocultos que se ponen en marcha en cuanto él dice "mierda". Pero él, de alguna manera, ha tenido suerte: lo obligaron a que entregara sus cintas, las escucharon y luego lo echaron de su bunker. A ti nadie te hará este favor. Hasta el último de tus días podrás escucharte tranquilamente, contradecirte y acabar dándote la razón.» «¿A eso le llamas darme la razón?».

«Exactamente. Además, *tienes* razón. En todo caso, yo no puedo probarte que estás equivocado. Nadie puede hacerlo. Todo tu sistema se basa en ese tipo de razonamiento, no necesariamente justo, pero lógicamente inapelable, que llamamos sofisma. Y que en este caso consiste en decir: "Quizá yo no soy un profeta, pero entonces Isaías tampoco lo es. Quizá confundo los borborigmos de mi subconsciente con la voz de Dios, pero la objeción también es válida para san Pablo. ¿En nombre de qué cosa, en qué saber te apoyas, Phil, para distinguir la luz que lo deslumbró de camino a Damasco, de la que yo vi en la primavera de 1974 en mi apartamento de Fullerton, Orange County? No puedo asegurarte que te equivocas si te niegas a creerme, pero sí puedo asegurarte que a san Pablo no le hubieses creído. Te habrías encogido de hombros, habrías hablado de epilepsia o insolación,

como muchos judíos devotos y griegos cultivados”. De acuerdo, no tengo nada que objetar a esto. Como tampoco tengo nada que objetar a los ecologistas puros y duros que, aunque a mí me parezca descabellado atribuir a los árboles y a los animales los mismos derechos jurídicos que a los hombres, me hacen ver que durante mucho tiempo no nos ha parecido menos extraño atribuírselos a las mujeres y a los negros. No tengo nada que objetar a las personas que, después de admitir que la tecnología moderna hubiese sido magia para nuestros abuelos, me obligaran a admitir que lo que ahora nos parece inexplicable y perturbador, como tú sabes decirlo tan bien, y de lo que yo me deshago como del polvo que se barre debajo de un tapiz, un día será incorporado al campo de la ciencia: quien hoy niega la percepción extrasensorial, en el pasado hubiese condenado a Galileo. Personalmente, tengo mis dudas, pero no es algo incoherente, así que prefiero callar.»

«Callas, pero no dejas de pensarlo: basta con leer las páginas de mi Exégesis, hablan por sí solas. Denuncian con elocuencia la locura de su autor. La increíble complejidad de esas teorías, sus contradicciones y su inverosimilitud, comparadas con la impecable claridad de las cartas de san Pablo... Hay algo de auto-demonstrativo en la verdad, que se impone por sí sola, y eso también vale para lo falso, y si no lo sentimos es porque hemos perdido toda capacidad de juicio. Tú piensas lo mismo, ¿no es cierto?»

«Por supuesto que lo pienso, pero sé adonde quieres llegar: sé que pensando esto no pruebo nada y quizá sólo estoy dando una prueba de mi pereza. Tengo ante mis ojos tu Exégesis recién escrita, mientras que dos mil años de distraída costumbre me separan del Nuevo Testamento. Si fuera capaz de leerlo con ojos nuevos, me daría cuenta de que nada es más absurdo y más contrario al sentido común que la doctrina cristiana. Los relatos de los dioses griegos tienen al menos algo de humano y pedestre que no desorientan, un poco como las películas con las que buscan interesar a la gente mostrándoles la vida de gentes como ellos, pero con un poco más de *glamour*. Pero el cristianismo se erige contra todo lo que pensamos saber, espontáneamente, del orden del mundo: ese Dios crucificado, ese canibalismo ritual que supuestamente debe transformar a la especie humana, yo mismo se lo había dicho a Anne, en la época en que frecuentábamos la iglesia de Inverness, que todo aquello se parecía a un relato de ciencia ficción. Es absolutamente inverosímil, y no serás el primero en pensar que ésa es la razón por la que puede que sea cierto...»

«¿No te parece extraño que mis revelaciones se parezcan tanto a mis novelas de ciencia ficción? ¿No crees que al fin y al cabo me he puesto a creer en lo que

inventaba?»

«Sí, aunque podríamos decirlo de otra manera: podríamos decir que nunca has inventado nada; podríamos decir que esta revelación ha empezado a invadir el mundo sin que tú lo advirtieras, a través de tus novelas de ciencia ficción. Y cuanto más lo pienso, más me parece... ¿Cómo decirlo? ¿Factible? ¿Lógico? ¿Pertinente? Digamos que no me sorprende que Dios haya elegido ese vehículo y a ti para conducirlo. Siempre hace lo mismo. Utiliza materiales de escaso valor: la piedra que los constructores han descartado. Cuando Él decide elegir un pueblo, no elige a los griegos o a los persas, sino que va a buscar una oscura tribu de nómadas de la que nadie ha oído hablar. Y cuando decide mandar a Su hijo a Su pueblo, sucede lo mismo: todo el mundo esperaba a un heredero real, y en cambio todo transcurre como quien no quiere la cosa, entre gentes pobres, en el anexo de un motel de Belén. Una de las pocas cosas que sabemos sobre la técnica de Dios es que siempre se manifiesta donde no lo esperamos. Es lo que Él mismo dice en *Ubik*, muy claramente: los mensajes de Runciter pasan a través de anuncios televisivos, de graffitis en los retretes, no a través de encíclicas. Al menos podemos estar seguros de que si Dios decidiera hablar a los hombres de hoy, no se dirigiría al Papa, ni a ninguno de sus representantes jurados. Y si por alguna razón de su incumbencia decidiera dirigirse a un escritor norteamericano, no serían ni Susan Sontag ni Norman Mailer, sino probablemente el más oscuro de los escritores de mala muerte que escribe en cadena novelas de cuarta que nadie se toma en serio.»

«Hay que reconocer —dijo Fat bromeando— que he conducido brillantemente mi carrera en vista de este trabajo. Por otro lado, todo esto se parece mucho al delirio de un fracasado, ¿no es cierto?»

«Sí. Pero es posible que Dios utilice los delirios de un fracasado para sus designios. Sería algo muy de Su estilo: Sus vías impenetrables, ya sabes. El problema con la fe es que no hay ninguna razón para detenerse. Si alguien cree en la Resurrección de Cristo, no podrá negar Sus milagros, Su nacimiento del vientre de una virgen. Si cree en la Santa Virgen, sería imprudente prohibirle aparecer en Lourdes, en Fátima y en otros lugares de los que millones de peregrinos regresan transfigurados. Si cree en esas apariciones, en las curas y en las medallas milagrosas, ¿por qué no creer en la reencarnación, en la influencia oculta de la gran pirámide en la historia universal o en tu Exégesis? En el fondo, Fat, tu astucia consiste en decir que eres el agua del baño y que no pueden tirarte sin sacrificar al niño. Pero, espera un momento: ¿qué pasa si acepto sacrificar al niño?»

«Quieres decir...»

«Eso: si Dios no existe.»

«Entonces, efectivamente, mi Exégesis no es más que una sarta de estupideces.»

«Y el Evangelio también: ¿es lo que dirás después?»

«Exacto. Y san Pablo decía lo mismo: si Cristo no ha resucitado, todo lo que yo digo son idioteces. Entonces no hay ninguna diferencia entre Isaías y el presidente Schreber, entre san Pablo y un loco que se cree san Pablo: como yo, por ejemplo. Todos encerrados en el mismo hospital psiquiátrico. ¿Así estás contento?»

«Sabes que no. Así ambos salimos perdiendo.»

«¿Y entonces?»

«No sé. Creo que me encuentro en un punto muerto

20

Final de línea

Bajo la mirada inquieta de Phil, Fat se sumergía todas las noches en su Exégesis. Como alguien que, perdido en un país desconocido, consulta al azar los mapas de la guantera del automóvil, mapas de Michigan, Tanzania o la pintoresca Auvernia, Fat comparaba sin descanso lo vivido con las distintas doctrinas y experiencias conocidas. Sus documentos de consulta, como solía llamarlos pomposamente, iban de la *Encyclopaedia Britannica* a las publicaciones de la iglesia de cientología, que enriquecían a su colega Ron Hubbard. Recibía también varios catálogos de pequeñas librerías esotéricas en cuyos estantes el Maestro Eckhart descansa junto a Madame Blavatsky. Alimentadas de este modo, las teorías se sucedían entre ellas. Cada una, en el momento, le parecía tan deslumbrante como la precedente, o como habría de parecerle la sucesiva. Pero la novela que él anunciaba, que debía ser a la Exégesis lo que las parábolas de Cristo eran a su enseñanza secreta, y cuyo adelanto se había gastado hacía ya mucho tiempo, no avanzaba. Los únicos ingresos provenían de las traducciones de sus libros anteriores, tenía que pagar la pensión de Nancy, y los Dick iban tirando. Tessa quiso trabajar, pero Phil se opuso. Se lo tomó muy mal cuando ella se inscribió en la universidad para asistir

a unos cursos de alemán, lengua que él empleaba cada vez con mayor frecuencia en sus conversaciones sin importarle si ella la comprendía o no. En general, le molestaba que ella saliera, que fuera a hacer la compra, que llevara a pasear a Christopher o que lo acompañara a él cuando salía. Defendía su propia libertad sin concederle ninguna. Le importaba poco lo que ella pensaba, pero no aceptaba que se lo ocultara: la interrogaba a quemarropa sobre todo lo que le pasaba por la cabeza, se enfurecía si sospechaba una omisión, pero jamás se dignó darle la más mínima explicación durante los meses en los que, estando Thomas de huésped en su cabeza, prácticamente dejó de hablar con su mujer, mientras intercambiaba confidencias y risitas frente al televisor con un interlocutor invisible. Esa situación exacerbó el humor de Tessa, cosa que él le reprochaba agriamente. Sin la más mínima intención de atribuir este fenómeno a causas psicológicas identificables, él lo situaba en un proceso más vasto, misterioso, que veía operar sin poder explicarlo: desde el regreso de lo real y el triunfo de la luz, todo hubiese tenido que ir mejorando a paso sostenido; sin embargo, todo parecía degradarse. Sus facultades creativas declinaban, su relación de pareja empeoraba, su coche estiraba la pata. El círculo de la repetición que tenía cautiva a su vida resistía, al menos aparentemente.

Creyó haberlo roto una vez más cuando conoció a una chica de veintidós años, regordeta y decidida, que se llamaba Doris y que acababa de convertirse al catolicismo, en el rito episcopaliano. Quería hacerse monja, según le confesó durante la primera de las largas conversaciones que mantuvieron en el estudio de ella, lleno de iconos religiosos. Phil aprobó el proyecto, aunque para sus adentros tuviera la intención de acostarse con ella. ¡Si hubiesen podido vivir juntos! ¡Qué vida tan exaltante tendrían! Discutirían sobre teología, irían juntos a misa, participarían en las actividades de la parroquia. Para sondear el terreno, Phil se quejó de las incomprendiones de Tessa, de ahogarse dentro del caparazón pequeñoburgués en el que ella lo tenía atrapado, pero a Doris ese desahogo de fatiga conyugal le pareció infantil. Entonces Phil, pensando jugar una carta ganadora, le habló de su experiencia religiosa.

Fue un relato largo, que Doris escuchó atentamente, aunque con cierta actitud profesoral para el gusto de Dick. Si bien no sabía qué reacción provocaría en ella, esperaba algo más alentador que la mención a una encuesta publicada por el *Time Magazine* según la cual el cuarenta por ciento de los norteamericanos aseguraban haber tenido una experiencia mística. La discreción de Doris se debía a su escrupulosa ortodoxia. Hubiese querido admitir las demostraciones de Fat y, a modo de hipótesis, no excluir que pudiera tener una misión profética, pero, alertada por el cura que la había catequizado contra lo que por entonces empezaba a conocerse como la *new age*, exigía garantías doctrinales. Dick juró que su Exégesis

no tenía que ver con las religiones de síntesis similares a la de un Pike y que no tenía la más mínima intención de crear un nuevo culto, sino, al contrario, quería situarse en la más estricta obediencia cristiana. Su dios era el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Le señaló, empero, que la historia de la salvación aún no había concluido: primero había sido la edad del Padre, reflejada por el Antiguo Testamento; después la edad del Hijo, ilustrada por el Nuevo, y ahora llegaba la edad del Espíritu. «¿Pretendes insinuar —inquirió Doris perturbada— que consideras tus libros como la tercera parte de la Biblia? ¿Crees que eres un nuevo Mesías?» Dick sonrió con humildad. «No, quizás alguien como Juan el Bautista: el precursor, la bisagra entre dos épocas; el más grande en la antigua alianza y el más pequeño en la nueva; el último de los profetas, el que aparece cuando todo el mundo se lamenta porque Dios ya no le habla a Su pueblo; la voz que clama en el desierto. Si lees con atención la Biblia, te darás cuenta de que era un barbudo inspirado, igual que yo. Pregúntate honestamente si habrías creído en Él.»

Menos propensa que Phil a creer en la retórica de Fat, Doris se hizo la pregunta sólo por la forma, sin dudar la respuesta. La amistad amorosa de Dick se vio ligeramente enfriada. Volvió a encenderse hasta transformarse en pasión cuando en la primavera de 1975 a la joven le detectaron un cáncer linfático. Ahora quería vivir con ella, cuidarla y no abandonarla nunca más. «¿Y Tessa?», objetaba Doris, cuya fe le vedaba tomar a la ligera los lazos conyugales. Doris se negó a que Phil abandonara su familia, pero no dejaron de verse. Cuando volvía a casa de noche, Phil sólo hablaba de la enfermedad de Doris, de la devoción de Doris y de la resignación sublime de Doris. Las dudas que Doris había manifestado con respecto a su misión las había olvidado, en cambio le agradecía que le hubiera dado una saludable lección de humildad. Ninguna cabellera humana le había producido un efecto erótico comparable al de la peluca que Doris llevaba a causa de la quimioterapia.

Al final, Tessa, harta, se marchó llevándose consigo a Christopher. Dick, que discutía con Tim Powers cuando su joven cuñado se presentó a recoger las pertenencias de su mujer, ostentó cierta desenvoltura. Tranquilizó a Powers, preocupado por su estado de ánimo, y no aceptó cuando éste se ofreció para quedarse a hacerle compañía. Esa misma noche se tomó una botella de vino con cuarenta y nueve píldoras de Digital, treinta de Librium y sesenta de Agresoline, se cortó las venas de la muñeca y se acostó en el garaje después de haber cerrado la puerta desde el interior y encendido el motor del coche.

Un defecto del obturador hizo que el motor se apagara. Irritado, sin

encontrar explicación alguna al hecho de tener que agonizar incómodamente abandonado por los gases de escape, subió a la casa y se arrastró hasta la cama. Poco después un equipo médico de urgencia derribó la puerta. Con la mente y la voz confusas, había llamado a la farmacia para renovar la provisión de Librium. El farmacéutico, perplejo, había alertado al equipo médico de urgencia. Habría mucho que decir, pensó Phil más tarde, sobre el papel de los farmacéuticos como auxiliares de la gracia en su vida.

Después de un lavado de estómago lo llevaron a la sala de cuidados intensivos. Volvió en sí al amanecer. Acostado boca arriba, contempló el monitor del encefalograma ubicado en la cabecera de la cama, como una lamparilla de noche. Él ahora era esa línea centelleante y tranquila que recorría sin descanso la pantalla negra. Los vagos pensamientos que se agitaban en su cerebro embotado provocaban unos movimientos imperceptibles e irregulares. Se abismó en ese espectáculo e intentó modificar sus figuras controlando los propios influjos cerebrales como se teledirige un coche de juguete. De pronto, los movimientos se hicieron más esporádicos, la línea se volvió recta. Tuvo la impresión de mirar fijamente durante mucho tiempo esa línea recta, cuyo trazado tranquilo significaba que estaba muerto. Después, a duras penas, la línea retomó su movimiento sinusoidal.

Tres días más tarde, un policía armado lo condujo en una silla de ruedas desde la sala de cuidados intensivos de enfermedades cardíacas a lo largo del corredor subterráneo que comunicaba con el ala psiquiátrica. Pasaron muchas horas sin que nadie se ocupara de él. Aunque podía caminar sin ninguna dificultad, el policía, por alguna razón, le había dejado la silla de ruedas. Se encontró allí sentado en un corredor por el que pasaban a intervalos irregulares médicos y enfermeras con batas blancas, nunca los mismos, y a intervalos regulares personas en pijama, siempre las mismas, que le parecieron razonablemente poco sociables. Trazaban un circuito ritual, sin duda alguna. Como no tenía el coraje de levantarse para comprobarlo, se conformó con observar sus ritmos respectivos. Los enfermos mentales siempre se mueven a una velocidad y sólo a esa velocidad: es la única que conocen. Pero algunos son lentos y otros corren. Varias veces vio pasar a una mujer corpulenta, desaliñada, que con una voz curiosamente mundana relataba a quien quisiera escucharla cómo su marido había intentado envenenarla infiltrando gas venenoso por debajo de la puerta del dormitorio. Con distraído asombro, Phil advirtió que había seguido la continuidad de ese relato, aunque transcurriera un lapso de tiempo bastante largo entre cada vez que la mujer pasaba ante él, que sólo duraba pocos segundos. Sacudió la cabeza para liberarse de ese enigma, como

quien se quita un insecto de encima.

Para alejar el sufrimiento que aún no sentía, pero que intuía rondar en torno a él, procuró pensar en la Exégesis. En general, la idea de dedicarse a la elaboración de una cosmogonía lo consolaba un poco, actividad rara, reservada normalmente a entidades más importantes que un individuo aislado, como por ejemplo una civilización. Pero no conseguía interesarse por ella. Ni por Dios. «*Eli, Eli, lamma sabacthani*», murmuró, sin despertar eco alguno en su alma.

Pensó en Donna. Por muy penoso que fuera, era como hallar una posición cómoda en una noche de insomnio, una ensoñación consistente. Se preguntó si Donna se había vuelto adicta a la heroína, si estaba muerta o casada, si vivía en Oregón o en Idaho... Quizás un accidente de automóvil la había dejado parálitica. Sin ninguna razón, esta hipótesis le pareció posible.

Pensó también en Kleo, intentando imaginar en vano cómo habrían sido sus vidas si se hubiese quedado con ella. Qué libros habría escrito, a quién se habrían parecido sus hijos. Había tenido una mujer que lo amaba y la había abandonado. Un hombre no recibe dos veces esa bendición. ¿Qué le diría ella si lo viera ahora en una silla de ruedas, internado, abandonado por su mujer y su hijo, con el carburador del automóvil estropeado y la mente dañada? Seguramente se pondría a llorar.

Lloró.

Miró la televisión. El invitado de Johnny Carson era Sammy Davis, Jr. Phil se quedó mirando y se preguntó cómo sería tener un ojo de vidrio. Después el noticiario mostró unas imágenes escuetas y borrosas de Nixon en su finca de San Clemente. Una flebitis estuvo a punto de matarlo; a él también lo llevaban en una silla de ruedas. El operador de cámara lo filmaba desde tan lejos que era imposible verle la cara, sólo se veía una silueta atrofiada debajo de un gabán escocés. Dick volvió a llorar, de pena por sí mismo y por su viejo enemigo. La guerra había terminado y los dos volvían a encontrarse en el mismo punto. Ambos la habían perdido.

Después lo sometieron a un examen de rutina, durante el cual Phil se vistió con las galas de la cordura como mejor pudo. Se daba cuenta de que nadie le creía. Además, allí ni siquiera sabían que era reincidente: no se había equivocado, la primera vez, al suicidarse en el extranjero.

Le comunicaron que pasaría tres semanas en observación, precisándole que quizá podrían ser tres meses. Por un momento pensó en pedir una lectura de sus derechos, pero después cambió de opinión. Cuando uno está loco, aprende a cerrar el pico.

No es mucho lo que ocurre en un hospital psiquiátrico. En contra de lo que las novelas sostienen, los pacientes no dominaban realmente a los miembros del personal y éstos realmente no torturaban a los enfermos. Sobre todo leían y veían la televisión, o se quedaban sentados, dormían y jugaban a las cartas. Discutían un poco, pero como lo hace la gente que espera el autobús en una estación. Comían tres veces al día en una bandeja de plástico. Y tomaban también, tres veces al día, la medicación. A todo el mundo le daban su dosis de Thorazine, además de otro remedio que las enfermeras se negaban a decir qué era, aunque vigilaran a los enfermos para asegurarse de que lo habían tragado todo. A veces las enfermeras se equivocaban y traían dos veces el mismo medicamento. Los pacientes les decían que ya lo habían tomado, pero ellas volvían a suministrarlo quieras o no. Dick nunca oyó a un paciente decir que aquella doble dosificación fuera una táctica deliberada para drogar a los enfermos. Los más obstinados decían que las enfermeras eran unas idiotas, los más amables que simplemente tenían mucho trabajo. Hubiese podido esperarse algo más de la gente paranoica, pero no. Él tampoco sentía ya la necesidad de elaborar teorías. Se sentía morir. La vida física, mental y espiritual se retiraba de él como el flujo que mana de un absceso. Pronto no quedaría más que un saco vacío.

Compartía habitación —una habitación de tres camas equipadas con esposas de cuero, por si había que atarlos— con un joven hebefrénico que nunca hablaba y con una chica mexicana, una Testigo de Jehová, que a diferencia del otro no se cansaba de describir el Reino de Dios, donde el león y el cordero viven juntos y felices. Phil ni siquiera sintió el deseo de decirle que el Reino de Dios ya lo conocía y que no se parecía a esas imágenes. Los supervivientes de los campos de concentración tampoco se atreven a corregir a las personas que, sin haber estado allí, divagan acerca del tema. Mueven la cabeza y no dicen nada.

O bien había visto a Dios demasiado pronto, o bien, demasiado tarde. En cualquiera de los casos, no lo había ayudado a sobrevivir. El encuentro con Dios, si era Él a quien había encontrado, no lo había fortalecido para la lucha de todos los días, para no perder a su mujer y a su hijo, para afrontar con coraje lo que un hombre tiene que afrontar.

Si era realmente Él... La cuestión ya no se planteaba en los términos retóricos

de la Exégesis, en la que sólo se trataba de impedirle al adversario demostrar lo contrario. ¿Con qué fin? Sabía que había encontrado algo y ahora descubría que no le había hecho ningún bien. Pero ¿acaso algo en su vida le había hecho bien?

Había montones de periódicos viejos apilados sobre las mesas de fórmica. Phil los leía metódica y distraídamente. Un día dio con un artículo breve, uno de esos hechos tan terribles que no vale la pena describir detalladamente. Era la historia de un niño de tres años al que sus padres habían llevado al hospital para una operación benigna. Tenía que salir al día siguiente, pero el anestesta había cometido un error y el niño, tras varias semanas de tratamientos desesperados, había quedado sordo, mudo, ciego y paralítico. Irremediamente.

Al leer esto, un sollozo le subió por la garganta y se quedó allí sin poder salir. Se pasó toda la tarde con la mirada perdida y los ojos desorbitados por el espanto. Nunca nada le había hecho tanto daño. No podía pensar en otra cosa que no fuera el despertar de ese niño. El momento en que éste habría recuperado el conocimiento, en la oscuridad. Inquieto, en un primer momento, pero inquieto como cuando lo estamos al saber que la inquietud está a punto de terminar. Dondequiera que él estuviera, sus padres no podían estar lejos. Iban a encender la luz, iban a hablarle. Y nada sucedía. Ni un sonido. Intentaba moverse y no podía. Intentaba gritar, pero no se oía. Quizá sentía que lo tocaban, que le abrían la boca para darle de comer. Quizá lo alimentaban con suero, el periodista no lo decía.

Sus padres y el personal del hospital lo acompañaban, presas del horror, pero él no lo sabía. Era imposible comunicar con él. El electroencefalograma indicaba que estaba consciente, que había alguien detrás de ese rostro de cera, contraído, detrás de esas pupilas que no veían, y nadie podía ignorar que ese alguien, ese niño sepultado vivo, gritaba de espanto en silencio. Nadie podía explicarle la situación, ¿y quién hubiese tenido el coraje de hacerlo? ¿Cuándo y cómo hubiera entendido lo que había sucedido, que aquello iba a durar y que sería siempre así? ¿En qué términos piensa un niño de tres años? Ya habla, dispone de cierta capacidad de abstracción: Christopher tenía la misma edad y empezaba a hacer preguntas acerca de la muerte.

Cuando pensamos en esto deberíamos rezar, estar seguros de que alguien escucha el ruego y lo atiende. Señor, haz que este niño muera, o si no, aunque quizá sea lo mismo, alumbrá con Tu luz las tinieblas donde lo has sumergido. Tómallo en tus brazos, arrúllalo, que sólo sienta en la oscuridad eterna Tu amor infinito.

Esa noche, como no conseguía dormirse, una evidencia triste e inexorable se apoderó de él.

Sí, había realmente encontrado y presentado algo durante toda su vida, pero no era Dios, ni el diablo. Era Jane. Nunca había tenido otro interlocutor o adversario fuera de la mitad muerta de él mismo. Todo había transcurrido en circuito cerrado. Su vida, las extrañas historias que había imaginado, no eran más que un largo diálogo entre Phil y Jane. Y toda la angustia que lo hacía sufrir, y que era la materia de sus libros, consistía en saber cuál de los dos era la marioneta y cuál el ventrílocuo. Si el mundo real era aquel en el que él creía vivir y en el que, como un médium, evocaba a Jane bajo distintos disfraces divinos o diabólicos, o si solamente era esa tumba, ese agujero negro, esa oscuridad eterna en la que Jane vivía e imaginaba a su hermano superviviente. No era más que el protagonista del sueño de una muerta.

O tal vez él estaba muerto y Jane no.

Él, que yacía en el fondo del agujero, en Colorado, desde hacía cuarenta y ocho años. Y Jane que en el mundo de los vivos pensaba en él. Una vez más, una de dos; pero no existía diferencia alguna. El tiempo de las teorías había terminado.

Durante toda su vida había buscado lo real y ahora lo había encontrado: era esa tumba. Era su tumba.

Allí estaba él.

Siempre lo había estado.

Él era el niño del artículo.

Y, esta vez, era seguro, ninguna verdad detrás de esta última verdad. Sabía que había llegado al final de línea.

Sabía también que tenía que olvidar eso que sabía. La luz del sol es preferible a la luz artificial, pero la luz artificial es preferible a la oscuridad. Afirmar lo contrario es pura jactancia.

Olvidaría. Creería, aquella noche, haber elaborado una teoría más, particularmente deprimente, aunque justificado por las circunstancias. Volvería a su ilusión, a la vida que creía vivir, a garabatear su Exégesis. Era, una vez más, lo mejor que había podido encontrar para esconder la cabeza en la arena. Habría

repetido, de buena fe, que hubiese dado su vida para conocer por fin la verdad, que nada era más deseable que la verdad, y, afortunadamente para él, habría olvidado que eso no era verdad.

Era como el cuento de los tres deseos, que tanto le gustaba y que tantas veces le había contado a Jane de pequeño.

Primer deseo: quiero conocer la verdad; quiero remontar el río del olvido; quiero que me muestren qué hay en el fondo del saco.

Concedido.

Segundo deseo: quiero olvidar, nunca más tener que volver a pensar en lo que he visto, olvidar la historia del niño, olvidar esta historia de los tres deseos, olvidar que tengo derecho a un tercer deseo. Quiero olvidarlo todo.

Concedido.

Conservas el derecho al tercer deseo, pero, te lo prometemos, nunca lo sabrás. Está olvidado.

Ahora duérmete.

21

Masa crítica

Durante su estancia en el hospital psiquiátrico, Doris lo visitó fielmente. A cada visita, él le suplicaba que cuando saliera de allí se fueran a vivir juntos, que lo apoyara durante el período de su recuperación, y le aseguraba que cuando todo hubiese terminado, la cuidaría como ella había cuidado de él en aquel momento, con la caridad de Cristo. La amaría, se amaría a sí mismo y Dios los amaría a ambos. Además, como Tessa se había marchado, ya no podían acusarlos de adulterio: este argumento convenció a Doris.

Encontraron un piso de tres habitaciones en Santa Ana, en un edificio nuevo situado justo en medio del barrio mexicano y que su arquitecto consideraba como un ejemplo de armoniosa fusión entre modernismo y color local. En realidad

parecía una cárcel modelo. Para abrir el portón del garaje subterráneo se necesitaba una tarjeta magnética, un circuito cerrado de televisión en la entrada principal le permitía al conserje vigilar el vestíbulo y los corredores, mientras que unos altavoces escondidos difundían una música suave. Para un hombre que había vivido toda su vida en casas aisladas y que temía la promiscuidad, dicha elección resultaba curiosa, pero Phil nunca se quejó de ella y vivió allí hasta su muerte.

Esta nueva residencia tenía la ventaja de encontrarse a pocos pasos de la casa de Tim Powers y de la iglesia episcopal donde Doris era la responsable del programa de asistencia social. Parte de esa responsabilidad consistía en distinguir a los verdaderos pobres, el objeto de sus cuidados, de los drogadictos dispuestos a cualquier astucia con tal de conseguir el dinero para sus dosis y pastillas. Por mucho que Dick le asegurara que los drogadictos no eran menos dignos de compasión que los pobres, ni menos pobres, Doris los consideraba unos simuladores y los detestaba. Mientras cocinaba, ella le contaba las historias de la parroquia, similares a cualquier historia de oficina: rivalidades, frustraciones, «¡no, de verdad, te juro que estoy harta!». El protagonista positivo de esas historias era el cura que la había convertido; Doris lo llamaba por su nombre de pila, Larry, y se declaraba enamorada de él. Cuando se lo había confesado, Larry, que estaba casado y era abuelo, le había respondido de manera bastante pikiana diciendo que él nunca mezclaba los negocios con el placer. Aun después de ese desaire, Larry era todavía el punto de referencia supremo de Doris. Invocaba su autoridad cada vez que Dick, para eludir los chismes parroquiales, intentaba arrastrarla hacia esas discusiones teológicas cuyo derecho se arrogaba por el hecho de haber decidido vivir con una devota. «Larry dice que son tonterías», objetaba ella a los audaces comentarios con los que Phil esperaba demostrarle la inspiración gnóstica de su fe; y cuando él le citaba las Escrituras: «Se lo preguntaré a Larry, pero debe de ser un pasaje corrupto de la Biblia». Cuando no les gustaba un versículo de la Biblia, Larry y Doris lo declaraban apócrifo. No amaban la especulación, ni la controversia, ni el roce con la herejía. Tan pronto como su coinquilino se aventuraba en ese terreno, Doris fruncía el ceño y se ponía a rallar zanahorias con una expresión terca que quitaba las ganas de insistir. Vivir con una moribunda resultaba menos excitante de lo que Dick había imaginado.

Esta cohabitación no era muy apreciada por sus amigos, que la consideraban morbosa. Y no era apreciada en absoluto por Maurice, el psicoterapeuta con quien se comprometió a reanudar las visitas al hospital una vez por semana. Maurice, un coloso de barba negra, iba vestido de militar y era famoso por haber sido traficante de armas y haber servido en el ejército israelí. De esas experiencias había

conservado un tono brusco, imperativo, que desentonaba con su profesión, y en particular una manera de emplear cada tres frases la expresión: «Y hablo en serio». Inútil agregar que nadie jamás dudaba de que Maurice hablara en serio. En el caso de Dick, su programa terapéutico consistía en obligarlo a disfrutar de la vida en lugar de querer salvar a la gente.

Para disfrutar de la vida, según Maurice, tenía que pasar un fin de semana en la playa de Santa Bárbara y encamarse con una o varias mujeres de tetas grandes; y hablaba en serio en lo que se refería a las tetas grandes. Desafortunadamente, Dick ignoraba por completo lo que era disfrutar; sólo entendía los distintos significados y se abstenía prudentemente de abordar sus ideas sobre el tema. Cuando Maurice lo reprendía a propósito de Doris, bajaba la cabeza esperando que pasara la tormenta. Los psicoterapeutas, quizá con razón, suelen desconfiar de los actos presentados como caritativos y desinteresados:

«Lo único que deseas —tronaba Maurice— es creer que eres una buena persona. Si Doris no tuviera cáncer, ¿vivirías con ella? No. Lo que más te interesa es engancharte a la muerte diciéndote que actúas correctamente. Así ganas en todos los frentes: te crees un pequeño santo y puedes suicidarte tranquilamente. Ése es tu truco, basta con observarte cinco minutos para darse cuenta. Pero, adelante, no te hagas mala sangre: si quieres reventar, revienta. Vas a reventar. Y hablo en serio.»

«Lo sé», murmuraba Dick, avergonzado.

Consideraba a Maurice un imbécil, pero no excluía que tuviera razón. Incluso llegó a descubrir que había algo de cierto en la teoría psicosomática según la cual las enfermedades, lejos de caernos encima por casualidad, satisfacen los deseos más profundos que se agitan en nosotros: en términos groddeckianos, que eran los que Maurice prefería, los deseos de nuestro «ello». Cuando los especialistas más radicales de psicosomática son acusados, en nombre del sentido común, de exagerar, es porque son capaces de llegar incluso a sostener que la persona que se hace atropellar por un coche en la calle, en realidad ha sido empujada por su propio instinto de muerte, que la víctima se ha ofrendado al cuchillo del asesino, y no falta, a estas alturas de la controversia, el que se pregunta si las víctimas de Auschwitz o su «ello» acaso no han deseado el destino que les ha tocado en suerte.

No hubiese sido correcto acusar a Doris de disfrutar de ese cáncer. Pero ella cultivaba una repulsiva relación de intimidad con su enfermedad, mucho más estrecha, paradójicamente, desde que los médicos le habían anunciado su remisión. A Dick aquello le recordaba las sensaciones que había tenido cuando su gato Pinky

había desaparecido: las semanas transcurridas esperando su regreso, las noches en que había soñado con él, sin aceptar que su pérdida fuera irreparable. Cualquier rasguño en la puerta lo sobrecogía: ¿y si hubiese sido Pinky? Y, un buen día, Pinky había regresado. Sin embargo, en el caso de Doris, el problema no consistía en saber si su mal reaparecería o no, sino cuándo reaparecería. Los médicos se lo habían advertido: el cáncer estaba en el mazo de cartas que tenía por delante, ella sacaba una carta al día y el cáncer no había aparecido aún. Pero sabía que si la carta estaba en el mazo y sacaba sucesivamente todas las cartas acabaría por sacar la del cáncer. Temía y esperaba ese momento, cuya perspectiva volvía vana cualquier alegría. Cuando alguien se reía de una broma delante de ella, tenía la impresión de que la injuriaban. El sentido común, pensaba Dick, con su habitual capacidad de penetración psicológica, hubiese querido que Doris disfrutara de todos los momentos de placer que la vida le ofrecía durante su remisión, en lugar de anticipar el final. Predicaba el hedonismo olvidando, por un lado, que no había una persona menos indicada que él para eso y, por el otro, que una Doris impetuosa lo habría irritado mucho más que una Doris aburrida y beata.

Transcurrieron tres meses así, acechando el regreso del linfosarcoma y, en cuanto a Dick, volviéndose insoportable según su técnica habitual: ya porque escribía su Exégesis y no había que molestarlo, ya porque dejaba de escribir y había que estar disponible para discutir sobre lo que había escrito. Además, tampoco soportaba que Doris saliera con otros hombres aparte de él; deploraba que trabajara; hubiese preferido que ella dependiese económicamente de él, pagárselo todo y que lo elogiaran por su caridad.

Al final del verano, el piso contiguo quedó vacío y Doris decidió mudarse, asegurándole a Dick que sus relaciones no cambiarían: seguirían apoyándose, ella le haría la comida, iría a verlo y cada cual tendría sólo un poco más de espacio para su vida privada. Una buena solución, ¿verdad?

No, pensó Dick, que no veía en eso más que una sola cosa: una vez más, una mujer lo abandonaba. Fue tan grande el dolor, que se metió por la autopista en sentido contrario y acabó internado otra vez en el hospital psiquiátrico, donde se enamoró de una drogadicta a la que esperaba salvar. En adelante, como temía volver a conducir, fue Tim Powers quien lo llevó a sus citas semanales con Maurice. Dick insistía para que lo dejara mucho antes del comienzo de la sesión y pasara a buscarlo mucho después de su finalización. Powers, en un primer momento, pensó que su amigo quería hacerle evitar esperar; después, consternado, descubrió que Dick salía de allí con unos trozos de papel en los que había apuntado números de teléfono y nombres de mujeres. El hospital psiquiátrico se había convertido en el

epicentro de su vida social, y también, como las discotecas, la playa o las lavanderías, en un sitio para flirtear.

Salvo el episodio al que me referiré en el próximo capítulo, todas sus tentativas destinadas a rehacer una vida de pareja fracasaron: esquizofrénicas, drogadictas, enfermas de cáncer, parecía como si todas esas mujeres de las que sólo quería amar sus heridas se hubiesen puesto de acuerdo para escapar de su insistente cortejo de san bernardo. Nunca había vivido solo, hubiese preferido morir. Sin embargo, esta vez, ya porque el instinto de vida y de muerte se había debilitado en él, ya porque había adquirido un poco de sabiduría, se acostumbró. Se adaptó a una rutina que no variaría mucho en los últimos años de su vida, tan pobres en acontecimientos exteriores. Él, que tantas veces había cambiado de casa, se asustó cuando pusieron en venta su edificio-prisión: consiguió comprar su apartamento y llegó incluso a convertirse en el presidente del consorcio de copropietarios, cargo del que hacía alarde para mostrar cuánto había cambiado. En aquella época el dinero fluía: sus libros viejos continuaban vendiéndose en el extranjero y la Warner había adquirido los derechos de *Blade Runner*. Pero él no sabía qué hacer con ese maná: le llegaba demasiado tarde. Se había acostumbrado a la vida de soltero, a su pequeño apartamento con las ventanas siempre cerradas y el olor a orín de gato. Como todas las noches trabajaba en su Exégesis, por la mañana se levantaba tarde, se vestía de cualquier manera, con unos vaqueros y una camisa de flores arrugada, y se dirigía al supermercado más cercano a comprar comida congelada, golosinas y latas de Ron-Ron. Por la tarde leía sus famosos libros de consulta, escuchaba música, escribía cartas, hacía llamadas telefónicas y recibía visitas. A pesar del divorcio, se había reconciliado con Tessa, que le llevaba a Christopher varias veces a la semana. El artículo de Paul Williams lo había convertido en un personaje para periodistas de vanguardia: lo visitaban con frecuencia, atraídos por la perspectiva de una entrevista extraña, y raramente se marchaban decepcionados. Sobre todo, seguía viéndose mucho con Doris. Poco después de que se separaran, ella había tenido una recaída y había estado muy enferma. Un tabique muy fino separaba su baño del de Phil, que la escuchaba gemir, quejarse e intentar vomitar durante horas y horas. Le propuso que volviera a vivir con él, para poder sostenerle con más comodidad la palangana, pero Doris se opuso. Cuando la trasladaron al hospital, Phil pasó días enteros sujetándole la mano y llorando a su lado. Hundida entre las almohadas, parecía un hombrecito lampiño. La quimioterapia la había vuelto un poco sorda y ciega. Pero cuando él le preguntaba cómo se sentía, ella murmuraba: «Siento que Dios me está curando». Dick movía la cabeza, desesperado, tratando a Dios de canalla infame. Después se sintió vagamente ofendido cuando Doris, contra toda previsión, se curó de verdad.

Todos los martes por la noche, Powers recibía en su casa a un reducido grupo de amigos que, al igual que él, eran escritores de ciencia ficción noveles. De casado, Dick no participaba mucho en esas reuniones; de soltero y en tanto vecino muy cercano, no se perdió ninguna de ellas. Las mujeres no eran admitidas, circunstancia que en el pasado lo habría desanimado, pero que ahora, al liberarlo de la obsesión de seducir, lo hacía sentirse más a gusto. Podía dejarse llevar sin segundas intenciones en medio de esos jóvenes que jugaban ingenuamente a los *clubmen* Victorianos, haciéndose pasar por entendidos que comparaban la marca de un whisky o el aroma de un tabaco. Esas degustaciones críticas, junto a las discusiones sobre los libros, las películas y los discos que acababan de salir, eran un tema de conversación habitual. La llegada de Dick desvió el debate hacia lo extraordinario, enriqueciéndolo con una rúbrica inédita que hubiese podido llamarse «La actualidad de la Exégesis». Cada martes, aparecía con una botella y una nueva teoría sobre el significado de su experiencia, de la que todos habían sido informados y solemnemente invitados a mantener el secreto. Un día reconciliaba el pitagorismo con el zoroastrismo —cuyas diferencias sus compañeros hasta ese momento ignoraban—, a la semana siguiente se mostraba partidario de la doctrina del gnóstico Basílides. Bajo su influencia, la pequeña pandilla de fans se transformó, quieras que no, en un círculo de teólogos.

Además de él, otras dos personalidades dominaban aquella que un sueño le había ordenado bautizar como la sociedad Rhipidon, del griego *rhipidos*, «aleta», en clara alusión al signo del pez. Timothy Powers y K. W. Jeter hubiesen podido formar un dúo de cómicos: el bueno y el malo. Rubio, regordete, de ojos azules, siempre sonriente y disponible, Powers alimentaba sus novelas de una imaginación cordial y espontánea. Su bondad, unida a una credulidad casi proverbial que a él sin duda le gustaba exagerar, lo designaban para el papel del confidente al estilo Watson, a quien el gran detective no se cansa de asombrar y de volver loco en sus días libres.

Nadie como Powers sabía abrir los ojos de par en par, palpase y exclamar: —Esta vez, Phil, seguro que me estás tomando el pelo...

—Lamento contradecirte, Powers. La CIA ha descubierto una droga de desorientación tan potente que las personas creen encontrarse en su mundo familiar, continuar con la vida de todos los días, cuando en realidad... No debería decírtelo, veo que estás poniéndote pálido, pero existen serias posibilidades de que en este mismo momento nuestros cerebros se encuentren flotando en unos frascos, víctimas de la ilusión provocada por esa porquería que Jeter nos ha hecho tragar.

—¿Kauvedoble? (Todo el mundo llamaba a Jeter por sus iniciales.)

—¿No lo habías notado? Ha sido aquel maldito quien preparó el café, y ha sido el único que no lo ha bebido...

Al comienzo de su estancia en Fullerton, Dick no se fiaba de Jeter, que gravitaba en torno a la órbita del profesor McNelly, y a quien él consideraba un agente provocador. En el decurso de los años, había dejado de tratarlo fríamente y encontraba, por el contrario, estimulante tener como amigo a un personaje de una agresividad tan patibularia. Delgado, con pómulos salientes y ojos de reptil, K. W. tenía aires de pistolero de western. Él también escribía, novelas de terror plagadas de escenas de torturas y mutilaciones que daban escalofríos. Los que lo querían hablaban de su humor negro, a los demás les parecía odioso.

La principal preocupación en la vida de Jeter era la de no dejarse engañar. Escuchaba a la gente como alguien escucha a un vendedor de coches que intenta venderle un automóvil de segunda mano. Espiritualmente, esta obsesión por el engaño se manifestaba por medio de un obstinado ateísmo. Powers, en cambio, era católico romano y extremadamente respetuoso del dogma. Provocarle era una verdadera delicia. A diferencia de Doris, que, al escuchar algún comentario antirreligioso o herético, fingía indiferencia acelerando el paso, como le habían enseñado que hiciera en caso de toparse con un exhibicionista, Powers se indignaba, se irritaba, argumentaba, seguro de halagar a Dick cuando le decía que en la época de la Inquisición él habría encendido la hoguera que lo habría quemado, rezando, eso sí, por la salvación de su alma.

Formaba parte de esos católicos que, como no pueden explicarlo, niegan la existencia del Mal. El Mal, dicen ellos, no es más que un camino indirecto que ha tomado el Bien. Una especie de férula de la que Dios, como buen pedagogo, se sirve para nuestra educación. A esta idea, tan armoniosa como poco convincente, la tradición, después de Dostoievski, quiere que opongamos el hecho bruto, que nunca justificará a ninguna Providencia, del sufrimiento de los niños. Iván Karamazov lo ha dicho todo sobre el tema, y el papel de Iván le correspondía naturalmente a Jeter. Aparte de Dick, que no hablaba nunca del tema, salvo para referirse a la curación de Christopher, los miembros de la sociedad Rhipidon no tenían hijos, sino gatos, de modo que adaptaban el razonamiento a sus prioridades afectivas. «¿Y mi gato?», protestaba Jeter cuando oía el nombre de Dios, algo muy frecuente en un círculo en el que en cuanto se cortaba la luz, alguien, para provocar a Powers y a Dick, exclamaba: «¡Mierda, Dios ha hecho saltar otra vez los fusibles!».

Un día, un coche aplastó el gato de Jeter. Cuando su dueño se agachó a recoger los restos del animal, éste todavía vivía, exhalaba una espuma sanguinolenta y lo miraba aterrado.

—El día del Juicio Final —decía Jeter—, cuando sea llamado a comparecer ante el gran juez, diré: «Oigan, un momento», entonces sacaré el gato muerto de debajo de mi chaqueta, rígido como una piedra, y preguntaré: «Y esto, ¿cómo lo explican?».

—Es la pregunta más vieja que el hombre se ha hecho —observó Powers—. Te basta con leer el libro de Job.

—Entiendo perfectamente —decía Jeter con amargura—. Sencillamente creo que todo es una mierda. O Dios es impotente o estúpido, o le importa un rábano. Creo que voy a comenzar mi propia exégesis.

—Pero a ti Dios no te habla.

—¿Sabes quién le habla a Phil? ¿Sabes quién le envía esos mensajes en griego y esa luz rosa? La gente del planeta Estupidez. Phil, ¿qué nombre das a la sabiduría de Dios? ¿Santa qué?

—*Hagia Sophia* —decía Dick cauteloso.

—¿Cómo dices, *Hagia* Estupidez? ¿Santa Estupidez?

—*Hagia Morón*... Que también es una palabra griega. La he encontrado buscando la palabra oxímoron.

Dick siempre se defendía cediendo terreno al adversario. Y estaba agradecido a Jeter por cumplir con ese papel. Es evidente que Jeter no era muy sutil: no se podía contar con él para un verdadero debate. Pero, con su granítica brutalidad, hacía de límite y a la vez de contraste. Por un lado; impedía olvidar a Phil que su relación con Dios se explicaba quizá como una forma de delirio paranoico. Por otro, si no había una alternativa a la locura aparte del aquellarre universal en que se resumía la filosofía de Jeter, verdadera propaganda de la apuesta pascaliana, tanto valía seguir siendo loco. Y Jeter, que en el fondo no era una mala persona, estaba perfectamente de acuerdo con eso: «Cada cual se las arregla como puede. Quizá seas tú el que ha dado en el clavo».

Había días en los que se sentía muy feliz. ¿Acaso no tenía todo lo necesario para serlo? Una vida tranquila, sin dramas, tabaco en polvo, la música, los gatos, un grupo de amigos fieles, que aunque se burlaran de él lo admiraban y, finalmente, su Exégesis, por medio de la cual se revelaban los designios que el Señor tenía respecto a él y el mundo. Todavía era oscura y contradictoria, y la abundancia de teorías lo desorientaba, pero esperaba que un día el espíritu que dormía en él despertase, decidiera que la broma ya había durado lo suficiente y acabara con el monstruoso manuscrito. A él, Dick, lo encontraría sin duda escribiendo, como siempre: «Me pregunto si... Quizá... ¿Y si por casualidad?...», cuando, de pronto, lo que se escondía en lo más profundo de su alma tomaría la pluma y la situación en mano, y escribiría: «Él tenía razón, es así». Entonces todos se darían cuenta, con deslumbrante evidencia, de que realmente era así. Si Dios lo había elegido como amanuense, no podía ser de otra forma. Pero ¿quién puede adivinar la voluntad de Dios? Y, al creer que la adivinamos, ¿acaso no lo exasperamos? Tenía terribles accesos de pavor y desánimo, temía que su destino consistiera en chapotear en su pantano de papel hasta que la muerte lo sorprendiera. Estaba casi seguro de que encontraría allí, entre los escombros, el secreto de los secretos, lo cual no significaba que pudiera identificarlo. Quizá allí en lo alto le habían reservado esta cruel vocación, este interminable suplicio de Tántalo, esta partida de gallina ciega metafísica: a cada instante, una voz le decía que estaba en llamas y lo dejaba que siguiera avanzando en la oscuridad. Moriría engañado, sumido en la incertidumbre. Para consolarse, podía siempre pensar que una vez que pasara hacia el otro lado, como prometía san Pablo, se vería finalmente cara a cara con la realidad. Pero ¿estaba seguro de que sería así?

Tres o cuatro años después, la posibilidad de ver la Exégesis convertida en un libro le parecía más remota que al comienzo. Dick bromeaba de buena gana sobre el tema con Powers y los demás, pero en realidad estaba en ascuas. Había escrito miles de páginas que tal vez nunca nadie leería, había bosquejado teorías y cotejado citas, y cada día este trabajo colosal se alejaba un poco más de su objetivo: rendir públicamente cuentas de lo que le había sucedido en la primavera de 1974. Para conseguir adelantos había escrito unos cuantos esbozos de novelas que a los demás, como a él, parecían muy prometedores. Pero ni la continuación de *El hombre en el castillo*, ni un proyecto titulado *To Scare the Dead*, que relataba cómo el espíritu de un hombre de negocios californiano se veía invadido por el de un esenio del primer siglo después de Cristo, vieron la luz. En otras épocas, cuando todavía era un autor prolífico, si alguien le hubiese preguntado cuándo iba a ponerse a escribir en serio, se hubiese irritado. Pero ahora era peor: le preguntaban si aún seguía escribiendo. Decían que su prodigiosa imaginación estaba agotada, pero él sabía muy bien que se trataba de algo distinto. Nunca había tenido imaginación. Él sólo

escribía informes. Para mayor seguridad, durante mucho tiempo se lo habían ocultado, dejándole creer que inventaba historias, como habían dejado que Ragle Gumm creyera que respondía a las preguntas de un concurso organizado por una gaceta local. Hasta el día en que, atendiendo a sus deseos, habían descorrido el velo frente a sus ojos, desatando al mismo tiempo todas las cuestiones metafísicas que anidaban en su Exégesis. Una historia necesita de un significado, de una clave. A él todos los significados le habían caído encima al mismo tiempo. Pacientemente, desde hacía muchos años, seleccionaba y clasificaba, pero en el fondo sabía que cuanto más avanzaba menos avanzado se encontraba. El misterio aumentaba a medida que esos papeles ilegibles se acumulaban.

A veces pensaba que hubiese tenido que morir en la primavera de 1974. Este plazo formaba parte de su programa, el cual, sin duda, en todos los universos paralelos salvo uno, se había desarrollado como estaba previsto, hasta que él se transformara en cenizas o en luz. Pero había una variante, en la que se había producido una anomalía: en lugar de conocer la iluminación última y morir, había conocido esa iluminación y había sobrevivido. Por alguna razón, el Programador le había revelado antes lo que normalmente suele revelar en el momento del paso a mejor vida, dejándolo en este valle de lágrimas. De ahí esa impresión de que nada más podía sucederle, de que la vida continuaba sin él. De alguna forma, Philip K. Dick había muerto a los cuarenta y seis años. En marzo de 1974 la palabra «fin» se había impreso debajo de la última página de su historia. Le habían concedido una prórroga para que pudiera releerla y captarle el sentido a la luz de lo que él había entrevisto. Una vez que lo hubiera conseguido, lo dejarían morir de verdad.

Desde la perspectiva del Programador, la experiencia tenía que ser interesante. Desde la de Dick, en cambio, se parecía mucho a la de una rata de laboratorio atrapada en un laberinto. «Me he transformado —se quejaba— en una máquina de pensar que no hace nada más. Me he planteado, o me han planteado, un problema que no puedo resolver ni olvidar. Estoy atrapado. Mi universo se encoge cada vez más, trabajo cada vez más y vivo cada vez menos. Todo esto me horroriza, pero supongo que es mi karma.»

Nada más iba a sucederle. No escribiría más libros, ni encontraría otras mujeres. Estaba condenado a releer sus viejos libros, a recordar su vida, a llenar el texto de notas inútiles al final de la página sin llegar nunca a darle un sentido mediante un epílogo satisfactorio.

Y sin embargo, algo pasó. O mejor dicho, alguien apareció.

La que él esperaba

En el valle de la Luna, al norte de San Francisco, hay una bella ciudad llamada Sonoma. En esa bella ciudad vivía una bella mujer llamada Joan Simpson. Tenía el pelo oscuro, un cuerpo flexible y musculoso modelado por la práctica de las artes marciales y cierta manera indolente de sentarse en posición de yoga, con el pie bronceado metido en el pliegue del muslo, que evocaba a la vez una sensualidad desarrollada y una ventaja importante respecto a las demás personas en el camino de la serenidad. Trabajaba en un hospital psiquiátrico, leía a Jung, Ronald Laing y Sri Aurobindo. Un ligerísimo estrabismo aumentaba su encanto.

Aunque no le interesaba la ciencia ficción, un día había encontrado una novela de Dick, la historia no dice cuál, y desde entonces se había procurado todas las demás. Para eso había tenido que contactar con librereros especializados, a los que les hablaba de su nuevo autor favorito como si hubiese sabido a ciencia cierta que éste, en uno o dos siglos, habría dominado el nuestro desde lo alto de su estatura profética. No excluyo que dijera lo mismo que yo, un adolescente de pequeñas gafas redondas y Clarks estropeados, andaba repitiendo en aquella época: que Dick era nuestro Dostoievski, el hombre que lo había entendido todo. Expresada por una joven mujer atractiva, culta, que no parecía estar loca ni ser miembro del *lumpenlectorat* constituido por los fans, semejante convicción impresionaba. Uno de los librereros, que conocía a Dick, le escribió para hablarle de esta admiradora que lo adulaba. Hubo intercambio de cartas y llamadas telefónicas. Ignoro quién de los dos, entre Phil y Joan, evocó primero el final de *El hombre en el castillo*. En todo caso, Joan, como Juliana, metió el *I Ching* en la guantera del coche y, con los senos desnudos debajo de su camiseta, viajó a California del Sur a encontrarse con el autor del libro y asegurarle que, de alguna manera, inexplicable aunque evidente según ella, todo lo que él había escrito era cierto.

Como el hombre del castillo vivía en realidad en una casita suburbana, a Joan tampoco le sorprendió que Dick viviera en un pequeño apartamento. Barbudo, de ojos brillantes, extrañamente distinguido pese a la negligencia de su ropa y a la nube de humo de tabaco que lo acompañaba a cada movimiento, lo encontró muy parecido a Hawthorne Abendsen. Tenía la misma edad que él en aquel momento.

Cuando le preguntó qué deseaba beber, ella respondió, obviamente, algo pasado de moda, y los dos se echaron a reír.

Ya desde el comienzo hablaron como si se conocieran desde siempre. La frase más banal puede despertar un eco familiar en cada uno de nosotros, pero es poco común y a la vez maravilloso que dos personas que se encuentran por primera vez perciban esos mismos ecos. Es así como, según los adeptos de la reencarnación, a veces pueden entenderse dos perfectos extraños que se amaron en una vida anterior. No es necesario creer en la reencarnación para experimentar esa alegría de ciertos encuentros amorosos, pero lo que acercó a Dick y Joan Simpson estaba relacionado más con el primer fenómeno que con el segundo. Técnicamente hablando, no fueron amantes: en aquellos tiempos la Exégesis había vuelto impotente a Dick. Pero pasaron, casi sin salir del apartamento, tres semanas mágicas con la certeza de que lo que les sucedía había sido preparado para ellos, sin que lo supieran, desde hacía mucho tiempo, y que era algo que aunque los superara no los ahogaba. Improvisaban sus diálogos y descubrían el texto de una obra escrita para ellos. Habían olvidado que Dick era el autor, o bien ambos creían que la obra le había sido dictada.

En la penumbra del apartamento con las persianas bajadas, hablaron de día y de noche, cada uno rozando el rostro del otro con la punta de los dedos, como acostumbran a hacer los ciegos. «Sabía que me reconocerías», decía Joan, y al oír su voz y ver el fulgor del esmalte de su dientes, Phil sabía que ella le estaba sonriendo. «Y yo sabía que vendrías —respondía él—. Siempre supe que vendrías un día, pero desde hacía unas semanas, algunos sueños me lo anunciaban...»

Le confesó todo. A media voz, lentamente, relató su iluminación como una epopeya espiritual, de la que juntos, retomando sus libros en orden cronológico, reconstruyeron las etapas. Con frecuencia, Joan anticipaba las explicaciones que él daba; con sólo leerlo, sin conocerlo personalmente, lo había adivinado todo: cómo había sido enviado a este mundo, los recuerdos bloqueados; el cordón de la lámpara que faltaba y que lo había alertado, despertando en él la sospecha de un simulacro universal; la ansiosa auscultación de ese simulacro en sus libros de los años sesenta; el acto de acusación del demiurgo en *Los tres estigmas de Palmer Eldritch*; la denuncia de las artimañas con las que nos engaña: drogas, implantes de falsas memorias; y, en *Ubik*, la primera aparición del poder salvador, tan humilde y discreto como el demiurgo es brutal y totalitario: el Paracleto no es sino un soplo, la pulverización de un aerosol barato en un anuncio para amas de casa de barrios periféricos, tienes que entenderlo, cariño, es lo más importante. Habló de las reacciones que sus libros habían suscitado, en los tiempos en que no captaba su

significado: amigos y enemigos, hijos de la Luz y de las Tinieblas; las derrotas que le habían infligido sus enemigos: desvaríos, deseos de muerte, espiral de perdición durante diez años, hasta el regreso a la superficie, a la memoria y a la luz en 1974. Pero algo no andaba bien. Todo, desde entonces, hubiese tenido que conducirlo hacia la alegría perfecta y, sin embargo, las cosas habían salido mal. Thomas, el guía, lo había abandonado. Había perdido otra vez a su familia. Se encontraba del lado de los vencedores, de los artífices de la victoria incluso, pero era una víctima de la guerra. Todo lo que había vislumbrado se había realizado, la luz había triunfado y él había sido engañado. Era libre de vivir con absoluta seguridad, pero ¿qué vida? Una vida solitaria, sin amor, en un miserable apartamento de Santa Ana; una vida puramente mental, una vida de rata, consagrada a la escucha de cintas magnéticas nixonianas que su cerebro reproducía sin descanso y a la elaboración de una cosmogonía que, colmo de la ironía, era seguramente falsa. El Programador, como él lo imaginaba, no podía sino tratarlo como la Unión Soviética había tratado a los combatientes de las brigadas internacionales que se habían refugiado en su suelo después de la guerra de España: entregándolos a Hitler. El Otro último, si era realmente Él con quien había tenido que vérselas, no lo podía abandonar en el infierno del Mismo. No era posible. Su vida no podía terminar así. Desde el fondo de su desesperación, de su soledad, de su libro que se negaba a existir, había comprendido que no terminaría así, que esa funesta pesadilla no era sino la penúltima secuencia que hace temer lo peor antes del final feliz. En sus sueños una mujer se le acercaba. Imaginaba, a su lado, en el colchón, el peso de su cuerpo caliente y rotundo. Conocía ya la dulzura del roce de sus senos. Una noche, al despertar de un sobresalto, había deslizado la mano y había tocado el pelaje de *Pinky*, acurrucado en la almohada, pero en lugar de desesperarse, había sonreído en la oscuridad: era una broma del Programador, mas pronto esas bromas se acabarían. Pronto se vería recompensado. Ella habría viajado un día entero para verlo, no llevaría sujetador debajo de la camiseta y colocaría el pie encima del muslo en posición de yoga. Sí, tal cual.

¡Dios mío, cuánto te he esperado!

Lo sé. Lo sé todo. Ahora estoy aquí.

La aparición de Joan fue como una inyección de vida para Dick. Él, que sólo salía de su apartamento para ir al supermercado de la esquina, a la casa de Powers y a la sesión con Maurice llevado en coche por su amigo, sorprendió a la sociedad Rhipidon cuando preguntó distraídamente si alguien, en los meses venideros, podría ocuparse de sus gatos durante su ausencia. Sí, tenía pensado pasar el verano

en Sonoma, con una amiga. «No, no creo que la conozcáis...» Ah, además en septiembre había aceptado ser el invitado de honor en una Convención de ciencia ficción en Metz, Francia.

Nadie le había creído, pero pasó realmente el verano en Sonoma y viajó a Metz. Todo esto acompañado por Joan, estimulado por ella y rodeado de TLC, el código secreto de ambos para *tender loving care*. La palabra inglesa *care* designa al mismo tiempo el cuidado y la preocupación que tenemos por alguien: eso era exactamente lo que Dick esperaba de una mujer y lo que Joan le brindó durante algunos meses. Ella le regaló también una enorme cruz que él nunca se quitaba de encima y que colgaba de una pesada cadena.

Para la Convención de Metz le pidieron que preparara un discurso. La petición caía en un momento propicio, anunciado por la llegada de Joan. Los hombres siempre temen y desean algo más que cualquier otra cosa. Diecisiete años antes Dick le había dado forma escrita a ese deseo. Ahora lo veía realizarse. Juliana había llegado y le había confirmado que él tenía razón. Podía salir de la caverna a anunciarle la verdad al mundo. Phil admiraba el tacto de la Providencia, que había reservado esa primicia a los franceses, sus más fervientes admiradores.

Después de haber elegido el título: *Si creen que este mundo es malo, deberían ver alguno de los otros*, escribió su discurso como en un estado de trance. Así como el aerosol de Ubik acababa con la entropía, el *tender loving care* de Joan regeneraba su pensamiento. De la obra en construcción de la Exégesis surgía por fin una cosmogonía coherente y que consideraba exacta. Bastaba con tomar como punto de partida *El hombre en el castillo* y tirar de ese hilo hasta la aparición real de Joan frente a su puerta. A lo largo de ese hilo todas las cosas ocupaban su lugar y adquirían un significado: la intuición de los universos paralelos, la predicación de Cristo, el trabajo del Programador en el lapso de tiempo que iba de su experiencia en la primavera de 1974 a la caída de Nixon. Naturalmente, su exposición teológica era al mismo tiempo una declaración de amor: al final contaba la llegada de Joan, la confirmación decisiva que ella le había traído; en cierta medida, podía considerar su presencia como una prueba de la existencia de Dios. Quizá no habría estado mal que en aquel momento un proyector iluminara a Joan, que ella subiera al estrado, besara la cruz que le había regalado y de ahí subiera hasta sus labios... Pero no, ya había proyectado ese tipo de puesta en escena con Donna y la cosa no había funcionado.

Durante todo el verano repitió el discurso frente a la grabadora. Joan lo

escuchó varias veces y le corrigió la entonación. Aparentemente, ella no manifestó la menor reserva acerca de su contenido. Cuando se embarcaron rumbo a Francia, Fat se creía definitivamente el dueño de la situación. Pasó la larga noche del viaje en avión murmurando, con los ojos entreabiertos y con una mano apretando la de Joan, algunos pasajes de su discurso. A veces, imaginando la reacción del auditorio, se reía para sus adentros. Había pronunciado y escuchado ya varios discursos en las convenciones de ciencia ficción, frente a un público de admiradores; en general eran un tejido de anécdotas amenas, de ingeniosas insinuaciones, de sombrerozcos a los viejos consagrados y estímulos a las jóvenes promesas... Cuando pensaba en el discurso que iba a pronunciar, en la bomba que llevaba escondida en la maleta, tenía la impresión de ser el profeta Isaías invitado a tomar la palabra en una reunión de la Tupperware.

Cruzó el Atlántico casi convencido de ir al encuentro de un triunfo. Un triunfo que, si su discurso era comprendido, es decir, creído, nada tendría que ver con el mero éxito literario. Su palabra sería reconocida como una revelación que habría de cambiarle la vida a la gente. Multitudes cada vez más numerosas se agolparían a escucharlo, puesto que se vería obligado a pronunciar otras conferencias. Al igual que Ragle Gumm, saldría en la portada de *Time Magazine* como «el hombre del año», e incluso ese mismo epíteto sonaría irrisorio y conmovedor un día, como las reacciones de nuestros ancestros ante ciertos acontecimientos cuya importancia no habían sabido valorar. Se convertiría en el Cristóbal Colón de los mundos paralelos. Una nueva era, se habría sabido más tarde, había empezado el 24 de septiembre de 1977.

Al imaginar a sus lectores franceses como un ejército de discípulos virtuales, prontos a la conversión, se equivocaba. Era esperado con impaciencia, sin duda, pero por progres del 68 que se habían criado con *Charlie Hebdo* y que admiraban en él el tipo abyecto que ahora se jactaba de ya no ser: Dick el paranoico, el drogata, el progre, Dick el incorregible. Atraído por los rumores acerca de los «problemas personales» que explicaban el largo silencio creativo del ídolo, el público de Metz imaginaba ver bajar del avión a un hombre acabado y resentido, consumido por la droga; en cambio, sintió la misma decepción que un cronista de rock al escuchar a su estrella anticonformista preferida hacer un elogio, botella de agua mineral en mano, de la vida familiar y el pensamiento positivo. Dick no sólo se encontraba bien, sino que incluso tenía muy buen aspecto. Reía, miraba a las chicas y comía por cuatro, visiblemente encantado con el interés que despertaba, de estar en Francia y de haber tomado el avión. La primera noche su vecino de mesa lo interrogó con aires de entendido sobre todas esas pastillas que alineaba junto al plato, pero fue tal

la convicción con la que Dick respondió que eran para el dolor de estómago, que hubo que aceptar que eran de veras para el dolor de estómago.

Al día siguiente, los espectadores reunidos en la sala de congresos del hotel Sofitel para escuchar su discurso, lo encontraron, desde su llegada, mucho menos distendido. La enorme cruz que descansaba sobre su pecho enmarañado, claramente expuesta debajo de la camisa desabotonada, sorprendió y perturbó como una señal cuya presencia no podía pasar inadvertida pero cuyo sentido nadie entendió: no podía tratarse de una profesión de fe cristiana, la sola idea habría hecho reír a todo el mundo; quedaba la posibilidad de imaginar una intención de escarnio, una parodia del folclore vampiresco quizá, pero en ese caso faltaban los dientes de ajo.

Hubo, pues, cierta perplejidad, mientras Dick por su parte sudaba de angustia. Joan, furiosa por el cortejo insistente que le había hecho a una joven periodista en su presencia, se había quedado en la habitación con la cara larga. Se sentía solo, sin *tender loving care* y cada vez menos convencido de lo que iba a decir. La sala terminaba de llenarse en medio de los rumores, las sillas crujían y los flashes crepitaban. Cuando lo probaron, el micrófono se comportó como un contador Geiger que se había vuelto loco. Para arreglarlo y disminuir la estridencia, pidieron a Dick que dijera algo, lo que quisiera. Sintiendo sobre él el peso de los ojos cercados de metal de los delgados y sarcásticos barbudos que, vestidos con montgomerías o chaquetas militares, ocupaban la primera fila, declamó con voz trémula el versículo de san Pablo que exhorta al que debe anunciar la Palabra a no preocuparse: el Espíritu se encarga de todo. Nadie, por suerte, lo entendió, pero Dick se dio cuenta de que ya no confiaba en la promesa del apóstol. Sentía el pánico terriblemente lúcido de un hombre que, borracho, ha hecho una apuesta absurda y que al desembriarse, viéndose entre la espada y la pared, comprende que no tiene salida, que ya no le queda otra posibilidad sino la de hacer el ridículo hasta el fin de sus días. Para no levantarse y salir corriendo, rápidamente, sin esperar la señal, se puso a leer su discurso. Los que lo escucharon recuerdan una voz apagada, metálica, muy diferente de la del truculento invitado de la víspera; muchos pensaron que éste, conforme a la lógica de sus obras, había sido sustituido por un simulacro mal programado que en cualquier momento un cortocircuito podía prender fuego en el estrado y hacerlo detonar junto a todos los que lo rodeaban.

El discurso arrancó con algunas consideraciones harto banales sobre la emergencia de las nuevas ideas, su evidencia retrospectiva y la clásica diferencia

entre invención y descubrimiento. Dick se declaró persuadido de que nunca inventamos nada: sólo descubrimos verdades que esperaban salir a la luz y que más bien encuentran a su «inventor» en lugar de que éste las encuentre. El público encontraba crispado al orador y las interrupciones del intérprete molestas, pero no veía nada de extraño en esas declaraciones que parecían ser comentarios de la novela. La alusión al Reino de los cielos aguzó los oídos de aquellos a los que la presencia de la cruz había perturbado, pero la alerta pasó: un crítico culto se inclinó hacia su vecino para citarle con una sonrisa sagaz la fórmula de Borges sobre la teología considerada como una de las ramas de la literatura fantástica.

De hecho, Dick se lanzó a un confuso discurso teológico, describiendo la partida de ajedrez que enfrenta al Programador con el Adversario y los cambios que cada movimiento provoca en la configuración de la realidad. Aquello duró una buena media hora. Hubiese podido ponerse a declamar la guía telefónica sin que buena parte de la asistencia se diera cuenta. Sin embargo, los espectadores más atentos empezaron a sentir un cierto malestar: un poco como los pasajeros de un tren a los que cierto rumor extraño, como un traqueteo que no parece inquietar a los demás, les hace presentir un accidente; tratan de convencerse de que no es así, de que el nerviosismo les está jugando una mala pasada, de que son ruidos normales, pero, de pronto, como nacida de sus angustias, la terrible sacudida se produce, seguida por el estampido final. Lo que temían acaba de suceder: el tren ha descarrilado.

Dick carraspeó, juntó las hojas y retomó el discurso con una voz que de repente se hizo más fuerte:

—Llegados a este punto, deberíamos solicitar el testimonio de alguien que, poco importa por ahora de qué modo, conserva en su memoria el recuerdo de otro presente. Lógicamente, ese presente tendría que ser peor que el presente en el que nos encontramos, puesto que Dios trabaja con la intención de mejorar las cosas. Teóricamente, podríamos sin duda afirmar que Él es malo o incompetente, pero me niego a tomar esta idea en serio. La pregunta que quisiera formular es: ¿alguno de nosotros conoce personalmente un mundo peor que el nuestro en torno al 1977?

»La respuesta es: sí, yo.

»En *El hombre en el castillo*, el novelista Hawthorne Abendsen descubre que su libro, considerado por él como pura ficción, describe en cambio la realidad. Yo he descubierto lo mismo respecto a mis libros. Ni *El hombre en el castillo*, ni *Ubik*, ni

Fluyan mis lágrimas, dijo el policía, son, como yo creía, obras de la imaginación. O si lo prefieren, lo son sólo ahora, en el universo en el que nos encontramos y que ha sustituido, gracias a Dios, aquel del que yo provengo.

«Estoy seguro de que no me creen, y de que tampoco creen que creo en lo que afirmo. Son libres de creerme o no, pero al menos crean esto: no estoy bromeando. Se trata de algo muy serio, algo muy importante. Tienen que pensar que para mí también, el hecho de declarar algo así, es una cosa terrible. Muchas personas aseguran recordar sus vidas anteriores. Yo, por mi parte, afirmo que puedo recordar *una vida presente distinta*. Nada sé de otras declaraciones semejantes a ésta, pero sospecho que mi experiencia no es única, quizá lo sea el deseo de hablar de ella.»

Acto seguido, primero ante el estupor y luego la consternación general, contó lo que le había sucedido tres años antes. Habló de los cristianos clandestinos y del papel que éstos habían desempeñado en la caída de Nixon. Explicó que él, Dick, había sido una variable reprogramada en uno de esos insidiosos cambios de realidad que conforman la trama del universo, y que en esa ocasión había entrado directamente en contacto con el Programador. En general, Aquél se mantiene escondido, *deus absconditus*, según dicen los teólogos. Opera en cada átomo del mundo, pero nadie lo ve, excepto aquellos de los que Él se sirve, como nos servimos de un peón en el ajedrez para hacer una jugada. Él, Philip K. Dick, había sido ese peón y gracias a su experiencia podía repetir las palabras de san Pablo: es algo terrible y prodigioso caer en las manos de Dios. Ese mismo Dios que en el Antiguo Testamento dice: «Porque he aquí que yo crío nuevos cielos y nueva tierra: y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento».

—Al leer estas palabras —concluyó Dick—, creí que un gran secreto me había sido revelado. Cuando el Reino esté de nuevo entre nosotros, ya no recordaremos las tiranías ni la barbarie de la Tierra en la que hemos vivido. Creo que esto ya está sucediendo, creo que sucede desde siempre. Y que Su misericordia nos permite olvidar todo lo que ha sucedido antes. Quizá me he equivocado, en mis novelas y con estas palabras, al despertar en ustedes el recuerdo.

Se equivocaba.

Apenas bajó del estrado pudo comprobar la magnitud del daño. El intérprete, abrumado, había dejado de traducir, pero el público de habla inglesa resumía el objeto del escándalo a sus vecinos: ¡Dick no sólo estaba loco sino que además se

había vuelto beato! La admiración que lo rodeaba se transformó en malestar. La gente lo miraba como a un bicho raro. Ya no sabían cómo dirigirse a él.

Hasta el final de su estancia, que acortó, se hicieron grandes esfuerzos para conjurar el malestar y preservar la alegre camaradería de una manifestación en la que todo el mundo tenía que sentirse a gusto. Tímidamente, aunque de forma masiva, se decidió que se trataba de una mistificación. Al igual que Orson Welles, que había aterrado a los Estados Unidos adaptando para la radio *La guerra de los mundos*, Dick había puesto a prueba con su público el argumento de una novela y, para que aquello resultara más convincente, aseguraba creer en esas extravagancias. Al ver que ésa era la versión oficial que acabó por imponerse, el interesado consideró diplomático adherirse a ella y afrontar a la gente en los ascensores del hotel con estridentes carcajadas a lo Falstaff, insistentes guiños de ojo y elefantiásicos «¡Jo, los embauqué!».

Si estuviese escribiendo una novela, diría que aquel fracaso fue una catástrofe para él, que hubiese preferido que lo lapidaran en lugar de que lo escucharan en medio de aquella incomprensión burlona y que al regresar a California decidió acostarse y dejarse morir. Sería dramáticamente satisfactorio, pero las cosas no ocurrieron así. Dick poseía una increíble capacidad de adaptación: cuando uno de esos libretos que él aplicaba a la realidad fallaba, utilizaba otro y ya está. Fat adoptó el perfil bajo del jugador que ha intentado una gran jugada y ha perdido, Phil la discreción irritante del tipo que se abstiene de decir: «¡Yo te lo había dicho!», y Dick cruzó el océano como un turista encantado con su viaje, contento de haber sido tratado como un VIP y que lamentaba por supuesto que un malentendido hubiese estropeado su discurso, aunque más o menos como quien lamenta haber pedido en un buen restaurante el único plato que no deseaba por ignorancia del idioma: desventura más bien cómica, de esas que dejan mejores recuerdos que un programa respetado al pie de la letra.

—No deja de ser curioso —le dijo a Joan—. Todos se han hecho esta pregunta secundaria: ¿creía yo o no en lo que les estaba contando? Y nadie, ni siquiera uno, se hizo la pregunta principal: ¿es verdad?

De todas las mujeres que tuvo, Joan fue la única con la que supo romper sin dramas. Es más, ni siquiera rompieron. La distancia entre Sonoma y Santa Ana bastó para justificar el distanciamiento de una relación que siguió siendo afectuosa:

pensaban en ella con nostalgia, como esos maravillosos encuentros que suelen hacerse durante un viaje y de los que el viaje es la condición esencial.

El discurso de Metz hubiese tenido que anunciar el advenimiento de Fat, y Joan tenía que ser la sacerdotisa de su culto. Pero el plan no funcionó. Dick volvió entonces a su Exégesis. Y volvió a enfrentarse, en los mismos términos, con su viejo problema: ¿cómo contar una historia cuyo sentido ignoramos? Soñó, teorizó, se desesperó y, contra toda previsión, halló una solución.

Le habían pedido un prólogo para una antología de textos viejos, y como no sabía qué escribir, habló de su juventud. Sin un plan, sin una idea preestablecida, contó anécdotas, expuso ideas y las criticó, como en una conversación entre amigos. Dejándose llevar, transportado por la pluma, experimentó una sensación de libertad y de repente pensó en el placer que le procuraba contar de ese modo, con toda familiaridad, sin querer demostrar nada, lo que había ocurrido.

No tengo mucho más que decir acerca de *Valis*, que ha sido la fuente de los capítulos que ustedes acaban de leer. En este relato, acabado tras dos semanas de un trabajo intenso y a la vez distendido, vemos cómo vive un grupo de amigos de Santa Ana, California, que se parecen como hermanos a los miembros de la sociedad Rhipidon. David, el católico romano; Kevin, el cínico de buen corazón, y Phil, el escritor de ciencia ficción, se preocupan mucho por un amigo común llamado Amacaballo Fat. Amacaballo había abusado de las drogas en los años sesenta, había tenido demasiados disgustos y, desde la primavera de 1974, aseguraba haber visto a Dios. Es Phil el que cuenta su historia y sus conversaciones. Testigo imparcial, aunque compasivo, no se esfuerza en hacer que las teorías de Fat parezcan más coherentes de lo que son. He aquí, por ejemplo, el modo en que alude a su Exégesis:

«El conocimiento de Fat, dictado directamente por la divinidad, lo convertía en un profeta moderno. Pero como ya no sabía establecer una diferencia entre delirio y revelación divina —suponiendo que exista una diferencia, cosa que nunca ha sido probada—, escribía asimismo absurdos como éste:

«Fragmento 50 de la Exégesis: la fuente primordial de todas nuestras religiones es de la cosmogonía de la tribu de Dogon, que la recibió directamente de los invasores de tres ojos que visitaron el planeta hace mucho tiempo. Los invasores de tres ojos son mudos, sordos y telepáticos; no les era posible respirar nuestra atmósfera; tenían el cráneo alargado y deforme como Akenaton y provenían de un planeta del sistema estelar de Sirio. Aunque no tenían manos —tenían pinzas como

las de los cangrejos— eran grandes constructores. A escondidas influyeron en nuestra historia para que culminara en un desenlace fructífero.

»Final del fragmento.

»Por aquel entonces, Fat había perdido todo contacto con la realidad.

23

Penúltimas verdades

Salvo que no haya tenido lugar en alguna parte de las últimas cien páginas, llego al final de esta historia. ¿Qué otras cosas le ocurrieron a Dick? Su madre murió y él llamó a Kleo, a la que no veía desde hacía veinte años, para anunciárselo llorando. Los derechos cinematográficos de *Blade Runner* le procuraron mucho dinero. Donó una parte importante de ese dinero a asociaciones caritativas, compró una casa para Tessa y para Christopher y quiso ofrecer el apartamento contiguo al suyo, que Doris había ocupado por un tiempo, a Tim Powers, como regalo de bodas, pero éste lo rechazó. Siguió yendo todos los martes a la casa de Powers y todos los viernes a ver a su psicoterapeuta. Hizo esfuerzos por adelgazar y se vestía con más cuidado. Una foto tomada en las oficinas de la Warner muestra, al lado del director Ridley Scott, una imagen harto convincente de un escritor exitoso: corpulento pero no barrigudo, barba prolija y elegante chaqueta de ante. Joan Simpson fue su último amor, pero tuvo aún algunas amistades femeninas, quizá también una relación. Una actriz del montón a la que intentó abrirle las puertas de los estudios cinematográficos recuerda cinco rasgos de él: su caridad, su calidez, su lealtad, la devoción a su arte y su melancolía. En la penumbra de su apartamento, Dick escuchó muchas arias y piezas para laúd de Dowland, que tenían como título: *Sorrow*, *Stay* o *Weep you no More*, *Sad Fountains*, pero su preferida siguió siendo *Flow, my Tears*. Vio crecer a su hijo de lejos y por un momento pensó en juntarse otra vez con Tessa. Los días de angustia la llamaba por teléfono para que ella fuera a abrazarlo.

Dios ya no le hablaba. Casi no tenía visiones y soñaba menos. Según el humor en que estaba, veía en ese abandono una nueva prueba en el camino hacia la salvación, el signo de una victoria definitiva del Adversario, o bien el de un regreso a la lucidez después de una larga crisis de delirio. Una noche, sin embargo, después

de que un invitado se marchara, como había sucumbido a la tentación de fumar los restos de un porro abandonado en un cenicero, Dios rompió su silencio. Para asegurarse de que no se encontraba frente a un impostor, Dick quiso someterlo a un test. En el momento, el test que imaginó le pareció luminosamente eficaz: por fin había descubierto el interrogante que obligaba al Altísimo, o a quienquiera que se hiciera pasar por Él, a descubrir las cartas. Al día siguiente, por desgracia, no consiguió recordar ni el interrogante definitivo, ni la respuesta que había recibido.

Como no tenía nada más a que aferrarse, continuó con su Exégesis. Escribió dos libros más. O, para ser más exactos, Amacaballo Fat escribió uno de ellos y Phil Dick el otro.

El libro de Fat, *La invasión divina* aborda un tema inabordable: la Encarnación. Todos los que han escrito la vida de Jesús han tenido que vérselas con este misterio. ¿Qué sabía el aprendiz de carpintero de su naturaleza divina? ¿Fue tomando progresivamente conciencia de ella durante un largo despertar? ¿Es posible imaginar que haya pensado, en la cruz, haber sido víctima de una ilusión creyéndose el Hijo de Dios? Y si no fuera así, si hasta el final estuvo seguro de la Resurrección, ¿es posible tomar en serio la Pasión?

El protagonista del libro es un niño llamado, como su predecesor, Emmanuel. Introducido de contrabando en la Tierra, en el vientre de una enferma agonizante, anuncia que nuestro universo es a la vez una cárcel y un simulacro; que la Creación se le ha escapado de las manos a su Creador y que todos nosotros dormimos, soñando los sueños que nos concede el Imperio, a cuyo poder hemos sucumbido. Vagas intuiciones, dudas, incoherencias insignificantes de nuestra vida cotidiana les hacen presentir esta verdad a aquellos que están menos profundamente dormidos. Ellos no tienen el valor de creerlo. Pero hay que creer, hay que despertar. Aquel que escuche y crea en la palabra de Emmanuel entrará en el Jardín y restaurará la Realidad.

Diversas figuras tutelares ayudan al niño a descubrir su origen y misión: el profeta Elías, bajo la apariencia de un mendigo, Juan el Bautista, Zoroastro, Atena, el mismo Jehová y una niña sentenciosa que tiene el mismo nombre que los hebreos dan a Su presencia: la Shejiná.

Esta reunión recuerda esas películas, supuestamente prestigiosas, en las que un estudio utiliza como invitados estelares a toda la caterva de estrellas que tiene bajo contrato. Plagada de referencias esenias, gnósticas y hebraicas, toda la elite de

la Exégesis se encuentra reunida en torno a un banquete de tradicionales especialidades dickianas: memorias manipuladas, suspensiones criónicas, todo esto con música de Dowland de fondo, interpretada por Linda Ronstadt y su orquesta de vibrolaúdes sintéticos.

En fin, lo de siempre.

La transmigración de Timothy Archer es todo lo contrario: un libro perverso, inesperado, un verdadero golpe de Rata.

En 1979, Joan Didion, una de las plumas más prestigiosas de los Estados Unidos, publicó el libro *The White Album*, una antología de ensayos sobre los años sesenta, saludado de inmediato como un clásico del periodismo literario. El libro contiene un ensayo demoledor sobre el obispo Pike: advenedizo religioso, intelectual carente de inteligencia, filisteo, egoísta. Al leerlo, Dick sintió una profunda pena. Creo que más profunda aún, puesto que, con su manía de adherirse al punto de vista del adversario, sintió cuan justos eran los sarcasmos de Didion, y que además podían aplicarse tanto a él como a su difunto amigo.

Había subtulado la Exégesis: *Apología pro vita mea*. Se le ocurrió escribir la apología del obispo Pike, que había sido a la vez su modelo y lo que él temía ser, o sea un perfecto *alter ego*.

¿A quién hacerle contar la historia? Por un momento pensó en encargarse él mismo, pero se dio cuenta de que en seguida se encontraría en el punto muerto en el que Phil y Fat continuaban disputando su interminable partida. Había que encontrar otro punto de vista. Escapar de sí mismo, escribir con las palabras y los pensamientos de algún otro: viejo sueño de novelista. *In extremis* y contra toda previsión, Dick lo consiguió. Por primera vez en su vida puso como protagonista a una mujer que no era ni la empalica morena de sus sueños, ni la zorra castradora de sus pesadillas. Por primera vez en su vida creó un personaje complejo, creíble y que no se parecía a él.

Ángel, la narradora de esta novela rigurosamente *mainstream*, está casada con Jeff, el hijo del famoso obispo episcopal de California, Timothy Archer. Jeff se ha suicidado. El obispo y su amante, Kirsten, han afirmado haber contactado con él desde el más allá. Kirsten también se suicida. El obispo tiene una extraña muerte en el desierto de Judea. Todo esto ocurre a finales de los años sesenta. El libro empieza el 8 de diciembre de 1980, día del asesinato de John Lennon. Tres semanas antes,

Ronald Reagan fue elegido presidente de los Estados Unidos. «Se trata de una época —confirma el *I Ching*— en que avanzan los vulgares y se encuentran precisamente a punto de desplazar a los últimos vigorosos y nobles que quedan» (*Po*, resquebrajar).

Ángel trabaja de gerente en una tienda de discos de Telegraph Avenue en Berkeley. Como mucha gente de la bahía de San Francisco, los acontecimientos de su vida están jalonados por los discos de los Beatles. Su matrimonio se rompió cuando salió el *Sergeant Pepper's Lonely Hearts Club Band*. En la habitación de hotel donde lo hallaron muerto, donde no había tocadiscos, Jeff llevaba con él el primer disco solista de Paul McCartney; y, doce años más tarde, cuando Ángel escucha *Teddy Boy*, aún siente ganas de llorar. Con frecuencia siente ganas de llorar. Aunque en el seminario sufi al que asiste, dirigido por un clon de Alan Watts en una barca de Sausalito, se enseñe lo contrario, cree que hemos venido a este mundo a descubrir que lo que más amamos nos será quitado, y que eso es todo. El día de la muerte de Lennon descubre por casualidad el artículo que una novelista de prestigio, Jane Marión, dedicó a su suegro. Primero se pone a llorar, después decide escribir su testimonio.

Ángel Archer amaba y admiraba al obispo, a quien llama Tim. Pero no está ciega, como tampoco Dick lo estaba sobre sí mismo. Al adoptar el punto de vista de esta joven mujer de luto, que busca entender qué ha fallado, se alejó mucho de su proyecto apologético. Pese a que la intención inicial fuera la de hacer un elogio de su amigo y la de justificarse justificándolo, acabó superando a Didion, retratando al obispo como un hombre brusco y pedante que sin escuchar nunca a sus interlocutores los abrumaba con una avalancha de citas y términos como «kerigma», «parusía» e «hipóstasis». Tim Archer daba lecciones de moral a todo el mundo, se llenaba la boca con la palabra «caridad» y leía, con el índice levantado, la epístola de los Corintios, pero en la vida se abría camino sin la más mínima preocupación por las consecuencias de sus actos. Nada que fuera trivial debía obstaculizar su camino hacia la verdad. Cuando desenvolvía una camisa nueva, dejaba caer al suelo los cartones y los alfileres y rápidamente abandonaba la habitación sin molestarse en recogerlos. Cuando veía que ya no se llevaba bien con su mujer, declaraba la nulidad del matrimonio. Cualquier compromiso que no le convenía caducaba. En lugar de perseverar en un error, mejor pasar la página, ¿no es cierto? Esta regla de conducta, en la que Didion lúcidamente identifica un rasgo esencial de los años sesenta, regía la vida del obispo: una sucesión de páginas pasadas rápidamente, un libro leído en diagonal. El mismo Cristo no era más que una de esas páginas, una experiencia entre otras. Seguir siéndole fiel, a pesar de las dudas y las tentaciones, no hubiese sido digno de aquel donjuán del espíritu. Además, como algunos

donjuanes, el obispo siempre era sincero y creía definitiva su última visión del mundo. Pero bastaba con que apareciera un nuevo libro o una nueva teoría deslumbrante para que volviera a ponerlo todo en duda. El niño que a los cinco años leía de un extremo al otro el diccionario o la guía telefónica —proeza que sus admiradores resaltaban para ilustrar su pasión por el saber—, de adulto seguía buscando en los libros una respuesta objetiva a todas las preguntas. Pensaba que en alguna parte tenía que existir, igual que existen informes sobre la política agrícola del Benelux, un informe documentado, imparcial y fiable sobre las causas últimas. Descubrir que las respuestas a este tipo de preguntas se contradicen entre un libro y otro, ya que salvo que se piense que la Biblia y el Corán son divinos éstos no reflejan más que opiniones humanas, no le hacía optar por el relativismo ni lo incitaba a elegir su campo de una vez por todas, sino que más bien lo hacía cambiar continuamente de opinión.

Como era de prever, el estudio en forma de autorretrato de este caso de versatilidad intelectual y afectiva ofreció a Dick la oportunidad para un nuevo vuelco. Su religión, ahora, estaba hecha: mientras describía sus errores y los de Pike, acabó tomando partido por Ángel Archer. Ella al menos tenía los pies en el suelo y, sin censurar al pecador, denunciaba como un pecado la absurda búsqueda de una verdad que había llevado al obispo a perderse en pleno desierto de Judea a bordo de un escarabajo Volkswagen equipado tan sólo con un mapa de carreteras y dos botellas de Coca-Cola. Nada es más patético que el desprecio por la realidad concreta que muestran las personas que no dejan de razonar sobre la Realidad absoluta. La ilusión de ir al fondo de las cosas los aleja de su superficie. Ignoran la sensualidad del mundo, su dulzura y su resistencia. Pasan al lado de la vida.

«Sí —suspiraba Dick—, he pasado al lado de la vida.»

Convertido en el paladín de lo concreto, no pudo evitar recargar las tintas. Así como tampoco se contentó con contraponer a su caballero de la triste figura en busca de un significado a una joven desdichada y afectuosa: tuvo que agregar a un esquizofrénico y erigirlo prácticamente en ejemplo porque era incapaz de pasar la prueba de los proverbios. Esta prueba, que él había hecho de adolescente, consiste en explicar el significado de algún proverbio conocido, como por ejemplo: «Cuando el gato no está, los ratones bailan». Es de esperar que una persona dotada de cierta inteligencia se referirá al patrón que se ha marchado y a los dependientes que aprovechan su ausencia; una persona menos inteligente, por el contrario, no hará una transposición del enunciado, sino que se conformará con parafrasearlo utilizando sus términos concretos. Dirá algo así como: «Si tiene usted ratones en su

casa, su gato los cazará, pero si su gato se marcha, los ratones estarán contentos porque nadie los molestará y se pondrán a bailar». Al dejarse llevar por el impulso, Dick llegó a presentar esta incapacidad para el razonamiento abstracto como un antídoto eficaz contra los excesos de los que se sentía culpable.

A quien dude de que unos vagos fenómenos psíquicos no tienen necesariamente que probar el regreso de su hijo de entre los muertos, el obispo, impaciente, ofrece el siguiente ejemplo:

—Usted mira debajo de su coche y descubre un charco de agua. No ha visto caer agua de su motor, es algo que se ve obligado a suponer. Pero tiene todas las razones para suponerlo: tiene el derecho de hacerlo. Yo he sido abogado y puedo decirle qué es lo que tiene valor de prueba...

—¿El coche está aparcado en su plaza de garaje reservada —interrumpe el esquizofrénico— o en un aparcamiento público?

—No lo entiendo —dice el obispo desconcertado tras una pausa.

—Si se encuentra en su plaza habitual, aquella en la que sólo usted puede aparcar, entonces seguramente es el agua de su coche. Pero no la del motor: más bien la del radiador, la de la bomba de agua o tal vez la de la transmisión. Si usted tiene una caja de cambios automática, hay un líquido especial que se parece mucho al agua. ¿Tiene usted una caja de cambios automática?

—¿Dónde?

—En su coche.

—No lo sé. Estoy hablando de un coche hipotético.

—¿Ah sí? De todas formas, lo primero que hay que hacer es saber de qué líquido se trata. Tiene que tenderse en el suelo y alargar un brazo por debajo del coche para mojar un dedo en el charco. Ahora bien, ¿qué es?, ¿aceite, gasolina, Lockheed o agua? Supongamos que es agua. Hay una explicación: cuando el motor está en marcha y el radiador se calienta, a veces se produce un exceso que se cuela por un orificio hecho especialmente para eso. De hecho, ¿qué coche tiene usted?

—Creo que es un Buick —dice el obispo, consternado.

—No —precisa amablemente Ángel—. Es un Chrysler.

—¡Ah! —dice el obispo.

«Lo importante en la vida —repetía Dick— es saber reparar el propio coche. No cualquier coche, ni los coches en general, pues nada existe en general. Sólo existen las cosas particulares y aquellas que se encuentran en nuestro camino deberían ser más que suficientes para mantenernos ocupados. Todo lo demás es peligroso. Empezamos por notar repeticiones extravagantes, por imaginar asociaciones divertidas, y terminamos creyendo que todo está regido por un designio global que pretendemos desentrañar. En suma, terminamos volviéndonos paranoicos. Cuidado, jóvenes, basta con meter un dedo en el engranaje. Sé muy bien de lo que hablo: es mi propia historia.»

En el juego de la oca de este libro esta posición nos devuelve a la casilla dieciséis. Ironía y repliegue: el invierno del alma. Don Quijote, al recobrar la cordura, se convierte antes de morir al mundo según Sancho. Y Cervantes también, según parece, ya que termina así su novela, y una costumbre mental difícil de erradicar quiere que el último capítulo nos revele la moraleja y el significado de la historia.

Como *La transmigración de Timothy Archer* es el último libro de Dick, es lícito afirmar que la ventaja es de Phil. Así, a la gente como Jeter, el apóstol del aquelarre universal, le place ver en éste «un testamento» un importante «regreso a lo real», una aceptación desencantada, aunque afable, de la absurda, compleja y maravillosa idiotez del mundo. No existe un significado, un más allá, y quizá sea mejor así; en todo caso, es así, y el que se retracta es un canalla.

Pero Dick era precisamente un canalla, quiero decir una Rata. Y no pudo evitar concluir su último libro con un capítulo que insinuaba la transmigración del difunto obispo en el cuerpo y el espíritu del joven esquizofrénico, su adversario. Ni terminar este último capítulo señalando que el esquizofrénico y la narradora contemplan esos hechos inquietantes compartiendo un buen porro. Cansado, sentía aproximarse la muerte y temía el momento en que, una vez que la ruleta dejara de girar, la bola se detuviera sobre un número: par o impar, necesariamente. Sabía que ese momento iba a llegar, pero, hasta el último suspiro, en la medida en que dependía de él, se empeñó en evitar concluir, en contradecirse, en no desvelar más que penúltimas verdades.

En septiembre de 1981 tuvo una última visión. El Salvador había vuelto a nacer, en Ceilán, en el seno de una familia muy pobre, con el nombre de Tagore.

Creyéndose el elegido para prepararle el terreno, Dick hizo un resumen de su mensaje en un artículo del que envió copias a todos sus amigos y conocidos, así como a un oscuro *fanzine*. El mensaje en cuestión era un híbrido ridículo de sus habituales obsesiones religiosas con las tesis de la ecología profunda que empezaban a hacer estragos en los campus californianos: la ecoesfera es sagrada, quien daña la ecoesfera daña a Dios, y Tagore, nuevo Cristo, se apresta a expiar todos los pecados que el hombre comete contra la ecoesfera...

El tono de las cartas a sus amigos demuestra que creía profundamente en lo que decía. Cosa que no le impidió publicar el artículo con la firma de Amacaballo Fat, ni escribir para el mismo *fanzine* una parodia de artículo sobre su reciente producción, en la que se podía leer lo siguiente, algo, seguramente, en lo que también creía:

«Parece que Dick trata de liquidar el karma negativo adquirido durante los años pasados en la calle junto a los criminales, los agitadores y la elite de California del Norte. Nosotros le sugerimos una manera más adecuada de redimirse: deja de escribir, Phil, y de creer en todas las tonterías que se te ocurren. Mira la tele y hazte un porro, si lo deseas, no vas a morirte por eso, y déjate vivir hasta que tu mente quede purgada de los días oscuros del pasado y de tus reacciones a los días oscuros del pasado».

Después de escribir esto, suspiró con satisfacción y volvió a la Exégesis.

24

Lo irresoluble

El azar o la Providencia le ahorraron el don envenenado de la palabra en el lecho de muerte. No tuvo la oportunidad de elegir sus últimas palabras ni de hacerle saber al mundo si lo abandonaba como Philip K. Dick o Amacaballo Fat.

El 17 de febrero de 1982 habló largo y tendido de su última chifladura con un periodista que lo había entrevistado: después de haberlo visto por televisión, consideraba a un tal Benjamín Creme, una especie de gurú *new age*, como una de las grandes luminarias espirituales de nuestros tiempos agitados. Intrigado por la semejanza entre el mensaje tagoriano y los discursos de Creme sobre la era de

Acuario, le había enviado algunos de sus libros acompañados de unas instrucciones para su uso tomadas de la Exégesis. Deseaba verlo. Se lo explicó al periodista y, luego, después de pedirle que apagara la grabadora, le confesó sus dudas con respecto a todo ese delirio. Por la noche volvió a llamarlo para decirle que los comentarios *off the record* quizá expresaban mejor la esencia de su pensamiento que los que figuraban en la cásete. Era difícil saber si aquello lo angustiaba o lo divertía. Fue su última conversación.

Al día siguiente, los vecinos, preocupados por no haberlo visto y de que no respondiera a sus llamadas, hicieron derribar la puerta. Lo hallaron en el suelo, inerte. En el hospital, los médicos pensaron en un primer momento que se recuperaría de ese ataque, pero tuvo dos más en los días siguientes. No podía hablar ni moverse; sólo los ojos indicaban que aún estaba consciente. Recibió los sacramentos de la Iglesia católica sin que pudiera saberse si los deseaba o no. Después entró en coma. Durante tres días, su cuerpo inerte estuvo unido a la vida gracias a toda una serie de tubos y cables. A su lado, un monitor señalaba una actividad encefálica extremadamente débil aunque no inexistente. Los que lo acompañaban, mantuvieron durante mucho tiempo los ojos clavados en la línea centelleante que recorría una y otra vez la pantalla negra. ¿A qué forma de pensamiento podía corresponder esa huella cuya amplitud no dejaba de reducirse, esos puntos de suspensión que se negaban a convertirse en punto final? ¿Por qué limbos vagaba lo que quedaba de Phil? ¿Acaso la respuesta se hallaba en el fondo de esos limbos? Y, si así fuera, ¿había alguien para escucharla?

No sé si le recordaron su derecho a un tercer deseo. No sé si, durante su agonía, o después, pudo verse cara a cara con lo que había borrosamente vislumbrado en un espejo y perseguido en su paso por la Tierra. No sé si Dios existe o, mejor dicho, creo que la cuestión no es de la competencia de un biógrafo.

Sé que Doris pasó tres noches rezando a su lado.

Según lo que Phil le había contado acerca de su experiencia espiritual, ella pensaba que él se había desviado, que buscando a Dios sólo se había encontrado a sí mismo y a su propia carne. Pero lo había buscado y lo había deseado desde lo más profundo de su ser, y Doris quería creer que con un deseo así, tan poderoso, podemos extraviarnos pero no perdernos. Si Dios no tenía piedad de Phil, ¿qué era entonces la misericordia? ¿Para qué servía la comunión de los santos?

Rezó por su salvación, convencida de que sería escuchada, segura de que en

realidad todos nos hemos salvado: para eso vino Cristo. Y como estaba tan segura, se prometió a sí misma repetir esa oración todos los días de su vida.

(Mientras escribo, la promesa sigue viva y la oración también.)

Después el encefalograma se convirtió en una línea recta. Quedó así durante cinco días. Cinco días en los que esa línea recta recorrió la pantalla, hasta el 2 de marzo, cuando lo desconectaron todo.

Edgar Dick, muy anciano, salió de su retiro para recuperar el cuerpo de su hijo y acompañarlo hasta Fort Morgan, Colorado, donde un lugar lo aguardaba desde hacía cincuenta y tres años.

Sólo hubo que grabar la fecha de su muerte en la lápida. Cuando descendieron a Phil y lo depositaron junto a Jane, el viejo, que hasta entonces se había mostrado impasible, volvió a ver el diminuto ataúd de su hijita y rompió a llorar.

Nota final

Después de la muerte de Philip K. Dick, sus herederos confiaron el papel de «ejecutor literario» a Paul Williams. Una camioneta repleta de papeles, incluidos los de la Exégesis y los duplicados de la correspondencia, fue descargada en su garaje, en Glen Ellen, que se convirtió en un lugar mítico para todos los dickianos del mundo. Desde ese garaje se publica el boletín Philip K. Dick Society Newsletter, que registra una década después la evolución del «culto». La película de Ridley Scott y luego la adaptación del relato *Desafío total* con Arnold Schwarzenegger, han contribuido a aumentar la fama de Dick. Ha habido una ópera basada en *Valis*, otros proyectos de películas, decenas de libros sobre Dick, libros relacionados con Dick y libros de los que Dick es el protagonista. En todas partes se celebran manifestaciones que tienen algo de coloquio universitario y de reunión de secta. Una de las atracciones ya casi rituales de esas reuniones es la actuación de un actor inglés, John Joyce, que *declama* el discurso de Metz frente a la comunidad de fieles. Es difícil asistir a esas reuniones sin evitar pensar en el grupo de Joe Chip y sus

amigos, cuyo universo, en *Ubik*, se ve poco a poco invadido por la presencia de ultratumba de Glen Runciter. Los dickianos no se cansan de enumerar los detalles que evidencian una insidiosa dickianización del universo; y no es imposible, piensan ellos, y yo por mi parte a veces pienso lo mismo, que en 1997 Dick aparezca realmente en la portada del *Time Magazine* como el hombre del año o del final del milenio. Frente a la avalancha de reediciones y artículos en los periódicos serios, los dickianos experimentan el mismo sentimiento contenido que el de los primeros cristianos en el momento en que el Imperio reconoció su fe: triunfo, pero también añoranza de las catacumbas, del heroísmo y el secreto. Los *happy fews*, aunque propensos al proselitismo, dejan de ser completamente *happy* al dejar de ser *fews*. Ha sonado la hora del reconocimiento *mainstream*. La biografía que acaban de leer es un síntoma de ello.

Se trata de la cuarta biografía en diez años, y, por supuesto, debe mucho a las anteriores: en primer lugar, *Divine Invasions: The Life of Philip K. Dick*, de Lawrence Sutin, así como también: *In Search of Philip K. Dick*, de Anne R. Dick, obra lamentablemente inédita y a quien doy las gracias por habérmela facilitado. He leído muchos libros más para escribir éste, por lo que me es imposible reconocer todas mis deudas. He aquí dos: mi información sobre la historia del LSD en los Estados Unidos está sacada de la investigación de Jay Stevens, *Storming Heaven: LSD and the American Dream*; el juego de la Rata ha sido descrito, y a mi entender inventado, por Thomas M. Disch.

Sin embargo, mi fuente principal ha sido la obra de Philip K. Dick, de la que procede todo lo que no ha sido demostrado por testigos o inventado por mí.

Además de a Anne Dick, deseo dar las gracias a Ray Nelson, Joan Simpson, Tim Powers, Jim Blaylock, Doris Sauter y Paul Williams, que me recibieron en los Estados Unidos y me hablaron de Philip K. Dick; a Stéphane Martin, que me hizo leer *Ubik* hace casi veinte años; a Gilles Tournier y Nicole Clerc, por su hospitalidad; a Hélène Collón y Robert Louit, por haberme abierto con generosidad sus archivos y su saber; a François-Marie Samuelson y Elizabeth Gille, respectivamente agente y editora, que apoyaron con su confianza este proyecto temerario; y, por último, a aquellos que aceptaron leer el manuscrito y me ayudaron a mejorarlo: Hélène y Louis Carrère d'Encausse, mis padres, Jacqueline-Frédéric Frié, Françoise y Patrice Boyer, y Hervé Clerc. Y Anne, mi mujer.

Nota a pie de página

¹ «Eh tíos, sé que me estáis escuchando, pero no me podéis responder. De modo que os puedo decir que os jodan. ¡JODEOS, tíos!»

Table of Contents

1 Berkeley

2 Los hombrecitos verdes

3 George Smith y George Scruggs

4 ¿Qué es lo que hacía realmente?

5 La Rata en familia

6 Chung Fu, la verdad interior

7 La idiotez

8 La locura entre dos

9 Presencia real

10 Ko, la revolución, la muda

11 Definir lo humano

12 Retrato del artista heresiarca

13 Donde viven los muertos

14 Freaks

15 Fluyan, mis lágrimas

16 El invierno del alma

17 El Imperio nunca dejó de existir

18 La caída del tirano

19 Lo que encontró el gordo que amaba los caballos

20 Final de línea

21 Masa crítica

22 La que él esperaba

23 Penúltimas verdades

24 Lo irresoluble

Nota final